

UNIVERSITÉ DE NEUCHÂTEL
FACULTÉ DES LETTRES

LITERATURA Y REALIDAD EN LA OBRA DE MANUEL ROJAS

THÈSE
présentée à la Faculté des Lettres
de l'Université de Neuchâtel
pour obtenir le grade de docteur ès lettres

par

Carlos Droguett Lazo

1986

La Faculté des lettres de l'Université de Neuchâtel, sur les rapports de MM. Jean-Paul Borel, professeur à ladite Université, Pierre Furter et Luis Inigo Madrigal, professeurs à l'Université de Genève, autorise l'impression de la thèse présentée par M. Carlos Droguett, en laissant à l'auteur la responsabilité des opinions énoncées.

Neuchâtel, le 12 juin 1986.

Le doyen: Philippe Marguerat.

INTRODUCCION

La finalidad de este trabajo es ver si y en qué medida una obra literaria, o más precisamente una narración "ficticia", puede ser objeto de análisis para las ciencias sociales. Trataré de demostrar esa posibilidad analizando la narrativa del escritor chileno Manuel Rojas mediante la psicología social.

Para alcanzar esta meta recorreré dos etapas principales: una dedicada a preparar los implementos metodológicos (en mi exposición sistemática corresponde a la PRIMERA PARTE) y otra al análisis propiamente tal (corresponde a las partes SEGUNDA, TERCERA y CUARTA).

En la preparación metodológica me atengo a los puntos de vista de la psicología social y de la sociología de la literatura.

Desde el punto de vista de la psicología social, concretamente tal como la concibe Erich Fromm, elijo un tipo particular de investigación. Me atengo a una forma de vivir característica de los países llamados "subdesarrollados", que se puede denominar mutilación del ser humano. A partir de una definición de esa realidad y de una descripción somera de su inserción en las estructuras sociales según el enfoque específico de la psicología social, estableceré la herramienta de trabajo que servirá para el análisis.

En la óptica de la sociología de la literatura, esbozaré ciertas nociones teóricas dentro de las cuales se situará el análisis de los textos elegidos. La obra de Lucien Goldmann me permitirá definir sobre todo un proceso de investigación y determinar a qué aspectos de la obra literaria conviene dedicar atención. El proceso consistirá en partir de los elementos más sencillos para comprenderlos, es decir, descubrir su composición, su coherencia propia; y luego incluirlos en la totalidad inmediatamente superior de la cual forma parte, y así explicarlos, es decir, constatar

su génesis y ver la función que desempeñan en esa totalidad. Una vez comprendida, cada nueva totalidad debe a su vez explicarse en un conjunto mayor.

No seguiré el procedimiento de Goldmann hasta donde él lo lleva, sino sólo hasta la comprensión del universo narrativo (primero describiré el mundo de algunos textos aislados de Manuel Rojas, para llegar enseguida a una caracterización del conjunto de su obra narrativa). El aspecto que más retendrá mi atención lo constituyen las estructuras significativas del universo narrativo, en cuanto condicionan un tipo particular de vivir humano.

Estos dos puntos de vista no son independientes sino que el primero influirá en el segundo. Si bien en el primer momento del análisis me dedico a un estudio textual relacionado sólo indirectamente con mi meta general y mi apelación a la psicología social como complemento metodológico, después de esta fase aplicaré a las estructuras puestas de relieve los esquemas sacados de mi reflexión en ciencias sociales. Es en este momento cuando me aparto radicalmente de la crítica literaria en sí y de la óptica de Goldmann, para realizar la fusión metodológica que me permitirá acercarme a mi meta general y confirmar mi hipótesis sobre la aplicación de las técnicas de las ciencias sociales a los universos narrativos.

Después de esa doble preparación metodológica, podré pasar al análisis propiamente dicho. Mi objeto concreto, como ya lo he anunciado, será la obra narrativa de Manuel Rojas. Pero, y a pesar de que en parte acudo a Lucien Goldmann, no me propongo esclarecer cuál es el sector -o clase social- al que corresponde la visión del mundo expresada por esta obra. Mi propósito es más bien demostrar que la herramienta pedida prestada a las ciencias sociales funciona de hecho dentro de un universo narrativo y ayuda a dar forma y significación a un conjunto complejo, extremadamente rico en diversos elementos. Esa demostración tendrá dos consecuencias, para mí fundamentales y que resumen la tesis que aquí

sostengo. Por una parte, como caso especial de análisis literario, pondrá de relieve, si no todas, por lo menos varias de las estructuras significativas de ese universo narrativo, es decir, permitirá comprender mejor esa amplia y diversa producción, la esclarecerá al poner de relieve algunos de los principios dinámicos que la han creado y la sostienen. Por otra parte, dejará sólidamente apoyada mi hipótesis de partida, según la que, además de otras funciones que no me corresponde valorizar, las obras literarias -por lo menos algunas de ellas- representan un microcosmos en el que se pueden ejercitar las técnicas de investigación cuyo fin último es el análisis de la sociedad concreta.

Eso les importa primero a los especialistas de pedagogía social, para los que el problema básico es la riqueza inagotable de un objeto de estudio real (en el que los investigadores tienden a perderse), frente al carácter limitado del universo narrativo literario. Pero también les puede resultar interesante a los especialistas de la crítica literaria y en particular a los profesores en cuya práctica entra el análisis literario. En lugar de ayudar a los alumnos a manejar instrumentos de trabajo sólo válidos para las obras literarias, les proporcionarán técnicas y herramientas de investigación mucho mayor, más relacionadas con los problemas concretos que se nos plantean en el mundo actual.

Debo agregar que el análisis literario que presento no se sitúa en una línea tradicional. Más bien está orientado hacia un fin especial y lo realizo con una herramienta particular, dentro de una óptica nueva. Se trata de reivindicar que una obra narrativa de ficción puede ser objeto genuino y propio para el análisis de las ciencias sociales. Esta posibilidad cobra importancia para una investigación social en cuanto la obra narrativa es ya un campo circunscrito. Ella constituye, podemos decir, una parte ya realizada de la investigación.

Para terminar esta INTRODUCCION paso a señalar cuál es el esquema redaccional de mi trabajo.

En la PRIMERA PARTE presento ciertos aportes de Lucien Goldmann que permiten comprender una obra de ficción y delinear un esquema de investigación para asir el mundo que ella describe; también aquí puntualizo la psicología social de Fromm, que permite comprender y explicar el vivir humano.

En la SEGUNDA PARTE presento a Manuel Rojas, anoto cómo lo elegí y paso en seguida a la comprensión del vivir descrito en su narrativa. En este nivel del análisis me atengo exclusivamente al texto de la obra.

En la TERCERA PARTE explico el vivir descrito. Lo hago con herramientas que proporciona la psicología social.

En la CUARTA PARTE me refiero a cómo el narrador no se limita a describir la situación mutilada del hombre. El tiene una actitud de rechazo ante esa situación. Sus páginas son un llamamiento por el ser humano.

En cuanto al modo concreto de trabajo, lo anoto antes de proceder al análisis del universo narrativo (SEGUNDA PARTE, Introducción, punto 11).

PRIMERA PARTE

REFERENCIAS TEORICAS

Las dos disciplinas que me proporcionan las bases teóricas y los instrumentos de trabajo no constituyen en sí mismas el objeto de estudio. Este lo es el texto de Manuel Rojas. Por eso me limito a anotar brevemente sólo los elementos de aquellas disciplinas más pertinentes para mi análisis.

CAPITULO PRIMERO. ELEMENTOS DE SOCIOLOGIA DE LA LITERATURA

La sociología de la literatura, tal como la concibe Goldmann, me permite determinar las características de un mundo de ficción y un esquema metodológico para guiar su análisis.

A esta sociología pertenecen, ciertamente, aquellos elementos que relacionan la obra de ficción con la sociedad concreta. Me limito a mencionarlos: la obra es expresión de una visión del mundo que ha sido elaborada por un sujeto colectivo, transindividual. Pero lo que más concierne a mi trabajo son ciertas características que se refieren a la comprensión de la obra: ella constituye, a este nivel, un mundo autónomo, con características propias, un universo coherente y estructurado en cuyo interior se desarrollan acontecimientos y se sitúa la psicología de los personajes. Es precisamente su característica de ser un universo coherente y estructurado lo que permite considerarla como legítimo campo de estudio para las ciencias sociales. En resumidas cuentas, el escritor, al dar forma a la obra, ofrece a estas ciencias un medio que ya ha recibido cierta elaboración: él deja de lado numerosos elementos superfluos y les facilita el acceso y la circunscripción del objeto de estudio.

Como universo estructurado, la obra de ficción está compuesta de múltiples elementos relacionados entre sí. En el caso concreto de la obra de Manuel Rojas, éstos los explicitaré ateniéndome a dos esquemas metodológicos que permiten, según la unidad narrativa en cuestión, especificar las características del mundo descrito. Dichos esquemas los anoto en la SEGUNDA PARTE, bajo el título Modo de proceder en el análisis.

En la forma de manejar estos esquemas influyen los postulados de la psicología social. En otras palabras, a través de esos esquemas no pretendo buscar todo lo que puede haber en el universo narrativo sino algo bien preciso que lo determino mediante la psicología social: cierto vivir humano.

CAPITULO SEGUNDO. LA PSICOLOGIA SOCIAL: DISCIPLINA PARA COMPRENDER Y EXPLICAR AL SER HUMANO

Para el objetivo de mi trabajo, no concierne exponer todas las corrientes contrapuestas que hay dentro de la psicología social ni la larga historia de discusiones que precede a aquella propuesta por Fromm.

Esta última corresponde a una disciplina que reconoce en la estructura social un papel decisivo para la formación y desarrollo del carácter del hombre. Su preocupación central es la cualidad de vida a que lo constriñe el mundo contemporáneo. Como se interesa por el individuo y la sociedad en que éste debe desenvolverse, esta disciplina destaca la importancia de las estructuras que rigen en la vida cotidiana.

Dentro del campo de las ciencias sociales, la riqueza y complejidad de la vida cotidiana interesa particularmente a la Escuela de Budapest, cuyo principal representante es Agnes Heller; la influencia negativa de la sociedad, la automatización a que somete al hombre, son preocupaciones de

la Escuela de Frankfurt, entre cuyos representantes están Max Horkheimer, Theodor Adorno y, en cierto tiempo, Erich Fromm; el estudio de los mecanismos sociales que influyen en la pasividad y falta de criticidad del hombre, interesa, en los países dependientes, a autores como Paulo Freire, Frantz Fanon y Albert Memmi, y en las sociedades económicamente desarrolladas, a autores como los ya citados de la Escuela de Frankfurt y otros dedicados en particular a analizar los hechos culturales, por ejemplo Lucien Goldmann.

Todos ellos tienden a construir una ciencia cuyo objetivo sea poner a luz los mecanismos y circunstancias que paralizan al hombre y lo vuelven esclavo de sus propias creaciones. Encuentran en el marxismo y en el psicoanálisis ciertos aportes específicos y otros que provienen de una mutua complementariedad. Los principales representantes de esta corriente consideran que marxismo y psicoanálisis no son sistemas cerrados, acabados, sino líneas abiertas de pensamiento y de investigación, susceptibles de ser enriquecidos en sí y ampliados en sus campos de aplicación originales.

Es situado en esta corriente como Fromm elabora su propia psicología social.

No pretendo presentar todo el pensamiento frommiano ni realizar un análisis acabado de él sino sólo construir un esquema con aquellos elementos que me servirán como instrumentos de trabajo para analizar el vivir descrito en la narrativa de Manuel Rojas. Anotaré las generalidades más relevantes, ateniéndome a tres puntos que destacan en la psicología de Fromm: caracterización o especificidad del ser humano, formación de su carácter y concepto de carácter social.

Debo señalar también que esbozar el pensamiento de Fromm no quiere decir que me vaya a basar exclusivamente en él, mecánicamente y rígidamente. Este es sólo un esquema de referencia, de orientación para el análisis que realizaré en el transcurso de mi trabajo.

I. ESPECIFICIDAD DEL SER HUMANO

Fromm busca delimitar qué es el hombre, sin pretender establecer una definición rígida ni partir de un concepto abstracto. Para ello investiga la situación humana, qué condiciones posibilitan tal o cual existencia. Delimitadas esas condiciones, y partiendo de las diversas manifestaciones humanas, deduce un núcleo común a todos los hombres, ciertas leyes inherentes a su naturaleza y las circunstancias que permiten su desarrollo y despliegue¹.

1. Ser que actúa y transforma

Observando las manifestaciones humanas, vemos que el hombre actúa en la naturaleza y en la sociedad mediante una acción transformadora. Así satisface sus necesidades biológicas. Pero hay algo más. En su actuar no sólo transforma la naturaleza y la sociedad que él ha creado sino que transforma a la vez su propia naturaleza.

Tomando como base estos antecedentes, Fromm explica por qué existe en el hombre esa disposición a actuar en el mundo y a contraer relaciones. Comienza examinando la historia desde sus momentos más primitivos y el inconsciente que es posible aprehender en el hombre contemporáneo; esto le permite extraer datos en base a los cuales afirma que existen en el hombre manifestaciones que tienen como objetivo satisfacer necesidades no directamente vinculadas a la conservación de la vida y de la especie. Dos ejemplos son las necesidades que el individuo experimenta de entrar en relación con otros hombres y de contar con un sistema inteligible que lo oriente en su actuar y dé una explicación a su existen-

1. Cf. FROMM (1958); pp. 8, 18-19; (1965), pp. 48, 59 y 210-225; (1968), p. 314; (1970b), pp. 66-67; (1975a), pp. 226-231.

cia. Estas y otras necesidades que veremos más adelante, Fromm las explica como debidas a una situación particular del hombre dentro del mundo, derivada del proceso de la evolución, en el cual quedó separado de la naturaleza. Dicha separación hace que la existencia del hombre se caracterice por una dicotomía, por una pérdida de unidad con la naturaleza: fisiológica y anatómicamente pertenece al reino animal, pero no forma parte total de la naturaleza porque la ha trascendido en el proceso de la evolución. Este hecho lo convirtió en el animal más desvalido, pues perdió la capacidad instintiva que lo adaptaba en forma prácticamente mecánica para resolver los problemas y los obstáculos de la vida. Mediante el uso de la razón debe continuamente resolver cada problema y cada obstáculo. En otras palabras, la existencia humana se caracteriza por "la ausencia relativa en el hombre de una regulación instintiva en el proceso de adaptación al mundo exterior", por lo cual, a excepción de algunas reacciones elementales, como ante el peligro o en la conducta sexual, el hombre no posee un "programa" que dirija la totalidad de su vida. Es él quien debe ejecutar sus propias decisiones, sin poder repetir un patrón o modelo de la especie¹. Es una situación semejante a la descrita por Agnes Heller al referirse a las "categorías de orientación" que encausan y dirigen al ser humano en el mundo y son imprescindibles para la vida pues sustituyen a los instintos que han sido "traspuestos a segundo término por el retroceso de las barreras naturales"².

La existencia se le presenta al hombre como un problema que tiene que resolver sin poder volver al estado pre-humano de armonía con la naturaleza. Esta contradicción existencial le provoca un "estado de desequilibrio constante" que "puede

1. Cf. FROMM (1957), pp. 199-200; (1958), pp. 26-30, 196 y 292; (1965), pp. 48-56, 67-103, 187, 220 y 239; (1968), pp. 50, 175-176; (1970b), pp. 67 y 75-76; (1975a), pp. 228-234.
2. HELLER (1971), p. 161; (1974), pp. 29-30, 45-54, 107, 110 y 117.

ser relativamente estable cuando, con el apoyo de la cultura, halla un modo más o menos adecuado de resolver sus problemas existenciales. Pero esta relativa estabilidad no entraña la desaparición de la dicotomía, que queda latente y se revela en cuanto cambian las condiciones de su estabilidad relativa. <...> Cada nuevo estado de desequilibrio obliga al hombre a buscar un equilibrio nuevo"¹.

A partir de las condiciones anteriores, Fromm propone definir la naturaleza del hombre considerando "las contradicciones fundamentales que caracterizan la existencia humana y radican en la dicotomía biológica entre los instintos faltantes y la conciencia de sí"². Es decir, existen necesidades que no están arraigadas en su organización fisiológica y que no pueden satisfacerse con un simple intercambio con la naturaleza sino mediante una actividad humana.

Este concepto de actividad no se refiere a "hacer algo" sino a una orientación creadora que puede darse en las experiencias de todo ser humano, en sus modos de relacionarse, incluyendo sus respuestas intelectuales, emocionales y sensoriales hacia otros, hacia sí mismo y hacia las cosas³.

Aquellas necesidades las califica de existenciales porque tienen su raíz en la misma existencia; se dan en todos los hombres y su satisfacción les es tan indispensable como lo es la de sus pulsiones orgánicas. Satisfacer estas necesidades y desarrollar las potencialidades que les son correspondientes, determina el pleno desenvolvimiento del hombre, el completo desarrollo de su personalidad.

2. Ser de necesidades y potencialidades

Las necesidades existenciales muestran la presencia en

1. FROMM (1975a), p. 50.

2. *Ibid.*, p. 231.

3. Cf. FROMM (1965), pp. 92-96; (1968), pp. 302-303.

el hombre de ciertas características que posibilitan la influencia que sobre él tienen sus condiciones de vida, y a la vez las posibilidades con que cuenta para actuar sobre esas condiciones. Ellas permiten constatar también que la naturaleza humana no es fija ni inmutable, y dan a conocer "un dinamismo humano propio que constituye un factor activo en la evolución del proceso social"¹. Son necesidades que denotan no tanto una carencia sino más bien una tendencia, una virtualidad. Utilizando palabras de Heller es posible decir que "el retroceso de las barreras naturales representa en todos sus aspectos un despliegue de la dynamis propia" de la humanidad, aunque no en un sentido ineluctable, pues también indican "la posibilidad de un desarrollo involutivo, de una regresión"².

Para Fromm, estas necesidades específicas del hombre son: necesidad de relación, de trascendencia, de arraigo, de identidad y de orientación. Como no existen separadas sino conectadas unas con otras, formando parte de un conjunto que es el hombre, en la descripción de cada una reaparecen aspectos de las demás.

a. Necesidad de relación: el hombre, sustraído a la unidad primordial con la naturaleza, es un ser solo, impotente, ignorante. Para subsistir debe encontrar nuevos vínculos que sustituyan aquellos de los que lo ha liberado su emergencia de la naturaleza. Existe así en él una necesidad imperiosa de vincularse con los demás, consigo mismo y con el mundo. Puede realizar esa unión de diversas maneras, mediante la sumisión, el poder o el comportamiento creativo³. La sumisión puede ser a una persona, a un grupo, a una institución, y gracias a ella el hombre "trasciende el aislamiento de su

1. FROMM (1968), p. 335; cf. p. 345.

2. HELLER (1974), p. 107.

3. Cf. FROMM (1959), pp. 32-37; (1965), pp. 67-68; (1968), pp. 44-48; (1975), pp. 231-239.

existencia individual convirtiéndose en parte de alguien o de algo más grande que él, y siente su identidad en relación con el poder a que se ha sometido"; mediante el poder el hombre hace a los demás partes de sí mismo. Sumisión y dominio tienen como elemento común "la naturaleza simbiótica de la relación. Las dos partes afectadas pierden su integridad y su libertad"¹ y quedan amenazadas por la hostilidad que nace de la relación simbiótica.

Con su comportamiento el hombre puede relacionarse en forma activa y creadora con los demás, consigo mismo y con el mundo, siguiendo una orientación creativa que comporta tres aspectos: respecto al pensamiento, se manifiesta en la comprensión adecuada del mundo mediante la razón; respecto a la acción, se manifiesta en el trabajo consciente que, a la vez que transforma la naturaleza, desarrolla al hombre; respecto al sentimiento, se expresa en el amor. Así, por ejemplo, se vive un amor creativo cuando tanto la persona que ama como la amada, conservan su integridad y su independencia².

Existe un dinamismo arraigado en esta necesidad del hombre de "expresar sus facultades en relación con el mundo más que en la necesidad de usar al mundo para satisfacer sus necesidades fisiológicas"³. La condición para una vida equilibrada es tener alguna forma de relación con el mundo, pero sólo la relación creativa permite al hombre conservar su libertad e integridad⁴.

b. Necesidad de trascendencia: se refiere al apremio que siente el hombre de superar una situación de criatura pasiva para convertirse en creador mediante el empleo de su razón y de su imaginación. Realiza esta trascendencia crean-

1. FROMM (1958), p. 33.

2. Cf. FROMM (1958), pp. 34-37; (1965), pp. 67-69 y 116; (1970b), pp. 76-77; (1974a), p. 11.

3. FROMM (1970b), pp. 75-76. El subrayado es de Fromm.

4. Cf. FROMM (1958), p. 37; (1970b), p. 73; (1975a), pp. 238-239.

do vida, produciendo objetos materiales, arte e ideas. Pero cuando no logra satisfacer esta necesidad mediante la creación, entonces destruye. Trasciende la vida y el mundo destruyéndolos. Si bien la destructividad es una potencia que tiene la misma intensidad y fuerza que otras pasiones, es sólo una alternativa de la creatividad. La destructividad "es la consecuencia de la vida no vivida"¹.

c. Necesidad de arraigo: el hombre debe superar el estado de ruptura con la naturaleza y la situación de soledad y aislamiento que sigue a esa ruptura. Esto lo logra cuando encuentra raíces humanas que le dan seguridad, posibilidad de desarrollarse, ser más libre y no encadenado a leyes y estereotipos de la naturaleza².

d. Necesidad de identidad: apartado de la naturaleza, dotado de razón y de imaginación, el hombre necesita tener conciencia de sí mismo, sentirse un ser independiente y único, sujeto de sus acciones; debe tener conciencia de los demás como seres diferentes y concebir el mundo exterior como cosa separada e independiente de sí. Si no logra realizar esta identificación, vuelve a estar inmerso en la naturaleza y acepta seguir ciegamente sus leyes e incluso, ya en el plano social, al no ser un sujeto activo, se convierte en lo que los demás quieren que él sea³.

e. Necesidad de orientación: el hombre necesita orientarse intelectualmente en el mundo, incluir los enigmas y problemas que lo rodean en un contexto inteligible que le permita manejarlos en sus pensamientos, aproximándose así cada vez más a la realidad⁴.

1. FROMM (1965), p. 216. Cf. (1958), pp. 37-39; (1968), pp. 217-222; (1975a), pp. 239-241 y 248; (1977a), pp. 27-31.

2. Cf. FROMM (1958), pp. 39-57; (1968), pp. 50-51.

3. Cf. FROMM (1958), pp. 57-58.

4. Cf. FROMM (1958), p. 59; (1970b), p. 92; (1971b), pp. 39-47.

Desprovisto de la determinación instintiva, el hombre está obligado a "encontrar principios de acción y de decisión que reemplacen los del instinto. Tiene que buscar un marco de orientación que le permita organizar una imagen congruente del mundo como una condición para obrar congruentemente"¹. El cuadro general que se forma del mundo depende del desarrollo de su razón y de sus conocimientos, y está en relación con la capacidad de objetividad, que en este caso se define como "facultad de ver el mundo, la naturaleza, las demás personas y uno mismo como son, y no deformados por deseos y temores". Desarrollar esta objetividad acrecienta el contacto con la realidad. Es importante señalar que cuando el hombre "vive de ilusiones respecto de un sector de la vida, su capacidad racional está limitada o dañada, y de esa suerte queda inhibido el uso de la razón en todos los demás sectores"².

En un primer plano, la necesidad de orientación consiste en "disponer de alguna estructura orientadora", sea verdadera o falsa; y en un segundo plano, "estar en contacto con la realidad mediante la razón, captar el mundo objetivamente". En este sentido, "aproximarse a la realidad" significa disminuir la ficción y la ilusión. Es aquí donde se ubica la función de la racionalización. Siempre que el hombre realiza una acción, siente el impulso de racionalizarla, es decir, "demostrarse a sí mismo y a los demás que su acción estuvo determinada por la razón, por el sentido común, o al menos por la moral convencional". Como el individuo reacciona en su existencia no sólo mediante el pensamiento, sino "con el proceso total de la vida, con sus sentimientos y acciones", todo sistema satisfactorio de orientación contiene "no sólo elementos intelectuales, sino también elementos sensoriales y sentimentales, que se manifiestan en la relación con un

1. FROMM (1970b), p. 68.

2. FROMM (1958), p. 60.

objeto de devoción o vinculación afectiva"¹.

Han existido en la historia de la humanidad diferentes sistemas mediante los cuales el hombre ha procurado satisfacer su necesidad de orientación. Es el caso, por ejemplo, de las religiones y filosofías. Cualquiera sea su contenido, todos responden a la necesidad de tener no sólo un conjunto de ideas, sino también un objeto de devoción que dé sentido a la existencia. No basta un plano para guiar la acción. El hombre necesita también una meta que le indique hacia dónde va. Libre de la determinación instintiva y poseyendo un cerebro que le permite concebir muchas direcciones, necesita un objeto de devoción total "que sea el punto focal de sus afanes y la base de todos sus valores efectivos, no sólo proclamados". Este objeto de devoción, que puede variar en diversas modalidades, coordina las energías del hombre en una dirección, lo eleva de su existencia aislada, le quita sus dudas, le proporciona seguridad y da sentido a su vida. Esta necesidad es tan vital que de ninguna manera puede faltar su satisfacción, al punto que no pocas veces el hombre la ha satisfecho y la satisface mediante estructuras orientadoras ilusorias².

II. FORMACION DEL CARACTER DEL HOMBRE

El hombre satisface aquellas necesidades y despliega sus potencialidades mediante una actividad que realiza dentro de circunstancias específicas. La manera en que logra llevar a cabo esa satisfacción y ese despliegue, crea determinadas orientaciones en el carácter de su personalidad.

1. FROMM (1958), pp. 60-61; cf. (1965), p. 52; (1970), pp. 71, 92-94 y 101; (1975a), p. 235.

2. FROMM (1975a), p. 236. Cf. *ibid.*, pp. 202-203 y 235; (1958), pp. 59-61; (1965), pp. 58-59; (1970b), pp. 69-73; (1971b), p. 47.

Fromm entiende por personalidad la "totalidad de las cualidades psíquicas heredadas y adquiridas que son características de un individuo y que hacen al individuo único". Las heredadas reciben el nombre de temperamento y las adquiridas son las que corresponden al carácter. Herencia y adquisición señalan una diferencia fundamental: el temperamento "se refiere al modo de reacción y es algo constitucional e inmodificable", mientras que el carácter se forma esencialmente por las experiencias del individuo, en especial aquellas de la infancia, pero no exclusivamente pues también tienen fuerte peso las experiencias posteriores. Esto último contribuye a que el carácter pueda ser modificado, en cierta medida, por el conocimiento de sí mismo y por nuevas experiencias. Es el conjunto de las experiencias del individuo el que prescribe las orientaciones de su carácter¹.

En su concepción del carácter, Fromm continúa en la línea de ciertos puntos señalados por Freud: los rasgos de carácter son subyacentes a la conducta y deben deducirse de ella; constituyen fuerzas poderosas de las que la persona puede estar inconsciente; la entidad fundamental en el carácter no es el simple rasgo sino su organización total y es de esta totalidad de la cual derivan los rasgos de carácter. En otras palabras, éstos son un síndrome que resulta de una organización particular que Fromm llama "orientación del carácter".

Fromm se aparta de Freud al determinar el fundamento del carácter. Para Freud, quien concebía al individuo como un ser primariamente aislado, la base del carácter se encuentra en los varios tipos de organización de la libido. Para Fromm, en cambio, su base radica en las formas específicas que una persona tiene de relacionarse con sus semejantes, con la naturaleza y consigo misma².

1. Cf. FROMM (1965), pp. 48-121.

2. Cf. FROMM (1958), pp. 7 y 64; (1965), pp. 63-113; (1968), pp. 37 y 336-337; (1970), pp. 15-68.

Estos modos de relación están constituidos por dos procesos: uno de asimilación, donde el hombre adquiere objetos; y otro de socialización, en el cual entra en contacto con otras personas y consigo mismo.

Ambos procesos son abiertos y no instintivamente determinados; en ellos el individuo puede ser activo o pasivo. Sea cual sea la manera en que el hombre se relacione con el mundo exterior y consigo mismo, esa forma particular expresa su carácter. Este se puede definir como "la forma (relativamente permanente) en que la energía humana es canalizada en los procesos de asimilación y socialización". De esta manera tenemos que "los hábitos y opiniones más profundamente arraigados, que son característicos de una persona y resistentes a ser modificados, nacen de su estructura caracterológica: expresan la manera particular en que la energía humana ha sido canalizada en la estructura del carácter". El resultado es el siguiente: "Una vez que la energía ha sido encauzada de cierta manera, la acción se produce como 'fiel expresión del carácter' "¹.

El carácter matiza las experiencias del individuo y le proporciona determinada capacidad para enfrentar la realidad. Así el carácter cumple dos funciones esenciales, una biológica y otra social.

Para comprender su función biológica se debe recordar que las acciones del hombre no están determinadas por patrones innatos, a diferencia del animal, cuyas acciones están esencialmente ligadas al instinto. Carente de determinación instintiva, el hombre debería "tomar una decisión" cada vez que actúa, en circunstancia que hay acciones que deben ejecutarse más rápido de lo que permite una "deliberación consciente, por ejemplo ante un peligro inmediato o en circunstancias que requieren actos repetitivos. En estos y otros casos, el carácter lo exime de tener que estar continuamen-

1. FROMM (1965), pp. 67-68; cf. (1970), p. 69. El subrayado es de Fromm.

te tomando decisiones nuevas y deliberadas.

La función social la comprendemos al considerar que el ambiente en que el ser humano existe está constituido fundamentalmente por una organización compleja de relaciones que que se denomina sociedad. Dentro de ella, el carácter cumple una función que reviste dos aspectos: uno selectivo y otro adaptador.

La función selectiva se realiza respecto a las ideas y valores de la persona. A la mayoría de la gente le parece que sus ideas "son independientes de sus emociones y deseos", que son el "resultado de deducciones lógicas", y "sienten que su actitud hacia el mundo es confirmada por sus ideas y sus juicios". Esta confirmación "tiende a estabilizar su estructura caracterológica, ya que permite que estas últimas parezcan justas y sensatas". Pero en realidad, las ideas, juicios, actitudes y acciones son resultado de un carácter que ha sido condicionado socialmente, producto de la forma en que el individuo se relaciona con el mundo, con los otros hombres y consigo mismo¹.

De este modo se comprende el otro aspecto del carácter: ser base para la adaptación del individuo a la sociedad. El carácter del niño es moldeado por el de los padres o sus equivalentes; el carácter de éstos y sus métodos de educación, en cuanto mecanismos de transmisión, son determinados por la estructura social en que están insertos. "El niño adquiere aquel carácter que le hace desear lo que debe hacer y cuyo núcleo comparte con la mayoría de los miembros de la misma cultura o clase social"².

Pero las experiencias infantiles no son exclusivas ni definitorias en la determinación del carácter de una persona. El mundo de su infancia no es el único ambiente que interviene en su formación. También actúan otros hechos funda-

1. FROMM (1965), pp. 68-69 y 199; (1970a), p. 57.

2. FROMM (1965), p. 69. Cf. (1958), p. 74; (1968), pp. 329, 332-333; (1970), pp. 21-22.

mentales. Efectivamente, la experiencia primordial del hombre, aquella que le ocupa la mayor parte de su tiempo y de su energía es el trabajo. Este es siempre algo concreto, realizado dentro de un sistema económico específico. El hombre trabaja en condiciones impuestas por la sociedad. Ahora bien, cada especie de trabajo requiere rasgos de carácter específicos y contribuye a realizar determinadas formas de conexión con los demás. Así se comprende el hecho que cada tipo de carácter sea moldeado y adaptado a las distintas condiciones socio-económicas que canalizan la energía del hombre para que sirva a la función que debe cumplir en su sociedad. El modo de vida, pre-determinado por las características del sistema económico, es el "factor primordial en la determinación de toda la estructura de su carácter, por cuanto la imperiosa necesidad de autoconservación lo obliga a aceptar las condiciones en las cuales debe vivir"¹. En resumen, el modo de producción y el trabajo que es exigido por el sistema que él genera, son decisivos en el desarrollo del carácter.

Las pasiones y tendencias del hombre son resultado de su existencia total. El orden social no las crea sino que determina cuáles han de manifestarse o predominar entre aquellas que están en potencia. Fromm especifica: "La estructura económica de una sociedad, al determinar el modo de vida de un individuo, opera, en el desarrollo de la persona, como una condición". Esto ocurre en una influencia que no es unilateral. El hombre no permanece pasivo sino que existe una interacción mutua², como afirma Marx: "las circunstancias hacen a los hombres lo mismo que los hombres hacen a las circunstancias"³.

Con su concepción acerca del carácter, Fromm se une a

1. FROMM (1968), pp. 43-44. Cf. *ibid.*, pp. 200 y 317; (1965), pp. 67-68; (1958), p. 5; (1970), pp. 11, 124, 127-135 y 142-143; (1974), p. 15.

2. Cf. FROMM (1958), pp. 19-97; (1965), p. 69; (1968), pp. 24, 31, 37, 39, 42, 44 y 134-135; (1975e), pp. 55-68. El subrayado es de Fromm.

3. MARX-ENGELS (1969), p. 39. Cf. MARX (1975c), t. II, pp. 404-405.

una gran corriente de investigación que parte de dos conclusiones de Marx, las cuales se integran en la comprensión y explicación del ser humano. La primera delimita una definición abierta, dinámica, concreta del hombre: "la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en realidad, el conjunto de las relaciones sociales"¹. La segunda, formula concisamente el origen de la conciencia: "No es la conciencia del hombre la que determina su ser, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia"².

Este es un fenómeno complejo, imposible de reducir a un esquema mecánico, fijo. El pensamiento de un individuo puede responder a la influencia del medio de diferentes formas: mediante la adaptación, el rechazo o la rebelión; el resultado puede ser una síntesis de las ideas que encuentra en su medio con las que provienen de otro lugar; puede también contrarrestar e incluso superar la influencia del medio gracias a "Ideologías alejadas en el tiempo y en el espacio"³. En todo caso, la circunstancia en que el hombre está inserto, no hay que entenderla "como totalidad de objetos muertos, ni siquiera de medios de producción; la 'circunstancia' es la unidad compuesta por fuerza productiva, estructura social y forma mental"⁴. Circunstancia y hombre no son entidades separadas. Entre ambos hay una relación dialéctica, es decir, el hombre experimenta la acción global de las realidades económicas, sociales, políticas, intelectuales, religiosas, pero a su vez reacciona sobre esas realidades⁵.

1. MARX (1975c), t. II, p. 405.

2. MARX (1977b), p. 77.

3. GOLDMANN (1959), p. 47; cf. (1973b), p. 50.

4. HELLER (1971), pp. 19-20.

5. Cf. GOLDMANN (1973b), pp. 91-93.

III. CONCEPTO DE CARÁCTER SOCIAL

Los individuos que forman parte de determinada sociedad difieren, ciertamente, en sus caracteres personales, pero dejando de lado esas diferencias, es posible distinguir ciertas estructuras caracterológicas específicas a un conjunto de individuos. Esa estructura psíquica común Fromm la denomina carácter social. La define como "núcleo esencial del carácter de la mayoría de los miembros de un grupo", especificando que este núcleo "se ha desarrollado como resultado de las experiencias básicas y los modos de vida del grupo mismo"¹.

El carácter social no es un concepto estático que presente exclusivamente la suma de los rasgos de carácter pertenecientes a la mayoría de los individuos de una sociedad o grupo determinados. Se le comprende más fácilmente en referencia al papel que cumple dentro del sistema de relaciones entre los hombres.

Cada sociedad está organizada y funciona en formas determinadas, necesarias a objetivos precisos. No existe la sociedad en general sino estructuras sociales específicas que funcionan en formas diferentes y discernibles. Si bien esas estructuras cambian en el transcurso histórico, durante cierto lapso permanecen relativamente fijas. Sus miembros deben comportarse en la forma requerida y permitida por el sistema social. La función del carácter social es "moldear las energías de los miembros de la sociedad en forma tal que su conducta no implique una decisión consciente en cuanto a observar o no las pautas sociales, sino el deseo de actuar como tienen que hacerlo, al mismo tiempo que obtienen satisfacción de actuar según los intereses y necesidades de la cultura. En otras palabras, la función del carácter social es moldear y encausar la energía humana que existe dentro

1. FROMM (1968), pp. 322-323, Cf. (1958), p. 71; (1974a), pp. 253-261; (1975d), p. 88.

de una sociedad dada con el propósito de mantener dicha sociedad en continuo movimiento"¹.

La estructura social y la función del individuo dentro de ella determinan el contenido del carácter social. A su vez, la estructura del carácter determina el pensamiento, la acción y la vida emocional de los individuos. El carácter social "es el intermediario entre la estructura básica y la superestructura"²; su génesis debe entenderse como una interacción de factores económicos, sociales e ideológicos, donde los primeros tienen cierto predominio en el sentido que al individuo y a la sociedad les interesa primordialmente sobrevivir. Es esta urgencia la que determina el modo y las prácticas de la vida. Sólo cuando queda asegurada la supervivencia, es posible dedicarse a satisfacer otras necesidades.

La función del carácter social no se limita a la de ser elemento estabilizador: "Mientras las condiciones objetivas de la sociedad y de la cultura permanecen estables, el carácter social tiene una función predominantemente estabilizadora. Si las condiciones externas cambian de tal manera que ya no encajan bien con el carácter social, se produce un rezago que con frecuencia convierte la función del carácter social en un elemento de desintegración en vez de serlo de estabilización, en dinamita en vez de cemento social"³.

No se puede hablar de carácter social en general sino de orientaciones dominantes del carácter. Siempre existen orientaciones que no desaparecen totalmente ante las dominantes, de manera que "cuando las circunstancias cambian en un sentido significativo", se tiene la posibilidad de producir "fuerzas orientadoras que estaban latentes y que son más apropiadas a las nuevas circunstancias". Pero esto no se realiza en un proceso mecánico y simple: "El sistema de ca-

1. FROMM (1971c), p. 72. Cf. (1958), pp. 71-72; (1970), pp. 17-18.

2. FROMM (1970), p. 18, nota N° 24. Cf. (1958), pp. 73-74.

3. FROMM (1958), p. 73; cf. (1978), p. 158.

rácter inicial no desaparece sino que será en parte reemplazado y en parte combinado con una nueva estructura de carácter que puede ser radicalmente distinta de la original pero suficiente para crear una forma diferente de rasgos de carácter motivadores"¹.

Fromm advierte que el carácter debe ser comprendido globalmente en términos de procesos y no según el modelo causa-efecto y, además, que la estructura del carácter, "como cualquier otro sistema, tiene un gran poder de cohesión porque cada parte está encadenada a todas las otras, y un cambio en una requiere un cambio en todas las otras partes"². Estas todas las otras partes del sistema incluyen primordialmente las circunstancias.

1. FROMM (1970), p. 22.

2. Ibid., 22-23; cf. (1971a), pp. 116-117.

SEGUNDA PARTE

COMPRESION DEL VIVIR DESCRITO EN EL UNIVERSO NARRATIVO DE MANUEL ROJAS

INTRODUCCION

1. MANUEL ROJAS. ALGUNOS DATOS BIOGRAFICOS

Me resulta difícil entregar sólo datos estadísticos, fechas de nacimiento, de publicaciones, de muerte. Me gustaría hablar del hombre que numerosas veces debió atravesar la cordillera de Los Andes a pie, que se sentía profundamente atraído por las cumbres de las montañas y que poco antes de morir pidió a su hija María Paz que lo llevara a ver el mar; referirme al hombre que amó con ternura, que lloró la muerte de su compañera, que enfrentó la vida con pasión y fuerza, mirando siempre hacia adelante, como lo expresó en un poema donde le dice a su corazón cada mañana:

¡Eh, marinero!
Estamos listos otra vez, suelta las amarras.

Pero la realización de ese deseo me alejaría del punto que me propongo investigar. Debo limitarme a enumerar algunos datos. Esto, que puede resultar frío, burocrático, es útil para ubicar al autor en la tierra y en el tiempo.

Me salto el encasillamiento que se le puede hacer dentro de las corrientes literarias¹. La perspectiva en que me coloco no es la de establecer, confirmar o negar clasificaciones, como tampoco determinar problemas de influencias. De las clasificaciones, Manuel Rojas opina: "cuando alguien me dice que soy criollista, neocriollista o criollista popular, me produce tanta impresión como si dijera que soy animal de sangre caliente, bípedo y de marcha vertical. Cuando empecé a escribir lo hice sin propósito determinado. No quería decir ni esto ni lo otro, tratar de aquello o de esto. Escribía, nada más, y así sigo haciéndolo"².

Si acepta referirse al estilo, se desprende de cualquier concepto paralizador. Adhiere a la definición de Flaubert -"El estilo, en sí mismo, es una manera absoluta de ver las cosas"- y la desarrolla agregando: "una manera absoluta de ver las cosas es verlas objetiva y subjetivamente, sentirlas, si es posible"³.

De su experiencia práctica nos dice: "Al escribir mis cuentos y mis primeras novelas, y aún ahora <1969>, nunca pretendí dar a mi prosa algo que pudiera llamarse estilo, en primer lugar porque no sabía qué era estilo y en segundo porque tal cosa no me preocupaba. Procuré usar un lenguaje de acuerdo con la condición del personaje, con el tema y el ambiente, no sólo desde el punto de vista narrativo o reflexivo, sino también desde el punto de vista emocional, un lenguaje que lograra transmitir lo que me dominaba al escribir". Y más adelante: "Yo quería contar algo y el deseo de contar lo era superior a una preocupación de lograr un lenguaje de esta índole o de otra. Lo único que deseaba era contar lo de manera viva, con un lenguaje directo, fácilmente comprensible. Nunca me propuse deslumbrar a nadie: lo que quería, quizá inconscientemente, porque tampoco me lo propo-

1. Lo han catalogado como criollista, realista, superrealista, representante genuino del cuento popular, miembro de la generación de 1927.

2. ROJAS, "Algo sobre mi experiencia literaria", en (1969), p. 32.

3. Ibid., p. 23.

nía, era emocionar"¹.

Estas confesiones son interesantes a retener para un análisis que elige centrarse en el texto, donde es posible encontrar la vivencia de un grupo social. La intención misma de Manuel Rojas no fue que se le conociera a él sino precisamente esa vivencia. Ante la pregunta de por qué escribe, respondió resumiendo su vida, sus experiencias relacionadas directa o indirectamente con ciertos grupos sociales².

A continuación anoto algunos datos y fechas que jalonan su biografía y permiten situarlo:

1896: nace en Buenos Aires, el 8 de enero; sus padres: Manuel Rojas y Dorotea Sepúlveda, ambos chilenos.

1900: sus padres se trasladan a Santiago de Chile.

1903: con su madre, viuda, vuelve a Buenos Aires, avicinándose en el barrio Boedo. Viven en la calle Colombres: "En la primera habitación con ventana a la calle, residía un sastre socialista que me enseñó a cantar 'Hijos del pueblo' ".

1910: no puede continuar sus estudios a causa de dificultades económicas de su familia.

Oficios que aprende en su niñez:

- . sastrería: pegar botones
- . portero y barredor: en un consultorio para adelgazar
- . empresa de mensajeros: empleado de uniforme
- . talabartería: aprendiz de talabartero
- . costurería: ayudante de hilvanar
- . lector

Oficios que destacan en su adolescencia:

- . carpintero manual
- . aprendiz de carpintero mecánico en el taller del ferrocarril central argentino.

En fecha posterior a 1910 se traslada a Mendoza; desempeña los siguientes oficios:

- . aprendiz de pintor
- . ayudante de electricista

1. ROJAS, "Hablo de mis cuentos", en (1970), pp. 19-20.

2. ROJAS (1960a), pp. 37-47.

- . actor en ópera y en circo
- . acarreador de uva
- . obrero en el ferrocarril Transandino.

1912: 29 de abril, regresa a Chile:

- . pintor de carruajes, en Santiago.

1913: . cuidador de faluchos, en Valparaíso.

1914: es el tiempo en que empieza a escribir; oficios:

- . pintor de chalets en un balneario de la costa
- . redactor de un periódico anarquista
- . corresponsal de un diario de Buenos Aires.

1918: oficios:

- . actor y consueña
- . linotipista en la revista Numen, en la imprenta "Cervantes", El Diario Ilustrado y otros talleres.

* en una antología publicada por el "grupo de los Diez", aparece su soneto Gusano; también escribe: Daniel, drama inconcluso, inspirado en un lírico italiano; La bofetada, sainete que no tuvo éxito.

1920: obtiene la nacionalidad chilena.

1921: * bajo el título de "Poéticas". la revista argentina Ideas y figuras le publica, en un número, todos sus versos.

1923: * su cuento Laguna: segundo premio en un concurso del diario La Montaña, de Buenos Aires; su cuento "El hombre de los ojos azules", es premiado en la revista Caras y caretas, de Buenos Aires. La misma revista publica el cuento "Un espíritu inquieto". La revista El Suplemento publica el cuento "El cachorro". "El bonete maulino".

1926: trabaja como linotipista.

* publica:

- . Hombres del sur, volumen que contiene los siguientes cuentos: "Laguna", "Un espíritu inquieto", "El cachorro", "El bonete maulino", "El hombre de los ojos azules".
- . Tonada del transeúnte, volumen de versos.

1927: linotipista en el diario la Nación y redactor libre de Los Tiempos (seudónimo: Pedro Norte).

1928: en el mes de Septiembre se casa con María Baeza (del matrimonio irán naciendo: María Eugenia, Patricio, María Paz).

- . trabaja en la Biblioteca Nacional
- . redactor de planta de Los Tiempos.

1929: muere su madre

- * recibe el premio "Marcial Martínez" y el de la revista Atenea por el cuento "El delincuente".
Publica el volumen El delincuente, que contiene los siguientes cuentos: "El delincuente", "El vaso de leche", "Un mendigo", "El trampolín", "El colocolo", "La aventura de Mr. Jaiva", "Pedro el pequenero", "Un ladrón y su mujer", "La compañera de viaje".

1931: director de las prensas de la Universidad de Chile.

1932: escribe artículos en el diario Las Últimas Noticias

- * publica Lanchas en la bahía.

1934: * publica el volumen Travesía, que contiene los siguientes cuentos: "Bandidos en los caminos", "El hombre de la rosa", "La suerte de Cucho Vial", "Canto y baile", "El León y el Hombre", "El fantasma del patio", "Historia de hospital", "Poco sueldo", "El rancho en la montaña".

- * en años posteriores van apareciendo sus siguientes cuentos: "Una carabina y una cotorra", "Pancho Rojas", "Mares libres", "Oro en el sur", "Zapatos subdesarrollados".

1936: muere su esposa María Baeza

- . entre 1936 y 1937 es presidente de la Sociedad de Escritores de Chile.

- * escribe las novelas Lanchas en la bahía y La ciudad de los césares.

1938: empleado en el hipódromo Chile

1951: ingresa al partido socialista; queda encargado de la divulgación cultural; como el partido apoya al general

Ibañez para las elecciones presidenciales, renuncia.
- director de los Anales de la Universidad de Chile.

* escribe la novela Hijo de ladrón.

1952: * comienza a escribir la novela Mejor que el vino; la terminará en 1957.

1957: recibe el Premio Nacional de Literatura.

1959: * comienza a escribir su novela Punta de rieles, que terminará al año siguiente.

1960: * escribe El árbol siempre verde, volumen de ensayos y experiencias literarias.

1962: * publica Antología autobiográfica.

1963: * Pasé por México un día, apuntes de viaje.

* escribe su novela Sombras contra el muro.

1964: * escribe Breve historia de la literatura chilena.

1966: viaja a Cuba como jurado de novela del Premio Casa de las Américas.

1967: * Imágenes de infancia, recuerdos.

* A pie por Chile, antología de artículos sobre vivencias de lugares geográficos.

1969: * Viaje al país de los profetas, artículos de viaje y reflexiones de orden político.

1970: * escribe su novela La oscura vida radiante

1971: viaja a Cuba como jurado de novela del Premio Casa de las Américas.

1973: muere en Santiago de Chile.

Podemos terminar este listado cronológico anotando las propias palabras de Manuel Rojas: "Tal es, acaso en demasiadas palabras, mi curriculum como escritor y casi mi curriculum como hombre", y, tomando una expresión suya, puedo decir que "lo demás" aparecerá en las páginas que siguen¹.

1. ROJAS (1960), p. 44; (1962), p. 12.

II. MODO DE PROCEDER EN EL ANALISIS

En la INTRODUCCION he propuesto en términos generales el problema a estudiar; en la PRIMERA PARTE -REFERENCIAS TEORICAS- he circunscrito el campo de investigación, fundamentado su aptitud para la pedagogía de ciencias humanas y formulado la psicología social que me da las herramientas de análisis. Antes de entrar a éste, adelanto algunos de los pasos con que he procedido.

Para realizar mi trabajo ya tenía elegido el campo de estudio: una obra de ficción. ¿Por qué me decidí por la narrativa de Manuel Rojas?

Es difícil expresar las razones de una elección donde no pocas veces juegan la intuición y ciertas tendencias personales. Pero algo puedo intentar.

En un comienzo, recordé algunas obras de la literatura chilena con las que tuve contacto como lector común, que las lee sin pretensión de estudio sistemático. Traté de evocar la vivencia que tuve de ellas y entre todas quedó más persistente la obra de Manuel Rojas: en su mundo narrativo uno entra en contacto con hombres sufrientes, víctimas de un sistema; seres que están totalmente adaptados, mientras otros luchan y, cuando sucumben, no se doblegan. Me llamaba la atención cómo en sus descripciones, el narrador no era ni ingenuamente optimista ni amargamente pesimista.

A partir de este recuerdo procedí a una lectura exploratoria, en orden cronológico, de toda la narrativa de Manuel Rojas. Lo hice teniendo como punto de referencia mi interés pedagógico, el problema que quería investigar, la psicología social que pensaba utilizar. Esta nueva aproximación me mostró que la obra de Manuel Rojas era de un acceso "fácil" para alumnos que carecen de un implemento teórico-literario; que en él hay realmente la descripción de un sufrir humano donde las circunstancias no son ajenas. Su narrativa es rica en describir situaciones de vida que muestran a los

personajes en relación unos con otros y con su medio.

Como esa lectura confirmó mis primeras apreciaciones, hice un reordenamiento de las obras teniendo como mira la mejor forma de entrar en ellas y avanzar progresivamente en la comprensión del mundo descrito. Luego, a través de una nueva lectura, esta vez más detenida, pude determinar algunos cuentos y ciertas unidades narrativas dentro de las novelas, que rigen el conjunto de la obra. Estos cuentos y unidades narrativas abren diversas perspectivas, distintas dimensiones complementarias del universo descrito en la totalidad de la obra.

Decidí comenzar con dos cuentos que considero son una puerta de entrada eficaz para ver cómo está construida la obra. Desde el universo descrito en ellos paso a un análisis más global del conjunto de la narrativa.

Procedo de la siguiente manera: en primer lugar hago un resumen del texto; en seguida destaco los pasajes más significativos, dando especial importancia a la forma en que ese universo contiene o ha elaborado el problema de estudio (mutilación del ser humano) y la estructura inmediata en que se inserta (vivir humano). Sigo los dos pasos integrales que propone el estructuralismo genético para la investigación social: comprensión y explicación.

En el momento más explícito de la comprensión pongo de manifiesto el universo descrito. Como el problema elegido es un elemento del vivir humano, he partido de la base que éste debe encontrarse en la descripción del vivir que realiza el texto. Por ello dedico especial atención a la estructura y función de ese vivir.

En el momento de la explicación introduzco categorías de la psicología social que no se encuentran directamente en el texto. Como la corriente que sigo en esta disciplina indica que la cualidad del vivir depende determinadamente del tipo de sociedad, vuelvo a la comprensión para determinar, ateniéndome exclusivamente al texto, los elementos que me permiten hablar de una estructura que incluye al vivir des-

crítico y que puede ser nombrada sociedad¹. El vivir descrito es un elemento constitutivo y funcional de esa estructura. Esta última, por su parte, elucida la estructura y génesis del vivir humano aprehendido en la narración.

En líneas generales, el conjunto formado por el vivir, el mundo y la sociedad descritos los llamo universo; hablo de mundo cuando la narración se refiere a un medio no bien determinado, al cual no puedo, por lo menos desde un comienzo, aplicarle las características de una formación social. Con el término naturaleza designo al medio geográfico-físico. Empleo la terminología como si... cada vez que hago una afirmación que no se desprende directamente del texto pero que es posible deducir de él.

El punto de vista con que elijo los textos a citar es el del narrador, sea que éstos reproduzcan sus propias palabras u otras que se insertan en su perspectiva.

Hay un problema de presentación para remitirse al texto. Como no es posible suponer que el lector lo conozca íntegramente o que puede retener su totalidad en la memoria, he preferido, al comienzo del análisis, ponerlo en contacto directo con la narración mediante cierta profusión de citas textuales. Más adelante éstas se reducen a los párrafos de mayor relevancia.

Para citar los cuentos, he asignado a cada uno de ellos una letra del alfabeto español, según el orden en que aparecen en la edición preparada por el propio autor (1970):

- A Laguna
- B El cachorro
- C Un espíritu inquieto

1. Con tal denominación me refiero a una formación social global cuyas características puedo enumerar de la siguiente manera: a) es producto de hombres que están entre sí en determinadas relaciones; b) esas relaciones están consolidadas en instituciones de cierta estabilidad; c) su finalidad preeminente es asegurar un sistema de producción específico cuya organización, al fijarse, engendra formas jurídicas que son su forma visible.

- CH El hombre de los ojos azules
- D El bonete maulino
- E El delincuente
- F El vaso de leche
- G Un mendigo
- H El trampolín
- I El colocolo
- J La aventura de Mr. Jaiva
- K Pedro, el pequenero
- L Un ladrón y su mujer
- LI La compañera de viaje
- M Bandidos en los caminos
- N El hombre de la rosa
- Ñ La suerte de Cucho Vial
- O Canto y baile
- P El León y el Hombre
- Q El fantasma del patio
- R Historia de hospital
- S Poco sueldo
- T El rancho en la montaña
- U Una carabina y una cotorra
- V Oro en el sur
- X Mares libres
- Y Pancho Rojas
- Z Zapatos subdesarrollados

Para citar las novelas, el número de página del párrafo transcrito lo hago preceder de las abreviaciones siguientes:

- LB: Lanchas en la bahía
- PR: Punta de rieles
- HL: Hijo de ladrón
- MV: Mejor que el vino
- SM: Sombras contra el muro
- OR: La oscura vida radiante

Las cuatro últimas novelas forman una tetralogía.

CAPITULO PRIMERO

ESTRUCTURA DE LOS CUENTOS

LAGUNA Y EL CACHORRO

1. LAGUNA

1. Resumen del cuento

El cuento está escrito en primera persona como forma de rememoración. El narrador recuerda que teniendo 17 años logró contratarse en los trabajos que se realizaban en la cordillera para construir túneles de protección contra la nieve y las avalanchas en la línea ferroviaria que une Chile y Argentina. En ese trabajo conoció al chileno Laguna, del cual logró retener especialmente la fatalidad que constantemente lo perseguía.

Esa fatalidad se va concretizando en varios accidentes que Laguna tiene en el trabajo: por poco se congela cuidando la línea del tren; al correr para evitar la caída de un poste, tropieza y casi se quiebra una pierna; cae de un vagón, se rompe todos los dientes, además de resultar con dos heridas en la cara. Por este último accidente es enviado al hospital.

Finalmente, terminado el trabajo en la línea ferroviaria, el narrador, Laguna y dos anarquistas intentan atravesar la cordillera a pie para ir a Chile. En el camino una avalancha les cierra el paso. Laguna es el único que no logra atravesar el planchón de nieve dejado por la avalancha. En medio del viento y de la noche desaparece.

2. Algunos elementos constitutivos del cuento

Al comienzo el narrador destaca, dentro de sus experiencias de juventud, el conocimiento que hizo de un hombre y concluye su relato con una evacuación a la fatalidad de este ser. La narración inmediata está determinada por ese comienzo y ese final: contar el fuerte recuerdo que se tiene de la fatalidad de un hombre. Y eso nos ha quedado claro en una primera lectura. Examinemos a continuación las características de otros elementos.

a. El trabajo descrito

Adentrándonos en una segunda lectura percibimos que el trabajo va apareciendo en forma constante desde el segundo párrafo del cuento hasta las escenas finales. Y podemos añadir que es la realización de un trabajo lo que enmarca la narración de los hechos que constituyen el cuento. Incluso constatamos que dentro de las 11 páginas en que el cuento se extiende, se menciona directamente 10 veces el trabajo y 3 veces la fatalidad de Laguna. Ese trabajo aparece con características bien concretas, que podemos enumerar siguiendo la narración: es escaso (27)¹; reúne a hombres de distintos países (27); las condiciones en que se desarrolla son duras y ajan a los hombres (31); el trabajo en sí es duro y peligroso (31-34); el beneficio que aporta a quienes lo realizan es mínimo, de manera que una vez terminado, aquellos deben buscar inmediatamente otro, con premura (27); trasluce una diferencia entre dos grupos de hombres, por un lado están aquellos que realizan el trabajo y por otro quien los contrata (27); avanza ajeno a la penuria, al esfuerzo y a las desgracias que aquejan a los hombres que lo realizan (33).

1. Cuando se trata de una sola narración, al dar la referencia de página omito la sigla que le corresponde. En las citas de la narrativa el subrayado es siempre mío.

b. El grupo de los trabajadores

Llamo trabajadores al grupo de hombres que realiza directamente el trabajo. El texto los denomina "peones". Presentan las siguientes características: dependen para vivir sólo del trabajo que realizan (27); encontrarlo no les es fácil (27); para ser aceptados en el trabajo dependen de una voluntad ajena, que busca en ellos sólo su capacidad física (27 y 31); realizan una tarea dura (31); están expuestos a accidentes que produce ese trabajo (32-34); aparecen realizando labores aisladas, sin conexión unas con otras ni con una realidad más amplia: terminada la cosecha de la uva, parten (27), terminado el trabajo de los túneles, parten (34-35); no les pertenece la obra en la cual se inserta su trabajo, por eso no tienen acceso a los beneficios de esa obra ni cuando trabajan ni cuando han dejado de hacerlo: para ir a Chile cruzan la cordillera a pie, no en tren, y, si bien han trabajado en túneles que protegen la vía férrea de rodados, es un rodado el que les cierra el paso en su camino (35-38); terminado el trabajo, no se llevan en sí ningún rasgo positivo que los haya marcado por lo que han hecho, ni en nada quedan vinculados a la obra: los frutos de la cosecha de la uva quedan en un lugar lejano a aquel en que ellos están en el momento de la narración y los túneles que han levantado quedan aparte del camino que deben recorrer (35-38); después que han terminado su trabajo, a nadie le interesa su suerte, quedan abandonados a merced de sus solas fuerzas -ínfimas-, como se ve desde el momento en que comienza el relato del cruce de la cordillera (35-37); uno de ellos, Laguna, desaparece, sin que de él quede ninguna huella (37-38); no tienen un lugar fijo en el cual permanecer largo tiempo (35); para ellos no hay un lugar adecuado en que se les acoja en el sitio de trabajo (30); además de los rigores del trabajo, padecen los de la naturaleza (30-32); deben procurarse por sí mismos parte de la indumentaria para el desempeño en el trabajo (34); el dinero que éste les re-

porta parece ser poco: grandes distancias deben ser recorridas, penosamente, a pie, además que inmediatamente después de terminado un trabajo deben buscar otro -la única pausa entre la cosecha de la uva y la construcción de los túneles está representada por la búsqueda de un nuevo trabajo (27 y 34-38)-; la única actividad que realizan es trabajar o está en relación con el trabajo (buscarlo y aprovisionarse para efectuarlo); pertenecen a distintas nacionalidades (27); entre ellos hay ciertas diferencias materiales, como la posesión o no de un equipaje y la posibilidad de comer (28 y 30); esas diferencias las atenúan compartiendo (28, 31, 35).

De estas 19 características, 17 se refieren al trabajo: 9 en forma directa y 8 en forma indirecta. Esta constatación refuerza el hecho que a los miembros de este grupo los denomine trabajadores.

c. Características de otros elementos

Existen algunos personajes que no aparecen muy destacados en la narración y tres instituciones que son mencionadas tangencialmente:

- 1) el Inglés: sólo aparece tres veces y en relación al trabajo y a los trabajadores: organiza el trabajo, tiene poder de decisión sobre los trabajadores (27 y 31);
- 2) el jefe y el capataz: cada uno aparece sólo una vez y como intermediario entre la empresa y los trabajadores; son depositarios de cierto poder de la empresa sobre los trabajadores (34);
- 3) guardias: aparecen directamente una vez, en plural, con una actuación de injusticia hacia un trabajador (33); indirectamente, en una indicación de la narración en la que se nos comunica que los trabajadores tienen una experiencia negativa de los guardias (35);
- 4) dos anarquistas: de ellos se dice que son chilenos, y vuelven a su país a pie; aparecen varias veces en las

tres últimas páginas del cuento; de uno de ellos se da el nombre y es él quien toma la iniciativa de atravesar el planchón de nieve dejado por la avalancha; este mismo anarquista y el narrador buscarán a los dos que se extravían;

5) unos arrieros: se les piden datos sobre las condiciones del tiempo y en su pronóstico se equivocan (35 y 36);

6) hospital: se le menciona dos veces, como un lugar lejano al mundo y a la vida del trabajador (34-35);

7) la Compañía: la encontramos una sola vez, así con mayúscula, como una entidad con existencia propia que no trata directamente con los trabajadores sino mediante intermediarios (34);

8) religión: hay dos referencias a la religión cristiana: una pequeña oración de queja o de lamento que la narración cataloga de interjección (30); un símbolo de esa religión aparece como una señal de orientación física, respecto de la cual los hombres actúan con sus propios medios (37).

d. La naturaleza descrita

La naturaleza en la narración está constituida por las grandes montañas de la cordillera, la noche, el frío, el río y la nieve. Estos elementos son esencialmente referidos a los trabajadores:

1) la naturaleza es enorme, grandiosa, superior al hombre, incluso en sus momentos de quietud:

Una sensación inmensa de pequeñez sobreco-
gió mi espíritu cuando al descender del
tren recorrí ese inmenso anfiteatro de
montañas. El cielo me parecía más lejano
que nunca. Ni un árbol. Aridez absoluta en
todo lo que se veía. Rocas que se erguían,
crestas rojas o azules, manchones de nie-
ve, soledad, silencio. El tren se perdía
como un gusano, entre las moles, ridículo
de pequeño. Y los hombres parecíamos más
pegados al suelo que en ninguna parte
(29);

2) la naturaleza resulta hostil a los trabajadores: el frío constantemente los acecha (30-33); la noche refuerza los obstáculos de otros elementos (35); la nieve se va interponiendo entre ellos y el nuevo punto que buscan (35-37); el viento les dificulta preparar el precario sitio de descanso (30), los estorba en su camino (35-36).

Ante la naturaleza estos hombres prácticamente están indefensos. Para enfrentarla sólo poseen sus propias fuerzas y medios muy rudimentarios (37). Aunque realmente eso sucede sólo cuando los afecta a ellos y no cuando la enfrentan por mandato de otro. Entonces sí logran dominarla.

3. Características generales del vivir descrito

El vivir descrito en el cuento Laguna está estructurado por determinadas relaciones que se establecen entre sus diferentes elementos, los que podemos ordenar en dos conjuntos. Por un lado tenemos al grupo de los trabajadores y, por otro, diversos elementos representados por el inglés, el capataz, la Compañía, los guardias y la naturaleza, con los cuales los trabajadores tienen una relación de dependencia y de inferioridad. Junto a las relaciones, destacan ciertas experiencias básicas que son comunes a los trabajadores.

a. Relaciones descritas

1) entre los trabajadores y el inglés: situación de dependencia por parte de los trabajadores: dependen del inglés para ser aceptados en el trabajo; situación de subordinación por parte de los trabajadores: hay un control del inglés sobre el trabajo que realizan. Esa dependencia de los trabajadores va más allá del otorgamiento o no de trabajo: los "recursos" que por él obtienen les permiten subsistir. En resumen, se trata de una relación de dependencia y de poder no recíprocos. Esta relación de no reciprocidad se ve también en el hecho que el inglés busca en los peones sólo su capa-

ciudad de trabajar y los peones en el inglés sólo un mediador para conseguir sus recursos. Es importante considerar que las dos únicas veces que el inglés habla en la narración es para preguntar "¿Usted es bueno para trabajar?" y decir "Aceptado" (27);

- 2) entre los trabajadores y el capataz: situación de dependencia por parte de los trabajadores;
- 3) entre los trabajadores y los guardias: injusticia de los guardias hacia un trabajador; situación de desamparo de ese trabajador frente a los guardias; actitud de recelo de los trabajadores frente a los guardias; los guardias aparecen con poder de abuso sobre la libertad de un trabajador;
- 4) entre los trabajadores y la Compañía: no hay relación directa. La Compañía tiene representantes o intermediarios con los cuales deben entenderse los trabajadores. Se trata de una relación anónima;
- 5) entre el inglés y la Compañía: no hay referencia directa en el texto, pero podemos considerar que la relación del inglés con la Compañía es la de representarla para contratar trabajadores y supervisar su trabajo;
- 6) entre el capataz y la Compañía: la relación del capataz con la Compañía es de intermediarla entre ésta y los trabajadores;
- 7) entre el capataz y el inglés: la narración no da ningún elemento directo que permita establecer una relación entre ellos;
- 8) entre el inglés, el capataz y la Compañía, por un lado, y los guardias por otro: no existe ninguna señal en el mundo de la narración que permita establecer una relación entre ellos;
- 9) entre los mismos trabajadores: se destacan relaciones de camaradería, expresadas en bromas, y relaciones de solidaridad, expresadas en compartir el lugar donde se duerme y la comida, en auxiliarse en accidentes, y en ir juntos a la

búsqueda de otros rumbos. Compartir algunas de estas cosas y tomar parte en las mismas experiencias de vida es considerado amistad;

10) de los hombres con la naturaleza: el hombre frente a la grandiosidad de la naturaleza, que se concretiza en las montañas de la cordillera, se siente pequeño; las obras del hombre, por ejemplo el tren, aparecen ridículas; la naturaleza es hostil para los peones, éstos deben luchar con sus elementos que obstaculizan el trabajo y la búsqueda de otros lugares de vida. En ella la amenaza de muerte es latente.

b. Experiencias básicas

Los principales rasgos del vivir descrito corresponden a los de los trabajadores, por lo que me limito a enunciar las experiencias que ellos comporten:

- 1) un vivir circunscrito por el trabajo, ya sea en su realización, su búsqueda o la preparación a realizarlo;
- 2) necesidad absoluta de encontrar trabajo, de no tener un plazo para carecer de él;
- 3) realización del trabajo en condiciones duras y peligrosas;
- 4) una vida que también es dura fuera del trabajo;
- 5) dependencia de un poder ajeno a su voluntad para encontrar trabajo y realizarlo;
- 6) realización de una actividad que domina una acción perjudicial de la naturaleza (los rodados sobre la línea del tren;
- 7) no ser beneficiados por esa actividad (un rodado les dificulta atravesar la cordillera y uno de ellos desaparece a consecuencia de ese rodado);
- 8) ciertas experiencias básicas dejan en ellos un conocimiento que les hace temer no sólo la falta de trabajo

sino también el encontrarse con los guardias;

9) posibilidad de contar, en algunos momentos, con el apoyo individual de miembros de su grupo.

De las representaciones que pueden hacerse de sí mismos a partir de las experiencias de vida, el texto explícitamente habla sólo de la de Laguna: "Yo soy un roto muy fatal" (29 y 31).

4. Un elemento que estructura la totalidad de la narración

Al resumir este cuento dije que de una primera lectura podríamos deducir que el tema de la narración es la fatalidad que persigue a un hombre. Apoyado en los elementos estructurales que he puesto de relieve, veré a continuación las características que asume esa fatalidad en el texto.

Se trata de una fatalidad que concierne a la totalidad de la vida de un hombre,

vida extraña y maravillosa, llena de vicisitudes y de pequeñas desgracias que se sucedían sin interrupción (28).

El texto se refiere especialmente a una serie de accidentes que le ocurren uno tras otro, sin que él nunca pueda escapar. Son accidentes que en el transcurso de la narración van creciendo en gravedad, como formando un círculo alrededor de Laguna, círculo que al final se cierra sobre él. Cada uno de esos accidentes son hechos que lo hieren directamente y le hacen tener determinada concepción de sí y de la realidad.

Al comienzo esa mala suerte es vista como una serie de anécdotas semi-cómicas, cuya relación provoca risa e incluso cierta hilaridad (29). Más adelante encontramos la concepción que el propio afectado tiene sobre la fatalidad que lo acosa: ella está constituida por infortunios que deben venir siempre, inexorablemente, y sobre los cuales es imposible

actuar (32).

La primera adversidad de Laguna que narra el presente del texto se refiere a una carencia: no tiene con qué taparse en la noche, hecho que le hace ratificar:

Yo soy roto muy fatal (30-31),

Indicando que su situación la considera inalterable e intrínseca a su personalidad. Pero el texto nos ha dado anteriormente un elemento importante: a los peones no se les esperaba "con alojamiento preparado en el hotel" (30). En otras palabras, es la Compañía quien no ha proporcionado alojamiento adecuado a estos trabajadores. La autoestimación de Laguna depende de condiciones que están fuera de su control.

En el texto hay una serie de detalles, rasgos de cosas que los peones deben aceptar sin que intervenga su voluntad, tales como la manera de viajar hacia el lugar de trabajo y el tipo de trabajo que deben realizar: se contratan sólo para trabajar, sin saber ni preocuparse por cuál es la tarea concreta que deben efectuar; sólo les cabe ofrecerse (27) como peones para luego ser llevados al trabajo,

embarcados en un vagón de carga, hacina-
dos como animales (27).

Laguna es el título del cuento y es el nombre del personaje alrededor del cual se organiza en parte la narración. En el transcurso de la lectura se nos pone de manifiesto la concordancia entre el título y el contenido del cuento. La clave para descubrir esa concordancia nos la da un paréntesis que abre el narrador:

(¿Por qué se llamaría Laguna? ¿Sería un mote o un nombre? Nunca lo supe) (29).

"Laguna": simple apelativo aislado, que pudiera ser

nombre, apellido o apodo: nada lo precede y nada lo continúa, como el personaje que designa, quien aparece sin otra historia que sus desgracias y que desaparecerá simplemente sin dejar rastros. La narración señala que caer en aquella quebrada en cuyas inmediaciones desaparece Laguna es "quedar convertido en una cosa sin nombre" (37).

Pero lo que antecede no es sólo característica de Laguna. Aquello que había definido su vida individual: fatalidad, frío y hambre, terminará con su desaparición, pero lo que termina es sólo su fatalidad, su frío, su hambre. Los demás trabajadores continuarán padeciendo. Ellos, como Laguna, son simplemente "la peonada" (29) que tanto en su pasado como en su futuro tiene el trabajo, que es escaso, duro, peligroso y cuyos beneficios no les pertenece; carecen de lugar fijo, de poder y están desamparados frente a los guardias. Y esto también es una fatalidad de la cual no les es posible escapar, fatalidad que también está en relación al trabajo. El único futuro en el cual los trabajadores pueden pensar es la búsqueda de trabajo cuando ya se ha terminado uno. La actuación central del grupo de los trabajadores puede sintetizarse en la fórmula: buscar trabajo-trabajar-buscar trabajo.

Por eso decía que alrededor de Laguna se organiza sólo en parte la narración, porque ella también está organizada en torno al trabajo y a lo que los trabajadores padecen. Su pasado, presente y futuro, sus padecimientos y carencias vienen a ser los mismos de Laguna quien, después de haber trabajado por aquí y por allá, desaparece sin que nada quede por delante o por detrás de él. Todos ellos aparecen también como una especie de laguna sin mayor trascendencia.

Fatalidad dice relación con sumisión a poderes superiores por seres más débiles e impotentes. Debilidad e impotencia se concentran en una característica de carencia, que es como se describe a los trabajadores en general y a Laguna en particular: carencia de ropas y de alojamiento adecuados, de protección en el trabajo, de patria que los acoja con segu-

ridad, de pasado y de futuro, e incluso de presente porque éste tampoco les pertenece: es un presente no determinado por ellos y en el cual realizan un trabajo que es para otro. Quedan definidos por ese trabajo que les es ajeno. También los beneficios de la transformación que realizan les es ajena: no redunda en provecho propio, no cambia las condiciones de trabajo ni la fatalidad de sus vidas.

Dependencia y carencia caracterizan al grupo de los trabajadores. Ambos rasgos están relacionados en la narración y se extienden más allá de sus solos aspectos materiales. Como he señalado anteriormente, los miembros de este grupo carecen de poder para determinar y enfrentar asuntos que les conciernen vitalmente y para realizar una acción tendiente a dar solución definitiva a las dificultades que les toca padecer. Su actuar se limita a un esfuerzo por sobrevivir y dar, en algunos casos, pequeñas soluciones transitorias.

Un hecho de fatalidad -el frío que en la noche impide dormir- ha tenido una solución momentánea en la ayuda de un compañero y amigo. Si ha sido solucionable, quiere decir que las desgracias de este hombre no se deben a un destino ineluctable sino a otra cosa... Entonces cabe preguntarse, por ejemplo, ¿por qué trabajos anteriores no le dieron "recursos" para ropa? (dos veces el texto menciona explícitamente la precariedad de la vestimenta de Laguna: 28 y 3:), ¿por qué no hay seguridad en el trabajo?, ¿por qué a los peones no se les espera con alojamiento preparado? También podemos preguntar: ¿en qué momentos, en qué situaciones se desencadena la fatalidad? Hemos visto que ésta aparece materializada, sobre todo, por el trabajo.

Pero en la narración el mundo descrito es aceptado como normal, sin ningún tipo de cuestionamiento. Podemos fijarnos en las preguntas que se hacen en el texto y veremos que ninguna va en ese sentido. En un extremo encontramos la sumisión de Laguna a la fatalidad. Este aparece como imposibilitado para actuar por sí solo y salir de un lugar donde la

fatalidad se ha ensañado con él: parte sólo cuando encuentra la ayuda de un amigo, es decir, cuando lo sostiene una unión afectiva. Laguna está sometido a una fuerza externa que no controla y depende de un apoyo también externo para tratar de rehuir esa fuerza; en ningún momento se interroga por su fatalidad, salvo que por qué no ha llegado todavía (32).

Quien parecía un bufón, alguien que se reía de sus propias desgracias, es un ser aterrorizado por una fatalidad que no puede enfrentar. En él permanece la esperanza de encontrar un lugar, su patria, para escapar al golpe definitivo de la fatalidad: la muerte. Pero no logra llegar a esa hipotética tierra de seguridad. El amigo no ha podido ayudarlo más allá de ir con él. Sólo le ha sido útil como compañía, pero no ha podido facilitarle instrumentos adecuados para la travesía de la cordillera.

En este cuento se ha hecho la rememoración de un hombre, de una vida que resume en sí algunos aspectos de la vida de los trabajadores. La relación que tiene el rememorador hacia ese hombre es una mezcla de ternura, compasión y admiración. Esta admiración me queda, por el momento, como una interrogación: ¿por qué esa vida tan ilena de vicisitudes y de desgracias se le presenta al narrador "como una canción fuerte y heroica" (29)?

II. EL CACHORRO

1. Resumen del cuento

El cuento está escrito en tercera persona. La trama se desarrolla en un campamento de trabajo de las obras del ferrocarril Transandino. Manuel Martínez, apodado El Loica, consume su tiempo entre el trabajo y el juego de naipes. Su prestigio radica en que no rehuye ni el trabajo duro ni los desafíos a pelear. Durante un juego de naipes sorprende a un bandido robando el dinero apostado en el juego; el bandido

lo desafía a un duelo a cuchillo, duelo que es terminado por Manuel al herir al bandido. Manuel huye ante la llegada de la policía pero, alcanzado por ésta, es muerto a balazos. Su hijo Vicente, huérfano, es recogido por otros trabajadores, crece entre ellos y se convierte a su vez en trabajador, encargado de revisar la vía férrea. No obstante su cualidad de hombre tranquilo y de conducta intachable, es hostilizado por el sargento Chaparro, quien fue el que ordenó la descarga que mató a su padre. Vicente reacciona espontáneamente ante este hostilizamiento, pero es golpeado por los guardias y, a consecuencia de ello, enviado al hospital. Poco tiempo después de salir del hospital vuelve a producirse el hostigamiento y entonces Vicente, actuando de acuerdo a un pequeño plan, mata al sargento y escapa hasta un lugar descrito como un horizonte.

2. Algunos elementos constitutivos del cuento

El mundo descrito en El cachorro se centra en dos momentos de la vida cotidiana: el de la vida en el trabajo y el de la vida fuera del trabajo -esta división no significa que ambos momentos estén tajantemente separados. De la vida fuera del trabajo se describe el actuar de cuatro grupos: el de los trabajadores, el de los hampones, el de la policía y el de las mujeres. Las referencias hechas al trabajo son breves, aunque no poco importantes. De hecho, el cuento tiene nueve páginas y en seis de ellas se nos habla del trabajo.

a. Grupo de los trabajadores

La narración se centra especialmente en dos trabajadores: Manuel Martínez y su hijo Vicente, apodado "El Niñito", pero nos da suficientes elementos para que podamos caracterizar a los trabajadores en conjunto.

1) Los trabajadores en conjunto:

- el texto se refiere a ellos como un grupo compacto, dándoles la denominación de "bandadas" y de "columnas de fuertes hombres" (40 y 44); trabajan colectivamente y parten colectivamente cuando falta el trabajo;
- de los trabajadores se da una gran característica que aparece en la primera página: son hombres que han hecho un trabajo que parece superior a sus fuerzas. El párrafo que lo describe es un verdadero elogio a estos hombres:

el que cruza por aquella vía de uno a otro país, al ver aquella línea que sube desde los viñedos mendocinos y atraviesa los campos, las montañas, los puentes, las curvas y las quebradas, y aquel túnel que no se acaba nunca, no puede creer que todo haya sido hecho por hombres de 1,65 metros de estatura y de cincuenta centímetros de pecho; no. Aquello debió haber sido hecho por hombres altos, de pechos anchos y resonantes como troncos de árboles, piernas firmes, rematadas en pies que no resbalaron nunca sobre la dureza de las rocas, y brazos gruesos y musculosos, con manos que abrieron a martillazos los agujeros en donde la dinamita explotó, estremeciendo el cerro Tolosa (39);

- no obstante, cada uno es sólo una pieza sin mayor importancia en la obra que se construye:

Vicente era hijo de uno de los tantos mineros que trabajaron en las obras de construcción del túnel (41);

- en su mayoría no tienen un lugar fijo de trabajo, de ahí que una vez concluida la construcción ferroviaria deban partir, en conjunto, hacia otros lugares (39 y 40).

2) Características de un trabajador en particular. Me detengo en el caso de Vicente, individuo destacado por el mismo texto:

- características de niño:

- . es un niño que crece trabajando (44);
- . sus experiencias vitales son prematuras, como si no hubiera vivido la etapa de la niñez (40 y 41);

- características de adulto:

- . Vicente adulto presenta características corrientes, nada de extraordinarias: realiza un trabajo sencillo (44-46), tiene amigos entre sus compañeros de trabajo (45), se muestra "silencioso y obediente" (44). La narración resalta estos dos últimos aspectos de su personalidad, los que se agregan a la ausencia de un deseo de vengarse del sargento (45);
- . junto a esas características que podemos denominar pasivas, existe cierta potencialidad que describe el siguiente párrafo:

no jugaba, apenas bebía, era un muchacho, un hombre serio. Sin embargo, en el fondo de sí mismo vivía el recuerdo de su padre, y en ocasiones, cuando por algún motivo grave se enojaba, el espíritu del finado Loica aparecía tan claro en él que los demás peones reconocían al padre en sus movimientos decididos (45).

b. Grupo de los hampones

Queda caracterizado especialmente por un individuo del cual no se da el nombre. Este llama la atención pues ocupa un lugar importante en una narración donde todos aquellos que intervienen explícitamente tienen un nombre. Sólo se da su procedencia geográfica -La Rioja- y su calidad de hampón. Ateniéndonos a la descripción, de él podemos decir: se le encuentra en un ambiente frecuentado por trabajadores, en un sitio en que se está jugando dinero; a sí mismo se atribuye un oficio, pero los demás lo catalogan de bandido; actúa como ladrón; para pelear, necesita la presencia de su grupo. De este grupo no se dan mayores datos sino que los otros tres componetes le forman "una guardia de bravos" (42).

c. Grupo de la policía

Aunque es un grupo que se encuentra en la vida fuera del trabajo, hacia el final del cuento penetra a un espacio del mundo del trabajo. Sus características están descritas en relación a los trabajadores:

- 1) tres veces actúa con un poder, y las tres veces contra algún trabajador (43 y 46);
- 2) los trabajadores temen su llegada, aunque ellos no sean los autores del delito por el cual la policía hace irrupción (43);
- 3) el texto presenta a este grupo como cobarde cuando debe hacer frente a alguien que tiene cierto poder de respuesta con la fuerza, aunque esta fuerza sea inferior (43 y 47), e incluso le da tal apelativo al jefe del grupo (44).

d. Las mujeres

Las tres mujeres que aparecen en el texto son presentadas separadamente, sin que formen un grupo. Tienen las siguientes características:

- 1) dos están definidas por cualidades exteriores corporales y cualidades internas más bien pasivas (40);
- 2) otra está descrita como un ser que no toma decisiones ni tiene iniciativas: es el hombre quien se enamora de ella, es el padre de la mujer quien lo acepta (45); es el hombre quien toma la decisión de casarse (45 y 46);
- 3) nunca hablan en el texto; en cambio, de los otros conjuntos de personas siempre alguien habla;
- 4) la narración presenta a la mujer como un obstáculo que, desde el momento del matrimonio, impide al hombre continuar una vida de aventuras; ella es, además, una especie de objeto que, al igual que otras cosas, el hombre puede encontrar en cualquier parte:

Mucho tiempo anduvieron rodando juntos por los caminos, un tiempo durante el cual les

dlo lo mismo ir hacia adelante que hacia atrás. Todos los caminos eran propicios y al final de cada uno había mujeres, puertos abiertos y mares profundos. Dos mujeres detenían a los que corrieron por las bahías de las costas del Pacífico, desde Portland, en el norte, hasta los canales del Estrecho de Magallanes, llenos de indios alacalufes (40).

e. La vida cotidiana fuera del trabajo

Tal como se la describe en El cachorro, esta vida cotidiana no es esencialmente individual sino una vida que el trabajador comparte y realiza junto a otros hombres, compañeros de faena o no. La narración la sitúa transcurriendo principalmente en el juego de azar (41, 42 y 45) y en el beber en compañía de amigos (45 y 46). En esa vida hay despedidas (39 y 40), matrimonios (46), peleas (42 y 43), muertes (44 y 47), y una parte de ella la gente la ocupa para dormir (41 y 45).

3. Características generales del vivir descrito

El vivir descrito en este cuento se refiere esencialmente a las relaciones que estructuran la vida cotidiana de los trabajadores fuera de la actividad del trabajo y a cierta norma que rige ese vivir. Hay también elementos para poder hablar de experiencias básicas compartidas por esos hombres.

a. Relaciones descritas

Se destacan dos tipos de relaciones. Unas que denotan cierta igualdad o unión entre quienes se relacionan, y son de solidaridad y de carácter afectivo; otras hacen ver una diferencia más o menos marcada entre quienes se relacionan, y son de superioridad, de poder y de contraposición o antagonismo.

f) Relaciones de igualdad o de unión: Estas se establecen

entre los trabajadores y adquieren la forma de cierta solidaridad: ellos están junto al compañero que debe enfrentar a un bandido (42), no lo delatan ante la policía (43), se hacen cargo de su huérfano (44).

Los lazos que unifican las relaciones entre los trabajadores son de tipo afectivo, como podemos constatar en algunos detalles: las manifestaciones exteriores en una despedida (39 y 40); la partida de los compañeros es experimentada como una soledad (40); el capataz da el trato afectuoso de "niños" a los trabajadores (39); momentos de esparcimiento en que se comparte el tiempo libre y la alegría (45); fuerte unión entre un padre y un hijo (41, 44, 46 y 47). Al menos parte de la solidaridad que existe entre los trabajadores podemos decir que radica en el afecto (41, 42, 43 y 44).

- 2) Relaciones de superioridad-inferioridad: Estas se describen entre los adultos y el niño y entre el hombre y la mujer (40, 45 y 46). Los adultos tienen un poder de mando sobre el niño, quien debe realizarles ciertos servicios y mostrarse obediente (41 y 44); los hombres aparecen, como quedó señalado anteriormente, con un poder de iniciativa y decisión frente a las mujeres.
- 3) Relaciones de poder-impotencia: Son las existentes entre la policía y los trabajadores. La policía es descrita con un poder sobre los trabajadores, un poder impune para cometer atropellos (45-46), sobrepasarse en el uso de su fuerza (43 y 45) y matar dentro de cierta legalidad. Esto último es importante en el mundo de la narración. En él los trabajadores se rigen por una ley cuyo valor supremo es la hombria. Por eso Manuel Martínez es recordado entre ellos no como aquel que cometió un delito sino como un "hombre valiente y noble" (44). Pero la policía actúa y razona de acuerdo a otra ley, como leemos en el diálogo entre el jefe de policía y Vicente:

-Me tiene odio porque detuve a su padre.

-A mi padre no lo detuvieron: lo mataron.

-Había herido a un hombre.

-Pero frente a frente, él solo..., no como ustedes, que se juntaron cuatro para matarlo desde lejos (45).

Es a nivel de esta relación que aparece la principal falta de poder y desamparo del grupo de los trabajadores. Aunque uno de ellos enfrenta a un poseedor de este poder y lo vence, debe huir.

- 4) Relación de hostilidad: Los trabajadores tienen una relación de inamistad y oposición con el grupo que personifica el individuo del cual no se da el nombre (42-43), a pesar que este individuo pareciera pertenecer a la misma condición de los trabajadores.

Concentrando estas dos últimas relaciones, podemos decir que son ellas las que desencadenan la trama del cuento.

b. Experiencias básicas

En el texto destacan las experiencias compartidas por los trabajadores. Estas son:

- 1) falta de un trabajo seguro;
- 2) realización en grupo de un trabajo grandioso;
- 3) contacto negativo con la policía; impotencia ante sus abusos;
- 4) los contactos entre sí que se realizan en el juego y en el beber, tienen un resultado negativo, perjudicial para alguno de los trabajadores;
- 5) existen problemas individuales que pueden ser paliados con el apoyo de algunos miembros del grupo.

c. Norma que rige el vivir descrito

Este es regido por un valor específico que podemos llamar hombría: se considera que es hombre aquel que no rehuye ni el trabajo duro ni los desafíos a pelear (41, 45-46). El texto presenta este valor, sobre todo en su segundo aspecto,

como una norma de conducta no elegible por los individuos sino aceptada por el consenso general (41). Se trata de un imperativo social que obliga a los hombres a actuar en una forma determinada: no deben rehuirse las peleas (42). Incluso el texto nos habla de una fatalidad que constriñe a estos hombres a ejecutar esas acciones de violencia que no dependen de su voluntad:

Pero era hijo de tigre y tenía que salir
overo: la fatalidad del padre continuaba
en el hijo (45);

Esperaba el día de su venganza. Sabía que,
fatalmente, sucedería (46).

Es éste un elemento importante que paso a considerar a continuación.

4. Elemento que estructura la totalidad de la narración

En el cuento se nos dice que la fatalidad del padre se continúa en el hijo. Pero esta herencia no se refiere sólo a la compulsión a realizar aquella violencia. En el texto se encuentran otros aspectos de su vida que estos hombres tampoco controlan.

Un detalle que hemos señalado anteriormente nos ayuda a aclarar este punto: el texto nos habla de cómo la obra que han realizado los trabajadores es grandiosa, pero en ella cada uno es sólo una pieza sin mayor significación. Es éste un aspecto de su falta de poder para controlar esa realidad determinante de la vida que es el trabajo. Se le ve también en el hecho que una vez concluida la obra deben partir, e incluso se especifica que en los diferentes lugares de trabajo a los que pueden llegar, van "a perderse" (39-40).

La falta de poder del grupo se evidencia igualmente en que no se puede contar con él para enfrentar la acción injusta de la policía. El grupo la condena, pero es impotente para detenerla (46).

En cierto sentido, el sargento Chaparro tiene razón en

su respuesta a Vicente:

- ¡Sargento!
- ¡Qué te pasa!
- ¡Acuérdese que soy hijo de mi padre!
- ¡Peor para vos! (45).

Pero si bien el texto afirma que la fatalidad del padre se continúa en el hijo, el mismo texto nos proporciona elementos para afirmar que hay una diferencia. Vicente enfrenta y supera ciertos aspectos de la fatalidad, y no sólo porque logra escapar sino porque su agresividad latente ya no la orienta en el cumplimiento de un mandato anónimo sino contra un hacedor de fatalidad. El logra intervenir en un dominio de la fatalidad.

Para que esto ocurriera, Vicente debió pasar por una serie de experiencias que producen un cambio en un rasgo de su carácter, es decir, en su modo específico de relacionarse con el mundo. Ese nuevo rasgo es la manifestación de una potencialidad que comienza a surgir en Vicente, la que es estimulada gradualmente por la acción injusta y prepotente de la policía: el policía lo interpela, Vicente le contesta (45); el policía lo golpea, Vicente lo arremete (46). Y seguirá manifestándose a partir del momento en que la policía lo lleva amarrado al cuartel, desde donde sale hacia el hospital. El hombre que vuelve es un ser que ha cambiado:

Cuando volvió del hospital se vio que había perdido todo aquel aire tímido y respetuoso, y aunque no se mostraba provocador, todos adivinaron que la sangre de Manuel Martínez, El Loica, revivía en las venas de su cachorro (46).

El texto insiste en cómo aquellos sucesos tienen su efecto en Vicente:

La desgracia le hizo crecer las garras y la rabia había afinado sus instintos de venganza (46).

Pero el efecto de estos sucesos no es sólo el surgimiento del deseo de venganza. Hay algo más que Vicente ha

aprendido en su experiencia personal: la primera vez que es provocado por el jefe de policía tiene una reacción espontánea cuyo resultado es la llegada de otros policías. La segunda ocasión en que esto se produce, ya no reacciona espontáneamente sino de acuerdo a un pequeño plan, por eso el texto introduce esta acción diciendo que no la realiza sino

hasta que llegó el momento.

Una mañana, poco antes de mediodía, cuando iba a entrar al túnel a hacer su recorrido, encendida ya la lamparilla apareció Chaparro, que le sonrió y le dijo:

- ¡Cómo te va, guapito!...

- ¡No tan bien como a usted, verdugo!
- gritó Vicente.

El sargento avanzó, pero El Niñito lo tenía ya pensado: lanzó su lámpara de aceite contra la cara del sargento y se metió al túnel. Cincuenta pasos más adelante, ya en plena oscuridad, se detuvo y sacó de debajo de su chaquetón de pana la daga de su padre, una hoja hecha de una gran lima, aguzada como una aguja, sin sangrador, con un mango formado por anillos de cobre y hierro y aplicaciones de hueso. El sargento entraba al túnel, escuchando la sombra. Vicente se metió en una de las tantas concavidades en forma de nicho que hay en las paredes y desde allí vio, recortada en la claridad que entraba por la boca del túnel, la silueta del sargento que, revólver en mano, avanzaba buscándolo. Lo dejó pasar delante <...> (46-47).

y ahí en el túnel logra su objetivo: vengar la injusta muerte de su padre.

Ahora bien, teniendo en cuenta esa potencialidad que despierta en Vicente, podemos recorrer de nuevo el cuento y hacer un segundo resumen: en la historia de un duelo, de un crimen y de una venganza subyace otra historia, la del surgimiento de cierta potencialidad en un trabajador.

En el transcurso de la narración podemos ver un desarrollo de esta potencialidad. En su entrada a escena, Vicente es un objeto, una cosa: se le designa como "eso", "un bulto acurrucado" (40); aparece cerrado al futuro, sin inte-

rés por decidir activamente su vida, con rasgos de indiferencia (40). Luego vemos cómo despierta ante la actitud prepotente y la acción injusta de la policía y es capaz de:

- responder, sin permanecer sumiso y tímido;
- no desentenderse de un pasado de desgracia que le concierne;
- aplicar su experiencia a la realización de un pequeño plan de acción.

Los detalles en que estos tres puntos están expresados, muestran el cambio en la estructura del carácter de Vicente. Uno de ellos, que ya conocemos, es el rechazo del razonamiento y juicio del poder y la acusación que ésto conlleva (45). Un cambio semejante lo está indicando su capacidad de quebrantar un valor de su mundo, de actuar contra un imperativo social, cuando se trata de poner de manifiesto una injusticia. Así dice Vicente al sargento antes de atacarlo dentro del túnel:

-Podría pelear con usted y matarlo cara a cara, pero prefiero matarlo por la espalda, para que así mi delito sea tan grande como el suyo cuando hizo matar a mi padre (47).

Otro rasgo de este cambio es la percepción que Vicente tiene del sargento de policía: de verlo simplemente como aquel que en el pasado ordenó disparar contra su padre, llega a considerarlo como un problema que le concierne directamente. Vicente lo solucionará con una acción.

Hay también el cambio de relación con el pasado. Vicente asume un pasado de injusticia y muerte y se une a él hasta parecer lograr que sea ese pasado quien realiza su justicia: es notorio que sólo en la página final del cuento se describe minuciosamente la daga del padre y que en el último párrafo se diga que es "la daga del Loica" la que mata al sargento Chaparro. Pero el pasado no ha sustituido a Vicente: la narración nos dice que es Vicente quien realiza la acción y él mismo se experimenta como el poder que está actuando.

Todo este cambio lo señala también otro detalle del texto: sólo en el párrafo final se da el nombre completo, nombre de pila y apellido del padre: Vicente Martínez.

El ha logrado intervenir en el curso de la fatalidad, pero debe escapar porque su acción individual no logra intervenir definitivamente en la fatalidad. De todos modos su acto tiene importancia no sólo por el cambio que se ha producido en su carácter sino porque confirma que la llamada "fatalidad del padre" tiene una base concreta en una relación de poder y en un determinante que no debe descartarse, cual es la aceptación ciega de un valor que rige su mundo.

En Vicente se muestra que para quien actúa el tiempo transcurre en su favor. Aunque debió huir a Chile, su situación es distinta a la de los otros trabajadores que llegan a ese país "a perderse". El posee y observa por sí mismo un futuro, como lo está señalando la frase final del texto:

Lo demás era cuestión de tiempo. Y a los dos días Vicente Martínez estaba en Valparaíso, con los caminos del mar abiertos ante sus ojos de gato (47).

III. UNIDAD ESTRUCTURAL DE LOS CUENTOS

LAGUNA Y EL CACHORRO:

"SINTESIS" DEL UNIVERSO DESCRITO

Estos dos cuentos poseen un universo común, es decir, tienen estructuras complementarias que constituyen una unidad relativa. Esta complementariedad comporta semejanzas y diferencias en los elementos estructurales comunes.

En las páginas que siguen no me interesa comparar ambos cuentos sino destacar su unidad estructural común, la que constituye una totalidad relativa autónoma.

El mundo descrito en ambos relatos es estable. Allí, los cambios más sobresalientes que se intentan o se logran, a nivel humano, están situados en el plano individual, para

responder a un problema individual -Laguna quiere escapar de su fatalidad y Vicente deshacerse de una carga interna y de la amenaza del sargento. La acción colectiva queda circunscrita a un trabajo que les es ajeno.

El mundo descrito está compuesto por diversos grupos de personas que entran en relación. Estos grupos podemos reducirlos a dos: uno con poder y otro sin poder. Este último lleva a cabo un trabajo, por cuenta de otro, para dominar la naturaleza. Para realizarlo cuenta especialmente con su fuerza física. A los hombres que forman parte de él los he llamado trabajadores.

Estos trabajadores aparecen en grupos no organizados en sí mismos. Constituyen formaciones momentáneas que, así como se crean también fácilmente se deshacen. Lo que los une como "columnas" es la realización de un trabajo que en su mayor parte se hace en grupo. Su acción en grupo es sobre la naturaleza, para transformarla, hacerla transitable y dominarla en aspectos peligrosos.

En las relaciones que se establecen entre los grupos, destacan las de los trabajadores con quien tiene el poder de dar trabajo, relación que les permite satisfacer necesidades apremiantes, y al dueño del trabajo obtener la fuerza física de estos hombres.

Otra relación que destaca es la que tienen los trabajadores con los guardias, caracterizada por la falta de poder de aquellos frente a la arbitrariedad y ultraje de éstos. Se debe notar también que los guardias están exclusivamente referidos a los trabajadores.

En términos generales podemos decir que las relaciones de los trabajadores con los demás grupos son antagónicas o al menos contrapuestas, y que las relaciones dentro de su grupo básicamente son de tipo afectivo y de solidaridad en las desgracias.

Los vínculos afectivos son ambivalentes: Laguna los busca para volver a su país, pero no le fueron suficientes para salir de su fatalidad; en El cachorro se deja ver al

comienzo que si Vicente tuviera aquellos vínculos, podría ser más activo, y por otro lado son esos lazos, concretizados en la formación de una familia, los que impiden a dos peones continuar una vida descrita como de libertad. Podemos concluir que hay un rasgo negativo en la realización de su vida afectiva.

Estas y otras cosas que escapan al control de los trabajadores, son elementos importantes en este universo. Las circunstancias no controlables son más numerosas y tienen mayor peso que aquellas que el texto explícitamente denomina hechos de fatalidad. Aunque los sucesos que caen bajo esta rúbrica parecen deberse a primera vista a un destino ineluctable, un análisis detenido nos muestra que se trata de fatalidades identificables. Tienen causas concretas y están situadas en circunstancias de falta de poder para controlar una situación o tomar una decisión frente a ella.

Entre los hechos que los trabajadores no controlan están no sólo los accidentes del trabajo sino la relación que deben establecer con quien otorga el trabajo, con consecuencias particulares en el tipo de labor y la forma en que la realizan. Hay también otra relación a la cual se ven compelidos -ellos no la buscan ni se la proponen-, es la que tienen con los guardias.

Las relaciones recién mencionadas y a las cuales se someten los trabajadores, son en cierto modo palpables, concretas, pero hay también sometimiento a entidades más indeterminadas como la "fatalidad", el "destino", cuyo cumplimiento sólo cabe esperar, y el mandato anónimo del consenso que constriñe a actuar en una forma determinada. Los únicos actos que aparecen como propios son la búsqueda de trabajo, el irse a otros lugares y contraer vínculos afectivos.

Quiero destacar, finalmente, un elemento importante que se ve en los dos protagonistas principales de estos cuentos, pero que de una u otra forma son extensibles a otros hombres de los cuales habla la narración.

Si consideramos las características del ser humano ano-

tadas en el esquema de psicología social, podemos decir que Laguna es un hombre mutilado, bloqueado en la realización de su potencialidades y en la satisfacción positiva de sus necesidades. Por ejemplo, en él existe una especie de corte, de fragmentación entre la globalidad de su vida y una calidad creativa. Me refiero a su capacidad para narrar -"fuente inagotable" la llama el texto-, capaz de cautivar a un adolescente y atraer a un auditorio de hombres adustos (A, 29). Es una capacidad que no se extiende, que no se utiliza en el desentrañamiento de la fatalidad ni en la realización del trabajo. Este es sólo medio para satisfacer necesidades apremiantes que se sintetizan en la fórmula tener recursos.

Es importante hacer resaltar esta fragmentación que impide el desarrollo de una capacidad, que podemos llamar artística, y su extensión a ámbitos más inmediatos y concretos de la vida. Laguna nos habla de hombres que podrían fijarse en la hermosura de los "ruidos de la noche", pero no pueden dar cauce creativo a esas vivencias porque en su mundo existen problemas que deben ser solucionados en forma perentoria, como el frío:

Desperté al cabo de algunas horas y mientras ordenaba mi pensamiento, escuché los ruidos de la noche. Afuera el viento, muy frío, parecía aullar como un animal aguijoneado. El rumor del río aumentaba con su rodar de piedras aquel grito prolongado del viento. La carpa crujía violentamente. En medio de toda aquella sinfonía percibí un sonido humano. Pensé que alguien rondaba, tal vez perdido, alrededor de la carpa, e incorporándome en la cama escuché con atención. Pero no era afuera. Era al lado mío. Laguna, seguramente helado de frío, castañeteaba los dientes y se quejaba (A, 30).

Esto también vale para el sobrecojimiento que produce la grandiosidad de la cordillera, hecho descrito cuando los peones recién llegan al lugar de trabajo. La imponentia de esas montañas no es gozada en todo el resto del relato. La cordillera se traduce en frío y obstáculos para trabajar,

descansar y encontrar otro lugar de vida. Finalmente de ella se nos habla nada más que como de una "armoniosa tersura" de nieve bajo la cual seguramente ha quedado muerto Laguna. Esa naturaleza no es hermosa para los trabajadores sino hostil, indiferente, violenta.

También es un aspecto de mutilación el hecho que los personajes principales aparecen carentes de pasado y de futuro, situados en un presente sobre el cual no tienen poder de decisión. Sólo a partir del momento en que se rebela, Vicente reivindica un pasado próximo y se abre a un futuro que depende más de él mismo. Vicente es activo, y es necesario anotar que, aunque huye hacia el mismo lugar donde los otros trabajadores van "a perderse", la narración lo describe en una huida donde el tiempo transcurre en su favor y teniendo por delante un camino que él mismo observa.

Pero en Vicente también existe un grado de mutilación que se mantiene a pesar de su despertar en la rebelión: la energía que en él existe sólo es ocupada en una acción restringida al plano individual. El, como Laguna -ciertamente en límites diferentes-, de toda la realidad sólo capta los hechos que se le presentan en la órbita de su experiencia inmediata, sin que tenga una perspectiva global y estructural.

Pero esos rasgos particulares de mutilación no se han constituido en fundamento del carácter de Vicente. A esto se debe seguramente la pesadumbre en su respuesta a Máximo, al comienzo de la narración:

-¿Qué haces aquí?

-Nada... -contestó con tristeza.

En síntesis, el universo de Laguna y El cachorro se caracteriza por la descripción de un mundo estable, donde los cambios que se intentan o se realizan tienen como objetivo resolver un problema individual. En su mundo están presentes grupos que entran en relaciones antagónicas, especialmente de poder-impotencia, y está sometido a una fatalidad que golpea a miembros del grupo carente de poder. En este último

grupo, que realiza un trabajo destacado por el texto como grandioso, he puesto de relieve la existencia de hombres mutilados. Un grado extremo de mutilación se ve en la descripción de Laguna, después de su último accidente:

toda su persona parecía estar inclinada
bajo un peso invisible (A, 35).

Frente a él destaca Vicente, quien no sucumbió porque logró desarrollar un poder. En otras palabras, en un mismo mundo de fatalidad hay dos posibilidades: sumisión y rebelión. Laguna se adapta a la fatalidad en forma pasiva, Vicente, en cambio, la enfrenta mediante una rebelión activa, que no se detiene en palabras de toma de conciencia sino que se concretiza en una acción.

CAPITULO SEGUNDO

UNIVERSO CARACTERIZADO POR LA PRESENCIA DE SERES MUTILADOS

En las páginas que siguen Investigaré cómo se dan en el resto de la narrativa de Manuel Rojas los elementos estructurales puestos de relieve en el universo de Laguna y El cachorro. Procederé de la siguiente manera: destacaré las características de esos elementos en cuanto unidades autónomas relativas y las relaciones que se establecen entre esas unidades; luego determinaré la realidad o el universo total que estructuran; pasaré en seguida a buscar la génesis de esos elementos y a establecer su función en la realidad de la cual forman parte.

El mundo que encontramos en la obra de Manuel Rojas está constituido básicamente por la descripción del vivir de seres mutilados en la satisfacción de sus necesidades fundamentales y en el desarrollo de sus potencialidades. Para exponer sus características no estudiaré todos los personajes de la narrativa en quienes se da este problema sino sólo los más representativos. A estos seres no los presentaré en forma aislada sino como partes de un conjunto, otorgando especial atención a las relaciones que mantienen con el mundo y a sus experiencias básicas de vida. Procedo de esta manera no por una elección forzada que me permita coincidir con mis referencias teóricas sino porque eso corresponde a una de las elaboraciones importantes que realiza la narrativa. Numerosas veces tendremos ocasión de constatar que para ella todo está relacionado.

No abordaré el texto párrafo por párrafo, ni obra tras obra, como en el caso de los dos cuentos ya presentados. Previamente a la redacción de estas páginas he trabajado so-

bre el conjunto de la obra, lo que ahora me permite elegir ciertos cuentos y pasajes de la novelística para trabajar un punto particular. Lo hago sin reducir esos elementos parciales a unidades autónomas. Es la totalidad de la obra la que les da una significación.

En base a aquel trabajo previo y confrontando el campo de estudio con las herramientas de trabajo, determiné dos esquemas redaccionales para presentar el mundo descrito. Si queremos darles un nombre, podemos denominarlos A y B.

Esquema redaccional A:

1. Resumen del texto.
2. Características de mutilación.
3. Contexto de vida de los seres mutilados.
4. Características generales del vivir descrito (subrayando las relaciones y las experiencias básicas).
5. Características generales del mundo descrito.
6. Posibilidades de cambio en el mundo descrito.

Esquema redaccional B:

1. Resumen del texto.
2. Elementos que estructuran la narración.
3. Características generales del vivir descrito.
4. Características generales del mundo descrito.
5. Posibilidades de cambio en el mundo descrito.

He elegido uno u otro según su adecuación al cuento o unidad relativa de narración, subordinando el esquema al texto y no vice versa. A propósito de esto, quiero compartir un hecho simple. Cuando no se manipula el texto y se le respeta en su integridad, es entonces cuando él entrega toda su riqueza.

1. UNIDAD RELATIVA DE NARRACION QUE DESCRIBE A UN SER MUTILADO

1. Resumen de la unidad relativa de narración

Para este resumen me remito al principal texto utilizado, la novela Hijo de ladrón.

Esta obra está escrita en primera persona, como recuerdos de Aniceto Hevia, hijo de un renombrado ladrón de joyas. Aniceto ha cruzado la cordillera desde la Argentina a Chile buscando un mejor destino. En la ciudad de Valparaíso se ve envuelto involuntariamente en unos disturbios callejeros con los que se protesta por el alza en el precio de los pasajes de los tranvías. Es apresado por la policía, acusado de un robo que no cometió y condenado a prisión. En la prisión enferma del pulmón. Cuando sale en libertad está todavía convaleciente y débil, sin capacidad ni posibilidades de trabajar.

En una caleta de pescadores llamada El Membrillo, encuentra a dos hombres, Alfonso Echeverría, apodado El Filósofo, y Cristián Ardiles, quienes recogen trozos de metal que el mar arroja a la playa. El Filósofo le cuenta que ese metal lo pueden vender y asegurarse así una comida diaria y el lugar donde dormir una noche. Aniceto se une a ellos gracias a la acogida de El Filósofo.

2. Características de un ser mutilado

El personaje que he elegido es Cristián, antiguo ladrón malogrado por sus circunstancias de vida, su falta de condiciones para robar y la acción de la policía.

Cristián es uno de los personajes donde se condensa más fuertemente la elaboración del problema que he propuesto estudiar. Es esa elaboración la que refiero en las páginas siguientes.

Es conveniente recordar que lo que las ciencias sociales realizan a través de conceptos, la literatura de ficción lo hace mediante la descripción de un mundo con personajes y situaciones características. En Manuel Rojas esa descripción está constituida en base a seres mutilados por sus circunstancias de existencia, insertos en un mundo que opone grandes obstáculos para el despliegue de la vida pero dentro del cual existen algunas posibilidades para sobrevivir e incluso para esperar un cambio profundo que, aunque en forma restringida, puede ser actualizado ya en el presente.

El texto hace entrar a Cristián en escena designándolo como ser humano y realizando, junto con otro hombre, una actividad poco definida a primera vista (HL, 101), de la cual se sabe más adelante que es un trabajo momentáneo que les permite subsistir. En seguida vienen dos descripciones significativas: la de su ropa pobre, miserable, y la de su mirada. Esta unidad narrativa destaca las expresiones del rostro, especialmente la mirada.

Esa primera mirada es descrita, en la impresión que causó al narrador, como la de un ser agresivo, incapaz de ver más allá de las apariencias inmediatas (HL, 232, 250; SM, 41), alguien con quien pareciera haber dificultades para entrar en relación: Aniceto se ha acercado a la playa en que Cristián y El Filósofo recogen los trozos de metal. Los dos hombres

me miraron, uno primero, el otro después, una mirada de inspección, y el primero en hacerlo fue el que marchaba por el lado que daba hacia la calle y cuya mirada me traspasó como un estoque: mirada de gavio-
ta salteadora, lanzada desde la superficie del ojo, no desde el cerebro, y estuve seguro de que mi imagen no llegó, en esa primera mirada, más allá de un milímetro de su sistema visual exterior. Era para él un simple reflejo luminoso, una sensación desprovista de cualquier significado subjetivo. No sacó nada de mí: me miró como el pájaro o el pez miran al pez o al pájaro, no como a algo que también está vivo, que se alimenta de lo mismo que él se ali-

menta y que puede ser amigo o enemigo, pero que siempre es, hasta que se muestre lo contrario, enemigo (HL, 231).

Este hombre aparece como no interesado en los demás. Por ejemplo, después de aquella inspección, Cristián "desvió la mirada y pasó de largo" (HL, 232; cf. 236). Con la descripción de su mirada se patentiza su impasibilidad ante el mundo que lo rodea, su indiferencia y casi impermeabilidad hacia cualquier tipo de relación o de actividad (HL, 262, 303). El no busca las relaciones. Por el contrario, rechaza la intimidad y cercanía de la gente (SM, 42), rehuye todas las oportunidades que se presentan para entrar en algún contacto, en alguna comunicación (HL, 237, 244).

La unión que tiene con El Filósofo se debe a que es éste quien lo ha buscado, pero no se trata de una comunicación fácil. Quedan predominantes la dificultad para relacionarse con Cristián y la imposibilidad de dialogar con él. Así lo expresa Aniceto:

No llegué a saber, por aquellos días, lo que había dentro de Cristián y quizá no llegarla a saberlo nunca. Viviendo a su lado, en su contorno, sentí que lo rodeaba una atmósfera de una densidad impenetrable para la simple mirada o la simple cercanía. No irradiaba nada que pudiera ser comprendido de un modo inteligente y no supe si lo que los demás irradiaban, El Filósofo u otros, lo tocaba. Por Echeverría supe, en un momento, más de lo que habría podido saber, en muchos años, por Cristián mismo. Echeverría era tal vez el único hombre que había logrado aproximarse a él, sólo aproximarse:

-Se resistió, pero no me acobardó su resistencia; no quería penetrarlo; quería que me viera y oyera hablar, aunque no me entendiera; quería despertar en él la palabra, ver qué color y qué sabor podría tener en sus labios <...>. Logré, al fin, que hablara y que me dijera, con su lenguaje monosolábico -no lo abandona sino cuando se enoja- algo de sí mismo, no de lo que piensa, pues creo que no ha aprendido a pensar, sino de lo que ha vivido. No fue gran cosa, pero fue algo. No tengo

ninguna esperanza de que todo lo que le he dicho desde que lo trato, lo haya oído o comprendido; no me importa (HL, 293-294).

Cristián raya en la indiferencia casi total respecto a lo que lo rodea (HL, 245). Parece un ser impenetrable, a quien ni siquiera conmueve el relato descarnado de sus desgracias:

Quando Echeverría terminó de hablar, miré a Cristián: la cabeza estaba hundida entre los hombros y el rostro se veía pálido; una venilla tiritaba en su pómulos, cerca del ojo semicerrado. Sentía que si alguien hubiese hablado de mí en la forma en que Echeverría lo había hecho de él, no habría podido contener las lágrimas o la ira, las palabras, por lo menos; pero en él, aparentemente, el recuerdo de su vida no suscitaba nada que se pudiera percibir, sólo su palidez y aquella venilla que tiritaba en su rostro, cerca del ojo, bajo los duros pelos de su barba (HL, 251; cf. 245).

Otro aspecto de los obstáculos que tiene para entrar en relación lo vemos en su modo de hablar, su dificultad para elaborar un discurso (HL, 240, 243, 254, 310, 311, 312), sus faltas de respuesta a las preguntas o interpelaciones que se le dirigen (HL, 242, 245, 246, 284) y sus evasivas a contestar (HL, 313). Las palabras que más largamente pronuncia son unas con que defiende a Aniceto del acedío de El Lobo, alcalde de la caleta de pescadores. Este quiere asegurarse si Aniceto es o no delincuente, e insistentemente le ofrece un trabajo que, por su estado de salud, no puede realizar:

De pronto se oyó la voz de Cristián:
-Oye Lobo -dijo, secamente- estás más cargante que los agentes. El chiquillo te ha dicho que no es rata, que estuvo preso porque le echaron el fardo de otro, que está enfermo y que no puede trabajar. ¿Qué más quieres? ¿Por qué le sigues preguntando esto y lo otro? ¿Estás enfermo o te has comido alguna jaiva podrida? (HL, 281).

El texto añade que esta intervención de Cristián sorprende.

Sobrecoge la última palabra que pronuncia al finalizar Hijo de ladrón. Aniceto y El Filósofo parten hacia un nuevo trabajo. Cristián se ha quedado, aún indeciso, en la puerta de la pieza. Cuando ya lo van a perder de vista, sienten su voz:

-¡Espérenme!

Era un grito ronco, como de desgarramiento.

Nos detuvimos. Cristián avanzó hacia nosotros.

Cuando se nos juntó, reanudamos la marcha (HL, 314).

Rasgos distintivos en Cristián son también una especie de anquilosamiento para arrostrar la realidad (SM, 10) y ciertos temores, por ejemplo a aventurar un cambio en su vida, por mínimo que sea. Frente a tal posibilidad, su cara adquiere "una expresión de desasosiego, casi de angustia" (HL, 313-314; cf. 305).

Acorralado por una serie de miedos y señalado por negaciones y carencias que lo incapacitan para enfrentar o realizar una vida de cierta significación, Cristián no tiene poder para actuar sobre la realidad. El texto concluye:

partió de cero y llegó a cero (OR, 50).

A Cristián se lo describe como un ser afectado por un grado extremo de mutilación. Dice de él El Filósofo:

Lo conocí muy hombre ya, mineralizado hasta un punto difícil de apreciar. No podría definirte de un modo científico; no soy psicólogo, aunque maldita la falta que me hace. Cuando don Pepe me dio el dato de la mina marítima de El Membrillo y fui a reconocerla, allí estaba él; estaba como tú, varado en la playa, más que varado, arrojado por la resaca; pero iba desde la tierra hacia el mar, al revés del metal, que viene del mar hacia la tierra. Es otra resaca, más temible que la otra. Estaba ahí como estuviste tú, con la diferencia de que lo que a ti te ocurre puede ser circunstancial, momentáneo, en tanto que lo que le ocurre a él parece ser definitivo; no sabe trabajar, no puede robar y tampoco

quiere irse de su ciudad. Si le das un pincel, un martillo o una llave inglesa, no sabrá qué hacer con ellos, no podrá manejarlos; sus músculos son torpes. Durante varios días me vio entrar y salir, recoger metal y marcharme; mientras iba y venía, le echaba mis miradas, sospechando lo que le ocurría, y él respondía mis miradas con una expresión tan torva y con un gesto tan duro, que a pesar de mi valor mental -que es el único que tengo, además del verbal, por supuesto- no me atreví a acercarme. Aquello me irritó, por fin, y me acerqué, dispuesto a recibir una patada o lo que fuese. No le ofrecí ni le pregunté nada; le dije sólo que el mar echaba un metal a la playa, que era fácil recogerlo y que alguien lo compraba. No creas que bajó corriendo; bajó paso a paso y demoró un día en decidirse a recoger un pedazo; no te mentiría si te dijera que es posible que cuando se agachó le sonara el espinazo como si se le hubiera quebrado. La vida lo ha endurecido hasta el punto de convertirlo en un ser que no es animal ni vegetal; desgraciadamente, tampoco es mineral: debe comer, debe respirar, y debe hacer muchas otras cosas, limitadas todas, pero todas necesarias (HL, 294).

La continuación de este texto reviste especial importancia por cuanto destaca que el de Cristián no es un caso aislado sino la situación de un conjunto más extenso de seres humanos (HL, 294-295).

Forma parte de esa mutilación total su carencia de ensoñación. Este rasgo se describe en contraste con una vivencia de sus compañeros. La perspectiva de un trabajo provoca en El Filósofo y en Aniceto un movimiento interno en el que proyectan y viven algo más que la mera realización mecánica de trabajar. Para El Filósofo es satisfacer una necesidad interna que se manifiesta en el deseo de pintar una muralla grande con color azul; por su parte, la vivencia de Aniceto es la siguiente:

también tenía deseos de pintar, pero no una muralla sino una ventana, una ventana amplia, no de azul sino de blanco; la aceitaría primero, la daría después una o

dos manos de fijación, la enmasillaría, la lijaría hasta que la palma de la mano no advirtiera en la madera ni la más pequeña aspereza y finalmente extendería sobre ella una, dos, tres capas de albayalde. Resplandecería desde lejos y yo sabría quién era el que la había pintado (HL, 303-304).

De Cristián, en cambio, se nos dice:

no sentía lo mismo; las puertas y ventanas suscitarían en él sólo pensamientos de fastidio y quizá de odio: eran algo que había que abrir en contra de la voluntad de las personas que estaban detrás de ellas, y no de buena manera sino que forzándolas o rompiéndolas, exponiéndose, al hacerlo, a recibir o encontrar algo mucho más desagradable que lo que buscaba (HL, 304).

El texto nos resume: Cristián es un ser que "no tuvo sueño alguno" (OR, 51).

He anotado en las referencias teóricas que los deseos y temores impiden al hombre ver la realidad y a sí mismo con objetividad. Examinando la situación de Cristián, constato en él una preponderancia a interpretar la realidad en base a sus temores y no por sus deseos, como si en él no existieran deseos.

El encuentro de Cristián muerto y las circunstancias de su muerte dan elementos que refuerzan el hecho de considerarlo un ser mutilado y no como caso único sino como representante de una multitud de seres humanos que están sumidos en un estado irreversible. Algunos de los elementos que destacan en el texto que reproduzco a continuación son: la forma en que muere Cristián es planteada dentro de una secuencia en que parece lógico que así ocurriera; esto sucede en circunstancias en que él ya no podía elegir otro camino sino volver al robo; el pequeño grupo al que pertenece es un grupo sin poder; la única solución vislumbrada para no correr la suerte de Cristián es una solución individual.

Cristián no ha vuelto al lugar habitual donde duermen cada noche; Aniceto y El Filósofo lo buscan en los lugares

más comunes de la ciudad, sin encontrarlo. Entonces

Fueron a las comisarias y retenes: nada. A la Asistencia Pública: nada. A los hospitales: nada. Sólo queda un lugar: la Morgue. Ahí está. Está desde días atrás y no tiene reclamantes. Irá a la fosa común.

-¿Quieren llevárselo?

-¿Qué haríamos con él?

-¿No tienen para un entierro?

-Ni vendiendo los zapatos juntaríamos para el cajón.

La bala le dio en la boca y quizá le arrancó los incisivos. Los labios, hinchados, no dejan ver nada: la sangre, además, lo tapa todo. Tiene los ojos abiertos y Aniceto descubre, en esas pupilas muertas, un reflejo que no vio en los ojos vivos, un reflejo de color azul, casi celeste. ¿Algo dentro de él, correspondió a ese reflejo y, como ese reflejo, nunca fue visto?

-¿Qué hacemos?

Aniceto siente una gran congoja y Echeverría tiene el bigote como si se le hubiese agostado por alguna helada.

-¿Qué vamos a hacer? Cuando ves un perro o un gato reventado, ¿piensas en lo que vas a hacer? Cristián es uno de esos gatos. Los basureros se hacen cargo de ellos.

-¿Pero quién lo mató?

-¿Quiénes matan a los perros y a los gatos? Lo sorprendieron cuando quería abrir una puerta o una ventana y le dispararon a boca de jarro, de seguro muertos de miedo. La policía no lo averiguará, nosotros no podemos, ¿y qué sacaríamos? Hay muchos hombres y muchas mujeres que están dados de baja antes de que desaparezcan. Son demasiados y ocupan sitio, comen, respiran, se reproducen por millares. Si alguien mata uno, es casi un benefactor.

Se fueron. El Filósofo monologó durante largo rato y su tema fue, más que Cristián, el material humano perdido, ese material que nadie se preocupa de preparar para que sirva de algo. Hay tanto. Se aprovecha el mínimo, lo que trae alguna defensa, propia o de la familia. Lo demás, que podría servir si alguien se ocupara de ello, va a la fosa común. Oyéndolo, Aniceto siente terror, y el recuerdo de Cris-

tián, de su vida y de su muerte, hace crecer ese terror. Echeverría salvó del hambre a Cristián y también lo salvó a él, pero no pudo ni podrá hacer nada más: salir a trabajar en la primavera y regresar en el otoño, pasar en la ciudad, en la pieza de algún conventillo, el invierno, alimentándose con los desperdicios que el mar arroja en la caleta de El Membrillo, y soñando, entretanto, con una buena comida, con una buena cama, quizá con una mujer, ¿qué mujer? Debe irse, desaparecer, antes de que el hábito lo transforme en un ser que teme a lo desconocido, como Cristián (SM, 10-12).

Este texto podemos completarlo con otro que también nos habla de la muerte de Cristián:

todo lo grande estuvo lejos de él y murió de lo que podía morir: el balazo le arrancó los incisivos y parte de la lengua y la campanilla, atravesándole el cerebelo, llenando de sangre el último minuto de su vida, muerte exagerada para un ser que no hizo más que pequeños robos y raterías (OR, 51).

3. Características del contexto de vida de un ser mutilado

a. El trabajo

He señalado que el texto introduce en escena a Cristián mientras realiza una actividad. Esta presenta las siguientes características:

- es realizada en compañía de otro hombre;
- es una actividad difícil de determinar a primera vista (HL, 101 y 231-233);
- consiste en recoger un metal cuya procedencia y naturaleza ignoran; lo venden a un comerciante que también ignora ambas cosas, pero que le supone cierto valor comercial (HL, 237, 238 y 242);
- mediante ella se procuran recursos que les permiten comer y dormir una jornada (HL, 237, 238, 240, 256);

- es realizada en un lugar donde hay otros hombres, pescadores, que llevan a cabo un trabajo bien definido, determinado y estable. Estos hombres forman un grupo respecto al cual El Filósofo y Cristián aparecen ajenos (HL, 231 y 233);
- es designada como trabajo. A pesar de ser mirada con menosprecio y burla por otros hombres -recogedores de basura los llaman (HL, 284, 285, 303)- el texto muestra que no es un trabajo totalmente diferente a otros. Dice El Filósofo:

siempre, por un día de trabajo, me sale un día de comida, de dormida y de lo demás; miserable, es cierto, como en todos los oficios, pero me proporciona lo que necesito (HL, 242; cf. 243).

- algo similar vemos cuando se destaca que la diferencia entre ambos tipos de hombres -con trabajo estable y sin él- no es una diferencia esencial (HL, 278);
- aunque no es una diferencia esencial, esa situación crea una desigualdad, concretizada en una pequeña superioridad económica por parte de quienes poseen trabajo estable, según se ve en la posibilidad que tienen de invitar a alguna comida (HL, 261-266, 282-285);
- el trabajo estable, por lo demás, directa o indirectamente absorbe la mayor parte del tiempo de que dispone el hombre, hecho que obstaculiza la realización de una vida familiar con un intercambio de comunicación y relaciones que vayan más allá de la satisfacción de necesidades fisiológicas (HL, 271-272); también impide dedicarse a un quehacer intelectual (HL, 298-299).

En resumen, la actividad del trabajo descrita en esta unidad narrativa básicamente se refiere a una actividad que permite al hombre subsistir, pero no le posibilita satisfacer sus necesidades fundamentales de ser humano -aquellas de creación y de relación, por ejemplo- ni desplegar sus potencialidades.

b. Condiciones materiales de existencia

Cuando el texto se detiene en Cristián y en El Filósofo, la primera descripción que hace de ellos los muestra trabajando. La segunda descripción se refiere a su ropa y de ella deduce su condición económica, su condición respecto al dinero: "sus rentas" son ínfimas (HL, 231). En el caso particular de Cristián, el conjunto de su vestimenta denota un estado de miseria: su aspecto físico es la de un hombre, más que pobre, paupérrimo (HL, 232, 233, 266, 273, 310).

Estas características de miseria material abarcan la totalidad de los medios de que disponen estos hombres, como se ve en la descripción de la cama en que duermen y de la casa -una simple pieza- en que viven:

La colcha no tenía flecos y su color era indefinible; por agujeros, en cambio, no se quedaba; tenía más de los que podía soportar y en algunas partes podía ocurrir que al reunirse dos o más, la colcha se terminara, convirtiéndose toda en puro agujero. El Filósofo pretendía cubrirme con ella, metiendo la orilla bajo un colchón de paja no más grueso que una moneda y que estaba sobre el suelo de madera, encima de unas hojas de diario. Me acurrugué: era un lecho nada de blando y nada de cómodo, a tres centímetros del suelo, oliente a paja y a tierra y a hombre extraño, sin sábanas, sin fundas, con una almohada que parecía rellena de papas y una frazada delgadísima; pero era una cama, una cama que estaba dentro de una pieza redonda, sin ventana, casi sin techo, sin cielo raso, sólo con unas vigas y unas desnudas paredes de barro y paja, encaladas malamente, sin guardapolvos-¿para qué guardapolvos?- y con un piso de entreabiertas y carcomidas tablas, pero que era una pieza, un lugar resguardado del viento y del frío <...> y en esa cama, colocada dentro de esa pieza, me quedé, apenas acostado, dormido como una piedra (HL, 253-254).

Sin olvidar su comida exigua, quiero subrayar que la vida de Cristián no transcurre en lugares hermosos ni de alicientes. De uno de los ambientes que debe frecuentar, el

nos dice:

por allí no se veía nada que pudiera hacer
sonreír (HL, 232).

Tal es el sentido que adquiere la descripción repugnante del
lugar donde vive:

- la pieza del conventillo:

Las murallas, a la altura en que suelen
quedar los catres, se veían llenas de es-
putos secos de diversos colores, predomi-
nando, sin embargo, el verde, color de la
esperanza; algunos, brillantes, parecían
querer desprenderse de la pared en la mis-
ma forma en que se desprende la mala pin-
tura (HL, 254);

- el patio del conventillo:

Allí, a pleno aire, en camiseta o con me-
dio cuerpo desnudo, las piernas abiertas,
recogiendo el agua en las manos -no hay
lavatorio ni jarro-, debía uno lavarse en
una llave que dejaba escapar durante el
día y la noche un delgado y fuerte chorro.
Agua fría y jabón bruto, un delgado resto
que se escapaba a cada momento de las ma-
nos y caía sobre los guijarros del patio,
unidos entre sí por trozos de fideos, pa-
pas, hollejos de porotos, pedazos de pape-
les, pelotas de cabellos femeninos y mocos
y tal cual resto de trapos; nada de toa-
llas: se sacudía uno las manos, se las pa-
saba por la cabeza, usando el cabello co-
mo secador, y se enjugaba luego con ellas
lo mojado, que rara vez era mucho. Desde
muy temprano había oído cómo la gente se
lavaba allí, gargarizando, sonándose con
violencia y sin más ayuda que la natural,
tosiendo, escupiendo, lanzando exclama-
ciones y profiriendo blasfemias cada vez
que el jabón, que no había dónde dejar,
caía sobre los fideos, los pelos y los ho-
llejos (HL, 255).

Los lugares inmundos son una naturalidad para él: El
Filósofo y Aniceto se alejan para ir a vender los metales,

mientras Cristián, retrocediendo unos pa-
sos, se sentaba en el cordón de la calza-
da, llena de bostas y de orines de caballo
(HL, 246);

y cuando vuelven,

Cristián continuaba sentado en el mismo lugar, junto a un charco de orines. Sin duda, habría podido estar allí un año o dos (HL, 248).

c. Condiciones sociales de existencia

El punto de partida en la vida de Cristián es señalado por su situación familiar, en un párrafo que, aunque corto, hace dos alusiones al trabajo de su padre:

El padre era vendedor ambulante de parafina y de velas de cebo, borracho, analfabeto y violento; tuvo tres hijos y quedó viudo; no se volvió a casar -no son muchas las mujeres dispuestas a casarse con un vendedor ambulante de esa mercancía- y los niños se criaron como pudieron. Dos murieron, supongo que de hambre, y Cristián se hizo ladrón: era una manera de salvarse, malamente, es cierto, pero no todos pueden elegir lo mejor (HL, 299).

Su vida adulta queda enmarcada por consecuencias de esa elección forzada: policía y cárcel.

Las condiciones sociales que rodean a Cristián y a sus compañeros están descritas en un mundo definido esencialmente como de necesidades apremiantes. Palabras de Aniceto:

si trabajaba era porque necesitaba comer y si comía era porque, estando vivo, me era necesario. Necesidad, he ahí todo. No esperaba nada <...>. No tenía esperanzas, tenía necesidades -denme de comer, donde dormir y abrigo y quédense con las esperanzas-, pocas necesidades, pero urgentes, y las personas que me rodeaban tenían las mismas y apenas si una que otra más; comer, no opíparamente; vestir, no elegantemente; dormir, no lujosamente, no, de cualquier modo, pero que no tenga hambre, que no tenga frío, que la gente no me mire porque mis zapatos están rotos, mi pelo largo, mis pantalones destrozados, mi barba crecida. No es fácil conseguirlo, sin embargo: trabajar sí, pero a veces no hay trabajo y además hay gente que trabaja y que siempre tiene hambre, gente que traba-

ja y anda siempre mal vestida, gente que trabaja y que duerme en el suelo o en cates y colchones llenos de chinches y de pulgas, ocho en una pieza, tres en una cama, el tuberculoso, el gonocócico, el epiléptico, el invertido, el eccematoso. En otro tiempo me parecía todo tan sencillo, sí, todo es sencillo, cuando uno tiene lo que necesita o cuando sabe dónde tomarlo y puede hacerlo sin que nadie se oponga (HL, 252-253).

Aquellas necesidades primordiales y únicas -qué comer y dónde dormir- definen al grupo al cual pertenece Cristián. Es lo que expresa el párrafo en que Aniceto se pregunta si será cosa verdadera el fruto prometido por el trabajo de recoger metales en la caleta:

¿Me alcanzaría para todo, es decir, para comer y dormir? Sentí un terrible ímpetu de alegría ante la idea de que ello fuese así y por segundos hube de dominarme para no saltar a la arena y ejecutar allí algún baile sin sentido <...>. Si no era cierto, ¿qué haría? Oh, ¿hasta cuando estaré condenado a preocuparme tanto de mi necesidad de comer y de dormir? (HL, 238).

Ambas necesidades se apoderan hasta tal punto de las preocupaciones y energías de estos hombres que la lectura de aquellas páginas deja la sensación que en ellos no existen manifestaciones humanas, que carecen de otras necesidades, de deseos no restrictivos.

4. Características generales del vivir descrito

a. Relaciones descritas

Cristián pertenece a un mundo donde sobresale una dificultad profunda en las relaciones humanas, una imposibilidad de llegar a conocer de verdad a alguien. Es así como reflexiona el narrador, pensando en Cristián:

¿Quién sabe si vivimos siempre nada más que alrededor de las personas, aun de aquellas que viven con nosotros años y

a las cuales, debido al trato frecuente o diario y aun nocturno, creemos que llegaremos a conocer intimamente; de algunas conocemos más, de otras menos, pero sea cual fuere el grado de conocimiento que lleguemos a adquirir, siempre nos daremos cuenta de que reservan algo que es para nosotros impenetrable y que quizá les es imposible entregar: lo que son en sí y para sí mismas, que puede ser poco o que puede ser mucho, pero que es: ese oculto e invisible núcleo, que se recoge cuando se le toca y que suele matar cuando se le hiere (HL, 300-301).

La facilidad en la relación es una gran excepción, de ahí que cuando se describe a El Filósofo, con quien no hay problemas para entrar en contacto, resulta necesario intercalar un pasaje donde se subraya que creer en la existencia de una relación transparente es, la mayoría de las veces, un yerro:

Otros hombres se me habían presentado abiertos, cordiales, comunicativos. Mirándolos, se me ocurría que eran como una superficie donde todo se ve limpio y claro, un espejo, por ejemplo, o una mesa de un cepillo mecánico; pero la vista no siempre es suficiente. Pasando la mano sobre la superficie se siente su real textura: aquí hay un desnivel, una curva con un seno. ¿Qué hay en ese seno? Otras veces la mano halla algo peor: una invisible astilla de vidrio o de metal que hiere como la más hiriente aguja (HL, 301).

No es característica exclusiva de Cristián la dificultad de relación. La falta de receptividad se da tanto por parte de éste como por parte de los otros. Aniceto interpreta la primera mirada que le dirige Cristián únicamente como muestra de agresividad (HL, 237), pero más adelante reconoce que la vista no es suficiente. La sensación y juicio -o más bien prejuicio- provocados por aquella primera mirada son erróneos, pues califica a Cristián sólo por la apariencia externa, reduciéndolo a esa apariencia. La descripción de su última mirada, ya muerto, es más real: ese hombre no es un agresivo sino un ser humano con posibilidades que no pudo

realizar, con potencialidades que no pudo desplegar (SM, 11).

Teniendo en cuenta el conocimiento que hasta ahora poseemos de Cristián, podemos decir que en aquella primera mirada que dirigió a Aniceto no estaba hiriendo sino replegándose, poniéndose alerta: es precisamente "primera mirada" (HL, 231) sobre alguien que puede ser enemigo. Es la mirada de seres que han llegado a un estado de vida que sólo les posibilita captar lo "superficial", ver y sentir nada más que "la sangre, la fuerza, el ímpetu, el propósito inmediato" (HL, 232; cf. 250).

Al describir estas dificultades en las relaciones, el texto nos está mostrando seres abandonados a sí mismos, que no ven la posibilidad de una comunidad para salir de su situación (HL, 278).

Con el mundo físico externo, con la naturaleza, Cristián tampoco tiene mayor contacto. Sabemos que desconoce la experiencia del mar, a pesar de vivir en un puerto, y que está incapacitado para trabajar, es decir, para entrar en contacto con el mundo material, para realizar cualquier acción transformadora; el tipo de actividad que realiza para su sustento es involuntaria, sin ninguna trascendencia, no lo desarrolla a él mismo; la única y mínima expresión de una relación hacia el mundo está en el apremio de tener que usarlo para satisfacer una necesidad fisiológica. Cristián comparte ésta y otras características con infinidad de otros hombres que sobreviven reducidos a una necesidad vegetativa, la de comer.

Respecto a la relación que pudiera tener con el mundo mediante su pensamiento, es posible decir que sólo capta los hechos que se presentan en el ámbito de su vivencia inmediata. Cristián no tiene una comprensión adecuada y global de la realidad sino que la concibe y la juzga según su propia experiencia de soportar y defenderse de cierta violencia, y está por eso de acuerdo en que se actúe en una forma correspondiente a esa violencia. La única respuesta que puede concebir ante un mundo que se le presenta agresivo es una vio-

lencia individual, sin inquietarle que sea delictual (SM, 41).

Cristián no tiene relación consigo mismo, como podría verse en una reflexión sobre sí o en un ponderar sus propias capacidades. Permanece inmerso en un mundo limitado, dispuesto a soportar una situación que no puede controlar. No llega a trascender la soledad y el aislamiento de su existencia personal, y las pocas veces que esto ocurre no es por iniciativa propia sino por la de algún ser descrito con rasgos de bondadoso o con capacidad para captar el fondo problemático, de dolor y de necesidades de cada hombre. Sólo en dos ocasiones, cuando está en juego el destino o los sentimientos de sus dos únicos compañeros, reacciona en alguna medida. Lo hace incluso con fuerza cuando se trata de defender a Aniceto y con cierta comprensión por el afecto de El Filósofo hacia una mujer. Es como si fuera irreversible en su condición de mutilado cuando se trata de sí mismo, pero no cuando se trata de otros.

Esta extrema dificultad en las relaciones se expresa también en el hecho que nosotros, lectores, quedamos impedidos de acercarnos a Cristián. El narrador no logra ser mediación para que él se exprese. En todo el texto, Cristián no dice nada de sí. Sus vivencias interiores están expresadas como suposiciones y su problema nos llega especialmente como es sentido por el narrador.

Todo lo que llegamos a saber es una exterioridad de Cristián, pero eso sí, una exterioridad de gran peso, que pone a luz una de las tantas vidas que no han podido realizarse y subraya uno de los problemas más importantes del conjunto del mundo descrito: la dificultad en las relaciones humanas.

En la unidad relativa que estoy considerando, El Filósofo aparece como un hombre que puede relacionarse en forma activa y creadora con otros hombres, pero limitada, ya que no puede realizar para ellos algo más que asegurarles, día a día una comida y un lugar para dormir. Además, está su pro-

pio reconocimiento que frente a la mujer no podría superar una relación donde ella queda reducida a objeto de satisfacción sexual y afectivo para el hombre. No sería capaz de darle en el amor lo que ella también necesita (HL, 272).

No obstante las dificultades para establecer y desarrollar relaciones humanas, existen hechos de solidaridad y ayuda al que dentro de una misma y común miseria está más afectado. En este tipo de relación prevalece el lazo afectivo, sin que se dé una acción de todos para cambiar la situación. Es la ayuda de paliativo que permite momentáneamente apagar un hambre y, a lo sumo, apoyar a un individuo para que no se hunda definitivamente. Como ejemplo puedo citar el caso de algunas invitaciones a comer (HL, 261-266, 282-285), y la actitud permanente y desinteresada de El Filósofo hacia el que está en desgracia (SM, 10 y 42). Esta conducta tiene un punto culminante en la atención que le dedica a Cristián:

No sé hasta cuando estaré con él, pero me he hecho el propósito de no abandonarlo; más aún, tengo el oculto designio de enseñarle a trabajar (HL, 300);

y ello en una relación caracterizada por el rechazo de la manipulación del ser humano:

-No pretendo cambiar su carácter <...>. Lo que quiero es que viva (HL, 308).

Las relaciones entre estos hombres están posibilitadas por carencias y necesidades que los unen. Aún más, la posibilidad de superar o al menos de soportar su existencia problemática y miserable, se encuentra sólo en una relación con otros seres humanos y no en el contacto con la naturaleza que, a pesar de su hermosura, permanece ajena e indiferente. Aniceto, al encontrar a El Filósofo y a Cristián:

Los miré acercarse y, a medida que se aproximaban, fui sintiendo la sensación de que entraban en mi vida y de que yo entraba en las suyas, ¿cómo?, no lo sabía, de cualquier modo; estaba solo, enfermo y hambriento y no podía elegir; fuera de ellos no había allí más que el mar, azul y frío (HL, 239-240; cf. 245).

b. Experiencias básicas descritas

Las experiencias básicas de Cristián están determinadas por un mundo sumamente limitado. En consecuencia, su conocimiento y vivencias son también muy restringidos. El Filósofo lo manifiesta en diversas ocasiones. Por ejemplo:

Es muy ignorante y no tiene más que dos temas sobre los cuales puede hablar unos minutos: la policía y el robo (HL, 245; cf. 250, 284).

El límite de su mundo es incluso geográfico: sólo dos veces ha salido de Valparaíso (SM, 10), reduciéndose su experiencia a un espacio físico muy pequeño que, por lo demás, la autoridad policial ha estrechado aún más fijándole residencia y haciéndole prometer no salir de su barrio. Este confinamiento se evidencia hasta en mínimos detalles, como no tener conocimiento directo del mar y su relación simbiótica¹ con las cosas:

Nacido y criado en un puerto marítimo con una bahía muy abierta, en donde el mar domina la margen que va del sur al norte y donde se le ve a cada rato, a cada paso, él lo ignoraba. "Ha pasado tanto tiempo encerrado", explicaba El Filósofo, "meses y años en los calabozos". <...>. Cristián se pegaba a todo, a sus obsesiones, a su ciudad, a sus costumbres, no le interesaba ir hasta la vuelta del camino, para ver qué es lo que había más allá, o hasta la cima de una loma (SM, 134; cf. HL, 277-278).

Entre las experiencias restringidas de Cristián, el texto da mayor importancia a aquellas circunscritas por las palabras robo, policía, cárcel. Ellas resumen la trayectoria de su vida:

ha pasado años preso, años, no días ni meses, años enteros; ha crecido y se ha

1. En este tipo de relación, el hombre pierde o nunca obtiene su independencia; se adhiera a personas o cosas que le dan una pseudo seguridad y lo dejan en un estado dependiente, perdiendo la percepción de sí mismo en cuanto ser humano : cf. FROMM (1965), 113-115.

achicado en los calabozos, ha enflaquecido y engordado en ellos, ha quedado desnudo y se ha vestido, descalzo y se ha calzado, lleno de piojos, de sarna, de purgación, de bubones en las ingles y de almorranas; lo han metido dentro a puntapiés y lo han sacado a patadas, le han hundido las costillas, roto los labios, partido las orejas, hinchado los testículos, de todo, en meses y meses y años y años de comisarias y de cárcel (HL, 250-251).

La orientación que predomina en su vida está determinada por la hostilidad que ha encontrado en el mundo desde su niñez hasta su vida adulta. Esta experiencia, subrayada por la violencia de la policía y de la prisión, determina su propia orientación de hostilidad y desconfianza. Su actuar y predisposición hacia el exterior corresponden a esta experiencia: frente a ese mundo que acosa y fustiga, constantemente se debe estar en actitud de recelo, pronto a defenderse.

El conocimiento que ha hecho del mundo no va más allá de esa agresividad presente contra él en forma acérrima. Lo contrario son raras excepciones experimentadas a una edad en que la vida ya ha realizado una acción decisiva en la formación de su personalidad.

Su contacto con la realidad ha estado invariablemente circunscrito por dos palabras: defensa y ataque. Ellas definen la forma en que Cristián se relaciona con el mundo y resumen la totalidad de sus experiencias básicas. Estas experiencias determinan las orientaciones que lo guían en su actuar y pueden sintetizarse de la siguiente manera: distanciamiento y desconfianza de la gente en general, concepción de que quien tiene el poder de las armas puede ser respetado, acatamiento y entrega pasiva cuando alguien se dirige a él con afectividad.

Los impulsos dominantes que motivan el actuar de Cristián son: la agresión-defensa y el aislamiento-huida. Ellos constituyen el modo específico en que se relaciona con el mundo exterior. Tal es su actitud fundamental, la orienta-

ción que toman sus respuestas mentales, emocionales y sensoriales hacia sí mismo, hacia los otros y hacia las cosas.

A partir de las experiencias básicas, podemos resumir que Cristián pertenece a aquellos seres que, aplastados por una realidad que no les da tregua (MV, 37 y 69-70), consumen su vida sin dejar rastros. De él se dice que

no está en ninguna parte, ni siquiera en una fosa (SM, 133-134).

5. Características generales del mundo descrito

Considerando que la acción de las circunstancias es decisiva en la formación de los hombres, reviste no poca importancia examinar las características que definen el mundo que rodea a Cristián y demás seres mutilados.

Entre esas características sobresale el hecho que en su conjunto el mundo no es controlado por ellos. Esto se refiere especialmente a la imposibilidad de elegir sus modos de vida en general y los medios de ganarse el sustento en particular (HL, 251, 272-273). Cristián sólo pudo elegir hacerse ladrón, actividad para la cual no posee

habilidad muscular ni mental; además, para desgracia suya, tiene un defecto en la vista; en cuanto anochece, el suelo se le transforma en una tembladera, confunde la sombra con la luz y los accidentes del terreno se le convierten, cada uno, en un problema. <...>. Mientras no lo sorprendían, la cosa andaba más o menos bien, pero lo sorprendían casi siempre: tropezaba con los muebles o se le caían al suelo las herramientas. Huía entonces y a los diez metros se estrechaba contra el suelo: confundía un bache con una mancha de sombra o una mancha de luz con un adoquín levantado y allá se iba. y entonces el dueño de casa y los hijos del dueño de casa y hasta la mujer y el mozo del dueño de casa le caían encima y le daban la tremenda paliza (HL, 299).

El texto reitera este hecho, agregando que esta res-

tricción es característica de un conjunto de hombres. Habla Aniceto:

¿Qué podía hacer Cristián? Robar, nada más, es decir, intentarlo, haciendo frente a lo que podía venir. Prefería eso a otra cosa. Por lo demás, lo mismo hacían innumerables hombres; eso había hecho mi padre, eso hacía El Filósofo, eso hacían los que atravesaban de noche la cordillera, y éstos y aquellos y muchos más, héroes sin grandeza y sin uniforme, héroes mal vestidos y sin pasaporte (HL, 307).

Esa falta de control se da también ante el poder y acciones arbitrarias de la policía. Es la experiencia típica de Cristián:

Pasó años en prisión y siempre llegaba a las comisarías lleno de chichones, de magulladuras y hasta de heridas. Lo conoció toda la policía de Valparaíso, no sólo de investigaciones, sino que hasta de los retenes más alejados; lo detenían donde lo encontraban y aunque no estuviera haciendo otra cosa que respirar. Además, como es violento, peleaba con los policías, y como los policías tienen poderosamente desarrollado el sentido de la autoridad, que es casi tan fuerte como el de propiedad, resulta que no sólo llegaba a las comisarías lleno de chichones, magulladuras y heridas, sino que salía de ellas en el mismo estado (HL, 299-300).

Texto semejante es aquel en que El Filósofo y Aniceto están ante el cadáver de Cristián y constatan la imposibilidad de poner algún remedio, de realizar un acto de justicia (SM, 11). Este texto contiene una pregunta -"¿Qué vamos a hacer?"- que se repite numerosas veces en el curso de toda la narrativa y en casi todos los casos recibe una respuesta negativa: imposibilidad de hacer algo para aquellos que sufren la realidad y plantean la pregunta. Sus respuestas y actitudes ponen de manifiesto que el grupo en quien se centra la narración se caracteriza por una conciencia de debilidad e impotencia para actuar en el mundo en forma positiva y transformadora, es decir, solucionando los problemas indl-

viduales y cambiando la realidad. Su posibilidad realizable es muy limitada: ayudar a sobrevivir (SM, 12).

Elementos de la realidad que no se controlan los encontramos en una reflexión de Ániceto donde se manifiesta que es el conjunto de la vida la que escapa al dominio de los hombres:

Me parece de pronto que no caminamos por la acera de una calle cualquiera de Valparaíso, sino por el centro de una corriente de agua. Quizá es el tiempo, el tiempo, que avanza a través de nosotros, ¿o nosotros pasamos a través del tiempo?, y se hunde en lo que un día constituirá nuestra vida pasada, una vida que no hemos podido elegir ni construir según estos deseos o según estos planos; no los tenemos. ¿Qué deseos, qué planos? Nadie nos ha dado especiales deseos ni fijado determinados planos. Todos viven de lo que el tiempo trae. Día vendrá en que miraremos para atrás y veremos que todo lo vivido es una masa sin orden ni armonía, sin profundidad y sin belleza; apenas si aquí o allá una sonrisa, una luz, algunas palabras, el nombre de alguien, quizá una cancioncilla. ¿Qué podemos hacer? No podemos cambiar nada de aquel tiempo ni de aquella vida; serán, para siempre, un tiempo y una vida irremediables y lo son y lo serán para todos. ¿Qué verá el carnicero, en su vejez, cuando mire su pasado, hacia aquel pasado hecho de un tiempo irremediable? ¿Qué verá el almacenero, qué el contratista, qué el cajero, qué el gerente, qué la prostituta, qué el carablinero, qué todos y cada uno? Puertas y ventanas, muros; cajones de vela, sacos de papas; trabajadores que llegan maldiciendo en la mañana y que se van echando puteadas en la tarde; montones de billetes y de monedas ajenos; empleados con los pantalones lustrosos y las narices llenas de barrillos; hombres desconocidos, con los pantalones en la mano, llenos de deseos y de gonococos; calabozos y hombres borrachos, heridos o acusados de asesinato, de estupro o de robo, y el millonario con sus millones y a pesar de ellos y el industrial con su industria y a pesar de ella y el comerciante con su comercio y a pesar de él, todos con un pasado hecho de

asuntos y de hechos miserables, sin grandeza, sin alegría, sin espacio. ¿Qué hacer? No podemos hacer nada, no podrán hacer nada. ¿Qué se puede hacer contra un tiempo sin remedio? (HL, 276).

No obstante el sentimiento de pesadumbre que deja la lectura de este texto, hay en él un elemento de afirmación positiva: el valor supremo de la existencia es la relación humana. No son las adquisiciones materiales las que resisten el desgaste del tiempo. Lo que permanece, según acabamos de leer, está constituido por "una sonrisa, una luz, algunas palabras, el nombre de alguien, quizá una cancioncilla".

Además, si consideramos el mundo global descrito por Manuel Rojas, podemos decir que no existen planos predeterminados para el ser humano porque es él quien debe crearlos y con ellos transformar la realidad y conquistarse a sí mismo. Es materia a la cual debo volver. Por el momento reten-gamos que la narrativa no describe un mundo que en su totalidad carezca de conducción o esté sometido a fuerzas ciegas absolutas. En él existen ciertos elementos de control. Cito algunos ejemplos:

- Aniceto, mientras deambula por las calles de Valparaíso sumido en el hambre, piensa:

A esa hora, además, si estuviese todavía en la cárcel, ya habría comido; allí se almuerza temprano; es necesario ser ordenado; orden y libertad, orden y progreso, disciplina y trabajo; acuéstese temprano, levántese temprano; ocho horas de trabajo, ocho horas de entretenimientos, ocho horas de descanso; no hay más horas, por suerte (HL, 239);

- la afirmación de El Filósofo:

Se trabaja un día para vivir exactamente un día. El capitalismo es muy previsor (HL, 256);

- la reflexión de Aniceto mientras va entre gente que se dirige a sus ocupaciones:

siempre hay alguien que tiene trabajo para un niño; se le paga menos y eso es siempre una economía industrial o comercial (HL, 273);

- la policía tiene una organización burocrática eficaz (HL, 300), con una función especial de vigilancia sobre los hombres de estos ambientes que llamo de pobreza y miseria; los agentes, dice el alcalde de la caleta,

en cuanto saben que aparece por aquí una cara nueva -y no sé cómo lo saben- vienen a interrogarme o me mandan llamar: quién es, qué hace, por qué está ahí, de dónde viene, para dónde va (HL, 279);

- hay también indicios de una estructura social creada para mantener a hombres como Cristián en un estado que les impide reaccionar (HL, 306).

Todos estos rasgos de orden y de control que caracterizan al mundo descrito nos permiten afirmar que estamos ante una formación social. Como otros elementos que he ido dejando enunciados en las páginas anteriores, éste es un tema que retomaré más adelante. Entretanto, y limitándome siempre a la unidad narrativa que nos pone en contacto con las circunstancias más directas de Cristián, puedo hacer notar que en esa formación social también destacan: un valor que rige su totalidad, una entidad que asegura y resguarda ese valor y una actividad particularmente organizada.

El valor que rige esa formación social es la posesión privada de bienes materiales:

A nadie se pega más fuerte que a un ladrón que se sorprende en la casa; el sentido de propiedad es infinitamente más fuerte que el sentido de piedad (HL, 299);

un mundo en que para ser algo hay que tener algo y en donde mientras más-se-tiene-más-se-es (OR, 48).

La entidad que asegura esta posesión contra todos los que intenten ponerla en peligro, aunque sea en un hecho mínimo, insignificante, es la policía (HL, 280-281, 300; SM,

43; OR, 49).

La actividad organizada es el comercio. Presenta las siguientes particularidades:

- se le refiere en forma de recusación:

negocios tan oscuros, combinaciones comerciales tan enredadas, industrias tan inquietantes (HL, 273);

- las relaciones que engendra son intransigentes, alguien vende y otro paga, sin que quede lugar a la conmiseración por el que está en inferioridad (HL, 288);

- corrompe al hombre en sus sentimientos de humanidad, de benevolencia hacia el necesitado (HL, 277 y 305);

- junto con la política, es una actividad que retiene por completo al ser humano que se dedique a ella (HL, 241), le impide realizar vivencias ajenas a la exigencia comercial; además, parece ser la base sobre la cual está organizada la formación social descrita, y determina la existencia de dos grupos de hombres con intereses opuestos:

dame tiempo para mirar y quédate contando tu mercadería; dame tiempo para sentir y continúa con tu discurso; dame tiempo para escuchar y sigue leyendo las noticias del diario; dame tiempo para gozar del cielo, del mar y del viento y prosigue vendiendo tus quesos o tus preservativos; dame tiempo para vivir y muérete contando tu mercadería, convenciendo a los estúpidos de la bondad de tu programa de gobierno, leyendo tu diario o traficando tus productos, siempre más baratos de lo que los pagas y de lo que los vendes. Si además de tiempo me das espacio, o, por lo menos, no me lo quitas, tanto mejor: así podré mirar más lejos, caminar más allá de lo que pensaba, sentir la presencia de aquellos árboles y de aquellas rocas. En cuanto al mar, al cielo y al viento, no podrás quitármelos ni recortarlos; podrás cobrarme por verlos, ponerme trabas para gozar de ellos, pero siempre encontraremos una manera de burlarte. El hombre aguijonea al hombre, cosa que no hace el buey con el buey: anda de prisa, no te demores, el cliente espe-

ra, lleva esto; trae lo otro, hazme lo de más allá, despacha aquello, y aguijoneando a los demás se aguijonea a sí mismo (HL, 274).

¿Qué es Cristián en una formación social que presenta tales características?:

El es un desterrado de la sociedad (HL, 245).

Esta afirmación cobra dos sentidos. Por un lado, Cristián no tiene acceso a los valores que esta sociedad considera como supremos: en un mundo donde el tener es la pauta para considerar al ser humano, Cristián nunca logrará el dinero suficiente para realizar adquisiciones que sobrepasen la satisfacción de su mínima subsistencia (SM, 41).

Por otro lado, el sentido de esa afirmación no es que Cristián esté fuera de la sociedad sino que él no ha querido someterse a su orden, llegando a ser uno de esos "héroes sin grandeza y sin uniforme, héroes mal vestidos y sin pasaporte" que resisten a entregarse. En el caso de Cristián no estamos en presencia de un hombre mutilado solamente. El es también un rebelde. Este es un elemento dialéctico importante dentro del conjunto de una narrativa que no es tajante, que nos pone en contacto con un mundo no maniqueo, es decir, donde los seres y sus circunstancias no tienen características unilaterales.

Al hecho ya anotado de que la agresividad de Cristián es una alternativa al sometimiento a la sociedad en general y a la arbitrariedad y prepotencia policial en particular, cabe agregar la observación de El Filósofo cuando señala que Cristián rechaza un proyecto de vida que se le quiere imponer y que lo convertiría en un sumiso total:

Está en el último escalón, en el último travesaño de la escalera de la alcantarilla; más abajo no hay nada, ni siquiera la mendicidad; Cristián no podría ser mendigo, no podría pedir nada; preferiría morir de hambre antes de hacerlo. Tiene algo, una dureza, una altanería, casi una dignidad, que le impide aceptar nada que

él sienta que puede aceptar sin que ello lo rebaje ante el concepto que tiene de sí mismo, no en cuanto a ladrón, no en cuanto a ser social -no entiende de esas cosas-, sino en cuanto a hombre, porque Cristián tiene un concepto del hombre, un concepto de sí mismo, mejor dicho, que quizá no sea sino algo inconsciente, que tal vez no es ni siquiera concepto -ya que eso parece implicar inteligencia, discernimiento por lo menos- sino un puro reflejo de su animalidad, pero que es algo y algo que vale, por lo menos para mí. Odia la piedad, quizá porque no sabe lo que es o porque sospecha que no levanta sino que mantiene al hombre en su miseria. Muchas veces he sospechado que en muchos individuos de esta tierra, sobre todo en los de las capas más bajas, sobrevive en forma violenta el carácter del antepasado indígena, no del indígena libre, sino del que perdió su libertad; es decir, conservan la actitud de aquel: silenciosos, huraños, reacios al trabajo, reacios a la sumisión; no quieren entregarse, y entregarse ¿para qué? Para ser esclavos. ¿Vale la pena? Hay gente que los odia, sí, hay gente que los odia, pero los odia por eso, porque no se entregan, porque no les sirven. <...>. Cuando un carácter así, rebelde se da en un individuo de otra condición social, en un hombre al cual no se podría, de ningún modo, obligar a servir a nadie, la gente lo admira; cuando se da en pobres diablos, se les odia. No se puede tener ese carácter y ser un pobre diablo: el pobre diablo debe ser manso, sumiso, obediente, trabajador; en una palabra, debe ser un pobre diablo total. Pero no sé si éste será un fenómeno de la tierra; creo que no: esos hombres existen en todas partes. Cristián sabe que si él se hubiera mostrado sumiso en las comisarias, no le habrían pegado; pero no quiso serlo, no pudo serlo: prefirió los palos y los puñetazos a hacerse el sirviente o el tonto. Eso vale algo, Aniceto (HL, 305-307; cf. OR, 49-50).

En su paulatina elaboración para comprender a Cristián, el texto ha ido avanzando desde considerarlo un hombre insociable, luego descubrir en él un ser que no pudo desplegar sus potencialidades, hasta verlo con un rasgo positivo, de

admiración o respeto al menos, en el sentido que su actitud indicaría un camino, una posibilidad que aunque para él se cerró con su muerte, no por eso está acabada. Otros lugares de la narración nos dirán que esas posibilidades se hacen realizables cuando los individuos logran efectuar relaciones creativas. Más aún, como veré en páginas posteriores, esta narrativa contiene la tendencia a realizar esas posibilidades para todos los seres humanos.

6. Posibilidades de cambio en el mundo descrito

En este mundo caracterizado por la presencia de hombres mutilados por una realidad que no controlan, son muy pocas las perspectivas de un cambio positivo que favorezca el desarrollo y realización de esos seres. La narración, de una u otra forma, y en numerosas ocasiones, insiste que estamos ante un mundo en el cual no hay transformaciones. Así lo vemos, por ejemplo, en un texto en que está implícito el recuerdo de Cristián entre los hombres aplastados por las circunstancias: a pesar de un largo transcurso de tiempo, en el conjunto del mundo nada ha cambiado; sólo hay una breve variación individual, al lado de Aniceto se encuentra una mujer -quien, por lo demás, no permanecerá-:

Era en Valparaíso, a fines de invierno. El viento sur sopla siempre, fuerte en verano, frío en invierno, siempre, y si cesa, aparece el norte, tibio aunque húmedo, con lluvias y olas que llegan hasta las primeras avenidas de la ciudad. Revientan entonces los cauces, garrean las anclas de los cruceros, y los barcos mercantes salen mar afuera a capear el temporal. Es así desde antes de que esta bahía fuese poblada y no debes preocuparte de ello. Ha aparecido una mujer. En aquel puerto había vivido Aniceto, años atrás, duros días, y tuvo camaradas que desaparecieron de su horizonte y otros que están ya sin horizonte alguno, muertos de tuberculosis, asesinados por la espalda o desintegrados por la miseria, el trabajo o la cárcel. El viento sopla, y los mismos piqueros, garu-

mas, alcatraces y aún guayanes, que llegan hasta allí desorientados por algún cambio de la corriente de Humbolt, vuelan sobre la bahía o corren por las playas, y los mismos jureles, congrios, corvinas, sierrras y cabrillas saltan y mueren en el fondo de las chalupas pescadoras de las caletas de Jaime o del Membrillo; los mismos homrecitos conversan y fuman frente a las tabernas del puerto, mientras esperan un trabajo en el dique, en las chatas o en algún barco: carpinteros, mecánicos, pintores; los mismos marineros de la escuadra, morenos, altos o bajos, de uniforme azul obscuro, embarcan y desembarcan, y los mismos grandes tranvías con imperial atraviesan la ciudad longitudinalmente, no transversalmente, ya que nadie ha visto aquí un tranvía, mucho menos con imperial, trepar un cerro. Para eso están los ascensores. Sí, ahora hay una mujer (MV, 37).

En la unidad narrativa se describe una organización -el anarquismo- que apunta a un cambio total de situación, pero la acción de sus miembros más activos degenera en el robo delictual. Más adelante volveré a esta organización.

Otras soluciones globales no son percibidas. Más bien hay una resignación automática ante las dificultades que se encuentran en el mundo, como si ellas fueran una normalidad inevitable, como normales son las manifestaciones de la naturaleza (SM, 12).

Las posibilidades viables e inmediatas de cambio que se plantean ante situaciones problemáticas son de orden individual:

- el poder y arbitrariedad de la policía podrían ser enfrentados si el individuo adquiriera un poder de fuerza ante ella (SM, 12);
- es a nivel individual donde se conjetura la posibilidad de no caer en la situación de Cristián. Aniceto ha tenido un punto de partida distinto, materializado en una niñez con hogar, comida y calor, una historia con experiencias de vida dura pero no al extremo de las sufridas por Cristián. Por eso hay en él un dinamismo que lo sostiene, que impide que termine en el estado de Cristián, e incluso puede es-

perar ir más allá del de El Filósofo y afirmar que nunca aceptará definitivamente lo que "la casualidad" quiera darle (HL, 302). Tales experiencias de vida refuerzan en Aniceto cierto optimismo de vida:

No me quedará siempre aquí. El hombre no se quedará en ninguna parte; se irá siempre, alguna vez para no volver; también alguna vez el pulmón dejará de dolerme y de sangrar y podré irme, irme, irme, irme; parece una orden, una consigna, un deseo y hasta puede ser una esperanza. El que desea irse no necesita nada, nada más que una oportunidad para hacerlo (HL, 253; cf. 251-252).

Aniceto aparece descrito con rasgos de una abertura que muestra que sus dificultades no corresponden a las de una mutilación extrema y definitiva, realidad que se fortalece por el hecho que él no está determinado por su pasado sino por una tendencia hacia el futuro:

Sentía que, en ocasiones, algo como burbujas salían del fondo de aquella corriente <del tiempo>. Tal vez al pisar sobre el fondo se desprendían y ascendían, rozando la piel de mis piernas y de mis costados y llegando hasta mi conciencia: era el recuerdo de mi vida pasada, el recuerdo de mis hermanos, de mi madre, de mi padre sobre todo, de mi infancia; algunas eran como de agradable sabor y se desvanecían pronto; otras eran amargas y duraban más, como si fuesen remordimientos, como si fuesen el recuerdo de algo que había dejado de hacer; todas desaparecían al fin y yo seguía avanzando (HL, 277).

Es el caso contrario del ser mutilado, quien no puede esperar nada que provenga de una capacidad propia. Todo lo que puede obtener le viene otorgado desde afuera. Cristián no es capaz de tomar la iniciativa para cambiar su situación. Es un sargento de policía quien busca la solución para que no sea tomado preso en cualquier ocasión. De todas maneras es una solución frágil, realizada por una burocracia que no toma en cuenta el problema total de este hombre: dispone que no se le aprese más sin motivo, pero a la vez lo res-

tringe en su espacio vital (HL, 300).

He mencionado que en el mundo descrito existen posibilidades para que los hombres cambien o mitiguen su situación, pero todas individuales: escapar del ambiente de la miseria, aceptar la conmiseración de alguien vinculado a un poder, aceptar gestos particulares de solidaridad -más adelante veremos que son las únicas permitidas dentro del orden social-. Pero además existe una intención más global expresada en la intención de

hacer otra clase de hombres (SM, 41).

En el mundo descrito existen ciertas propensiones hacia otro modo de vida. Por ejemplo, lograr que el trabajo no sea una actividad que carcoma al hombre. La narrativa rechaza el trabajo realizado coercitivamente, que marca al hombre en forma negativa, perjudicial y crea oposición entre las personas que entran en relación durante su ejecución (HL, 241-243). El objetivo hacia el cual apuntan dichas recusaciones es realizar un trabajo que responda a una necesidad vital del hombre y no sea sólo medio para satisfacer las urgencias fisiológicas (HL, 303).

Las palabras del pescador El Lobo:

El calabozo acaba mucho. La mar, en cambio, lo curte a uno (HL, 280),

dejan ver la posibilidad de otro tipo de trabajo, uno cuya realización pueda favorecer directamente a la persona que lo ejecuta. Aún más, en ciertas descripciones subyace la tendencia a un trabajo que cree una comunidad (HL, 282 y 286).

El ideal específico de otra clase de hombres se desarrolla en la tendencia a transformar la concepción habitual que se tiene del hombre y de la mujer y superar la relación externa y objetal que se da entre ellos. El elemento o materia para hacerlo ya existe -"algo" lo denomina aquí el texto- pero aún no puede ser aprehendido:

Me aburría y me asustaba esa gente cuyo tema de conversación y de preocupaciones gira siempre alrededor de los órganos ge-

nitales del hombre y de la mujer, conversaciones cuyas palabras, frases, observaciones, anécdotas, se repiten indefinidamente y sin gran variedad ni gracia: la tenía así, yo estaba así, le dije: aquí, ponte de ese modo y él se la miró y dijo: no puedo, ja, ja, ja, ¿qué te parece...

Se reía uno a veces, con una risa sin alegría ni inteligencia, sintiendo, aunque a medias, que en aquello de que se hablaba existía algo que nunca se mencionaba, que valía mucho más que las palabras y las frases, las anécdotas y las observaciones y a quien las risas no tocaban, como si fuera extraño a ellas. Podía uno hablar de los órganos mismos, nombrándolos con sus infinitos nombres y hasta, a veces, describiéndolos y riéndose de ellos, y no podía, en cambio, hablar de aquello; o quizá no se hablaba de aquello porque era muy difícil hacerlo, exigía otras palabras, otras expresiones, casi otros labios, casi otras bocas (HL, 256-257).

La aspiración a otras formas de existencia y de relación entre los seres humanos está presente en la pregunta crítica que se hace Aniceto ante la mirada de Cristián muerto (SM, 11). En esa pregunta subyace otra posibilidad, rasgos de una esperanza que va va más allá de la oportunidad individual. Ella expresa la tendencia a crear una relación humana que permita salir de una situación mutiladora y superar la circunstancia que impidió se conociera a Cristián.

Aunque en una afirmación general se dice que el reflejo de sus ojos -una potencialidad- nunca fue visto, algunos hombres sí vieron en él sus necesidades, miedos y angustias. Ellos le facilitaron al menos mantenerse vivo -y veremos repetidas veces que en esta narrativa la vida misma es un gran valor-. Estos seres se acercaron a Cristián no con una actitud condenatoria o de comerciantes, no para dominarlo ni convertirlo en "un sirviente perfecto" sino para levantarlo y él llegara a la calidad de ser humano. Es hecho palpable en el trato que le dio El Filósofo, quien, sin coaccionarlo, siempre le otorgó otra oportunidad. Cuando él y Aniceto par-

ten dejando a Cristián indeciso en la puerta de la casa, El Filósofo le dice a Aniceto:

-No lo mires y no te apures (HL, 314).

El Filósofo y otros seres semejantes tienden a solucionar los problemas mediante la creación de nuevas relaciones, donde las actitudes y acciones entre los hombres estén orientadas por sus mutuas necesidades y no por los valores que rigen la actual sociedad descrita, como la propiedad por ejemplo. Lo destaca el texto al señalar los cambios que se producen en la habitual disposición de Cristián, cuando alguien se acerca a él con afecto, con muestras de comprensión. El sargento de policía que pone atención en él, lo hace no desde el punto de vista de su función -preservador y custodio de la propiedad- sino desde los del interés y conocimiento comprensivo de seres humanos: el texto dice que el sargento actúa movido por compasión, por haber conocido a su padre y agrega que

aquella vez <...> vio a Cristián (HL, 300).

Cristián no ha renunciado en forma definitiva a los seres humanos. En una atmósfera afectiva es capaz de tomar la iniciativa en pequeños detalles de la vida diaria (HL, 264), puede expresar sus dificultades (HL, 300) y no rechaza a quien se acerca a ofrecerle ayuda (HL, 312). Tal potencialidad para la relación también se ve en el hecho que es capaz de captar y respetar profundamente el amor silencioso de su amigo hacia una mujer casada (HL, 267-269).

La existencia en Cristián de potencialidades que podría desplegar y así salir de su situación, se manifiesta igualmente en otro detalle: pertenecer a un grupo, a pesar de ser pequeño y sin mayor trascendencia, pero donde es acogido sin censura, le permite, aunque sólo momentáneamente, romper una resistencia que lo caracteriza en la totalidad de su vida -el miedo a dejar sus lugares habituales- y regresar donde sus compañeros, de quienes quiso huir, para partir con ellos a otro trabajo, en un sitio más lejano (HL, 310, 313-314).

Todas estas posibilidades están planteadas en forma que contrastan con la realidad del mundo en que viven los protagonistas. Por eso la unión entre El Filósofo y Cristián es descrita no sólo como un logro de la capacidad de comunicación del primero sino como un hecho reforzado por su situación común: ambos están acuciados por una necesidad primordial y mantienen una oposición semejante frente a la sociedad. Lo expresa El Filósofo:

Nos ha costado mucho llegar a ser amigos, pero lo hemos conseguido. El necesita comer y yo también. El es un desterrado de la sociedad; yo un indiferente (HL, 245).

Dentro de un ambiente de pobreza y desamparo, permanece latente una visión optimista, relacionada con el vislumbre de lo que puede ser un cambio profundo, total. Es el sentimiento de libertad de quien, al menos momentáneamente, no está urgido por obligaciones apremiantes ni por la coacción de poseer cosas para ser alguien:

es una ventaja, una ventaja que nos permite caminar paso a paso, detenernos cuando queremos, mirar, reír, conversar y sentarnos aquí o allá <...>.

La calle es nuestra y parece que la ciudad también lo fuera y lo fuera también el mar. En ocasiones, sin tener nada, le parece a uno tenerlo todo: el espacio, el aire, el cielo, el agua, la luz, y es que se tiene tiempo: el tiempo que se tiene es el que da la sensación de tenerlo todo; el que no tiene tiempo no tiene nada y de nada puede gozar el apurado, el que va de prisa, el urgido; no tiene más que su apuro, su prisa y su urgencia. No te apures, hombre, camina despacio y siente, y si no quieres caminar, tiéndete en el suelo y siente. No es necesario pensar, salvo que pienses en algo que no te obligue a levantarte y a marchar de prisa: me olvidé de esto, tengo que hacer aquello, hasta luego, me espera el gerente, el vendedor vendrá pronto, el patrón me necesita, allá va un tranvía.

El mar está abajo, frente a nosotros, al margen de la ciudad y de su vida sin descanso ni tiempo; parece reposar, no te-

ner prisa ni urgencia y en verdad no la tiene y en él se ve, sin embargo, todo el cielo y por él corre todo el viento, el terral, que sorprende a la ciudad por la espalda, subiendo los cerros desde el sur; el norte, que la embiste por su costado abierto, o el oeste, que no tiene remilgos y ataca de frente, echando grandes olas sobre los malecones.

<...>.

Vamos hacia el mar y el mar no se moverá de allí; nos espera; hace miles de años que está ahí mismo o un poquito más acá, dando en las mismas o parecidas rocas, llevando y trayendo la misma delgada o gruesa, amarilla u obscura arena; vivimos de él como los pájaros, los pescadores y los marineros: para nosotros unos gramos de metal, nada más que unos gramos, es suficiente; para los pájaros un puñado de peces y para los pescadores un bote, un atado de algas, un canasto de mariscos, puertos lejanos (HL, 273-275).

Es relevante que la narración insinúe abiertamente que una de las cosas que facilita en El Filósofo su aptitud para la comunicación es su carencia de propiedad:

No ocultaba nada, no tenía nada que perder, mercaderías o dinero, posición o intereses (HL, 301).

Un texto transcrito anteriormente contiene unas líneas en las cuales se sugiere que estos hombres, en quienes es palpable una tendencia hacia el cambio profundo, son capaces de una acción común para subvertir restricciones impuestas por aquellos que se apropian de ciertas realidades físicas y sociales. El texto se refiere a esa acción en plural (HL, 274).

7. Recapitulación

Entre los principales elementos que organizan la totalidad de la unidad narrativa, sobresale la existencia de seres mutilados por sus circunstancias de vida; en esas circunstancias destacan las relaciones con un organismo de po-

der y con un trabajo específico.

Para comprender estos hechos he elegido el caso de un hombre mutilado. Este hombre se caracteriza por las dificultades que tiene para entrar en relación, por la dificultad para utilizar la palabra, la falta de capacidad de ensoñación, el comprender sólo las cosas inmediatas, limitándose su contacto con el mundo a la percepción sensible, es decir, a la forma más elemental de contacto. Su orientación y relaciones con el mundo están determinadas por sus miedos y necesidades. Por lo demás, en su conjunto estas necesidades, como las de otros hombres que se encuentran en condiciones semejantes, están subordinadas a una sola y apremiante: procurarse el alimento de cada día.

El mundo en que estos hombres deben vivir se caracteriza por su inmutabilidad, por el hecho que en él no se producen cambios significativos, que solucionen el conjunto de problemas que les impiden satisfacer sus necesidades humanas y desplegar sus potencialidades. Ese mundo, sobre el cual ellos no tienen poder de control ni dirección, está regido por cierto orden que salvaguarda la propiedad privada y sostiene la actividad comercial, ambas descritas en forma negativa por sus efectos en el hombre en general y en las relaciones humanas en particular. Dentro de este orden, el gran y único valor es poseer bienes materiales.

Para enfrentar los problemas que plantea ese tipo de formación social, en la narración existen cuatro respuestas diferentes:

- 1) aceptación automática del estado de cosas;
- 2) ayudar individualmente a quienes tienen dificultades, sea por impulso de la conmiseración o de una tendencia más positiva que radica en la solidaridad;
- 3) sustraerse, sólo o en grupo pequeño, al proyecto de vida que rige la formación social; las consecuencias pueden ser la indiferencia o la exclusión de la sociedad. Cuando éstas no aparecen viables, se transforman en rebeldía y agresión reactiva;

4) proyectar o tender hacia un nuevo tipo de hombre en un nuevo orden social.

En la narración prevalece como positiva y viable en forma más o menos inmediata, la respuesta tercera, aunque accesible sólo para quien ha tenido en su existencia un punto de partida y unas experiencias distintas a las de los hombres que están reducidos a una mutilación extrema. No obstante, la cuarta respuesta permanece como una tendencia a realizar un tipo de sociedad donde el valor supremo esté constituido por la consecución de las relaciones humanas y no por la adquisición y posesión de cosas, y donde los seres humanos lleven a cabo actividades que los realicen en sus potencialidades, sin quedar reducidos a un solo quehacer ni constreñidos por las necesidades de comer y abrigarse.

Esta tendencia hacia un cambio profundo, basada en una especie de apuesta por la vida, muestra que el mundo descrito no está corrompido totalmente. Es lo que expresa el final de la tercera parte de Hijo de ladrón, en un momento en que se termina de describir la venta y compra de pescado en la caleta. En este texto encontramos un verdadero canto a la vida, al dinamismo que le es propio y que no puede ser sofocado:

El mercado duraba poco, una media hora o un poco más, ya que los botes no eran muchos, y cuando se marchaban los arrieros, las vlejás y los niños, los compradores al por mayor y los curiosos, la caleta retomaba de nuevo su soledad y su silencio, no oyéndose ya más que los gritos de las gaviotas al disputarse los restos de pescados y el golpe de la ola, sordo, sobre la playa. Un hombre, El filósofo, vagaba por aquí; más allá, Cristián, y más acá yo; el hombre de la red seguía tejiendo sus palabras no dichas, sus pensamientos no conocidos y tejía la red, el mar, el cielo, todo junto, y otro hombre, un desconocido -siempre aparecía por allí un desconocido-, miraba desde la calle hacia la playa, las manos en los agujereados bolsillos, el pelo largo, la barba crecida, los zapatos rotos. Parecía preguntar-

se, asustado: ¿qué haré?, como si él fuese el primero que se lo preguntaba.

Vivir, hermano, Qué otra cosa vas a hacer (HL, 288-289).

II. MUTILADOS EN EL MUNDO DEL TRABAJO.

EL CUENTO POCO SUELDO

Como he repetido numerosas veces, los seres mutilados no son una excepción en esta narrativa. Comenzaré otros ejemplos tomando un cuento donde estos seres aparecen de diferentes categorías sociales, lo cual muestra que el problema no está restringido a los miembros de ciertas capas de la sociedad sino que abarca el conjunto de ésta. Evidentemente, el sufrimiento y la pasión son distintos en cada una de esas capas.

Es importante hacer resaltar que es en el conjunto de la sociedad, en la forma en que se la organiza, el objetivo que se le da, donde la elaboración de la narrativa busca el origen preponderante del problema y no tanto en la maldad de unos pocos hombres -aunque sin excluirla categóricamente. Por eso hay una fuerte tendencia a rechazar el juicio moral. Estas son ideas a las que volveré más adelante, al buscar la explicación del vivir descrito.

1. Resumen

El cuento está escrito en tercera persona. Laureano González, electricista de última categoría en una empresa, llega a arreglar la lámpara de don Carlos, el administrador. Al terminar la reparación, venciendo su vacilación y timidez, logra pedirle al administrador un aumento de salario. Este asiente.

Días después se presenta en la oficina del administra-

por la mujer de Laureano para pedirle le solucione un asunto del seguro pues su marido ha muerto, víctima de una enfermedad causada por alcoholismo crónico. El administrador da orden al secretario para que solucione el asunto.

2. Características de seres mutilados

Este cuento reviste una importancia particular por el tipo de seres mutilados que presenta. Estos son de diversas categorías sociales.

Los tres primeros personajes que introduce el relato están descritos inmediatamente a continuación del inventario de los objetos que hay en el espacio donde trabajan; la importancia que se les concede en el sistema queda representada por diferentes cantidades y calidades de cosas; la situación de cada uno es distinta en sus grados de bienestar e importancia, pero siempre referida a la conveniencia del organismo para el cual trabajan: la empresa. Un cuarto personaje, el obrero Laureano, es definido en relación al trabajo que desempeña, e incluso respecto a ciertos objetos materiales -maquinarias- que no sabe manejar. Finalmente, el quinto personaje destacado es la mujer de Laureano, quien es definida en relación a su marido y en referencia a un trabajo.

De esta manera el texto expresa que el ser humano es valorado por algo externo a sí, por lo que puede producir, no por lo que vive o siente, como lo quiere una tendencia que subyace en la narración. Por eso en el mundo descrito hay un viejo, un secretario, un administrador, un trabajador, a quienes viene a agregarse una mujer.

a. Un viejo

Es un antiguo empleado de la empresa. La habitación que ocupa y, sobre todo, el escaso mobiliario que hay en ella, denotan la poca importancia que tiene su trabajo. En realidad es una actividad casi innecesaria, fácilmente realizable, y mejor, por un empleado más joven, pero que se le ha

adjudicado "para retribuir sus servicios y premiar su longevidad" (S, 289).

Además de su posición dentro del mobiliario, dos detalles permiten afirmar la situación mutilada de este hombre. Por un lado tenemos que el premio que ha recibido es un trabajo sin creatividad personal y monótono; por otro lado, su futura muerte es señalada en términos de contabilidad "a favor" de la empresa (S, 289).

b. Un secretario

Me atengo al texto:

En la segunda habitación el aspecto cambia. Hay dos estantes de color caoba, uno para los archivadores y otro para anuarios y guías comerciales; dos calendarios en las paredes, a manera de adornos; un escritorio más grande que el de la primera pieza; una mesita con una máquina de escribir, otra con una prensa; tres sillas tapizadas y un secretario. «Es muy joven, viste pulcra pero pobremente, no se afeita todos los días, tiene alguna enfermedad crónica relacionada con las vías respiratorias; es simpático y trabajador». Su sueldo es mayor que el del vejete, pero no demasiado. La empresa lo necesita más que al otro y lo alimenta mejor, aunque sin llegar a excesos que puedan comprometer la salud del secretario (S, 290).

c. Un administrador

La narración lo introduce como a los anteriores:

En la tercera habitación, que da hacia la calle, hay que entrar con el sombrero en la mano. Es amplia, llena de luz; los muebles son más numerosos y cómodos que en las anteriores. Hay una imponente caja de fondos, un escritorio grande con cubierta de vidrio y cajones que se abren suavemente, llenos de papeles en orden; hay sillas con tapiz nuevo, litografías y copias de cuadros en las paredes, calendarios; un armario grande, siempre barnizado; una percha ointada al laque y un administrador (S, 290).

La narración se detiene un poco en la descripción del administrador. Destaca la perfección y elegancia de su vestimenta y agrega:

Viene alegre, fresco, recién afeitado y bañado; huele a salud y a bienestar.

Este es el señor administrador. Su sueldo es mejor varias veces que el del vejete y del secretario juntos. Es muy inteligente y trabajador, es el cerebro comercial de la empresa, y ésta lo remunera como corresponde a tan importante órgano; le interesa que ese órgano esté nutrido abundantemente y que no tenga una falla, una lesión (S. 291).

Es un hombre cuya función lo desvirtúa en la relación que podría tener con otros seres, como los obreros, a quienes no alcanza a considerar en cuanto individuos vivientes, totales. Sólo pone atención a su fuerza de trabajo:

No tiene costumbre de mirar con atención a los trabajadores de la empresa. Los mira bien nada más que al tomarlos, para ver si son sanos, fuertes, si denotan hábitos de trabajo. Una vez colocados no los mira sino a la cara y rápidamente, al mandarlos o al saludarlos. Ignora cómo viven. No tiene tiempo de informarse (S. 294-295).

d. Un obrero

Es un trabajador manual sin ninguna calificación. Su primera descripción viene a continuación de la entrada en escena del administrador y del enterarse éste de asuntos importantes. Esa descripción contrasta con la del administrador, como contrasta también la del administrador con el secretario: bien-mal vestido; afeitado-no afeitado todos los días; salud-enfermedad:

Es un hombre de edad indefinible y parece amasado en barro. No hay nada blanco en él, ni en la ropa que lleva puesta, ni en el rostro, que tiene un color moreno grasoso y que luce una barba de quince días por lo menos, que le da un aspecto magnífico de suciedad. <El texto se extiende minuciosamente en la descripción

de su pobrísima ropa, que tiene las huellas de su trabajo; repite en dos ocasiones cómo partes de esta vestimenta se homogeneizan con el color del rostro y del cuello del hombre, para terminar diciendo que ese es su traje de todos los días.

El hombre despidе un tremendo olor de multitud y parece que hubiera entrado allí por el alcantarillado (S, 292).

En su relación con el trabajo aparece pasivo, llevado por una corriente que lo tomó sin que él la eligiera. Refiriendo su oficio y otras ocupaciones mínimas -por ejemplo mozo de servicio, de aseo, cargador-, el texto consigna:

De esta manera, es uno de tantos allí donde hay muchos (S, 293-294).

Esta última expresión, en la forma "uno que trabaja aquí", se repetirá dos veces más, y ambas en un momento en que la mujer quiere identificar a su marido (S, 296 y 297).

La conciencia que tiene de sí es menoscabada. Considera que frente a aquellos que manejan asuntos importantes, no puede tener ninguna iniciativa. Tal es su actitud cuando se introduce en la oficina del administrador para arreglar la lámpara. La narración refuerza esa actitud al describirlo como un objeto de desecho:

El electricista avanza; lleva en las manos varias herramientas que tienen el mango forrado con cinta aisladora, endurecida por el uso y cubierta por una capa de grasa. Cuando Laureano se encuentra frente al administrador, no saluda; permanece callado ante él, esperando ser saludado o interpelado. Saludar él primero le parecería una impertinencia grande, tal es el sentimiento profundo que tiene de su posición y condición frente a aquel caballero que lee papeles escritos a máquina y que despidе un olor que a su olfato le parece excesivamente fluido, casi femenino.

Parado allí, entre los muebles brillantes y los tapices relucientes, sobre la alfombra cáscara, semeja uno de esos trozos de estopa que se encuentran en las orillas de las vías férreas y que arrojan los fogoneros y maquinistas desde las locomotoras en marcha (S, 293).

Cuando termina la reparación de la lámpara y vuelve a sus insignificantes herramientas, el texto retoma una vez más el hecho de la conciencia menoscabada que este hombre tiene de sí mismo, junto con sus dificultades para expresar una necesidad, para formularla en palabras:

Laureano empieza a recoger perezosamente sus útiles de trabajo: el rollo de cinta aisladora, unas pinzas, un cortaplumas con su única hoja quebrada por la mitad, un destornillador, todo su equipo. Después de recogerlas da dos o tres pasos hacia acá y hacia allá, como buscando una herramienta que se le ha perdido; pero no se le ha perdido nada. Lo que pasa es que se le ha ocurrido una idea y está haciendo tiempo para desarrollarla y hacerse ánimos para expresarla. Por fin, cuando ya es imposible permanecer más tiempo allí sin llamar la atención, avanza hacia la puerta y se detiene frente al escritorio del administrador. Ahí se planta, sonriendo tímidamente, como avergonzado de tener una idea y de querer expresarla (S, 294).

Después que ha pedido un aumento de sueldo, el administrador lo mira y en su pensamiento define a Laureano:

aquello no es un hombre, es un estropajo (S, 295).

Efectivamente, en el sistema ni la persona de Laureano ni su trabajo reciben una consideración especial. Así como su muerte no es computada en la empresa (S, 297), tampoco es tomado en cuenta en vida. Un ejemplo lo tenemos en dos cortos intercambios de palabras con el administrador: en el primero éste le pide que se apure en el arreglo de la lámpara pues espera "gente"; en el segundo, acusa recibo del arreglo de la lámpara continuando la lectura que realiza, sin prestar mayor atención a Laureano (S, 293 y 294). También lo vemos en el hecho que en los aumentos periódicos de sueldo él no va incluido (S, 294). Como ya ha asimilado y hecho parte de sí este no ser tomado en cuenta, experimentará una "gran sorpresa" cuando constate que el administrador cumplió su palabra y le aumentaron el sueldo (S, 295).

e. Una mujer

Ella se define a sí misma respecto a su marido. Las dos veces en que se presenta a los funcionarios de la empresa, no dice su nombre -ausente en toda la narración- sino que emplea la fórmula:

Soy la mujer de Laureano González (S, 296;
cf. 297).

Este hecho de identificarse en función de su marido tiene una concreción bien particular: toda su suerte en la vida está determinada por su relación con él. Ella no es un ser autónomo:

Como su hombre, la mujer tiene una edad indefinida, la edad indefinible de la mujer, que envejece y apaga a las personas; pero parecía más bien joven. <...>. Su ropa era pobre y rota, de color café; bajo ella se delineaba un cuerpo mal alimentado, vacilante, casi asexual. <El corolario es:>

Mirándola y conociendo a su marido, se comprendía que fuera su mujer y que no pudiera ser la mujer de otro (S, 296).

La forma en que enfrenta la vida está determinada por la situación de su marido: ella debe trabajar no por elección propia sino porque lo que éste le da no le alcanza (S, 299).

Aparece carcomida prematuramente por la vida: representa cuarenta años, siendo que tiene veintitrés (S, 295); en ella encontramos una característica que hemos visto en Cristián: la ausencia de deseo. En su situación, nunca se le ha reconocida la capacidad de volición. El secretario le dirige las siguientes palabras:

-Buenos días. ¿Qué desea?

Ante esta pregunta, la mujer no supo qué contestar. Nadie hasta ese momento le había dirigido la palabra "desea" (S, 295).

Es redescribiendo a esta mujer, "envejecida por la miseria", como termina el último párrafo de la narración.

3. Contexto de vida de seres mutilados

La narración se refiere a dos contextos de vida:

- la empresa: nunca recibe especificación, es el lugar donde los hombres no cuentan sino como partes y donde están situados entre los objetos necesarios para que ella se mantenga y funcione;
- la miseria: espacio engendrado por la falta de dinero (S, 294 y 299), lugar de Laureano y de su mujer.

4. Características generales del vivir descrito

a. Relaciones descritas

Hay un hecho que sobresale en el conjunto de las relaciones. No obstante la desigualdad social notoria entre los distintos personajes, las relaciones entre ellos no revelan en ningún instante la más mínima fricción. Ni siquiera en las palabras de la mujer cuando se refiere a su situación económica y al trabajo que debe realizar debido al alcoholismo de su marido. Son palabras enunciadas sin ninguna queja, expresando, de pasada, un hecho natural, para responder a una pregunta y continuar luego con el objetivo de su visita:

-¿Y ahora qué va a hacer usted?

-Trabajar, pues, señor; soy lavandera. Con eso me he ayudado siempre, porque lo que Laureano me daba no me alcanzaba para nada... Si el señor me hace el favor de arreglar ese asunto del seguro, se lo agradeceré muchísimo (S, 299).

Diálogos y encuentros entre personas ocurren según normas fijas, en un ritual inmóvil que se repite diariamente y al cual todos están adaptados. Por ejemplo, la descripción de una mañana de trabajo: entrada y salida de gente, intercambio de palabras, todo se realiza en gestos y expresiones estereotipados que se repiten día a día; incluso las personas que vienen del exterior a realizar gestiones en la ofi-

cina aparecen como clichés que se suceden cotidianamente, sin variación (S. 290-291).

En su generalidad, las relaciones entre las personas son de superior a inferior; no existen relaciones de igualdad. Además, no existen signos de relaciones afectivas, excepción aquella con rasgos de paternalismo del administrador hacia el empleado viejo. En la pareja formada por Laureano y su mujer, el único vínculo notorio, expresado, es el económico. Para Laureano, la mujer y los hijos son un argumento para pedir aumento de salario; para la mujer, él es esencialmente quien le da cierta cantidad de dinero que no alcanza para vivir, y aquel por quien le pagarán un seguro.

Una parte de las relaciones está regida por un sistema de burocracia, dentro del cual encontramos un escalafón de piezas, de salarios y de aspectos que definen las personas.

En la burocracia los hombres se relacionan con un mecanismo de poder que escapa a los sentimientos de humanidad que ellos puedan tener; la burocracia sólo da soluciones previstas con anterioridad, sin preguntarse por las causas de los problemas. Sus soluciones no toman en cuenta el conjunto, la totalidad del ser humano. Quien pertenece a la burocracia se relaciona con el mundo a través de objetos inertes, que en sí no tienen valor. Es notorio que a los dos individuos que la representan -el secretario, su intermediario, y el administrador, su cúspide- el texto los describe trabajando con papeles (S. 291, 293, 295).

b. Experiencias básicas descritas

Son dos las que nos comunica el texto. Una es la que se tiene en el espacio denominado "misericordia", donde los seres que pertenecen a él padecen un efecto nocivo del transcurso del tiempo. El texto lo dice explícitamente de la mujer (S. 299).

La otra experiencia se refiere a la realización de un trabajo en el que los hombres, cualquiera sea el nivel que en él ocupen, son sólo una parte de un organismo al cual

serven y dentro del cual tienen una posición semejante a la de los objetos materiales, como el mobiliario y las herramientas.

La inhumanidad del espacio en que se realiza el trabajo es puesta de relieve en un párrafo que viene enseguida de haberse descrito la función del administrador y el buen trato que le da la empresa:

Fuera de ese puesto, que corresponde al del cerebro, no hay ningún otro allí que corresponda al del corazón. No es necesario. Sería un puesto más superfluo aun que el del vejete, y si alguien, algún día, por debilidad de la empresa, llegara a desempeñarlo, ganaría un sueldo de hambre (S, 291).

5. Características del mundo descrito

Su característica general está dada por el tipo de relaciones que en él existen. Ya he mencionado el hecho que, a pesar de las grandes diferencias de bienestar, de remuneración, de posición dentro de la empresa, las relaciones entre los distintos personajes no son tensas ni conflictivas. Al contrario, se desenvuelven en una perfecta apacibilidad.

Las grandes diferencias que separan a estos seres son cosa establecida, algo perteneciente al sistema mismo, asimilado al ser de cada uno de los existentes. Es importante hacer notar que en todo el relato no hay un solo juicio moral, espontáneo ni superficial, que diga o deje subentender, por ejemplo, que el administrador es malo y que Laureano sea su víctima. Este último es nada más que la víctima mayor, extrema, de un sistema del cual todos son eslabones.

Fuera de un aumento de sueldo y la muerte de un hombre, no hay variación en el mundo. En el engranaje de la empresa no hay cambios, no hay noticias de trascendencia. Así, las "novedades" que el secretario puede comunicar al administrador son "muy pocas". Los hechos que ellas conciernen dan lugar sólo a un "breve diálogo, que parece sacado de un manual de correspondencia comercial" (S, 292).

La situación de la mujer permanece igual: ocurre una muerte en su familia y ella continuará enfrentando la vida en la misma forma que antes.

Junto a la característica de inmutabilidad del mundo, está también la presencia de una burocracia en cuyo encadenamiento quedan inmersos todos los seres, por una jerarquización y delimitación estricta de funciones: un determinante (administrador), un activador (secretario), un objeto-beneficiario (trabajador y su familia). Es decir, una cúspide que decide y manda, uno que pone en movimiento su mecanismo y un ser pasivo sobre quien caen los efectos de la burocracia.

6. Posibilidades de cambio en el mundo descrito

Es interesante anotar en primer lugar la respuesta que se da al qué hacer.

La mujer lo hace asumiendo la vida sin cambio, en un continuar enfrentando la existencia como siempre lo ha hecho. Pero en esta actitud hay algo más que un fatalismo de aceptación. Es también la vida que no se doblega, la vida que no se rinde, aquella que en Hijo de ladrón llama al ser humano a continuar, a pesar de las aflicciones e incertidumbres.

Esa es la única respuesta positiva, valiosa. Otras respuestas a problemas las hay, pero se limitan a una acción burocrática que en última instancia no aporta una solución al problema del hombre que es un "estropajo". La burocracia no puede hacer nada más que aumentar el salario de un obrero. En su perspectiva no hay lugar para otra reflexión. Un miembro de la burocracia puede estremecerse por el sufrimiento de otro, puede conmoverse ante él, pero no es capaz de salir del engranaje, de hacerse algunas preguntas. Esto último es patético especialmente al final de la cita que pongo a continuación, situada en el momento en que Laureano ha pedido un aumento de salario:

El administrador da una mirada al obrero. Es la primera vez que lo mira detenidamente, a fondo <...> esa mañana mira al hombre que tiene delante como se debe mirar a los hombres, de arriba abajo, para saber de ellos no sólo lo que dicen o piensan, sino también lo que viven y lo que sienten. El examen le produce angustia <...>. Nunca ha visto tanta pobreza y tanto abandono.

-Bueno -dice, mirando a otra parte-; en realidad, no ganas demasiado. Pero yo me ocuparé de ti. Ahora, vete.

El hombre da las gracias y se retira, y cuando la puerta se cierra nuevamente tras él, el administrador exclama:

-¡Qué horror!

Y sigue estudiando el contrato (S, 294-295).

La burocracia puede solucionar ciertos problemas -aumento de salario de Laureano, dar curso al seguro de vida para su mujer- pero no puede abarcar al ser humano en la totalidad de sus circunstancias. Esto es notorio en el "señor administrador", hombre que no está absolutamente corrompido en sus sentimientos, pero como pertenece a un organismo que absorbe a los hombres, no puede tener una reacción que vaya más allá de la conmiseración, la perplejidad y cierto desasosiego. Las causas de la miseria y los dramas que conlleva no pueden ser comprendidos por él. En su razonamiento, la situación de Laureano

no tenía explicación lógica (S, 299).

Los actores no alcanzan a tomar conciencia del problema, ver sus causas, tener un programa, posibilidades y medios para superarlos. Únicamente es realizable -entretando, nos gritará desde otros lugares la narrativa- una acción individual, la de la mujer: continuar trabajando para subsistir.

Pero el solo rescate de la vida no es una solución que satisfaga a la narrativa de Manuel Rojas, como tampoco la ascensión material. Si Laureano se hubiera perfeccionado o ampliado sus conocimientos, tendría acceso a las intrincadas

maquinarias y ocuparía "un sitio de más importancia" (S, 293) en la empresa. Es decir, habría llegado a ser un eslabón de mayor categoría, mejor remunerado, pero el problema humano quedaría vigente: mutilado, convertido en un objeto.

Como parte de una solución válida, la narración postula un cambio profundo en las relaciones humanas, un cambio por el cual los hombres dejen de considerarse entre sí en forma parcial, atomizada, donde captan sólo sus aspectos utilizables, para fines que les son ajenos. Los hombres deben mirarse en su globalidad; ellos, mucho más que datos cuantitativos, "viven" y "sienten" (S, 295).

III. MUTILADOS POR EL TRABAJO. UN EJEMPLO PARTICULAR:

EL CUENTO UN ESPIRITU INQUIETO

1. Resumen

El cuento está escrito en tercera persona.

Pablo González, oficinista cesante, 28 años, camina por la ciudad estrenando un sobretodo nuevo, color azul. Cavilando sobre el sentido de la vida y al angustia de la muerte es atropellado y muere. Su espíritu continúa una existencia semejante a la anterior, aunque libre de las limitaciones corporales. Las preguntas que lo embargaban en vida no reciben respuesta, y esa otra existencia presenta un mismo ritmo de monotonía e insatisfacción. Finalmente encuentra cómo salir de esta segunda vida, para buscar una realmente nueva o simplemente desaparecer.

2. Características de un hombre mutilado

Al describir la existencia de un ser mutilado, el cuento lo presenta como "un hombre de vida solitaria y ánimo triste" (C, 53), de "cabeza cansada" (C, 50), que por momen-

tos parece "una bolsa llena de trapos viejos" (C, 53); en su vida, la muerte es un punto de atracción central (C, 49 y 50).

Su relación con el mundo exterior es de petición, de expectativa pasiva, lo que parece denotar una impotencia para intervenir en la realidad. Pablo González no actúa, por ejemplo, para realizar su esperanza, limitándose a un quehacer de reflexión intelectual:

Todas las mañanas, cuando el despertador lo despertaba con su gritito estúpido, se sentaba en la cama y se preguntaba: ¿qué espero hoy?

Cuando después de un momento de examinar las posibilidades advertía que nadie ni nada vendría a traerle una causa o un motivo que justificara ese día su razón de vida, una carta, un libro, una cita, se sentía amargado <...> (C, 48).

Esta relación hacia el mundo exterior de petición, de búsqueda no creativa, se ve también en el hecho que es dependiente de otros para responder a sus preguntas existenciales. El único efecto de tales respuestas es un aditamento de conocimientos que no tienen significado para su propia vida (C, 50).

Al comenzar su otra vida, continúa esa esperanza pasiva, sin participación creativa propia (C, 54). Así, para enfrentar esa existencia depende de un amigo, Alfredo Valenzuela, muerto diez años antes que él.

Otra característica que destaca es el hecho que su sistema de referencia temporal está constituido por el pasado y el futuro, es decir, la vida depende para él de realidades que escapan a su control y no de un quehacer realizado por sí mismo, en el presente. De esta manera piensa:

El hombre vive de grandes esperanzas y de pequeños recuerdos (C, 48).

Es sintomático el uso preponderante del pretérito imperfecto en las referencias hechas a Pablo en su existencia de vivo. En esta etapa de su vida, uno solo de sus pensa-

mientos es referido en presente. Se trata de una pregunta cuya respuesta inmediata lanza hacia un futuro que no depende de su acción propia y respecto al cual es un expectante pasivo. Estos elementos son notorios en el párrafo que nos da a conocer el significado que tiene para Pablo ser despertado cada mañana, hecho que no lo conecta con ningún proyecto ni quehacer propios.

Otro párrafo que se refiere a él en presente, en su primera existencia, es uno que también contiene una esperanza futura que no será cumplida:

cuando se posee un sobretodo nuevo, la esperanza renace: hay derecho para esperar muchas cosas (C, 48).

La falta de unión activa con el presente se mantiene al comenzar su segundo modo de existencia. Lo vemos, por ejemplo, en una demanda hecha a su amigo Alfredo, en la cual se encuentra nuevamente su actitud pasiva y el hecho de estar como suspendido entre el pasado y el futuro, sin vislumbrarse como actor: luego de constatar que algo le sucedió, su interrogante es qué le va a pasar a continuación, no lo que puede hacer desde ahora ni lo que pasa en ese momento, lo que posiblemente se está degradando o gestando (C, 54).

En una cita anterior hemos podido constatar que este hombre pone sus esperanzas en la dádiva, en el otorgamiento de dones que vengan desde el mundo exterior. El fundamento de su vida está puesto así en la posesión de valores externos y en el goce de cosas que no dependen de su voluntad, es decir, de realidades que no son una creación de su propio poder:

Iba alegre. Atmósfera brillante, cielo azul y claro de fines de otoño, sobretodo nuevo, veintiocho años. ¿Qué más podía desear un hombre para ser feliz? ¿Una mujer? Ya vendría (C, 48).

Su dependencia de cosas externas está especialmente expresada en su relación con el sobretodo azul. Señalemos, de pasada, que esta prenda de vestir acapara el primer párrafo

de la narración y que, en la primera existencia de Pablo, junto con la obsesión de la muerte, es el centro de sus grandes preocupaciones. La posesión de ese sobretodo lo hace sentirse dueño del mundo, merecedor de la pleitesía y aceptación de las mujeres (C, 49 y 52). La posibilidad de una relación -o más bien posesión- amorosa depende para él de ese hecho exterior a sus propias cualidades (C, 48). Pero esa esperanza no tiene consistencia. Una adquisición externa no puede colmarlo y le resulta ajena. El hermoso sobretodo azul, finalmente le cuelga "sin gracia", extraño e indiferente a sus inquietudes (C, 50).

3. Contexto de vida de un hombre mutilado

Un contexto importante en la vida de este hombre es el trabajo. Aunque se le menciona sólo dos veces, aparece determinante en su existencia, como una realidad que lo ha marcado negativamente: Pablo posee un "cansado cerebro de empleado de banco" (C, 50) y está afectado por una neurastenia "adquirida en varios años de pesada vida de oficinista" (C, 48).

La actividad del trabajo se encuentra sujeta a cierta ordenación temporal que entorpece las posibilidades de relación:

Vagó de una acera a otra, acechando el paso menudito de las mujeres. Les decía piropos, se ofrecía para acompañarlas, las invitaba a tomar té, les ofrecía flores; pero ellas pasaban silenciosas, arrebujadas en sus pieles o en sus abrigo, haciendo sonar sus altos tacones en las veredas. Algunas le sonreían, pero ninguna le miró como invintándolo a que la siguiera. Era la hora de entrar a la oficina o al taller y no tenían tiempo... ¡Lástima! ¡Tan buen mozo, recién afeitado, con aquel sombrero negro que daba a su rostro de criollo un encanto melancólico de enamorado, y con ese sobretodo azul, por debajo del cual la raya del pantalón se deslizaba hacia el zapato de anca de potro! Hasta se

daban vuelta para mirarlo, pero, francamente, no tenían tiempo, por lo menos hoy... (C, 48-49).

Ese hecho cabe conectarlo con otro, que además indica soledad, aislamiento: la burocratización global de la existencia humana, en cuya programación van incluidos los trámites para los efectos de la muerte propia (C, 49).

En la inquietud y sufrimientos de Pablo subyace la vida *no vivida, es decir, una existencia en la cual no puede desplegar sus potencialidades ni satisfacer sus necesidades humanas*. Tal realidad domina el mundo que constituye su contexto, su circunstancia:

El hombre tiene cinco sentidos y todos ellos le sirven admirablemente, mas no los utiliza para elevarse por medio de ellos, sino para rebajarse. Ellos priman sobre el espíritu. Tiene ojos para ver, pero no ve con ellos la belleza del mundo; le sirven sólo para no tropezar con los postes, para mirar las piernas de las mujeres cuando suben al tranvía y para cuando van al cine. Tiene oídos, pero no los usa para oír la armonía del universo; los utiliza para hablar por teléfono, escuchar la radio y otros menesteres. Tiene voz y posee el don de la palabra, pero no los usa para cosa alguna de provecho; sólo le sirven para hablar en el congreso, para vender papas o gritar en los mítines. Y así en todo. Cuando el hombre suavice sus sentidos y los use para bien de su espíritu y no para saciedad de su carne, estará salvado, puesto que su espíritu se suavizará también y sus sentimientos serán plácidos y sencillos (C, 60).

Es importante dejar constancia que el texto, pocas líneas más adelante de la cita recién transcrita, insiste en que éste no es problema de un solo individuo sino de un conjunto, de una gran mayoría de hombres.

4. Características generales del vivir descrito

a. Relaciones descritas

En esta narración nos encontramos con una imposibilidad de establecer relaciones humanas. Por ejemplo, cuando el protagonista compara la existencia de vivo y la existencia de muerto, su conclusión para evaluar esta última la reduce a un balance de pérdida o ganancia, donde ninguna persona -salvo él mismo en una mínima parte- tiene cabida, como tampoco la tiene en las perspectivas que él se hace ante su nueva existencia (C, 54). No es extraño, entonces, que la falta de unión afectiva sea vivenciada como libertad (C, 49).

En la totalidad del mundo descrito no aparecen grupos sino hombres aislados, con expectativas individuales y con una probabilidad de realizarlas sólo individualmente. El máximo de relación o comunicación alcanzada se reduce a un nivel informativo entre dos seres, donde el informante queda indiferente a las consecuencias implícitas en sus comunicados. Cada uno permanece fijado en sus propias preocupaciones y deseos (C, 61).

El amor entre el hombre y la mujer es una de las más fundamentales expresiones de relación humana, pero en el mundo descrito la relación entre ambos circunscribe a la mujer como un objeto accesorio y secundario para la felicidad del hombre, comparable, en grado menor, a la posesión de un sobretodo nuevo. Ella no es vista como un ser total sino sólo en las parcialidades de su cuerpo, las piernas, por ejemplo. Esta concepción se expresa también en el hecho que la tendencia del hombre hacia ella es designada por el verbo acechar. Se la busca en general, no en su particularidad de individuo personal (C, 48 y 60).

Esta objetivación de la mujer se ve también en la actitud del hombre que no considera que ella puede tener obligaciones propias que realizar (C, 49).

La escasa atención que la mujer puede prestar al hombre se reduce a hechos externos (C, 49). La relación posible, lo

que podrían realizar juntos, se limita a "un proyecto de pasión" (C, 52). La mujer que es atropellada y muere junto con Pablo, permanecerá una desconocida para él (C, 53).

En tal contexto es comprensible que el amor aparezca contabilizado dentro de una lista de necesidades fisiológicas del hombre, de las cuales, por lo demás, éste puede llegar a prescindir (C, 55).

b. Experiencia básica descrita

La experiencia básica referida por el texto es el trabajo de oficinista que determina la vida de un ser mutilado: le ha entorpecido sus potencialidades intelectuales. También se deja notar que éste y otro tipo de trabajo están en la base de la regulación del tiempo de los hombres y mujeres, condicionando las posibles relaciones entre ambos.

5. Características generales del mundo descrito

Es importante retener un dato que podríamos llamar paradójico. Se supone que es un cambio enorme la muerte. Así lo vivencia Pablo González, primero terrorificado por lo ocurrido y luego extasiado por las novedades que imagina tener delante. Pero nada sustancial cambia y el mundo permanece básicamente sin variación (C, 53, 54, 55, 59). Ahora bien, dentro de un mundo estable cobra significación la advertencia de Alfredo a Pablo sobre sus cuestionamientos de la realidad:

me pareces un espíritu inquieto en demasía
y eso puede serte fatal (C, 56).

6. Posibilidades de cambio en el mundo descrito

Como acabo de señalar, el mundo descrito se caracteriza en su globalidad por la permanencia. El único cambio de importancia que se menciona textualmente es, en cada individuo

que pasa a la existencia de espíritu, la liberación de necesidades fisiológicas, hecho que a su vez produce una liberación de algunos sentidos, para emplearlos individualmente.

La narración describe otros cambios que se producen en este ser "inquieto" que es Pablo. Uno de ellos es quedar libre para no afirmar ya su valor en la posesión de una prenda de vestir. Esto es notorio en un detalle de la estructura del cuento. Antes del accidente -tres páginas- el sobretodo azul aparece nueve veces; en el resto de la narración -nueve páginas- sólo se le menciona dos, para señalarlo como una pérdida insignificante.

Otro cambio que se produce en Pablo es una toma de conciencia que recubre tres aspectos: descubrimiento del presente, de la necesidad de actuar y de la responsabilidad por los demás hombres.

La toma de conciencia del presente consiste en el descubrimiento de la vida, de los detalles pequeños que la constituyen y la engranan. Los hechos de cada instante, con los cuales no tuvo contacto real y de los cuales está privado en su nueva existencia, se le presentan ahora valiosos, como oportunidades desperdiciadas:

Por la calle pasaba la vida, múltiple inmensa. Sentía el zumbido de la marcha, la pulsión de sus anchas venas, el ardiente aliento de su respiración, el hondo crepitar de su renovación incesante, su grito de hembra entregándose al amor. ¡Qué lejos estaba ahora de todo aquello que existía completamente! Quiso llorar, como cuando era un animal humano, con lágrimas gruesas y calientes, pero no pudo (C, 56).

A pesar de la pesadumbre que se expresa en el texto, él contiene una apuesta en la vida, fundamentada en "el hondo crepitar de su renovación incesante". Es la vida no romantizada, tomada en cuenta en todos sus aspectos: risa y lágrimas, tragedia y comedia, seriedad y reposo (C, 56).

La toma de conciencia es paulatina y va adquiriendo un sentido de rebelión. Lo vemos en el diálogo consecutivo al encuentro con Alfredo, donde éste le da a conocer la verdad

de su muerte. Aquí tenemos también la primera afirmación que Pablo hace en presente: es una frase de rechazo, de resistencia ante una realidad que se le está imponiendo (C. 52).

Poco a poco Pablo comienza a fijarse más en su presente y a inquirir por él. Sus preguntas, planteadas igualmente en presente, van refiriéndose a un hacer, no a un esperar pasivo ni a un mero reflexionar (C. 59 y 61).

En el tiempo de su existencia pasiva, los problemas de la vida busca solucionarlos intelectualmente, acudiendo a filósofos de distintas tendencias; en el tiempo de su nueva existencia, estos problemas busca solucionarlos mediante una acción, a partir del descubrimiento que ha hecho: el sentido de la vida está en el "pensar", "hacer" y "crear" propios (C. 60). Estos elementos son expresados en un párrafo donde rechaza la invitación para asistir a un espectáculo en el que le cabría no más que un papel receptivo. Aquí le confiesa a su amigo:

estoy triste... Siento haber perdido mi hermosa vida, hermosa porque la he perdido y porque en ella pude haber hecho muchas cosas dignas. Me faltó el sentido de la vida misma. Me preguntaba para qué vivía, sin comprender que no hay que preguntar sino afirmar (C. 59).

Un momento culminante de este hablar en presente son sus palabras de rebeldía y de responsabilidad por los hombres. Cuando Alfredo le termina de resumir cuál es el tipo de existencia que desde su momento de muerto tiene por delante, un perfeccionamiento individual y espiritual, sin contacto con la vida, antes bien ajeno a la vida misma, él reacciona:

-¡Pero yo no quiero ser un espectro perfecto! <...> ¿Cómo es posible que sea feliz, cuando a mi lado, en las calles, en las casas, en todas partes, los seres viven y mueren sin saber, sin comprender, devorados unos por la angustia, otros por la grosería, por la idea de la muerte, sin realizar nada sano, nada bueno, llevándose consigo, cuando mueren, aquello que en

ellos hubo de puro y que se pudrió con ellos, sin que nadie supiera que existía? Por un hombre que llega a entender algo, hay millones que no entienden nada y que viven aún como en el primer día del lenguaje articulado. ¡No! Yo quiero que los que viven sean como yo puedo ser ahora. Decirles lo que deben pensar, hacer, crear (C, 60).

El cambio de Pablo ha alcanzado el grado de la responsabilidad por los hombres pero no el de la comunidad, que se caracteriza por un actuar en conjunto. Antes de su toma de conciencia ve a los demás seres como objetos destinados a su satisfacción; después esto se invierte y piensa que él o la trascendencia divina deberían cumplir el papel de dispensadores de la verdad a los hombres, especialmente tocante al sentido de la vida. La respuesta a esos propósitos es negativa, pero no queda excluida toda posibilidad de cambio en la vida de los hombres. Simplemente se recusa que éste pueda venir del mundo exterior al de los afectados:

-Eso no es posible, Pablo. Los muertos no tenemos ninguna influencia sobre la humanidad, salvo que hayamos dejado algo de nosotros entre ellos; pero ahora somos espíritus. Los hombres viven entregados a sí mismos y llegarán, o no llegarán, a perfeccionarse dentro de una eternidad. Nadie puede hacer nada por ellos, sino ellos mismos (C, 60).

El cambio individual y la toma de conciencia sin posibilidad de actuar en la vida real y en el conjunto de la humanidad no tiene significación positiva, no constituye una solución al problema de la existencia. Pero como ha descubierto la acción afirmativa:

En lugar de decir ¿Para qué vivo?, debí decir: Vivo para esto, para lo otro, para ser <...> (C, 59).

es en una acción propia donde buscará solucionar sus problemas de insatisfacción por una existencia que continúa monótona y repetitiva. Sabedor que el agua "es un elemento disolvente" para los espíritus, decide arrojar al río en

búsqueda "de la nada o de otra vida". El final del cuento narra este acto propio y personal de Pablo González:

Cuando llegó a la orilla del río, las luces de la tarde daban su última vuelta. Parado sobre el murallón con los brazos abiertos, miró por última vez el mundo. Luego, se dejó caer rectamente, hundiéndose en el río. Un espíritu que paseaba por ahí gritó:

-¡Hombre al agua!
Nadie acudió (C, 61).

Una primera impresión de ese "Nadie acudió" puede ser la soledad de este hombre. Pero hay algo más: cuando Pablo, junto con tomar conciencia, realiza un acto propio para salir de una realidad que no da posibilidades de vivir verdaderamente, lo básico es que nada ni nadie surge como obstáculo para impedir su búsqueda.

Rescapitulando, digamos que el vivir descrito en Un espíritu inquieto es el de un hombre mutilado en la satisfacción de las necesidades humanas y en la expansión de sus potencialidades. El mundo en que debe vivir se caracteriza por su estabilidad y por estar sometido a la regulación del tiempo, cuya mayor parte es absorbida por un trabajo que es fuente de mutilación y que marca negativamente.

En este mundo ocurren alteraciones en la existencia de los individuos que, aunque vividas momentáneamente como trascendentales, no constituyen un cambio profundo para ellos ni para el conjunto del universo.

Ante situaciones problemáticas se recurre sucesivamente a dos respuestas: en primer lugar, esperar bienes otorgados por el mundo exterior, basados en una posesión material o en la respuesta intelectual ajena; este intento se muestra ineficaz. Una segunda respuesta es la rebeldía individual y la búsqueda activa de otra realidad; este segundo intento, que conlleva el riesgo de la disolución definitiva, deja ver un cambio en la orientación dominante de la personalidad de un ser mutilado, es decir, en su modo específico de relacionarse con el mundo externo: de pasivo-receptivo pasa a ser un rebelde-activo.

IV. MUTILADOS EN LA "VIDA FUERA DEL TRABAJO"

EL CUENTO CANTO Y BAILE

1. Resumen

El cuento está escrito en tercera persona. Comienza con la descripción pormenorizada de una casa de prostitución y juerga, de la cual es propietaria doña María de los Santos.

Esta casa, que de día permanece silenciosa y vacía, por la noche se llena de hombres que van en busca de diversión, principalmente a través del vino y del baile, pero también mediante mujeres.

En la noche de la narración, cuando ya una partida de clientes ha sido atendida y despachada, llegan dos grupos de parroquianos, antagónicos entre sí. Uno formado por miserables rateros, llamados palomillas, que sólo buscan bailar y consumir un poco de vino gratis; otro formado por ladrones, considerados de mayor categoría pues disponen de bastante dinero para gastar copiosa y generosamente.

Surge un altercado. Una de las mujeres que baila con los ladrones bebe equivocadamente del vino de los palomillas. Atilio, el cabecilla de éstos, la agrede. El ladrón Tobías sale en su defensa. Atilio escabulle el encontrón, pero cuando Tobías le da la espalda, lo ataca para tomarlo por sorpresa. Comienza una pelea a cuchillo en la cual Atilio queda tirado en el suelo, desangrándose por dos heridas.

2. Elementos que estructuran la narración

En la narración encontramos diversos grupos de personas que entran en relación ocasional: las mujeres que trabajan en la casa de remolienda, la propietaria de esa casa, parroquianos en general, los rateros denominados "palomillas", los delinquentes que pueden asimilarse a quienes el texto llama ladrones "de profesión". A todos ellos se agrega la presencia de la policía.

a. Mujeres

La situación de las mujeres queda definida desde el comienzo de la narración, cuando se describe la función comercial de la casa. Ellas parecen formar parte del mobiliario; son uno de los tantos objetos que están dispuestos según la finalidad del negocio:

Los muebles de aquel salón de baile eran tapizados con brocato color rojo; rojo era también el papel que cubría las paredes y roja la alfombra que, después de orillar de encarnado las patas de las sillas y sillones, terminaba súbitamente en el piano. En las ropas de las mujeres de aquel salón de baile predominaba igualmente el color rojo. Los espejos, cuatro, grandes, colocados uno encima del piano, otro al fondo, en la pared contraria a la que ocupaba el primero, y dos frente a frente en las paredes restantes, recogían y multiplicaban aquel tono rojo de las sillas, de los sillones, de la alfombra y del papel. Era todo como una sinfonía en rojo, tal vez si conscientemente organizado así por la dueña de casa, que no ignoraría, ya que eso formaba parte de su conocimiento del negocio, que el color rojo influye en los nervios, excitando a los apacibles y enloqueciendo a los irritables (O, 237) 1.

En la actividad que desempeñan están totalmente al servicio de los clientes. Lo afirma el texto cuando un grupo de éstos ya ha sido satisfecho:

Sentadas, inclinaban ellas sus humildes cabezas, esperando una nueva remesa de hombres que vinieran a buscar allí su demencia alcohólica y a quienes ayudarían en la tarea. Ese era su papel. No existían allí como mujeres, sino como medio de alcanzar esto o lo otro (O, 241).

1. En este párrafo hay un elemento dialéctico que analizaré en un capítulo posterior. Es la no absolutización que caracteriza al texto y que ya se habrá podido constatar en citas anteriores. Así, las mujeres no aparecen después de una coma sino, aunque en el listado de las cosas, entre dos puntos, con cierta separación de esas cosas.

Es de hacer notar que ninguna de ellas tiene nombre en el relato, ni siquiera aquella por la cual se produce el incidente que desemboca en la pelea a cuchillo. La dueña de casa sí lleva nombre.

b. La dueña de la casa de remolienda

Doña María de los Santos es uno de los típicos representantes del mundo que se mueve únicamente por el comercio, esa actividad que mutila a los seres humanos. La descripción más detallada que se hace de ella la muestra un ser carente de vida, hecho recalcado por la inexpresividad de sus ojos y el actuar mecánico de su mano cuando recibe dinero. Así la vemos al comenzar a declinar el jolgorio del baile y la borrachera:

En medio de este derrumbe, una voluntad y un espíritu permanecían firmes: los de doña María de los Santos. Sentada junto al piano en una amplia silla de paja, desbordante de grasa y de trapos, contemplaba la baraúnda humana; ella no se entusiasmaba, ella no reía, ella no bebía, no hacía otra cosa que cobrar lo que se consumía. Sus ojos sin expresión controlaban el negocio; ni una gota de vino se bebía o se derramaba sin que hubiera sido religiosamente pagado. Su mano derecha bajaba y subía desde el brazo de la silla hasta el bolsillo de su delantal, que poco a poco se hinchaba como un sapo, lleno de dinero (O, 240-241; cf. 242).

Una de sus características que más sobresale es la precaución; su principal inquietud, la necesidad de un orden para la marcha de su negocio y la salvaguarda de su propiedad; la generosidad que puede tener es mero cálculo para proteger sus intereses (O, 243).

c. Parroquianos en general

Doy este nombre a los clientes de la casa que no forman un grupo compacto, a diferencia de los palomillas y ladrones.

Estos clientes vienen a satisfacer una necesidad que está más allá de la mera descarga sexual, orgiástica. Lo que buscan es la desinhibición total. Pero el resultado que obtienen es una excitación cuyo desenlace es denominado "derumbe": la embriaguez los corta del mundo exterior y de la conciencia de sí mismos (O, 240 y 241). De esta manera cobra significado que al terminarse la descripción de la propiedad de doña María de los Santos y llegada del primer conglomerado de clientes, se diga:

Así fue absorbiendo la casa a los parroquianos (O, 239).

d. La "palomilla"

Dos características destacan en este grupo: ausencia en sus miembros de rasgos positivos de vida y disposición constante hacia la agresión maligna¹.

La ausencia de rasgos positivos de vida es puesta de relieve al describirse sus acciones de diversión:

bailaban los palomillas en parejas, animándose unos a otros con ásperos gritos y palmoteando las flacas manos, que sonaban como delgadas tablas. Bailaban gravemente, dramáticamente, con una expresión trágica en sus rostros demacrados (O, 243; cf. 242).

El relato acerca de la forma en que se divierten continúa subrayando su alejamiento de los hechos positivos de la existencia, como si éstos no estuvieran en el campo de sus experiencias vitales. En ellos la alegría no tiene lugar (O, 243-244).

1. Empleo esa expresión en el sentido dado por Fromm. Este autor distingue entre agresión benigna y maligna. La primera es defensiva, reactiva. La segunda es una propensión específicamente humana a destruir; se la encuentra en quien no puede ser creador; es impulso que proviene de "la energía de la vida no vivida transformada en energía destructora de la vida" : FROMM (1965), 116-117; cf. (1970), 74; (1975a), 14-15 y 18.

El texto comunica su tendencia a la agresión maligna, por ejemplo, cuando se refiere al recelo e intimidación que producen en las mujeres de la casa:

ellas bailaban sin ganas, por obligación y por temor. De aquellos hombres no se podía esperar amor, ni generosidad, ni siquiera amabilidad; pero tampoco había que olvidarlos o desairarlos, pues se podía recibir de ellos algo más duro y para ellas más temible: una bofetada o una puñalada (0, 244).

Tal es, igualmente, la primera descripción global que de ellos nos da la narración:

la temible y peligrosa palomilla; no la formada por chiquillos vendedores de diarios, lustrabotas y raterillos, sino otra muy distinta: la palomilla cuchillera, la palomilla nocturna, que mariposea en la noche bajo la luz de los faroles suburbanos y desaparece al amanecer en los zaguanes de los conventillos, la palomilla que roba cuando tiene ocasión de hacerlo o hiere y mata cuando la dejan y cuando nadie la ve, y que, sin embargo, no es ladrona ni asesina de profesión, faltándole audacia para lo primero y valor para lo segundo, pues no es valiente ni audaz sino en la oscuridad y en la soledad de las callejuelas apartadas (0, 242).

Es en términos de su capacidad de agresión como Atilio identifica y define a su grupo frente al otro rival:

¿Qué nos pueden hacer ellos que nosotros no les hagamos? (0, 245).

Ante cualquier obstáculo no conocen otro modo de reaccionar que la violencia. Así, cuando llegan los ladrones, las mujeres, a despecho de las órdenes de la patrona de atender a ambos grupos, prefieren ir junto a los ladrones, más generosos en gastar dinero y compartir lo que toman; los palomillas quedan arrinconados, bebiendo y mirando con rencor. Atilio, al ser rechazado para bailar, vuelve donde sus compañeros y les dice:

-Affirmense, ñatos, porque de aquí alguien va a salir para los mármoles de la Morgue.

Los demás, que no tenían el avezamiento y la destreza de su camarada, se pusieron nerviosos, palpando inconscientemente los mangos de sus cuchillos, esperando el instante de la riña, que no se hizo esperar (O, 246).

Su violencia se desencadena por el nimio detalle de un poco de vino tomado por equivocación y se refuerza por el deseo de venganza inmediata ante el agravio recibido por la intervención de Tobías.

No obstante aquel conjunto de negatividades, el texto no los designa como intrínsecamente malos. Al enumerar sus características negativas, apunta a un origen de ellas:

la palomilla no es generosa, puesto que es pobre de condición y miserable de espíritu; no es amable, puesto que es brutal; no es tranquila, puesto que es maleante (O, 242).

e. Los ladrones "de profesión"

Les doy este nombre basado en el dato de un texto ya citado y de otros que se encuentran en el resto de la narrativa.

Este grupo es descrito con cualidades positivas que se expresan en la generosidad para invitar, hacer participar a los demás en la diversión, salir en defensa de una mujer y la ausencia en ellos de la violencia gratuita, espontánea, visceral.

Sus cualidades positivas resultan importantes para cuando llegue el momento de situarlos dentro del mundo delictual.

Antes de continuar es necesario poner de relieve un hecho interesante en relación al origen de los ladrones y los palomillas. Si bien el texto los describe a grandes rasgos como grupos de características opuestas, hay un detalle que nos está indicando que ambos tienen un origen común, al me-

nos similar. Este detalle es tanto más significativo cuanto que es una frase en boca de doña María de los Santos, a quien el texto caracteriza como gran conocedora de todos aquellos que frecuentan su negocio (0, 242, 243, 245): cuando llegan los ladrones

La dueña de casa, que conocía a cada uno y a todos sus parroquianos, comentó:

-¡Bah! Primero la palomilla y ahora los ladrones... Se juntó el hambre con las ganas de comer (0, 244).

El texto agrega enseguida que ambos grupos constituyen las dos ramas últimas de la fauna santiaguina (0, 244).

Junto con esta situación de pertenecer al nivel más bajo de una capa social denominada "fauna", y tener cierta unión en una carencia relacionada con el "comer", hay un elemento social que los diferencia levemente. La vestimenta. De los ladrones se dice que están vestidos "decentemente"; del grupo de "la palomilla" se insiste en sus elementos de miseria (0, 242).

f. La policía

No tiene gran peso en el desarrollo de la trama. Aparece cuando un delito ya ha sido cometido; no interviene por cuenta propia sino que acude al llamado de la dueña de la casa; es temida o mirada con recelo por la generalidad de los protagonistas de la narración (0, 239 y 249).

3. Características generales del vivir descrito

Habiéndome ya referido al tipo de vivir particular de los protagonistas más importantes, en estos párrafos me detendré a destacar las relaciones que estructuran la narración.

Estas son de dos tipos: utilización de unos individuos por otros para satisfacciones personales; relaciones de ene-

mistad entre dos grupos caracterizados por una carencia común y por provenir de un mismo lugar social.

Dos momentos en la diversión de los parroquianos en general caracterizan el primer tipo. En las expresiones de euforia de hombres y mujeres no hay comunicación entre los participantes, no hay diálogo de tú a tú, no hay interés mutuo entre los individuos. Estamos sólo en presencia de una transacción comercial. Ambos momentos están separados por un punto aparte. Uno nos comunica el baile, automático, descrito más como cumplimiento de reglas prescritas que como expresión de vivencias propias; el otro se refiere al zambullirse en actos de desinhibición y de embotamiento (O, 240). Ello termina en un corte casi total con la realidad, con movimientos mecánicos y el abandono de sí mismos:

poco a poco todo se iba andando, andando sin prisa, y cerca de la medianoche ya el salón era una reunión de posesos que se retorcian de embriaguez, ballaban a saltos, desdeñando el ritmo del baile, gritaban, reían a gritos, abrazándose, ilorando. Con las ropas en desorden y mojadas de chorreaduras de licor, revueltas las cabelleras, los rostros congestionados, las narices anhelantes y las bocas llenas de una saliva clara que no podían controlar, los hombres daban vuelta al salón, caían en las sillas, rodaban al suelo, hiriendo. Las mujeres se los llevaban a sus cuartos, vacilantes, los ojos vidriosos, mudos como idiotas (O, 240).

Las relaciones entre hombres y mujeres son superficiales, de comercio, donde no cuenta el individuo en cuanto tal sino lo que de él se obtiene en un intercambio de dinero por diversión. Relación entre vendedoras de diversión y consumidores de diversión. Las mujeres son medios útiles a los hombres para alcanzar su desinhibición y embotamiento, y los hombres para las mujeres no son más que una "remesa" que va y viene en el negocio.

Entre las mujeres, por su parte, no hay diálogo y los que hay entre los hombres son sólo balbuceos en medio del beber (O, 241).

El otro tipo de relaciones está caracterizado por un antagonismo establecido entre palomillas y ladrones. Es enemistad hecha notoria desde que ambos grupos se encuentran: los miembros de uno y otro se miran con recelo, catalogando a los del grupo contrario en términos peyorativos absolutos (0, 244-245). Ninguno de los dos grupos logra ver al otro como es y como son en conjunto: "hambre y ganas de comer", ambos enfrentados por sus acciones a la justicia (0, 243, 244, 249) y provenientes de un mismo lugar, "la fauna santiaguina".

4. Características generales del mundo descrito

Tres elementos rigen el conjunto de la narración:

- a. Descripción de la actividad de cinco tipos de personas, que ya hemos analizado: dueña de la casa, mujeres, parroquianos en general, palomillas y ladrones.
- b. Falta de control por parte de la mayoría de estos seres sobre los acontecimiento y el tiempo. Este último transcurre sin contener relaciones humanas. Cuando termina la descripción del baile y borrachera de los parroquianos en general, y la forma en que doña María de los Santos vigila y cobra, el texto anota:

Así se iba la noche (0, 241):

de los ladrones se dice explícitamente que para ellos

el momento siguiente <es> siempre desconocido (0, 245).

¿Hará el texto la explicitación para ellos en comparación con otros para quienes el momento siguiente sí es conocido?

La falta de control sobre la realidad también se ve en un elemento que ya hemos encontrado en narraciones anteriores: la pelea parece obedecer a una fuerza del sino (0, 246). Es un hecho del cual tienen conocimiento todos los habitantes de este mundo. Cada uno de ellos sabe que fatalmen-

te se desencadena hasta sus últimas consecuencias, sin que pueda ser detenida (0, 248).

c. Dos momentos diferentes. El primero es la diversión de los parroquianos en general, descrita en términos de búsqueda de Inconsciencia; termina en un "derrumbe", con las mujeres "soñolientas y destempladas". El segundo es de movimiento y acción; en él ocurren cosas, debiendo estar todos despiertos y atentos.

Es de hacer notar que al describirse la diversión de los parroquianos en general, nunca se utiliza la palabra alegría, sino otras expresiones que ya hemos citado y a las cuales podemos agregar el párrafo que se refiere a

un ruido espeso de música, de zapateo, de gritos, de jaleos y de voces (0, 239).

El ambiente de aturdimiento tiene un cambio cuando llegan los palomillas y los ladrones. La descripción adquiere vivacidad y ya no se habla ni de embotamiento ni de borrachera sino de diversión. Es de hacer notar que esto ocurre con la llegada de dos grupos que son activos en el mundo exterior de la casa. De los parroquianos en general no se nos da ninguna señal de la actividad que realizan en el mundo. Sus únicos movimientos están en relación con consumir diversión y lograr la inconsciencia. Con ellos las mujeres cumplen un papel rutinario y monótono, sin entusiasmo ni sobresalto.

Llega "la palomilla" y comienza a destacarse la diferencia:

de pronto el patio oscuro se llenó de voces claras, firmes, alegres (:, 241).

Y aunque su diversión es descrita en términos de automatismo, frialdad y tristeza, no se puede dejar de reconocer que su presencia coloca a quienes atienden el negocio en una actitud más viva, despierta, tensa; produce en la vendedoras un efecto que las obliga a reaccionar en forma distinta a la rutina anterior. Con uno de sus miembros, por lo demás, se

da el mayor intercambio de palabras que el texto consigna (0, 242-244).

La diferencia es más notoria, más positiva podría agregar, con la llegada de los ladrones (0, 245).

Estos hechos llevan a plantear una afirmación y una pregunta. Ladrones y palomillas aparecen como los seres activos de la narración, y especialmente estos últimos, quienes quebrantan lo que debería ser un desarrollo normal -¿en el orden conveniente para doña María de los Santos?- de una noche de juerga. Por otro lado, la pregunta que surge es la siguiente: ¿qué diferencia fundamental hay entre Atilio El Maldito -"el cuchillero sin valor"- y esos borrachos que las mujeres llevan a duras penas a sus camas? Tres de ellos han dormido durante toda la pelea y, finalizando la narración, la policía los encuentra cerca del hampón que se desangra, como si los cuatro quedaran asimilados en una misma suerte (0, 249). Todos pertenecen, al fin de cuentas, a la especie que el texto denomina "fauna".

5. Posibilidades de cambio en el mundo descrito

Los seres descritos parecen tener un solo paréntesis momentáneo para llenar de contenido excitante su vida, mientras otros están destinados a servirlos. No obstante que esta situación aparece como permanente, dos señales del texto permiten afirmar que el mundo de estos seres no está totalmente cerrado.

En primer lugar, la palabra con que se designa la situación de las mujeres, nos deja entrever una abertura. Puesto que es "allí" donde ellas no cuentan como seres humanos, bien podemos pensar que en otra parte o en otra situación sí pueden serlo.

En segundo lugar, la referencia que los palomillas no han nacido con sus características malignas, sino que llegaron a ser tales; que no están intrínsecamente determinados sino que algo los condicionó, es hecho que indica otras dos

posibilidades complementarias. Por un lado, cambiar las circunstancias que convierten a estos hombres en seres mutilados; y por otro, puesto que su naturaleza no es esencialmente corrupta, los hombres que, como los palomillas, han llegado a un estado de suma negatividad, bien pueden recorrer el camino contrario. Atilio se está desangrando. Está herido y puede morir... pero también pudiera no morir. El texto nos dice que cuando cae bajo las dos puñaladas y Tobías le grita una burla, Atilio trasciende ese lugar:

sus ojos miraban hacia un punto lejano
(O, 249).

CAPITULO TERCERO

UN CASO PARTICULAR DE MUTILACION: CIRCUNSTANCIA DE LA MUJER

La narrativa de Manuel Rojas proporciona elementos a través de los cuales es posible estudiar ciertos aspectos de la llamada problemática de la mujer.

Este mundo narrativo revela la reducción que se hace de la mujer a objeto de placer sexual y afectivo; su subordinación al hombre, su definición y destino ligados a él; el consenso de un mundo patriarcal según el cual la mujer debe ser pasiva en todo orden de cosas, sea en la vida amorosa o en el manejo de la sociedad; la absorción de que es víctima por las tareas domésticas, hecho que contribuye a incapacitarla para pensar y participar activamente en las cuestiones sociales.

Es necesario aclarar que la narrativa no nos presenta simplemente un ser pasivo sino un ser que sufre opresión y que, en su gran generalidad, se conforma automáticamente a esa situación. Por lo demás, la visión que se nos comparte no es una aceptación de tal estado de cosas. El texto reacciona presentando a la mujer activa en la vida cotidiana, recordando su participación en la construcción de la historia y describiendo a mujeres rebeldes que, conscientes de estar en la situación de presa, se orientan en la vida por una actitud de defensa respecto de los hombres y se afirman en una independencia económica.

Introduzco este tema presentando un cuento. Después de analizarlo, continúo la exposición tomando como base algunas unidades narrativas de las novelas y a partir de ellas me refiero al conjunto de la narrativa.

1. EL CUENTO UN LADRON Y SU MUJER

1. Resumen

El cuento está escrito en tercera persona. Francisco Córdoba, ladrón detenido en una cárcel de provincia, manda llamar a su mujer que está en la capital. Esta acude de inmediato trayéndole ropa limpia y dinero; no pudiendo verlo, deja lo que trae con un guardia; volverá al día siguiente.

En la noche hay una fuga de presos. No obstante que su libertad era fácilmente arreglable, Francisco Córdoba también participa. Dos mapuches que huyen con él le prestan ayuda: cada vez que se cansa lo llevan en hombros y finalmente lo ocultan en las montañas, entre su gente.

La mujer de Francisco Córdoba, al visitar de nuevo la cárcel, es dejada detenida. Cuando después de seis días la ponen en libertad, parte inmediatamente a su casa. En el tren se encuentra con su marido. Juntos siguen el viaje, él, narrando y comentando los acontecimientos de esos días; ella, apoyada en su hombro.

2. Características de mutilación

En lo que concierne a la mujer, la mutilación adquiere aquí el sentido de un ser que no vive una vida propia sino que está totalmente supeditada a la de otro ser. Ella actúa, piensa y siente en función de su marido. Todas sus acciones y vivencias giran alrededor de él. Es interesante destacar que no aparece con nombre propio sino siempre como "la mujer de" o simplemente "la mujer". El hombre es el protagonista y desde ese punto de vista a ella la podemos caracterizar por cierto grado relativo de pasividad:

Todos los trances angustiosos en que él se encontraba a menudo, todos los peligros que corría, las prisiones, las fugas, los procesos, todo ese dolor continuo que forma la vida de un delincuente, recaía úni-

camente sobre ella. El soportaba los acontecimientos, vivíalos; ella sufríalos, viéndolo siempre angustiada, recibiendo en su corazón de mujer todo el oscuro dolor de la vida de su hombre (L, 190-191).

Al hablar de pasividad de la mujer, me reflero a su subordinación total al hombre, a que no realiza ninguna acción cuyo objetivo sea ella misma o la comunidad que debería formar la pareja. En realidad esta mujer es muy activa, pero activa al servicio exclusivo del hombre. Nos lo dice el texto, por ejemplo, después que Francisco Córdoba ha recibido el paquete en la cárcel:

Una vez que se hubo cambiado de ropa, se sintió otro hombre y se paseó con aire de importancia por el calabozo. Mañana vendría su mujer, haría algunas diligencias, gastaría algún dinero y seguramente lo pondría en libertad. Conocía el sistema (L, 187).

Este y otros rasgos son tanto más notorios y significativos cuanto Francisco Córdoba no es un déspota con su mujer y tiene una serie de consideraciones afectivas hacia ella.

Ambos constituyen una pareja que no es descrita como abiertamente problemática en sus relaciones, pero deteniéndonos con un poco de atención en la lectura, nos damos cuenta que todo el centro de la mujer es el hombre. Ella es definida por características de ternura y de solicitud hacia aquel, en un papel de esposa-madre que se le adjudica y que ella misma acepta sin mayor problema (L, 186-187, 191).

No obstante su abnegación, no aparece tomada en cuenta para decisiones importantes de vida. Francisco Córdoba se ha casado con ella sin darle a conocer su actividad; por ella tiene sólo una consideración sentimental que no se concretiza, que se restringe a una vivencia afectiva que termina en sí mismo: cuando debe decidir entre aceptar o no la fuga, con los riesgos de muerte o prisión prolongada que conlleva, el recuerdo de su mujer tiene mínima importancia, dura breves instantes (L, 188).

La relación que la mujer mantiene con el mundo externo

es de sumisión, sea a los representantes del poder, abierta y resignada, sea con su marido, en una forma velada que puede dar la impresión de amor. En realidad no alcanza a haber comunidad de amor allí donde la vida de la pareja gira únicamente alrededor de las necesidades y proyectos de uno solo de sus miembros.

La mujer se limita a cumplir un papel que le ha sido prescrito, el que aparece claro en las expectativas de su marido y en los pensamientos del guardia: leal, tierna, resignada, paciente, maternal.

3. Contexto de vida de un ser mutilado

El contexto más inmediato lo constituye la presencia de un poder sobre la libertad de los seres humanos, ante cuyas decisiones no es posible oponerse. La mujer que ha ido a la cárcel a visitar a su marido es interrogada acerca de la fuga y finalmente le dicen:

-Usted va a quedar detenida. Necesitamos hacer algunas averiguaciones.

La mujer no contestó. Sabía que era inútil (L, 192; cf. 194).

También pertenece a su contexto de vida la presencia de dos valores distintos que rigen a hombres pertenecientes a dos sociedades diferentes, pero presentes en un mismo mundo. Uno es el dinero, que se muestra efectivo para actuar o para intervenir en la organización del poder (L. 187); otro es aquel que considera las cosas según el uso que se les pueda dar. Es de notar que este último valor rige entre gente que tiene comportamiento de lealtad, que no abandona al compañero caído (L, 189-190).

La contraposición entre ambos valores queda expresada en el último párrafo de la narración, cuando Francisco Córdoba cuenta a su mujer algunos de los pormenores del final de su fuga, antes de dejar el refugio ofrecido por los mapuches:

Me atendieron como a un príncipe, me dieron bien de comer y cuando al venirme les ofrecí dinero, los veinte pesos que tú me mandaste, no me los aceptaron. Les pregunté cómo podía pagarles, ¿y sabes lo que me pidieron? Los forros de seda del chaqué para hacerse bolsas tabaqueras. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué diablos lesos! ¿Qué te parece? (L, 195).

Es interesante notar que los tres tipos de detenidos que menciona la narración son gente que ha atentado contra la propiedad privada: un simple ladrón, un salteador, unos cuatrerros.

4. Posibilidades de cambio en el mundo descrito

En términos generales, el mundo descrito es permanente e inmutable. Hay pequeños hechos que varían en los protagonistas, pero no cambios en su situación de vida, sea desde un punto de vista individual como de todos en conjunto.

La solución al problema de estar encarcelado, problema individual, debe recibir una solución individual. La evasión narrada es una excepción. Lo normal en el qué hacer para resolver este tipo de problemas es el conocimiento del engranaje en el cual se puede influir y conturbar mediante el dinero.

II. SITUACIÓN MUTILADA DE LA MUJER EN ALGUNAS UNIDADES RELATIVAS DE NARRACION

1. Yolanda

La situación puesta de relieve en el cuento recién analizado no es única en el conjunto de esta narrativa. La mujer considerada desde el punto exclusivo del hombre, con sus posibilidades de ternura al servicio de él, en una relación

donde ella queda excluida de un nosotros, también la encontramos en la novela Lanchas en la bahía.

En esta novela, escrita en primera persona, Eugenio, joven adolescente, ha dejado la casa paterna para alejarse de la dureza del ambiente familiar. Llega al puerto de Valparaíso, donde vive de allegado en casa de un amigo; trabaja primero como cuidador nocturno de faluchos cargados con mercaderías finas y luego en la cuadrilla que forman los lancheros Alejandro y Rucio del Norte.

Un fin de semana Rucio del Norte lo invita a divertirse a una casa de prostitución. Dentro de su gran timidez, Eugenio acepta. Allí conoce a Yolanda, por la que se siente profundamente atraído y quien provoca el nacimiento de sus primeros sentimientos de amor. Largo tiempo continúa yendo a verla, hasta que un día la encuentra con un marinero. Convulsionado, pelea con él y lo deja herido. Es detenido y enviado a prisión por dos meses. Yolanda abandona la ciudad.

Al salir en libertad, Eugenio se reúne nuevamente con sus compañeros, quienes le tenían reservado otro trabajo, en el cual continuarán juntos.

Toda la experiencia con Yolanda, Eugenio la considera desde un único punto de vista: su propia interioridad. No logra ni hace nada por aprehender los sentimientos de esta mujer. Tan solo una vez, por breve instante, los supone, para retornar nuevamente a sí mismo; no logra reconocerle otra existencia que pudiera hacer factible (LB, 311 y 316). Lo último que nos comunica en relación a ella es un enterneamiento que no conlleva el recuerdo de ninguna vivencia de Yolanda:

Guardaba ternura por ella, la mujer que arrancó mi primer suspiro amoroso, ese suspiro de alegría y de pena que sale de las venas más profundas del hombre y que refresca y calma (LB, 325).

La tendencia preponderante en el protagonista es ver a esta mujer en función de sí mismo. Los sentimientos que supone en Yolanda son un reflejo complaciente de sí. Vista en

una exclusiva función amorosa, es reducida a objeto fuente de placer afectivo¹ para el cual no se plantea retribución equivalente (LB, 313) ni con el cual hay realización de comunidad. En ningún momento Eugenio habla de nosotros -cosa que sí hace en relación a sus compañeros (LB, 326-327), a quienes considera como existentes reales e independientes, lo mismo que al amigo que le brindó la primera acogida- ni siquiera cuando planea "sacar a Yolanda" de la casa de prostitución. Es precisamente sacarla, y su incentivo: terminar con las dudas e inquietudes que lo embargan. No hay un deseo, una voluntad expresada por ella, mucho menos un acuerdo mutuo. El texto que refiere esa intención no contiene en ningún momento el sentimiento de la mujer sino sólo la disyuntiva en que se encuentra el hombre:

o la dejaba o la llevaba conmigo (LB, 316-317).

Las tres siguientes unidades relativas pertenecen a la novela Mejor que el vino. De las cuatro obras de la tetralogía, ésta es la que tiene más personajes femeninos en primer plano.

2. Virginia

Aniceto trabaja como apuntador en una compañía teatral. Allí conoce a una actriz, Virginia, que es infeliz en el matrimonio: su marido, también actor, la golpea, se opone a que le den en escena papeles de cierta categoría e incluso económicamente está supeditada a él, ya que éste cobra el sueldo de ambos. Virginia no acepta su situación y decide escapar.

En ello tenemos un despertar hacia una liberación, pero aquí mismo se ve la dependencia profunda que sufre el estado de mujer: no puede liberarse por sí misma ni para sí mis-

1. Este hecho de considerar a la mujer como fuente dispensadora de afecto no es aislado dentro de la narrativa (otro ejemplo en MV, 144).

ma. Sólo puede hacerlo con la ayuda de un hombre, al cual debe permanecer ligada. El texto es explícito cuando dice que ella "quiere liberarse de su desgracia y de su humillación, representada en su cónyuge", pero no puede hacerlo como quisiera: "irse sola". Dos obstáculos se lo impiden: uno económico, "no sabe trabajar"; otro de orden social, que relega a la mujer a una situación de sometimiento al hombre. Este orden puede atenuarlo sólo si cuenta con el apoyo de otro hombre. Es decir, está incapacitada para trastocarlo totalmente. Si se va sola, el marido

pondría el grito en el cielo, llamaría a la policía, mi mujer me ha abandonado <...> la encontrarían por ahí y se la devolverían a su propietario <...>. Si se va con un hombre, en cambio, no con cualquiera, sino con uno que ella elija, con Aniceto, por ejemplo, tendrá un reparo, una ayuda, una defensa (MV, 39-40).

Es de retener cómo se considera delito que la mujer abandone a su marido (MV, 80), pero éste la puede abandonar tranquilamente, sin que la ley dictada en su favor tenga eficacia (OR, 178). En resumen, el mundo pertenece a los hombres¹.

Virginia huye con Aniceto y ambos inician una existencia en común, relativamente prolongada, durante la cual adquiere una pseudo-libertad a la que se acomoda automáticamente. Varios elementos del texto permiten afirmar esa libertad aparente: su vida es pasiva, restringida al trabajo doméstico; a la larga, considerada sólo como objeto² de satisfacción sexual. La narración claramente nos dice que a pesar de cierta felicidad de Virginia (MV, 111), su vivir se limita a:

1. Esta realidad también podemos ejemplificarla con otras dos diferentes narraciones: los cuentos La suerte de Cucho Vial y Bandidos en los caminos.
2. Este concepto lo desarrollo más adelante. Por el momento adelanto que con él designo a un ser que es utilizado por otro, sin reconocerle individualidad, vivencias ni proyectos propios.

cocinar y barrer y lavar y zurcir, sin más horizonte geográfico que los pueblos vecinos (MV, 113) 1.

En ese período no hay rasgos de que ella lleve lo que podríamos denominar una vida activa para sí, con desarrollo y crecimiento. Su existencia es vegetativa (MV, 108 y 111). La actividad que ella despliega, como en el caso de otras mujeres, se mantiene en la perspectiva del hombre que está a su lado. Aniceto

no estaba descontento de Virginia, de ningún modo; era una buena dueña de casa y si como amante era deficiente, ya que era fría, por lo menos era cariñosa, animadora, como si pensara que tenía que pagar del mejor modo posible al hombre que la había libertado de su prisión conyugal (MV, 112).

Virginia, en realidad, no se hace libre, no adquiere, no conquista nuevas cualidades que le posibiliten dejar de depender de exterioridades. Si bien por primera vez logra "una gran importancia" ante sí, esta autoestimación depende de algo exterior a ella misma, de un hecho que no controla: el dinero que le entrega Aniceto (MV, 110-111).

Continúa dependiendo del hombre. Virginia llora y hace un escándalo cuando Aniceto le anuncia que la va a dejar, pero no es la tristeza de la mujer enamorada, ni la ansiedad y agitación de la que necesita sexualmente un hombre -Virginia es frigida- sino el miedo a la ausencia de protección (MV, 163). Cuando encuentra otro hombre, se va tranquila (MV, 166).

Este hecho podemos relacionarlo con una realidad presentada numerosas veces por la narrativa: la mujer se define respecto al hombre y, cuando es casada, su destino va unido

1. En otro lugar leemos que la permanencia fija en un mismo espacio es signo de esclavitud, y se agrega que ese es el sitio que ocupan la mujer y los niños (HL, 246); es característica de la mujer una vida repetitiva (MV, 113, 168-172).

íntimamente al del marido. Lo hemos visto en Poco sueldo y también lo encontramos en un lugar donde se nos comunica esa realidad describiendo el desamparo absoluto en que queda una mujer cuando su marido ha muerto (SM, 137-138); en las primeras páginas de Mejor que el vino, en cuanto aparece una mujer surge la necesidad de identificarla respecto a un hombre -lo contrario nunca se da-. El destino de la mujer está fuertemente ligado al del hombre. Ella depende casi absolutamente de él. Para salvarse, para poder salir adelante en la vida, le es imprescindible la presencia del hombre a su lado. Pero esto no en una relación de amor, de reciprocidad, sino de dependencia.

El otro elemento que he destacado en Virginia es su reducción a objeto satisfaciente de deseos sexuales. La falta al cumplimiento de esta función es lo único que lamenta y reprocha Aniceto cuando Virginia, retomando su antigua vida de artista, se ausenta largas temporadas:

Te has ido y vuelto cuando te ha dado la
gana. Me has dejado solo meses y meses y
he tenido que acostarme con prostitutas
(MV, 163; cf. 161, 164).

Es para lo único que finalmente le sirve Virginia. Otras cosas no le inquietan, no dan motivo para reprocharle, como por ejemplo la falta de comunicación, de intercambio de vivencias interiores, vivencias cuya existencia consta expresamente en el texto (MV, 114-115). Cuando ya no es útil como objeto sexual, es dejada de lado.

En sí misma, como ser humano, no es tomada en cuenta. El ejemplo más expresivo lo tenemos en una esperanza de Virginia: tal vez con Aniceto podría dejar de ser frígida (MV, 95). En ningún momento Aniceto retoma ni se hace cargo de esa esperanza. La deja reducida a la exterioridad de su cuerpo, sin ningún proyecto para con ella. Así lo experimenta la misma Virginia:

Aniceto, ella lo sentía y lo veía bien
claro, estaba cansado de ella, mujer fría
y sin asunto, sin más atractivos que los

que estaban a la vista (MV, 162).

Pero es necesario tener en cuenta que un ser en quien hay o hubo una esperanza, es algo más que exterioridad. Aquella esperanza y el aburrimiento hogareño que experimenta (MV, 164), son signo de una interioridad, de una necesidad que no se satisface en el comer, en el vegetar.

No hay acercamiento mayor de Aniceto hacia Virginia. El reduce su cumplimiento para con ella al nivel del poseer:

tenía la conciencia de haber hecho todo lo
que un hombre puede hacer para que, a la
medida de sus medios, su compañera tenga
lo que como tal merece (MV, 164).

Incluso vemos que al final de la frase se filtra todavía el mundo centrado en el hombre: lo que ella "merece" lo es por referencia a él, por ser "su compañera".

En todo momento Virginia es un objeto, aún en el tiempo en que viven sin problemas mútuos exteriorizados (MV, 116). Al terminar la primera parte de vida en común, ese período se resume siempre en relación al hombre: Aniceto está en Mendoza y recuerda que siendo muy joven, allí

permaneció dos años, en tanto perfeccionaba su aprendizaje de hombre y aprendía un oficio; <después volvió a Buenos Aires,> en donde adquiriría una mujer, emprendiendo un nuevo aprendizaje (MV, 96).

La consideración de la mujer como objeto sexual caracteriza a una gran generalidad de personajes masculinos. Sin caer en una multiplicación innecesaria de ejemplos, baste decir que no estamos en presencia de una cuestión moral ni de historias que se inserten en la psicopatología. Se trata de un convencionalismo social introyectado profundamente en todos los seres (MV, 211). Esto se hace especialmente patente por el hecho que es característica que incluso aparece en hombres que no tienden a la cosificación de los demás, a apoderarse de ellos como de su propiedad privada. Es el caso de Aniceto y Octavio en Mejor que el vino y de Romilio Llancá en Punta de rieles. Hasta tenemos el detalle que éste úl-

timo rechaza ser tratado por su mujer como simple objeto sexual (PR. 242), rechazo que no encontramos en ninguna mujer, dentro del mundo de esta narrativa. De las dos mujeres que alcanzan el más alto grado de rebeldía, tenemos: Jimena no acepta una situación en la cual no puede desarrollar sus potencialidades, pero hay cierto acomodo de ella a ser objeto sexual; Flor se rebela contra el dominio de los hombres, pero no le importa ofrecerse libremente como objeto.

3. Jimena

Es una de las mujeres con quienes se encuentra Aniceto después de quedar viudo y por la cual se siente profundamente atraído, hasta el punto de proponerle matrimonio.

En su historia el texto nos da amplias reflexiones sobre la pareja humana, la compenetración mutua, la permanencia de uno en el otro gracias al amor, en una tendencia, un deseo que sea así hasta el momento de terminar la vida. Pero esto no es realizable. El estatuto que domina es la mujer como objeto, situación intuida por Jimena cuando piensa en lo que probablemente es para Aniceto:

a veces se me ocurre que sólo me desea y me siente físicamente y que lo demás de mí yo, yo misma, no le importo nada, ni mis gustos, ni mis pensamientos, ni mis intereses, ni mis problemas (MV, 184).

La orientación decisiva en Jimena queda constituida por la necesidad de preservarse. No cree en la posibilidad de una comunidad concretizada en el matrimonio, que le permita desplegar sus capacidades. Antes bien, rechaza esa institución por considerarla absorbente, restrictiva, mutiladora de la mujer. Aniceto -el narrador- "le encuentra toda la razón" cuando ella le expone por qué no quiere llegar al matrimonio. Entre sus razones, destacan unas que hacen aparecer a Jimena como una rebelde:

no quiero casarme contigo porque debería sacrificar todas las esperanzas y deseos

que tengo, viajar, dedicarme a algo, llegar a ser alguien; contigo no sería más que tu mujer, tendría dos o tres hijos y ahí terminaría todo (MV, 264).

Para Aniceto la mujer es hogar, calor, sexo, caricia. Es decir, una función amorosa¹, pero no alguien para desarrollarse en sí misma, con una misión amplia en el mundo.

La última descripción que se hace de Jimena es su ida sola, entre parejas que van llegando a un cerro jardín. Esta imagen podría resaltar una dosis de libertad -aunque no la libertad- su fuerza de no haber sucumbido a una institución que iba a completar una situación de objeto. El texto subraya que, en esas parejas, la mujer es primordialmente una presa del hombre, seducida con añagaza y que puede ser dejada a voluntad. Las parejas llegan al cerro y cada mujer quiere estar sólo "un ratito". El hombre con sus palabras consiente, pero

se las arreglará para que el ratito se convierta en dos horas. No la sueltes, amigo. En tanto puedas, reténla.

<...>. ¿Qué sería de nosotros si un día la perdiéramos? Sujétala, y si quieres, amárrala a ti, amárrate a ella. Tendrás tiempo de dejarla, pero aprovecha el tiempo en que no la quieres dejar (MV, 264-265).

Jimena, que se resiste al atamiento, sólo se va cuando el hombre decide romper la relación.

Mantengamos de la historia de Jimena su rechazo a ingresar a una institución que le impediría su pleno desarrollo. Desde el punto de vista narrativo tiene razón. A excepción de la esposa de Aniceto, María Luisa -es de notar que su actividad de trabajo conlleva la posibilidad de creatividad-, en todas las referencias hechas al matrimonio, éste, de una u otra manera, mutila a la mujer. El texto elabora este problema, por ejemplo, presentando a un padre y un hijo que opinan acerca de la sociedad, al lado de la madre y

1. Término empleado por BEAUVOIR en (1970), t. I, p. 152.

esposa que está incapacitada de hacerlo por encontrarse absorbida en las tareas cotidianas: el hijo habla entusiasmado de las ideas libertarias; el padre lo recrimina; la madre

no dijo nada, nunca decía nada, no tenía tiempo: lavaba, hacía de comer y a veces trabajaba de sirvienta (SM, 15).

En un intento de generalización histórica, el texto dirá que la mujer es "esclava de la cocina" (HL, 246). Así encontramos una mujer que no habla nunca y que siempre aparece en relación con la comida; entre cuatro personajes masculinos, sólo ella está sin nombre (HL, 283-285).

El matrimonio es presentado como una condenación de la mujer, un aniquilamiento de sus posibilidades. Por eso se describe casi continuamente a la mujer casada en las tareas domésticas, como aquella igual a "un atado de trapos" (U, 320), o esta otra "dedicada por entero" a criar los hijos y cuidar al marido (D, 97), en fin, la madre sin "tiempo" ni "despreocupación" para una actividad creadora (U, 326). De una mujer, antes hermosa, pero hoy "sumergida en un río de grasa, despeinada, desarreglada, rodeada de párvulos, de pañales sucios, de andaderas, de calcetines, de zapatos, de cunas, de bacinicas", concluye que está destruida (MV, 77; cf. 130).

Peró en la narrativa no es sólo el matrimonio el que mutila a la mujer y le impide desarrollarse. Hay una atmósfera, un ambiente que la circunscribe a un pequeño espacio, a pocas experiencias, a tener preponderantemente una actitud pasiva. Así lo vemos en la muchacha de simpatías anarquistas, a quien le gusta contemplar la ciudad de noche para ir aprendiendo parte de la vida, pero que en sí constata una especie de condena a cierta inactividad:

lo malo es que una está como al margen de todo eso, no es más que una miróna <...>, y tú, ¿qué haces?, esperas que algún hombre te lleve a la cama, sólo así podrás conocer lo que es el amor, yo quisiera otra cosa, pero no sé cómo hallarla ni conseguirla, tiene una que estar esperando, ¿cuánto tiempo? (SM, 153-154).

Aquella pasividad en la elección amorosa se extiende a todas las capas sociales (SM, 166).

Restricción y pasividad de la mujer son problemas que retomo más adelante.

4. Flor

En este personaje volvemos a encontrar la situación de presa de la mujer, su reducción a objeto sexual. En su historia hay otro modo de rebelión. Es en esa acción que la presenta el texto, a través de su propio recuerdo y monólogo interior.

Siendo muy joven se fue del sur del país a Santiago, la capital. No queriendo trabajar en cualquier cosa, intenta ingresar a una compañía de revistas. A pesar de su falta de aptitudes artísticas, el pianista, persona que decide los contratos, la hace tomar pues descubre el cuerpo de Flor y "quiso aprovecharlo" (MV, 217). Ya trabajando, instantáneamente ella se pone en guardia, adopta una actitud defensiva-agresiva frente al hombre que sabe que la va a asediar; lucha para no entregarse como presa fácil:

yo no era carne de cogote. Había decidido ser dura y no dejarme atropellar por nadie ni servir de entretenimiento a ningún hombre. Sabía que no servía para artista, pero sabía que tenía algo que podía valer mucho para algún hombre y para muchos hombres. Si se trataba de eso, yo diría cuándo y en qué condiciones iba a entregarlo (MV, 218; cf. 219).

Primero lo amarra jurídicamente por el matrimonio. Luego, desde que se entrega, es sólo un instrumento de placer:

me besaba, me mordía, me chupaba durante horas y me poseía una vez, cinco, diez veces diarias, de día, de noche, en la tarde, en la mañana, al mediodía <...>. Aquello era todo... De mí, de mi persona, de todo aquello que no fuese mi cuerpo hacía tanto caso como un potro puede hacer de una yegua después de montarla (MV, 219).

A pesar de la firmeza de Flor, no es ella quien tiene finalmente la iniciativa sino el pianista. El es quien dispone y predomina. Ella es poseída cuando aquel lo decide y es abandonada cuando él ya está harto de su cuerpo. En la actitud de Flor predominan la prevención y la defensa:

Alguna vez terminaría. ¿Cuándo? Me era imposible saberlo. No me asustaba. Sería una aventura, una aventura con un hombre casado conmigo, que iba a terminar cuando se cansara de mis pechos, de mi barriga, de mis nalgas, de mi boca. Tranquilizado, me odiaría. Por si acaso, me precavi. Estaba por nacer el hombre que me embarazaría sin que yo lo quisiera. No tenía la seguridad de que fuese mi marido por mucho tiempo. Podía dejarme de la noche a la mañana y en cualquier parte, como había hecho con otras (MV. 219).

Separada del pianista, Flor tendrá numerosos amantes ricos, asegurándose así una situación económica (MV, 221). Más tarde, con su capital, instala una casa donde se ejerce la prostitución. Alcanza libertad económica, pero nada más. Permanece en la soledad, queda obligada a programar la vida y a subsistir mediante cierta actividad comercial. Estos tres rasgos de su existencia quedan resumidos en sus propias palabras:

Nadie calcula por una (MV, 220).

En el conjunto de la narrativa, la programación de la vida y las consecuencias del predominio de la actividad comercial producen mutilación en los seres humanos, petrificación y aislamiento. En particular, la programación de la vida acarrea una existencia muerta, y el predominio de la actividad comercial, entre otras negatividades, sofoca el pensamiento creador y la capacidad de admirarse por la vida y el extenso mundo que nos rodea.

Ambas son mutilaciones que afectan a Flor (MV. 189 y 190-192). Como son características que también sobresalen en otros personajes, volveré a ellas más adelante. Por el momento retengo la de su soledad.

Esta queda destacada en la impenetrabilidad de sus vivencias internas, que realmente existen (MV, 188), y en el hecho que en ningún momento alcanza a la comunidad. Con Aniceto, el ser más respetuoso y menos cosificador que ha encontrado, tampoco pasa más allá del rozamiento corporal. También él la reduce a eso, un dato con el cual no hay proyecto, al cual no se puede acompañar en una trayectoria personal, con el cual no se puede compartir la vida. En el texto leemos cómo, para su satisfacción sexual, a Aniceto

le basta Flor, que nunca le creará problemas. Podrá seguir tomándola o dejarla, y Flor, que lo sabe todo, lo dejará irse y él no tendrá remordimientos (MV, 251).

5. Rosa

Su historia la encontramos en la novela Punta de rielles, a través de la narración que Romilio Llanca hace a otro personaje. Romilio cuenta su vida de hombre tímido y luchador sindicalista, poniendo especial acento en su encuentro con Rosa, mujer de gran potencia sexual. Rosa experimenta el deseo sexual únicamente como necesidad fisiológica imperativa, cuya satisfacción se reduce a una descarga de tensión corporal, sin ningún tipo de comunicación. Sus requerimientos son insistentes e insaciables, y la llevan a insultar a Romilio cuando éste no está pronto a satisfacerla. En una de las peleas que surgen por este motivo, ella le pega sin querer en los órganos genitales. Romilio, fuera de sí, coge un formón, que es lo primero que encuentra a mano, la golpea y ella muere.

He querido destacar esta historia porque aquí es una mujer la que lleva abiertamente la iniciativa en el aspecto sexual. Este hecho es considerado una gran anomalía en el mundo de los hombres. La mujer debe ser objeto sexual y no sujeto. A Rosa se le niega que tenga una sexualidad extrema, no porque se centre en una sola tendencia, en un solo deseo, sino por ser mujer, como lo dice el mismo Romilio:

Otra mujer habría comprendido que era necesario portarse de otro modo, disimular o humillarse, ser una mujer corriente o parecer que lo era ; ella no (PR, 242).

Es el pensamiento que existe en el mundo machista generalizado donde los hombres, en la relación sexual, no permiten

intervención mental alguna de la mujer, voluntaria o involuntaria (MV, 213).

En el conflicto Rosa-Romilio destacan la preponderancia que debe tener el hombre y la ausencia de pensar en la posibilidad de un trabajo de la pareja para el crecimiento y el arreglo mutuos. Se trata de una especie de guerra donde la mujer debe ser sometida o abandonada. Romilio se lamenta de no tener el carácter del común de los hombres, que sin dificultad abordan a las mujeres, las enamoran y se adueñan de sus vidas:

Si <hubiese tenido ese carácter>, no estaría aquí, estaría en otra parte y la Rosa no estaría muerta. Le habría pegado hasta doblégarla y si no hubiese llegado a doblégarla, habría tenido la pana suficiente para dejarla. Pero no fui capaz de nada (PR, 95; cf. 21-22).

Aquella guerra de sometimiento y el machismo subyacente se ven también en estas otras palabras de Romilio:

Sonaba, había soñado a veces, con noches así, interminables. En esas noches, sin embargo, el jinete era yo. En la noche pasada no había sido más que el jineteado. Bueno, bien pudiera ocurrir que fuese yo el que después pasara a mandar el buque, el que lograra por fin ser el dominante, el dominador (PR, 160).

A la mujer no se le permiten iniciativas. Cuando ella las tiene, el hombre se siente menoscabado, como faltando a un papel que debe desempeñar (PR, 151, 193, 247).

En esta pareja problemática hay una gran distancia entre el hombre y la mujer. Ella vive los hechos inmediatos, capta sólo trozos de la realidad, aparece atomizada por la

Inmediatez, sea ésta el apremio del deseo sexual o la preocupación por la sobrevivencia. El, por su parte, aparece ocupado en las cosas que suceden en la realidad social, con una visión que va más allá de los datos inmediatos.

Comencemos con un ejemplo de este último aspecto, en dos párrafos donde se compara a ambos personajes:

Rosa: Tenía la manía de hacer el amor una y otra vez y otra y no había nada que la detuviera (PR, 20);

Romilio: Yo tenía cosas en que pensar y tenía cosas que hacer, en mi trabajo, en la calle, en el sindicato, con los compañeros (PR, 21).

En otro lugar, siempre comparándose con Rosa, Romilio sintetiza:

Tenía muchas cosas que hacer, el hombre tiene siempre muchas cosas que hacer, aparte de ganarse el puchero, y las hice lo mejor que pude, cosas del sindicato, de los compañeros (PR, 247) 1.

Esto último contrasta con un rasgo importante de la conciencia de Rosa, el pequeño horizonte de su mundo, la captación inmediata y atomizada de la realidad:

No se podía hablar mucho con ella. Nada le interesaba, sólo comer, dormir, trabajar. Ni hacer el amor tenía interés, quiero decir, interés para conversar. Era una necesidad, como otras, y una vez satisfecha, la olvidaba. Esa necesidad era diez veces más grande, pero, de todos modos, una vez llena, desaparecía (PR, 191).

La vivencia de la realidad más palpable no es en su caso una vivencia en profundidad sino una constricción, una cautividad que no le da tiempo para alcanzar otro tipo de relación. Lo comunica Romilio, narrando cómo Rosa lo urgía una y otra vez:

1. En Lanchas en la bahía, todas las mujeres están restringidas a una casa. Los hombres, en cambio, la mayoría del tiempo están en el trabajo, en las calles, y entre ellos hay quienes se preocupan de lo social.

excitándome casi a la fuerza, sin dejar tiempo para nada, para reposar, para pensar o para recordar lo hecho y gozar con ese pensamiento y ese recuerdo. No. No hubo nada de eso. Se trataba de gozar como puede tratarse de rascarse o de comer por vicio, sin pausa, sin respiro (PR, 160).

Romilio insiste en la incapacidad de Rosa para entablar un diálogo: acerca de la vivencia sexual de ambos, "ni una palabra. Imposible hablar de eso con ella, imposible hablarle de nada" (PR, 194); ella no se interesa por la biografía personal del otro ni por sus vivencias internas (PR, 153, 161, 164, 239-240, 248); él trata de hablarle de otros "asuntos que no fuesen el trabajo, la comida o la cama" (PR, 191), pero no obtiene recepción:

Cuando le hablé de mis ideas, me miró como si estuviera curado, y cuando intenté explicarle por qué pasaban algunos hechos, las huelgas o las revoluciones, por ejemplo, se quedó dormida, "No me hable de esas patillas. No entiendo nada. Dígame mejor qué va a pasar si nos echan de aquí (PR, 192).

El texto plantea la posibilidad que Rosa sea "un animal sin memoria" (PR, 238), y la compara con unos seres que

Velan lo que estaba ahí, lo que pasaba ahí, no lo que podía estar o suceder más allá (PR, 249),

aunque este "más allá" sea el peligro de su propia muerte, la que podrían evitar.

Estos son elementos de la constricción de la mujer a un presente urgente, que no le deja tiempo ni ocasión para otras preocupaciones que no sean las de subsistir. Por eso otra mujer, captando sólo el aspecto más negativo de las luchas sociales, el peso que debe soportar la familia de quienes luchan, se queja:

¡qué tanta huelga Juan! (OR, 9).

La mujer aparece apartada de las luchas sociales, sin tomar una posición activa en ellas, sin que sea considerada

en tales acciones, ni siquiera como sujeto que debe ser incluido en una transformación social. Entre los grupos anarquistas, a pesar de una tendencia generalizada a la igualdad global, la situación de la mujer no cambia en lo concreto, como lo vemos en la práctica de uno de sus militantes:

Por ese tiempo enamoró a una mujer joven, buena moza, gordita; la hizo su amante y siguió hablando de libertad (SM, 16).

Así, la mujer es nombrada entre las cosas positivas a que se puede aspirar -quiero destacar que en la siguiente cita hay dos partes separadas por la conjunción adversativa "pero". En la primera, aparecen cosas situadas al nivel del tener, entre ellas la mujer; en la segunda, una acción, un cambio social referido en términos de mundo masculino-:

No quiere ser nada ni tener muchas cosas, sólo ropa limpia, comida, un carruaje que pintar y una mujer, pero quiere, sí, que el hombre, sobre todo el hombre proletario, salga de su condición, suba (SM, 25).

En la acción anarquista no se encuentra militante mujer. A lo sumo se la considera para la convivencia amistosa, fraternal (SM, 38-39, 160-161). Y cuando tiene cierta participación activa, lo hace en forma mínima, como Tina, quien

va y viene con los compañeros, desfila en los mítines y a veces da su grito, un grito pequeño y gordito, como ella; de ahí no pasa (SM, 150).

III. LA MUJER OBJETIVIZADA

En el conjunto del mundo descrito, aunque haya tendencia a la dignificación de la mujer y a la constitución de la comunidad hombre-mujer, es la cosificación de ésta última la que prevalece. Es decir, ella no es considerada como persona que puede tener vivencias propias, en quien pueden ser posi-

bles el amor, la soledad, la tristeza, la esperanza, y frente a la cual se tiene un compromiso. Si se plantean dificultades en la relación con ella, la solución propuesta no es separarse -decisión donde ambos serían tomados en cuenta- sino simplemente dejarla (PR, 134).

Enumerar seres en un listado de objetos es uno de los recursos de que se sirve la narrativa de Manuel Rojas para indicar la cosificación que padecen. Lo encontramos a menudo cuando se trata de la mujer: se la coloca entre una serie de artículos de consumo que satisfacen al hombre, cosas que le son útiles e indispensables, sin ninguna característica que la diferencie, que la considere como persona para el diálogo, para la realización de una comunidad. A los ejemplos que ya conocemos, se pueden agregar otros dos donde, además de destacarse su calidad de objeto, vemos cómo, en el primero, se la designa con un artículo neutro -lo- y, en el segundo, va incluida en el adjetivo genérico todo:

-Lo principal es taparse bien: comida caliente, hombre caliente, ropas calientes.

-Mujer caliente.

-Tampoco es mala.

El Filósofo echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca y lanzó una carcajada.

-¡Toda la vida del hombre gira alrededor de lo caliente! El hombre teme lo frío: la comida fría, la mujer fría, las ropas frías, la lluvia fría, el viento frío. Tápese bien, Aniceto (HL, 253);

en esos momentos está hambriento de todo, de comida, de mujer, de ropa, de dormir en una buena cama, hasta de un baño, y quiere conseguirlo luego; no importa que sea poco, con poco se conforma, con poco le alcanza para conseguir lo que desea, que no son comidas de que ni siquiera ha oído hablar, mujeres que no conoce ni ropas que no ha visto ni verá nunca (SM, 85).

Su calidad de cosa necesaria, impersonal e indeterminada, vuelve continuamente, y no sólo como concepción de ciertos individuos sino referida a una globalidad más amplia.

Así, la marejada humana de la ciudad se la describe

con hambre, con sueño, con ganas de comer, de acostarse con una mujer, de bañarse, de ponerse unos calzoncillos limpios, otra camisa, de ganar más dinero, de comprar esto o aquello (SM, 89. Cf., U. 320; MV, 230; OR, 45).

Este trato lo encontramos incluso en grupos que cuestionan la sociedad existente y tienden a la creación de nuevas relaciones. En sus proyectos, la mujer no tiene cabida. Un ejemplo claro lo tenemos en una comunidad inspirada en el anarquismo, donde la concepción que se tiene de la mujer continúa siendo la de un objeto de propiedad, no incorporada como otro ser humano más, en igualdad de condiciones; no se la comuniza porque se quiere preservar la fraternidad entre los hombres:

<Existe en un lugar de Valparaíso> un rancho en que tres zapateros anarquistas querían vivir, según lo declararon, un poco lo que soñaban, es decir, en medio de un elaborado anarquismo comunista, pues eso eran y no individualistas: allí todo era común y nada de nadie, ni la comida, ni la ropa, ni las herramientas, ni las camas; ninguno de ellos tenía mujer, por lo menos no la trajo <...>; juzgaban que con mujeres sería difícil mantener un comunismo cualquiera y comunizarlas sería el modo de introducir la discordia y el individualismo; porque había en las doctrinas anarquistas un punto que no era claro: en la sociedad futura, ¿todo sería común y cada uno tendría lo suyo, lo que necesitara, pero suyo? (OR, 108).

Esto es semejante a la postura del hombre que acogió por primera vez a Aniceto y le enseñó un oficio:

<creía> en la fraternidad entre los seres humanos -dejando de lado el asunto de las mujeres propias o ajenas: esas son necesidades (MV, 61).

Su cosificación toma una concreción especial en cuanto objeto sexual. Cuando se describe a la mujer se hacen imprescindibles sus rasgos físicos relacionados con una atrac-

ción sexual, los que, en cualquier lugar de la narrativa, son innecesarios para describir al hombre.

Las categorías corporales con que se la designa muestran un ser que es ofrecido y apetecido sólo por unos rasgos externos, a los cuales está reducida. La mujer aparece como objeto de deseo. "Presa" y "sirvienta" de voluptuosidad¹.

Ese ser objeto la narrativa lo sintetiza más fuertemente en la situación de la mujer prostituta y nos lo comunica enumerándola en listados de objetos y describiéndola en forma de mercancía.

Hemos tenido ocasión de ver una de esas listas en el primer párrafo de Canto y baile, donde las mujeres aparecen entre el mobiliario de una casa de diversión. Otras veces también están entre las cosas que pueden interesar a un hombre (LB, 317). Ellas mismas pueden alcanzar tal conciencia -una conciencia funcional- y así, de una prostituta que trata de granjearse un cliente, se dice:

Sabe que es un objeto, no un sujeto (SM, 204).

En cuanto objetos, son seres para ser utilizados, que no cuentan en sí mismos. Por eso, en el negocio en que trabajan no existen "como mujeres, sino como medio de alcanzar esto o lo otro" (O, 241); de una prostituta llamada Sonia leemos:

Cuando el hombre, cansado ya, se marcha, no recuerda de ella sino eso, el cuerpo, el calor, la suavidad; pero nada más. De ella en sí, de ella como persona, como esencia, nada; ¿Qué hacer con ella fuera de besarla, chuparla, etcétera, <...>? No es una persona, es un reflejo (MV, 238).

Las relaciones con ellas son efímeras, esporádicas, anónimas. Se las tiene de vez en cuando, "así de pasada, pagando y por un corto rato, una que otra" (MV, 11). Esto en una transacción entre "cliente y prostituta" (MV, 189).

1. Cf. estas expresiones en MARX (1972), 86.

Su calidad de objeto tiene una connotación bien particular. Son una mercancía. De hecho están valoradas de acuerdo a una norma monetaria. Así, en el lugar en que están, los hombres preguntan por

el precio de algo, de una habitación, de una botella de cognac, de una mujer (MV, 191);

quien tiene dinero puede ser "dueño <...> de cualquier prostituta" (MV, 223); no es excepción que se las catalogue en baratas o caras (PR, 79-84, 105).

En Lanchas en la bahía el espacio y el momento en que estas mujeres se muestran es descrito como una "feria" donde la única relación que se da es la de oferta-aceptación o rechazo de la oferta (LB, 305-307). Se la compara a cualquier otra feria donde se transan no importa qué mercaderías (PR, 72). Frase sintetizadora es aquella en que el texto expresa el momento en que ellas se ofrecen:

mujeres que gritaban como comerciantes callejeros en las puertas de los burdeles de la Subida Clave (LB, 311).

Las características de mutilación que más destacan en ellas corresponden a una serie de restricciones :

- de las prostitutas y de las mujeres que están en la situación de prostitutas, se dice que no se fijan "en el lucero del alba" (MV, 61). Es decir, no pueden estar abiertas a otros conocimientos y a otros aspectos de la vida, sea el saber científico, que en este caso proporciona una ubicación en el universo, sea el goce estético en la contemplación de un astro. Existe un mundo que ellas ni sospechan (MV, 62);
- el espacio en que están violenta determinadas experiencias humanas, tales como la reflexión intelectual y ciertos sentimientos afectivos (MV, 34 y 36). Por ejemplo, la "ternura" y la riqueza contenida en las inflexiones de la voz son desplazadas por "palabras duras o groseras" (HL, 153 y 155);

- en ese espacio no se alcanza la diversión, a lo sumo se llega a un estallido de bullicio y gesticulaciones corporales que terminan en el desplome de los participantes y, en particular, las mujeres semejando animales cansados (LB, 307-309 y 314);
- el espacio físico en que se desenvuelve su existencia también es reducido (LB, 315).

Dadas sus circunstancias, la prostituta es un ser menoscabado que no puede expresar sus vivencias internas. Por brutal que sea la manera en que se la requiera, debe callar. Ella obedece a un constreñimiento económico:

¿Y qué puede esperar, qué esperanza puede tener, qué puede pensar, qué puede decir?
Ella lo sabe: no espera sino ganarse el pan (MV, 195).

El texto destaca de varias maneras que la prostitución es una de las "actividades" comerciales que pueden ejercerse dentro del sistema descrito (MV, 23). En el caso de las prostitutas en quienes se interesa la narrativa, la suya es un modo de ganarse la vida:

Al anochecer empezaban las mujeres a peinarse, a vestirse, y lo hacían de mal modo, mecánicamente, como quien hace algo que sabe inútil pero que es forzoso hacer. Era preciso ganar el pan, día a día, y siendo éste el pensamiento que las animaba, era también el que las desanimaba (LB, 315) 1.

El texto insiste una y otra vez que se trata de una actividad a la que deben recurrir para subsistir (MV, 22, 195; PR, 69, 79). Incluso existen aquellas que debe prostituirse para obtener un poco de comida inmediata. Las afecta una mutilación extrema:

1. En este texto subyace una toma de conciencia de ser cosa: se adornan para ofrecerse. No se arreglan para alguien en particular sino para un alguien general, para un cliente que no las busca como personas sino como medios para el propio provecho. Con ellas no hay ninguna relación humana.

<...> joven, morena, con el pelo un poco revuelto y cara inexpresiva: parecía no esperar nada ni a nadie o esperar lo todo, todo lo peor, y la otra era unos años mayor que la primera, más despierta de expresión, aunque no tanto. Parecían sentadas en la orilla de un desierto (OR, 160; cf. 161).

Normalmente está a merced de otros, mientras son rentables (HL, 151), lo cual deja entrever su situación social, explicitada más abiertamente en afirmaciones tales como la de que son "víctimas" eternas "ya de un truhán, ya de una patrona" (HL, 156).

Su calidad de víctimas también se hace ver en el hecho que la actividad que realizan las carcome:

Regresan al amanecer, deshechas, borrachas a veces (MV, 193).

La institución en que están insertas es descrita en los términos de un negocio bien organizado, a pesar de un desorden captado a primera vista:

Detrás de esa apariencia hay un cerebro que vigila, que lleva las cuentas, que apunta lo que se consume, lo que se gasta, lo que se usa: recoge esas copas, cambia las sábanas, cochinas, por la porquería de dinero que pagan, limpia el bidet, el viejo se ha tomado dos whiskies, sí, el otro pidió una botella de cognac y parece que se la va a tomar él solo; son mil quinientos pesos, la Julia ya se encamó, ¿cobras-te la pieza?, no te olvides de darme la plata, después se nos arman enredos, también se encamó la Yolanda (MV, 194; cf. OR, 20).

Dentro del negocio están situadas en la parte más inferior. Ese negocio no es ajeno al conjunto del sistema y se rige por sus leyes:

Siempre la patrona o el patrón, de cualquier negocio, se las arregla para ganar más, se trate de un prostíbulo o de un alto horno: pone el capital (MV, 193; cf. OR, 71);

por parte de la prostituta, el bien que ella pone, su sexo,

no alcanza plusvalía, al contrario, se descapitaliza con el tiempo y da dividendos miserables (MV, 193).

Aquella inferioridad no se da sólo en el negocio sino que en el conjunto de la sociedad: está incluso en peor situación que el ladrón, pues ella no posee nada. En su totalidad es un objeto comerciable, transaccional. Refiriéndose a ella, el texto nos recuerda:

Mientras más humilde o más bajo es el menester a que se entrega o desempaña, para ganarse el sustento, un ser humano, más tendencia tenemos a rebajarlo en su condición humana, a dejarle menos margen de existencia (MV, 194-195).

TERCERA PARTE

EXPLICACION DEL VIVIR DESCRITO EN EL UNIVERSO NARRATIVO DE MANUEL ROJAS

INTRODUCCION

Para explicar el problema puesto de relieve, debo insertarlo en una estructura global que dé cuenta de su origen y ponga a luz su función. Llegaré a tal estructura analizando más en detalle la situación mutilada mediante la psicología social. Desde ahora introduzco más explícitamente conceptos que no están directamente en el texto, pero sólo cuando la descripción se corresponde adecuadamente con ellos.

Primero recapitularé la manera en que los seres mutilados satisfacen las necesidades humanas fundamentales y la forma en que despliegan sus potencialidades. Ya sabemos que esto depende del medio en que el individuo vive. Ese medio la narrativa lo comunica describiendo un sistema con el cual los seres están en relación.

Resulta importante destacar lo último por cuanto todas las necesidades del ser humano, que no existen químicamente puras, confluyen en la de relación. Para satisfacer positivamente esta necesidad, es indefectible expresar las propias facultades con una actuación creativa en el mundo; para la necesidad de trascendencia es fundamental entrar en una relación que permita realizar una actividad creativa, mediante la cual salir de sí y de la pasividad instintiva; en la de arraigo, la relación se requiere para superar la soledad y

debilidad; en la de identidad, una relación para conocerse a sí mismo y a los otros como seres de existencia propia, con posibilidades de enfrentar el mundo como un lugar donde actuar; finalmente, en la necesidad de orientación es fundamental un marco de referencia para relacionarse con la realidad.

En cada necesidad encontramos la concepción de que el hombre no es un ser cerrado, condenado por tendencias biológicas herméticas, sino un ser abierto, apto a crecer y a desarrollarse, un ser de relaciones, profundamente unido a sus circunstancias. En la narrativa de Manuel Rojas hemos visto, hasta el momento, que no es posible analizar ningún ser mutilado en sí. Todos los personajes aparecen en relación, insertos en un mundo a cuya influencia no son impermeables.

CAPITULO PRIMERO

EL VIVIR HUMANO

Teniendo en cuenta los casos presentados y muchos más que se encuentran en el resto del mundo descrito, puedo afirmar que las necesidades fundamentales son satisfechas en forma negativa, involutiva, de tal manera que estamos en presencia de un "hombre truncado"¹, un hombre que, bloqueado en sus potencialidades, no desarrolla las capacidades de la especie humana. Tal situación produce una sub-humanidad. Esta categoría la encontramos, por ejemplo, en la descripción de los rateros de Canto y baile, donde se resalta que las vivencias de felicidad no están presentes en el campo de sus experiencias vitales; también se constata esta situación en la presentación de seres que no tienen el control de su existencia, que vegetan sin trascendencia alguna, como aquellos que van y vienen por una casa:

así era siempre, llegaban los hombres y las mujeres, estaban unos días y unos años, y desaparecían; a veces alguien los recordaba, otras veces no los recordaban sino para maldecirlos y olvidarlos más; ¿para qué y por qué habían venido, qué habían hecho aquí?; no habían hecho nada, no habían tenido éxito en nada, ni siquiera en morirse, vinieron y se fueron no más, vagos trabajos, vagas palabras, vagos seres, vagos recuerdos, vagas vidas. (OR, 31).

Al referirse a cada ser mutilado en particular, la narrativa insiste continuamente en que no se trata de excepciones sino de la situación de un conjunto de seres humanos. Más aún, que es un problema que abarca también a las capas

1. Expresión utilizada por Marx en diversos pasajes de El capital para designar hechos similares.

sociales que tienen el poder en sus manos. Punta de rieles nos comunica fehacientemente que las potencialidades del hombre no se desarrollan con la asistencia a cócteles, la acumulación de riquezas, de poder, de prestigio.

De todas maneras, el texto destaca la multitud sin nombre en quien recae más fuertemente el peso de la mutilación. Incluso es a partir de los individuos de tal multitud que señala cómo, a pesar de una realidad opuesta, la vida es imperecedera:

<...> podrás ver en las ciudades, alrededor de las ciudades, muy rara vez en su centro, excepto cuando hay convulsiones populares, a seres <...> parecidos a briznas de hierbas batidas por un poderoso viento, arrastrándose apenas, armados algunos de un baldecillo con fogón, desempeñando el oficio de gasistas callejeros y en compañía de mujeres que parecen haber sido fabricadas por ellos mismos en sus baldecillos, durmiendo en sitios eriazos, en los rincones de las aceras o la orilla del río, o mendigando, con los ojos rojos y legñosos, la barba grisácea o cobriza, las uñas duras y negras, vestidos con andrajos color orín o musgo que dejan ver, por sus roturas, trozos de una inexplicable piel blanco-azulada, o vagando, simplemente, sin hacer ni pedir nada, apedreados por los niños, abofeteados por los borrachos, pero vivos, absurdamente erectos sobre dos piernas absurdamente vigorosas. Tienen, o parecen tener, un margen no mayor que la medida que puede tener la palma de la mano, cuatro traveses de dedo, medida más allá de la cual está la inanición, el coma y la muerte, y se mueven y caminan como por un senderillo trazado a orillas de un abismo y en el cual no caben sino sus pies: cualquier tropiezo, cualquier movimiento brusco, hasta diríase que cualquier viento un poco fuerte podría echarlos al vacío; pero no; resisten y viven durante decenas de años <...> (HL, 98-99).

En la síntesis que continúa, no me atengo sólo a los personajes ya conocidos sino que generalizo recurriendo a las vivencias de esos conjuntos de seres que, como dice el

texto, son rebajados en su condición humana, a quienes se les deja un ínfimo "margen de existencia".

I. NECESIDAD DE RELACION

El hombre, substraído a la unidad primordial con la naturaleza, debe encontrar imperiosamente una forma para vincularse con los demás, consigo mismo y con el mundo. Esto lo realiza mediante la sumisión, el poder o el comportamiento creativo.

El comportamiento del ser humano en su vida de relación supone cuatro aspectos: uno que concierne al pensamiento y se manifiesta en el tipo de comprensión del mundo; otro respecto a la acción, que se manifiesta en el tipo de trabajo que se realiza; un tercero, referente a la relación entre los seres humanos en general; y un cuarto, referido al sentimiento, que se expresa especialmente en el amor entre el hombre y la mujer.

Necesidad de relación y pensamiento

La comprensión del mundo en los seres que padecen mutilación es parcial, atomizada, superficial, supeditada a la comprensión de otros hombres que aparecen como autoridad, con poder; frente a esa autoridad hay quien se perturba por tener una idea propia y gasta mucha energía para expresarla. Se produce una especie de vacio interior en la persona que no ha tenido la posibilidad de expandirse: un personaje femenino, constantemente dependiente, aparece como

un ser a quien la vida se le hubiera terminado, por lo menos la vida del pensamiento (SM, 137).

Es característica que encontramos en todos los que es-

tán restringidos en sus experiencias:

las mil pequeñas y miserables cosas que ocupan la mente de los seres que, debido a su condición, no pueden pensar en asuntos más elevados (HL, 163).

A esta categoría pertenecen : los numerosos personajes que tienen dificultades o imposibilidad para elaborar un discurso; aquellos que no pueden expresar una disconformidad (OR, 34 y 35); los seres descritos en un extremo de miseria, con una agresividad latente permanente, sin capacidad para la argumentación, sin un amplio campo de "reacciones traducibles en palabras", en quienes prepondera el "insulto" y "la frase muscular, la cuchillada o el puñetazo" (HL, 118).

2. Necesidad de relación y acción humana

Este aspecto es elaborado mediante descripciones de la acción en el trabajo y comunicando las dificultades que tienen los hombres para cambiar su situación.

a. La acción en el trabajo

Diversos son los trabajos descritos en la narrativa: el de autosubsistencia realizado en las aldeas; el de individuos que, aisladamente o en grupo, efectúan actividades intermitentes y disímiles; el de obreros en las ciudades y en grandes construcciones para dominar la naturaleza; de oficinistas en las ciudades; de las mujeres en sus casas; de quienes toman el mando de grupos de trabajadores; de quienes dirigen empresas.

Estos dos últimos tipos reciben poco interés directo por parte de la narrativa, que se interesa preponderantemente en los otros, en aquellos cuyo trabajo no es creador, no llega a ser expresión de sus potencialidades, no realiza la expansión de su personalidad; no es desarrollativo de sus potencialidades sino simple medio para subsistir. Pero incluso en el caso de quienes están mejor colocados, como los

que dirigen, el objetivo de su acción es permitir la existencia de un organismo anónimo denominado "empresa" o "Casa W y Cia", por ejemplo.

El trabajo que se realiza en las aldeas está descrito en ambientes que no dejan perspectivas al ser humano. Son trabajos repetitivos que no dan otro fruto que la sobrevivencia (PR, 35; OR, 94).

Pero aquello no es sólo típico de las aldeas. También en las grandes ciudades encontramos hombres forzados a realizar tareas irrelevantes y trabajos que sólo les proporcionan medios para poder comer y asegurarse un lugar donde dormir -a eso se reduce su vida-. Estos trabajos y tareas corresponden a actividades que absorben sus energías, su vitalidad, sin reportarles un beneficio para su realización personal, para su crecimiento. El trabajo es algo accidental y sobre él no tienen ningún control. En cuanto medio de sobrevivencia, no es una actividad voluntaria sino obligada, ajena, dada por otro que, en muchos casos, es un anónimo:

Empecé a buscar trabajo, un trabajo cualquiera, en donde fuese y para lo que fuese, oficina, tienda, fábrica, almacén, camino o construcción, a pleno sol; pero era difícil hallar algo: decenas y aun centenas de seres de todas las nacionalidades, edades y procedencias, vagabundos sin domicilio, como yo, y otros con domicilio, y todos sin tener qué comer, mendigaban empleos de veinte o treinta pesos mensuales (HL, 68, Cf. SM, 9-10; OR, 332).

Hay una multitud de hombres cuyo trabajo les reporta una retribución económica que sólo les permite subsistir, es decir, "comer" y "tener un lugar donde dormir" (cf. SM, 178; MV, 53 y 62; OR, 95 y 367). Tal situación se resume en los momentos en que a Aniceto le ofrecen trabajo para pintar murallas:

Ahí estaba la oportunidad. No había que dejar escapar ningún trabajo. Cualquiera de ellos significaba pieza y comida (MV, 49).

Esto se da incluso en niños que deben

abandonar la escuela y tomar un oficio o un trabajo cualquiera para ganarse el día de hoy, dejando al azar el de mañana y el de pasado mañana (HL, 206).

Es la totalidad de una existencia la que queda encerrada en tal urgencia¹. Cuando a un personaje, que no ha podido obtener pasaporte por carecer de ciertos certificados, se le pregunta "¿Qué ha hecho en tantos años?". éste reflexiona sobre su existencia, respondiéndose a sí mismo:

¡Qué ha hecho!... Lo que ha hecho y hace cualquier individuo de su condición: procurar no morirse de hambre y para no morir de hambre, trabajar, aquí o allá, en donde sea, de esto y lo otro, de pintor, de peón, de cargador de puertos, de vendedor ambulante (MV, 47).

Esa auto-respuesta continúa enumerando trabajos que absorben al hombre, lo marcan negativamente y corroen, permitiéndole sólo sub-vivir (cf. también MV, 142; HL, 68-69 y 85-86; SM, 131).

El hombre sometido a tal situación queda convertido en un ser sin necesidades², salvo aquella de mantenerse vivo. Toda la vida se puede resumir en esos términos, como se dice de Aniceto cuando ha vuelto a Buenos Aires:

Salí de allí adolescente, vuelve hombre.
Se fue con un problema: subsistir; vuelve
con otro: seguir subsistiendo (MV, 84).

Aquella situación de trabajo es degradante para el hombre pues en ella debe venderse a sí mismo, reprimir sentimientos, fingir otros. Cuando dos hombres, "por suerte", lo han encontrado, se dice:

-
1. Goldmann ve como característica económica fundamental de una de las clases que componen la sociedad este rasgo de ser "obligados a consagrar la mayor parte de sus preocupaciones y actividades a asegurar su existencia", mientras otra lo hace para mantener sus privilegios: GOLDMANN (1955), 26.
 2. Cf. este concepto en MARX (1972), 102, y su comentario en HELLER (1978), 83.

tendrían que defender ese trabajo aunque fuese a puñaladas, soportar cualquier cosa, trabajar como leones, llegar temprano, no pelear con el maestro, saludar con sonrisas al contratista (SM, 130).

El hombre puede lograr un trabajo relativamente estable, pero en su generalidad es negativo, lo aprisiona y no le permite superar situaciones de miseria. Se insiste con fuerza en este hecho al contrastar, por ejemplo en El bonete maulino, el tiempo en que don Leiva vivía sin preocupaciones en medio de jolgorios juveniles, con la realidad de la vida cotidiana del adulto, que depende de un trabajo asumido con esfuerzo y valor -es zapatero- pero que lo deja circunscrito en una misma situación, condenado a no salir de ella:

Y ahora, bordeando los cuarenta años, revisaba su pasado y procuraba adivinar su porvenir, presintiendo que su vida terminaría tal como se deslizaba en el presente: trabajando sin descanso y siempre pobre, viendo crecer a sus hijos en medio de la pobreza de su hogar, envejeciendo él junto a su compañera, sin ninguna perspectiva y bienestar (D, 98).

La constatación de esta actividad que no proporciona al hombre un aliciente mayor vuelve a surgir cuando don Leiva expone a unos amigos

sus angustias de hombre pobre, su miseria constante a pesar de su trabajo continuo (D, 99).

La existencia de los trabajadores es acaparada por una actividad que no los realiza y que les es ajena. En Lanchas en la bahía el nuevo día comienza con la presencia del obrero que ya está en el trabajo o va hacia él, así como la noche también se inicia con los trabajadores. Ellos quedan reducidos a una única necesidad:

Era un espectáculo curioso la llegada de esos hombres trasnochados, vacilantes, que venían del mundo nocturno del mar y que la gasolinera arrojaba todas las mañanas sobre el muelle como una pesca fantástica. Desfilábamos hacia la calle con la cabeza

hundida entre los hombros, mudos, sin deseos de hablar ni de reír, sólo pensando en el lecho: dormir... dormir... (LB, 288);

el protagonista repetirá luego: "sólo quiero dormir, dormir, dormir" (LB, 289); en otra obra leemos que para reponerse de la jornada de trabajo anhelan "dormir hasta el último segundo, hasta el ultimito" (OR, 412). Una fórmula concisa resume:

la noche es corta para el que trabaja (HL, 195).

Atardecer y amanecer ambientan el trabajo, sin que haya cabida a la vivencia poética: el atardecer es "la hora triste del mar"; el amanecer, momento en que unos terminan y otros comienzan su trabajo (LB, 284, 288-289).

A pesar del optimismo que destilan los últimos párrafos de lanchas en la bahía, al final volvemos a encontrar que tal actividad absorbe todo el tiempo de vida de los trabajadores¹. Comer y dormir son sólo pausas para recuperar energías y seguir trabajando. Es hecho al que Marx vuelve numerosas veces en El capital, cuando afirma que el obrero consume alimento exclusivamente para conservar su fuerza de trabajo².

Es esto como un máximo de no pertenecerse a sí mismo.

La vida cotidiana gira alrededor y depende del trabajo: hora de levantarse, de comer, la escasa y a veces nula relación con la mujer (HL, 271). La secuencia trabajar-comer-trabajar reaparece continuamente (por ejemplo LB, 299-300 y MV, 104-106). Están excluidos de otras actividades, como la artística y cultural (OR, 271, 319) y no tienen tiempo para informarse de lo que ocurre en el país (OR, 435). El trabajo y sus perspectivas "formaban parte de la vida presente y lo formarían de la futura" (OR, 365); carecen de tiempo para

1. En realidad, el optimismo se refiere a que una posibilidad de relación humana se ha hecho concreta.

2. Cf., por ejemplo, MARX (1978), volumen II, 702-703; volumen V, 543.

crecer. Así, los días gastados en un trabajo que no desarrolla al hombre, se vuelven

grises y secos, sin alternativas, rodando como nueces vacías en la bolsa del tiempo (D, 97).

Para una gran mayoría de los seres descritos se puede anotar la síntesis en que Marx expresa el resultado que tienen sobre el obrero las condiciones bajo las cuales trabaja: "transforman el tiempo de su vida en tiempo de trabajo"¹.

En la mayoría de los casos el trabajo es intrascendente, pero cuando en ocasiones es muy importante, por ejemplo el de ciertos obreros, éste no les pertenece y no los desarrolla en sí mismos. En él son sólo parte de un organismo, una pieza entre muchas otras.

Como no contribuye al despliegue de las potencialidades humanas, este trabajo convierte al hombre en un medio para un fin que le es ajeno. Aún más, es un impedimento, un obstáculo para aquel despliegue. Por ejemplo hay un carpintero que no ha tenido acceso a la lectura ni ha podido atreverse a pensar por cuenta propia:

el serrucho, manejado durante ocho o más horas diarias, y el martillo otras tantas, no son herramientas que le permitan a uno dedicarse a pensar en cosas abstractas: te aplastas una mano o te cortas el dedo (HL, 299).

Quita la autonomía para decisiones existenciales extras (SM, 135-136) y obstaculiza ciertas elecciones de vida que podrían contribuir a una liberación global del hombre y anticipar una sociedad centrada en el ser humano (MY, 55). El estado de urgencia en que viven los obreros no les permite elegir uno u otro trabajo (OR, 168).

En la primera parte de Lanchas en la bahía, el protagonista queda solo para realizar un trabajo que en su mayor parte es pasivo: cuidador de faluchos cargados con mercade-

1. MARX (1978), volumen III, 805.

rias. La descripción que se da es de quien queda perdido entre bienes ajenos. La visión de otros trabajadores que se alejan en la lancha nos comunica cómo experimenta el narrador lo que le sucede a él y a tantos otros en ese trabajo:

A medida que se alejaba <la lancha>, los rostros de los hombres se borraron, se oscurecieron, se hicieron lisos, planos, como discos de madera, hasta desaparecer (LB, 281; cf. 294).

El trabajo ajeno da origen a relaciones objetivadas. Tal ocurre entre cada trabajador y la "Cía" o "la Casa": los miembros de la relación son abstracciones. No hay sentimientos ni vida interior que cuenten.

El inicio de la relación se puede expresar en la fórmula la venta de fuerza de trabajo-compra de fuerza de trabajo. Los seres que entran en relación quedan objetivados, convertidos en determinada función: a uno se le identifica con el dinero, al otro con la fuerza de trabajo. Marx ha expresado este fenómeno diciendo que el capitalista "no es más que capital personificado" y el obrero una "mercancía" de la cual el primero, "como cualquier otro comprador, procura extraer la mayor utilidad posible" de su valor de uso¹. Aquí rige la ley del intercambio mercantil.

Puesto que la mercancía fuerza de trabajo es el único bien que poseen y es eso lo que deben ofrecer cuando se ofrecen a sí mismos (A, 27), no es una exageración decir que en esa transacción ellos venden sus propias personas.

En un trabajo ajeno no se es tratado como ser humano. Por eso la narración describe a los trabajadores que parten en un enganche hacia las salitreras, como "bultos" y "animales" (LB, 301-302)². En Poco sueldo hemos visto que no se les mira como personas.

Que el trabajo les sea ajeno también se ve cuando se

1. MARX (1978), volumen I, 279-280; 375-376.

2. Los episodios de trabajadores "apiñados" como animales recorren ampliamente la narrativa de Manuel Rojas.

describen los frutos del auge de un mineral:

las compañías ganaron mucha plata, los rotos lo indispensable, lo que les permitió seguir viviendo para seguir sacando montañas o ríos de materias primas (OR, 9).

En este contexto, cada hombre es una mera "accidentalidad"¹. No es estilismo ni azar gramatical que a los trabajadores se les designe con el pronombre indeterminado "uno". Ellos se definen por una única propiedad, su fuerza de trabajo²:

no tenían amigos ni créditos, lucían apellidos de rotos y sus modales y hábitos eran como sus apellidos, no poseían ni tienen sino brazos y manos y lomos y piernas fuertes, firmes, aguantadoras (OR, 15).

En el análisis de cierta sociedad semejante, Marx enunciaba las características más sobresalientes del obrero diciendo que es "fuerza de trabajo que se pone en movimiento"³, "vendedor de su propia fuerza de trabajo"⁴, "portador del trabajo vivo"⁵.

El conjunto de estos hechos constituye un fenómeno que engloba al problema de la mutilación. Se le expresa mediante el concepto de alienación o extrañación. A él volveré más adelante.

-
1. El hombre accidental es definido por Marek FRITZHAND: "es aquel que está ubicado en una esfera de la vida ajena e incluso hostil a él. Es una esfera de su vida en la cual se siente limitado y es esclavizado, en la cual actúa violentando sus propias inclinaciones": en FROMM (1974a), 193-202.
 2. En los planteamientos de Marx encontramos que la fuerza de trabajo o capacidad de trabajo comprende "el conjunto de las facultades físicas y mentales que existen en el cuerpo de un hombre, en su personalidad viviente y que él pone en movimiento cuando produce valores de uso de cualquier índole": MARX (1978), volumen I, 203. He corregido según la edición RUBEL (1977), volumen I, 715.
 3. MARX (1978), volumen I, 215; cf. 373.
 4. Ibid., volumen I, 216; cf. volumen V, 453.
 5. Ibid., volumen VI, 104; cf. volumen V, 506.

b. La acción para cambiar la situación

Al delinear el marco teórico he anotado que la especificidad del hombre consiste en su capacidad para actuar, transformar su medio ambiente y transformarse a sí mismo. El hecho de existir una realidad problemática donde es difícil actuar, tiene serias consecuencias sobre él.

Ahora bien, el vivir descrito en esta narrativa es problemático y en ese vivir hay gran dificultad para actuar. Esto, especialmente, en el sentido de cambiar la globalidad de la situación de vida, es decir, el sistema que la genera y mantiene.

En cada personaje que he analizado, resalta la problematicidad del vivir. Algunas obras, ya al comienzo introducen al lector a un mundo difícil. Por ejemplo en Punta de rieles, desde las primeras páginas encontramos problemas que pueden abarcar la totalidad de la existencia del ser humano y que son de orden social, sentimental, psicológico, económico; Sombras contra el muro comienza con un trabajo que hiere las manos de los obreros; Mejor que el vino, en sus primeras páginas pone de relieve la dificultad de distinguir entre un momento de inconsciencia y el de la realidad consciente; La oscura vida radiante comienza con una dificultad que afecta a todo un grupo social y luego agrega, en largas páginas, la descripción detallada de su origen: un hecho económico ocurrido dentro de un sistema donde los obreros llevan el peso de un trabajo y crean riqueza, sin recibir beneficios. En la actualidad del relato han perdido todo, incluso la posibilidad de trabajar; no pueden reclamar y si lo hacen son duramente reprimidos.

Tomando otros ejemplos, elegidos dentro del cuerpo de la narrativa, puedo citar el párrafo en que Aniceto va caminando por una calle en búsqueda de un lugar para dormir y le acomete fuertemente el hambre. Piensa en todos los que no podrán comer esa noche, en lo difícil que es hacerlo (OR, 80). El constata, a pesar que en algún momento anterior le ha ido bien, que:

siempre hay que perder algo y algunas veces perder un poco para ganar otro poco (OR, 372);

hay una inmensa mayoría que confirma en su propia experiencia que la vida es,

a veces, un duro enemigo, un enemigo difícil de dominar, sobre todo si se es pobre (OR, 417).

La dificultad para actuar se expresa sobriamente en las palabras con que Aniceto recuerda el momento en que quitó la prisión, después de haber enfermado en ella:

Al ser dado de alta y puesto en libertad, salvado de la muerte y de la justicia, la ropa arrugada y manchada de pintura, colgaba de mí como de un clavo. ¿Qué hacer? No era mucho lo que podía hacer; a lo sumo morir; pero no es fácil morir. No podía pensar en trabajar -me habría caído de la escalera- y menos podía pensar en robar: el pulmón herido me impedía respirar profundamente. Tampoco era fácil vivir (HL, 9).

La enorme dificultad para actuar está estructurada en cuatro elementos que forman parte del vivir problemático: la respuesta al "¿qué hacer?", el fracaso de las acciones emprendidas, la huida, la conformidad.

1) Respuesta al "¿qué hacer?": esta pregunta, que también toma otras formas, la encontramos no menos de 121 veces a lo largo de toda la narrativa, siempre referida a situaciones de mayor o menor problematicidad. De todas ellas, 74 reciben abiertamente una respuesta negativa: es imposible actuar; 9 reciben una respuesta negativa indirecta, indicando: la impotencia para un actuar que cambie la situación global de todos y de algún individuo en particular, el abandono y soledad del hombre, dubitaciones de lograr eficacia, imposibilidad de hacer lo que se desea con la propia vida, vacilación, dependencia de otros para actuar, el estar a merced de pobres y débiles fuerzas, incapacidad de tomar decisiones por cuenta propia, deber recurrir a alguien consi-

derado superior.

Las otras 38 respuestas son positivas, pero entre todas ellas, 3 acciones terminan en el fracaso; 5 son meras acomodaciones a la situación; en 14 ocasiones, la respuesta no viene dada por quien plantea la pregunta o sufre el problema, sino por otro; en 7 casos es para señalar la necesidad de un actuar, e incluso la creencia en la posibilidad de hacerlo. Las nueve restantes son soluciones abiertamente positivas, que se logran realizar: 8 relativas a problemas individuales y 1 respecto a un problema sentido por un grupo social denominado "burgueses y sus políticos". Estos se preguntan "¿Qué hacemos?" ante una gran manifestación que hizo caer el gabinete ministerial. La respuesta es inmediata en acciones concretas que encubren la realidad (OR, 360-361).

2) fracaso de las acciones emprendidas: los seres que sufren la situación productora de mutilación sólo tienen la posibilidad de un actuar individual para mitigar levemente sus problemas. Las acciones para soluciones definitivas, sea en el campo individual o social, terminan en el fracaso.

Hay una serie de actos de rebeldía que sólo constituyen respuestas individuales, modos de sobrevivir en una realidad donde no se puede emprender una acción de grupo transformadora. El texto muestra que la rebelión individual no basta, no es adecuada a la envergadura del problema. Hemos visto que Virginia se rebela pero nunca alcanza su independencia: para cada liberación necesita aferrarse a un hombre. Incluso Flor, que entre las mujeres alcanza un alto grado de autonomía, no sale del ámbito de los hombres: su existencia la determina respecto a ellos. *Ninguna mujer intenta liberarse en comunidad con otros dominados. Jimena, para ser libre, debe optar por cierta soledad.*

Las rebeldías de Flor, Jimena y muchos otros, permanecen un fin en sí mismas. Sus actos no trascienden, no se superan en nuevas relaciones con el mundo externo. Esas relaciones nuevas deberían concretizarse en la unión con otros oprimidos y en la construcción de la comunidad de amor recí-

proco que es la pareja hombre-mujer.

Flor y Jimena, dos mujeres que no sucumben, quedan libres de... pero no libres para y con..., sólo alcanzan una libertad negativa. Otro tanto se puede afirmar de Cristián. Ninguno de ellos logra desplegar positivamente el poder que hay en su rebelión y, finalmente, quedan solitarios.

Para referirnos a la acción que pretende cambiar el sistema, nos podemos detener en La oscura vida radiante. Esta novela, escrita en base a fracasos, empieza con el descalabro económico de las salitreras y el fracaso de la acción social destinada a mejorar la situación de los trabajadores. La concretización de esta última es patética: la Federación de Estudiantes, partidaria del cambio, es asaltada, la imprenta de izquierda destruida, un número considerable de anarquistas degeneran en la delincuencia, y quienes se mantienen en la pureza del movimiento no pueden enfrentar un poder que cuenta con medios aplastantes para preservarse. El resultado es que todos los que entre ellos pensaban en un cambio o una mejoría y trabajaban para realizarlos, terminan dispersos, mientras un líder-poeta muere en prisión a causa de torturas.

El máximo de éxito logrado en favor de los trabajadores es un paliativo -organizar una "Olla del Pobre"- para sobrevivir en la crisis. Esta acción ocupa gran parte de la novela.

La narración irá constatando que no hay un grupo capacitado para realizar un cambio verdadero, que mejorara "absolutamente la vida de todos" (OR, 353).

Existen grupos formalmente constituidos para un cambio social y el logro de otra calidad de vida. Sin embargo, se instalan en la palabra:

se reúnen, hablan, discuten, proponen,
gritan, rien, apostrofán, amenazan (OR,
353).

Se produce una gran distancia entre las palabras y su realización: "las ideas que se enuncian en las reuniones y miti-

nes" no tienen un agente que las concrete.

El narrador se detiene y reflexiona:

Pero, ¿quiénes, en verdad, podrían hacerlo? (OR, 355).

Consecutivamente va descartando: los trabajadores, por el momento, no pueden porque no tienen "relaciones ni dinero, armas ni preparación militar"; los estudiantes tampoco pues desaparecen cuando se convierten en profesionales; los militares, sólo lo harían si estuvieran directamente afectados por la miseria; los políticos tampoco porque sólo tienen dos preocupaciones: permanecer en el poder y velar por los intereses de quienes dependen económicamente (OR, 355-362).

He señalado que en La oscura vida radiante un elemento básico es el fracaso a que está condenada -"ahora"- una acción que intente cambiar la totalidad del sistema. En relación con este elemento, hay un hecho que llama la atención en las primeras 8 páginas de dicha novela: todos los personajes son colectivos, desde la frase inicial están designados en plural. Pero esto no continúa y los personajes individuales van reapareciendo.

Estos detalles llevan a plantear una pregunta que en los límites de este trabajo no alcanzo a desarrollar ni investigar sus consecuencias: La oscura vida radiante, ¿no será el intento de una novela de sujeto colectivo y su fracaso? Es interesante constatar que ella toma cuerpo en los momentos que en la sociedad se intenta concretizar un proyecto para que el pueblo se convierta en protagonista-hacedor, no simple padecedor, de la historia chilena. Ese proyecto fue frustrado.

En otras palabras, el cimiento social para que se produjera una novela colectiva no alcanzó a tener lugar. Pero la posibilidad no está definitivamente cerrada. En algún grupo puede encontrarse el germen de un cambio verdadero. Cuando el texto enumera y reflexiona los grupos incapacitados para realizar un cambio, no se detiene en la imposibilidad:

¿Quién entonces? No sé. El horizonte sigue encendido. Quizá si en el pueblo trabajador, en cierta parte del pueblo trabajador <...> (OR, 362).

No obstante, por el momento, permanece una realidad agobiante. Hay un poeta que escribe pidiendo acción y el narrador se sorprende:

¿para qué acción, es decir, para realizar qué?; eso que él, subrepticamente, pide que se realice, cuesta mucha sangre, la costaría, no sabe lo que pide; hasta hablar o escribir es ahora peligroso (OR, 363).

3) Huida: entre las respuestas individuales encontramos una serie de huidas que no son sino señal de un fracaso o imposibilidad de una acción, por lo menos de una que tenga efecto totalizador. Es posible realizar un rápido listado de personajes que responden con la huida a situaciones problemáticas: Laguna (A), Manuel (B), Vicente (B), Pablo (C), Juan el Puelche y sus amigos (CH), el Bonete y don Leiva (D), Raúl Seguel (J), la joven viajera (LL), el León (P), la Skúa (X), Eugenio y Yolanda (LB), Cristián y Virginia (SM). En Aniceto, el protagonista de la tetralogía, recurrentemente están presentes el pensamiento y la tendencia a huir. La oscura vida radiante, última obra de toda la narrativa, termina con su huida.

De todas maneras, como es habitual en la obra de Manuel Rojas, es necesario hacer algunas puntualizaciones. Tomemos tres de esas huidas: las de Laguna, Vicente y Aniceto. Las tres concluyen una narración pero no tienen una idéntica calidad. La de Laguna parece ser definitiva; la de Vicente, consecuencia lógica de una acción de éxito parcial, no cierra todas las posibilidades pues el personaje sigue vivo, contemplando el mar que, en el conjunto de la narrativa, es prototipo de la libertad, de las posibilidades sin restricciones; la de Aniceto no se produce por motivos exclusivamente personales sino por un fracaso social, porque un grupo de poder ha logrado desbaratar el proyecto de cambio que in-

tentó proclamar otro grupo.

Aniceto, al huir, no escudriña ningún horizonte, como lo hace Vicente, sino que su actitud es de impotencia y pesadumbre. Pero determinadas características de la narrativa, que veremos más adelante, nos permiten suponer que la suya no es definitiva, con ella no se cerraría el mundo descrito. Podemos preguntarnos: de las huidas destacadas, ¿cuál prevalecerá?; ¿alguna progresará hacia lo positivo?

4) Conformidad: la imposibilidad práctica de actuar lleva a una resignación automática ante las dificultades, como si fueran hechos normales inevitables. Los hombres se acomodan y someten a esa normalidad, incapaces de determinarse por otro posible (cf., por ejemplo, MV, 197). Un texto es pertinente para decirnos cómo acciones repetidas hacen "parecer natural" a un ser humano su estado negativo (PR, 179); otro nos habla de situaciones de sufrimiento y dominio soportadas con una "mansedumbre" imperturbable (HL, 81-84).

Quienes se adaptan y someten no son personas irresponsables sino seres que quedan impedidos de actuar, incluso de elegir sus vidas. Ese es el sentido que adquiere la fatalidad, es decir, la serie de circunstancias que ellos no controlan, tanto en su existencia individual (OR, 49) como en la situación de los grupos que ellos mismos constituyen (HL, 160; SM, 16, 20-21). Sus posibilidades de elección son muy reducidas:

Se trataba y se trata de vivir y menos mal
si se vive pasablemente (MV, 139).

La falta de posibilidades, radicada en una causa económica, es expresada por el personaje que narra la existencia miserable y sin horizontes que se dan en una región desértica:

a los pobres no les va bien en ninguna
parte, se vayan o se queden (OR, 97-98).

Al quedar privados de la acción, de la posibilidad de actuar sobre la realidad, la orientación dominante en su ca-

rácter es la recepción pasiva. Como en su existencia no tiene cabida la creación propia, dependen de entidades que escapan a su control:

en el mundo hay seres que viven toda la vida recibiendo lo que quieran darles, sin poder elegir, la mayoría de las veces, más que entre lo malo y lo peor, y menos mal si a veces les dan sólo lo malo (PR, 201).

Esos seres están afectados por una inercia que los compele a conformarse con la sobrevivencia mínima, como aquel personaje que

no esperaba nada de la vida ni de nadie, sólo algo de comer y un lugar donde dormir, algún pantalón, una camisa, zapatos, una chaqueta (OR, 33; cf. 87).

Un máximo de acción autónoma se da en el mundo de la diversión, como si aquí en la fiesta intentaran ser los señores que no pueden ser en otras esferas de la vida. Así se dice de quienes bailan desorbitadamente en una casa de remolienda:

Alberto, Manuel y Marcos llegaban al grado más alto de su espiral, allí donde creían que verían algo, que alcanzarían algo, sin ver ni alcanzar nada finalmente, un segundo o dos, lo bastante para sentir que parecían ser dueños de todo cuando en verdad no eran dueños de nada, no eran nada, no tenían nada, no hacían nada (OR, 73);

cuando se van de la casa y están ya en la calle, el texto agrega:

Habían ido y habían vuelto y ahí estaban y ahí iban, desorientados, silenciosos, sin nada en las manos (OR, 74).

3. Las relaciones interhumanas

Su descripción revela que son difíciles de realizar; en las que se llevan a cabo prevalece la utilización -no pocas

veces la explotación- de unos individuos por otros para beneficios personales, sean el placer afectivo y físico o la ganancia económica. En su generalidad, las relaciones son sin diálogo, de comercio, donde cada uno de los participantes es un medio para el otro. No es raro, pues, que una gran cantidad de seres sean incapaces de vislumbrar una comunidad como posibilidad para salir de su situación problemática.

En la relación es importante la vida de los sentimientos. Las diversas expresiones de la afectividad son manifestaciones de vida humana. En seres afectados por un extremo de mutilación, ésta falta, como si estuvieran incapacitados para experimentar sentimientos y emociones. Algunos son incommovibles, con un nivel ínfimo de respuesta mental o emocional. Por ejemplo, un trabajador se opone a la rapiña de ciertos rateros, enfrenta al cabecilla, lo recrimina e insulta, pero éste "no se inmutó ante el insulto -tal vez ningún insulto podía ya inmutarle" (HL, 117); de todos ellos se dice: "al parecer, no sentían odio ni amor por nadie" (HL, 116). Afirmaciones semejantes encontramos respecto a un baje delincente llamado El Tarro Veintiuno (HL, 208-209).

Recordemos que en Cristián, quien pertenece al medio donde se genera aquella delincuencia, no es posible la ternura ni otras manifestaciones afectivas, como la sonrisa (HL, 240). De Rosa sabemos que "no tenía idea de lo que era cariño (PR, 237; cf. 245).

Estos elementos también aparecen en aquellos seres que podemos denominar programadores de la existencia: Flor está segura de

qué le interesa y qué no le interesa, lo que debe hacer y lo que no debe hacer, lo que quiere y lo que no quiere; lo sabe todo: jamás ningún hombre ni ninguna mujer se equivocará por culpa de ella; jamás dirá una cosa por otra; siempre dirá lo que es preciso decir y lo dirá de modo inconfundible, y el hombre o la mujer, cualquier hombre, cualquier mujer, aun el menos inteligente o la más tonta, sabrá en seguida a qué atenerse <...>. Es una suerte una mujer así, pero ¿para quién es una

suerte? ¿Quién aprovecha de ella? Únicamente ella y eso es una lástima. Hay hombres, sin embargo, a quienes les toca una mujer así y la encuentran insostenible; son seres que no dejan margen para nada, como una máquina de calcular o un informe actuarial: ningún error, todo está tomado en cuenta, todo cuadrado. ¿Qué se puede discutir? (MV, 189).

Es interesante hacer notar que Flor desempeña una actividad comercial que no le permite ningún espacio para la ensueño; "los precios" acaparan la mayor parte de su atención e intervienen en su relación con el mundo:

Cualquier partícula de ensueño provocaría una catástrofe.

Gracias a esa omisión de carácter psicológico esta mujer posee un pensamiento y un lenguaje claros, sin dobleces, sin falacias, sin tapujos: una herramienta (MV, 191-192).

Debemos retener esta afirmación de que el pensamiento y el lenguaje aparecen como una simple herramienta comercial y no como signos de vida y de comunicación.

En el cuento Un mendigo, las relaciones que no dan posibilidades al diálogo, a la palabra, toman un cariz especial. En esta narración encontramos un hombre en estado de miseria, inválido, que busca la dirección de un amigo -encontrarlo supone para él no caer en la mendicidad ni ir a parar a un asilo- y trata de preguntar a alguna gente con quien se topa en la calle. Estas personas no lo escuchan sino que espontáneamente le pasan dinero. El texto insiste en que no lo dejan hablar (G, 141-142). Una especie de idea fija en el dinero interfiere la comunicación.

Ese instrumento y medida de cambio que Marx definió como "equivalente general" en el mundo de las mercancías¹, brota inmediata y espontáneamente en el pensamiento y sentimiento de quienes tropiezan con el hombre que convertirán en mendigo. Son incapaces de imaginar que pueda buscar otro va-

1. MARX (1978), volumen I, 85-86, 105-106, 110.

lor porque en este sistema no es el ser humano quien cuenta como valor para relacionarse. Aquí, el fundamento de la vida es poseer cosas materiales, sin que, por lo demás, medie una actitud de creación hacia ellas. Con las cosas y con los seres, la relación preponderante es de propiedad. Pero ésta es nociva para el intercambio humano, separa, crea enemistad (OR, 147-148).

Dentro de tal sistema se insertan la fuerza del deseo de posesión y la orientación por el consumo, incluida en este último la diversión. No queda lugar para poner atención al interior de la persona que debe proporcionar consumo (J, 166-167 y 170).

Los seres humanos reducidos a cosas no existen. En el cuento La suerte de Cucho Vial, Etchepare no alcanza a tener una relación positiva, de comunicación e intercambio con quienes lo rodean. Su orientación hacia ellos es manipuladora. No logra captar a la mujer como un ser viviente; le desconoce la capacidad de discernir por sí misma.

En el cuento Pancho Rojas encontramos algo similar. La necesidad de relación está básicamente satisfecha por la búsqueda de someter a otros seres a algún régimen de propiedad.

El mundo descrito en este cuento agrega otro dato que incide en la dificultad de relaciones: en el conocimiento de los seres, lo máximo que se puede llegar a aprehender son suposiciones (Y, 349-350). No se logra una cercanía que supere la aproximación física, espacial; cada cual se mantiene en mundos diferentes.

Es interesante hacer notar que esa dificultad para conocer a los demás es confesada por el mismo narrador, a lo cual hay que agregar que él aparece como un ser que objetiviza, cosifica a quienes están a su alrededor, a aquellos con quienes está en contacto. De esta manera, sus "hijos" y su "mujer", al igual que sus "zapatos", son "algo doméstico y manoseado" (Y, 350).

Sin que haya en el texto elementos directos que lo in-

diquen, podemos reconocer que quien asume una labor de narrador -intelectual- corre el riesgo de abstraer y cosificar a los individuos con o de quienes trata, desconociéndoles la individualidad y concreción real, su calidad de seres con vivencias propias. Los demás pueden ser simplemente un tema para él, objetos manipulables en el campo de las ideas. El cuento es explícito para decirnos que el único conocimiento que logra el narrador es superficial, externo, fruto de una orientación unilateral, de apropiación (Y, 351 y 353).

Lo contrario de tal actitud es la relación transformadora. El narrador no puede limitarse a describir un universo o interpretar un mundo pues, como él mismo lo ha constatado, hay hombres que no viven ni mueren libres sino sometidos (Y, 353).

4. La relación entre el hombre y la mujer. El amor.

El vivir problemático es especialmente destacado en las relaciones del hombre y la mujer. Entre ellos no alcanza a crearse una comunidad. En la relación que establecen falta la participación mutua, no hay compenetración de un ser en el otro. Cuando Aniceto termina de contar a María Luisa su historia en compañía de Virginia, el texto comienza un recuento de soledad y aislamiento, "una explicación triste, la explicación de lo que se deshace y destruye" (MV, 160-162); diversos episodios muestran la extrañeza que se estableció entre ambos, resumida en la siguiente afirmación:

Jamás tuvieron nada en común, ni la vida sexual ni la vida inteligente o sensible (MV, 164).

No es inusitado que se separen. Al fin de cuentas cada uno ha sido un objeto para el otro: Virginia, una introducción para Aniceto en la vida con una mujer; Aniceto, un instrumento para que ella pudiera librarse de su marido; en la vida en común, cada cual sólo cumplió bien un papel prescrito: ella llevó a cabo los trabajos domésticos, él aportó el

dinero; ambos se limitaron a una existencia tranquila y repetitiva, "sin grandes variaciones" (MV, 107).

Esta relación externa la hemos encontrado, con otra variante, en el cuento Poco sueldo: el vínculo entre Laureano y su mujer está expresado en términos económicos.

Una circunstancia concreta dificulta las relaciones, impide que se desarrollen, las hace estancarse, desaparecer. Tal ocurre entre dos personajes que pertenecen al ambiente de Cristián: el carpintero Jacinto y su mujer Esperanza. No obstante que ellos han logrado formar una familia estable y una casa que, dentro de su pobreza, es acogedora y tiene "un olor a hogar" (HL, 262-264), sus relaciones se han ido enfriando, desde la apasionada primera noche de recién casados, hasta las noches rutinarias con que finaliza cada día (HL, 270-271). Lo único que queda de esa relación es un hombre que trabaja duramente la mayor parte del día, y una mujer acaparada por los quehaceres de la casa; las únicas palabras que se pronuncian son las de la mujer para recriminar al carpintero su borrachera (HL, 266-268).

En su gran mayoría las parejas en que se detiene el texto son conflictivas. Muchas terminan en la separación.

No alcanza a haber relación de comunidad de amor. El hombre no es actor interesado en el desenvolvimiento de la mujer, como tampoco son excepciones aisladas los casos en que ésta utiliza al hombre. Virginia lo ha hecho con Aniceto para alejarse de su marido (MV, 93, 162, 164); Rosa con Romilio para satisfacer su ninfomanía. Caso extremo es el de quien considera la relación hombre-mujer únicamente desde el punto de vista adquisitivo, declarando que la dificultad para relacionarse con la mujer es que ésta tiene personalidad y acceso a la libertad (SM, 126).

En esta situación no es común la tendencia creativa hacia los otros. El predominio lo tiene la soledad, la indiferencia, el abandono recíproco entre los miembros de la pareja (MV, 244-245; OR, 114, 244). La soledad no es sólo el abandono por parte de los demás sino también crearse un mun-

do cerrado en sí mismo, donde sólo cuentan las propias vivencias, los propios puntos de vista, "lo suyo", "sus sueños", "su inteligencia" (MV, 246).

La tendencia a cambiar la mirada hacia el otro, dejar de mirarlo como objeto y considerarlo un sujeto, según lo intenta Romilio hacia Rosa -"verla tal como era, no como quisiese que fuera"- no tiene posibilidad de realizarse. Sólo se llega a un asumir pasivo, receptivo, "triste", donde el otro continúa siendo un objeto y nunca un compromiso, un ser ante el cual plantearse como agente activo. En definitiva Romilio se resigna a seguir con Rosa porque es la única mujer que ha tenido y es incapaz de conseguir otra (PR, 199-201).

No hay preocupación por desarrollar la pareja como un nosotros donde se realice el amor, si consideramos a éste en la acepción de Fromm: "Amar significa dar vida y acrecentar la propia existencia"¹. Cuando no hay descubrimiento continuo del otro para colaborar en su crecimiento y crecer uno mismo, una rutina agobiante se instala:

¿No era eso lo que esperé? Sí, era eso, eso mismo, el sexo, la cama, la noche, la mañana, la tarde y de nuevo lo mismo, la tarde, la mañana, la noche, la cama, el sexo, la mujer, hasta que te mueras (PR, 194).

Permanecen el yo y el tú aislados, impermeables el uno al otro: entre Virginia y Aniceto hay nada más que un diálogo exterior, con respuestas superficiales, estereotipadas (MV, 114-115). Textualmente leemos que Virginia "ignora de modo absoluto lo que íntimamente piensa Aniceto", así como Aniceto desconoce los pensamientos de Virginia.

En otros casos este problema se manifiesta en la prevalencia de la acción de conquista, donde se trabaja solo (MV, 74), sin que nada se otorgue gratuitamente (MV, 163); la relación hombre-mujer está convertida en una contienda entre

1. FROMM (1978), 64.

dos personalidades:

Vence el uno o la otra o no vence ninguno
y la lucha es entonces por toda la vida
(MV, 245).

Lo que mantiene unidas a ciertas parejas es un lazo que no se establece en un quehacer mutuo sino en conveniencias individualistas, ajenas a un nosotros. Flor y Aniceto continúan sin problemas porque entre ellos no hay ningún compromiso, en particular porque ella es para Aniceto un objeto adecuado que no le causa ninguna dificultad y a quien podrá dejar en cualquier momento sin remordimientos; Romilio permanece atado a Rosa y ella a él por una relación objetual sado-masoquista, donde cada uno soluciona problemas de su propia personalidad (PR, 240-246). En los demás aspectos de su existencia en común permanece la relación superficial, sin ninguna posibilidad de diálogo, de compartir vivencias (PR, 153, 161, 164, 202, 239-240).

No hay comunidad de amor porque no hay compenetración mutua (MV, 263). Hombre y mujer permanecen extraños, imposibilitados de conocerse entre sí. Aquí se reproduce la inmensa y dura barrera que se alza entre los seres humanos en general: Virginia le hace un gran escándalo a Aniceto cuando éste le anuncia que la va a dejar, pero mientras él está en el hospital, simplemente se va con otro hombre; cuando Aniceto lo sabe, con cierta humillación y perplejidad se pregunta y afirma:

entonces, ¿por qué el llanto, las caídas
al suelo, los reproches? No, nunca sabrás
mucho de algunos seres, Aniceto (MV, 166).

Sentimiento semejante ya lo ha experimentado anteriormente, como confusión, desasosiego, aprensión respecto a los otros:

Los seres humanos me intimidan, tengo miedo a sus reacciones, tan inesperadas, algunas, tan irritantes, otras, tan estúpidas la mayor parte (MV, 29-30).

A pesar de lo que pudiera parecer a primera vista, és-

tos no son sentimientos de un misántropo sino que forman parte de una conciencia orientada a superar un problema: la enorme distancia que existe entre los seres humanos en general y entre el hombre y la mujer en particular.

Uno de los párrafos más tristes de toda la narrativa, de soledad y aislamiento entre seres humanos, de relación cosificada, lo tenemos en una escena donde Aniceto está con una prostituta. Es la relación sexual más larga y detenidamente descrita.

Terminado su trabajo nocturno, Aniceto y un amigo van a un barrio de prostíbulos. Después que su compañero ya ha entrado en una casa, Aniceto es llamado por una prostituta. Luego de unos furtivos "hola - hola", ella le dice:

-¿Va a entrar,

-No... sé, depende. ¿Cuánto pide?

-¿Por la noche?

-No... sé, puede ser.

La mujer dice una cifra, bastante modesta <...>. La noche es mala. Entran.

La casa es pobre, con mobiliario de mala calidad. La mujer se detiene en una luz:

-Págume.

Se ha colocado debajo de la ampolleta, sin duda para poder ver bien el dinero, y él le entrega lo convenido: uno, dos, tres, hasta el final.

En seguida lo conduce hasta una pieza. Aniceto la observa en la cama: un objeto del cual sólo puede contemplar cosas exteriores: es fea, flaca, con un color enfermizo. Esta permanencia en la exterioridad lo golpea profundamente:

empieza a sacarse la chaqueta y suspira. No ha habido entre ellos aproximación alguna, ninguna caricia, un beso, por ejemplo, ni siquiera un agarrón; todo, por lo visto, dependerá de él o habrá tirado como al río esos pocos pesos que le ha costado tanto ganar.

Cuando él también se mete a la cama, experimenta una vez más lo que es comprar aquello que debería ser una vivencia com-

partida mutuamente, lo que es estar con un cuerpo que no se conoce, ante el cual se es un extraño:

La mujer sigue inmóvil: aquí está, lo tengo, tómalo, pero no me hagas trabajar, debe ser su filosofía profesional <...>. Entonces le pone una mano encima, en cualquier parte, y encuentra hueso, puro hueso, y no hueso caliente, tibio siquiera, sino frío; además, no ha habido reacción <...>; tienta por otro lado, corriendo la mano hacia arriba, hacia las naturales protuberancias, salientes, redondeces relieves, turgencias, y resultan no tan protuberantes, salientes, relevadas o turgentes, son apenas discernibles al tacto, pero se enardece y aprieta a la mujer toda (¡Despierta, bruta!), como si hubiera apretado un paquete de cochayuyo, esa alga marina que la gente del pueblo come como si fuera caviar, por lo menos tiene casi el mismo color. La toma de un hombro y tira hacia sí y el cuerpo cede, ya ha dejado de ser una mujer, es nada más que un cuerpo, cede y se abre, pero mecánicamente, como si tuviera ruedas excéntricas: sus extremidades inferiores están abiertas, caballero, proceda usted; ha sido un movimiento como sincronizado y él toca: ahí está, oscuro, primordial y húmedo, aunque también frío. ¿Voy a perder la plata que pagué? No, jamás. Salta y sube al árbol como un mono y como un mono penetra a la mujer, aletea un poco en la sombra y unas décimas de tiempo después cae como fulminado por el rayo, aunque anhelando, con la jeta abierta.

Inmediatamente la mujer busca algo para secar. Aniceto vuelve a experimentar la falta de diálogo, de intimidad,

y se tiende de espaldas y siente que en la cripta que es esa casa de madera, acostado con una mujer a su vera, una mujer desconocida que seguirá siendo desconocida hasta el fin de los días, está solo, nunca estuvo acompañado; hacia su izquierda, afuera, está la tierra, los lagos, el Pirihueico, el Riñihue y el Panguipulli, los volcanes Choshuenco y Quetropillán, los ríos Futa, Huanehue y Locuche, además del San Pedro y Mariquina <...>

y continúa una extensa lista de elementos geográficos que reafirman su soledad:

pero, ¿de qué me sirve todo eso?, es hermoso o antiguo, helado o profundo, y hay botes y lanchas y vaporcitos, pero estoy solo y cansado;

de la mujer:

ni sé cómo se llama.

Después se queda dormido y al día siguiente despierta antes que la mujer. Se va, "procurando no hacer ruido", con un sinsabor que lo sigue toda la jornada (OR. 304-309).

Ubicándonos en una perspectiva de Marx¹ y usando su terminología, podemos decir que en este episodio estamos frente a la infinita degradación del ser humano total.

Muchos otros textos apuntan que en la prostitución se establece una cosificación; su base es la relación comercial donde no hay comunicación ni tarea mutua que cumplir:

Realizado todo, todo sin sobresaltos y sin dificultades, piensa que todo ha sido como una masturbación, un sustituto de algo más valioso, que no tiene (SM. 205-206. Cf. MV. 32-33, 91-94; PR. 70).

La transacción comercial es fenómeno que, según explicitaré más adelante, caracteriza fundamentalmente el sistema descrito; la necesidad de relación se satisface en un proceso de reificación. En tal tipo de sociedad "las personas sólo existen unas para otras como representantes de la mercancía, y por ende como poseedores de mercancía"².

En las relaciones entre extraños no son posibles el regocijo, el júbilo, la felicidad, la exaltación. Estas vivencias requieren, junto con la intimidad física, la intimidad del amor. La tristeza viene cuando todo se ha limitado al placer que produce una descarga de tensión fisiológica, sin que los seres involucrados hayan crecido³. El texto agrega

1. MARX (1972), 86-87.

2. MARX (1978), volumen I. 103-104.

3. Cf. FROMM (1978), 140.

las palabras de un hombre acerca de su amante, quien se le entrega, pero negándose a ser activa:

Después de poseerla me parecía que no había hecho otra cosa que ensuciarla (MV, 116).

El vacío que queda muestra una tendencia que no ha sido satisfecha, que se ha quedado a mucho menos que a medio camino en su cumplimiento. La comunión no se ha alcanzado. Es el sentido que adquiere afirmar: "la sexualidad es por esencia necesidad humana de otro"; en la fusión sexual cada ser "encuentra a su semejante, se reconcilia consigo mismo y recupera su unidad fundamental"¹.

Efectuar positivamente la relación hombre-mujer supone también no separar entre fisiología, razón y afectividad sino asumir estos tres aspectos en una unidad dinámica que crea una nueva entidad. Pero los seres humanos que viven en el mundo descrito aún no alcanzan tal grado dialéctico. Ese es un nivel que queda por construir. Entre tanto, su propia naturaleza interna les es una incógnita y la sexualidad un misterio que no controlan, frente al cual no pueden sino seguir su corriente (MV, 44, 94, 161, 185, 201-202; PR, 71, 193-194, 249; OR, 45).

Ciertas divagaciones de Aniceto muestran la soledad y desvalidez en que está el hombre para enfrentar con seriedad este aspecto de su existencia (MV, 40-41). Romilio Llanca constata:

Todo era inseguro, pero es inseguro para todos (PR, 135).

La energía de la sexualidad, posibilidad para el encuentro y unidad del ser humano, va desapareciendo

noble o innoblemente gastada, muchas veces estéril y sin grandeza ni poesía, que es lo que a veces la hace valiosa (MV, 94).

Aquí hay un algo que escapa a su control, que lo escl-

1. MULDWORF (1974). 58 y 59.

viza y domina. El texto dirá que es "terrible" que el hombre y la mujer se enamoren atraídos por exterioridades, bajo el influjo de circunstancias no consideradas a la luz de la inteligencia, impulsados por el deseo. Este interfiere, impide que las relaciones hombre-mujer puedan alcanzar transparencia, incluso el plano de la amistad. Esas relaciones se reducen al nivel sentimental-corporal. Retomando el título de un cuento (LL) donde se elabora este aspecto de la problemática, podemos afirmar que, en aquellas circunstancias, no es posible una natural y auténtica compañera de viaje.

El deseo se guía por apariencias y está viciado por cierta rigidez que lo lleva a desconocer que las características de las personas "pueden mejorar, empeorar o desaparecer". El hombre o la mujer se fijan en un "caminar", una "voz", una "mirada", atributos que cambian y no están en manos de nadie. Entonces, lo más probable es que ocurra lo siguiente:

la voz que hoy se ama, el paso que ayer se admiraba por su ligereza, el movimiento que ahora impresiona por su elegancia, la frase que en este instante produce la impresión de que habla una persona inteligente o comprensiva, todo eso puede ser, dentro de aquel posible tiempo, una voz, un modo de caminar, un movimiento o una manera de pensar que te producirán molestia o hastío, tal vez porque ya estás saturado de ello, porque hayas cambiado de gustos o porque, en verdad, todo eso no tenía gracia ni elegancia ni encanto ni nada (MV, 248-249).

Pero eso no es todo. Para superar tal situación -la narrativa no cae en absolutizaciones- el ser humano no puede orientarse sólo por su capacidad para calcular y manipular. Hay un conflicto aún irresoluto: si el hombre "hiciera siempre caso de la razón, nada más que de su razón, sería un ente como para colocarlo en un pedestal, inmóvil, sin corazón, sin riñones, sin nervios", un ente sin vida que condenaría a toda su especie (MV, 249-250).

La restricción al plano de la razón llevará a Aniceto

a romper con Jimena, a pesar de que aún la quiere: él analiza la situación desde un punto de vista comercial: day-me das, retienes-retengo. No hay diálogo para construir desde el punto de vista del uno y de la otra. Dos fronteras se cierran (MV, 260).

No obstante todas aquellas dificultades, el narrador no es un ser que prefiera la soledad, el aislamiento. Por el contrario, acepta y enfrenta la vida de relación, apuesta en ella, apuesta en el amor. Nos comunica la tendencia a realizar la comunidad donde hombre y mujer no sean lactantes sino seres activos, creadores (MV, 144-145). A su vez critica que esta realidad tan importante no sea considerada con seriedad, como lo son tantas empresas que se realizan en la sociedad: espectador pasivo de su propia desgracia, el hombre gasta su energía en dominar otras actividades, organiza congresos para estudiar el comercio, el alcantarillado, la cirugía estética, la industria, las leyes de pasaportes, pero no lo más fundamental: el amor (MV, 128-130).

El texto aspira a una unión que vaya más allá del intercambio placentero (MV, 259). La forma "subrepticia", "fugitiva" -"después sacudirse y marcharse" (MV, 39)- se puede comprar donde las prostitutas. Pero las vivencias que se compran no expanden al hombre ni le ayudan a permanecer:

El placer sin amor no deja recuerdo (MV, 259).

Lo que "deja recuerdo" supera al tiempo, al desgaste, a la muerte. Se constituye en una presencia que enriquece y mantiene (MV, 259-260). Es entonces cuando se produce la verdadera relación, se alcanza la comunidad entre el hombre y la mujer.

La fuerza con que el narrador experimenta la importancia de la relación positiva, el sobrecogimiento que siente por la relación humana, hacen que nos comunique en las páginas finales de Mejor que el vino:

Será terrible morir sin tener en la mente siquiera la imagen de una persona que se haya amado (MV, 260).

11. NECESIDAD DE TRASCENDENCIA

El ser humano necesita superar su situación de pasividad y convertirse en creador mediante la razón y la imaginación. Pero el texto nos comunica imposibilidad tras imposibilidad de esta realización. Como los hombres deben conformarse a un mundo dado y a una interpretación de ese mundo también dada, no pueden recrearlo. Incluso a algunos sólo les cabe trascender su situación mediante cierta destructividad, sea abiertamente manifestada en una agresividad hacia el exterior, o más encubierta, disimulada en actividades que adormecen o aíslan al ser humano. Estas dos últimas formas son acciones que se vuelven contra él mismo.

Ya hemos dejado constancia cómo una de las actividades que caracterizan la tendencia de Cristián hacia el exterior es la agresividad. Lo mismo constatamos en los "palomillas" de Canto y baile y en la baja delincuencia de Hijo de ladrón, casos extremos de agresividad latente maligna. Una variante ha quedado manifiesta en el análisis del cuento El cachorro, donde se ve que la destructividad que subyace en las demostraciones de "hombria" es la única creatividad posible para los seres en quienes pone el acento esa narración. Considerando las características que asume su vivir, recordemos la afirmación de Fromm: la destructividad "es consecuencia de la vida no vivida".

En tales ejemplos, el problema de satisfacción negativa de la necesidad de trascendencia es notorio. Pero el vivir puede también tomar una forma oculta de destrucción. Flor y Jimena destruyen para sí mismas la posibilidad de una relación creadora en la comunidad de la pareja humana; en Canto y baile los clientes generales destruyen su contacto con el mundo y la conciencia de sí; las prostitutas, por la resignación a no contar como mujeres en la casa donde la actividad de euforia termina en "oerrumbe".

En su mayor parte las diversiones que describe la narrativa, ese modo de ocupar el tiempo libre, constituyen un

intento fallido de trascenderse, de relacionarse, de crear. La diversión y búsqueda del placer descritas son mera huida o descarga fisiológica, que no les deja nada a quienes participan. No se trata de un descanso en medio de una actividad de creación. Es un huir no creador en una existencia no creadora. Son actividades desvinculadas del resto de su actuar¹. Son paréntesis en la existencia para lograr momentos de excitación en una vida caracterizada por múltiples dificultades y por un trabajo que absorbe el tiempo y las energías del ser humano, que no le posibilita concretizar y expandir sus potencialidades. El texto de Poco sueldo nos comunica la vida de un hombre que en el lugar del trabajo es nadie, cuyo vivir es difícil: hacia el final de la narración sabemos que es alcohólico, hecho por el cual morirá. Ahora bien, es posible considerar el alcoholismo como forma de suicidio a largo plazo, es decir, modo de huir de una situación conflictiva destruyéndose a sí mismo.

El texto es muy sensible al fruto de aquel tipo de diversión, cómo se deshumanizan los hombres cautivados por la bebida. Aniceto encuentra uno de estos hombres tirado sobre el piso de un calabozo, y lo ve como "una bestia hedionda" que yace "en soledad", "embargada su alma por el alcohol". La descripción no se detiene en eufemismos: "tendido en el suelo, durmiendo con el trasero a la vista", acostado en sus propios excrementos (HL, 130).

En el mundo del trabajo la normalidad es que la gran mayoría de los hombres realiza una actividad en que está ausente el elemento creador. A los ejemplos ya conocidos se puede agregar el de los guardias cordilleranos de El rancho en la montaña: su actuar se limita a esperar contrabandistas, a ejecutar acciones movidos por el hábito. Recordemos también que las actividades de ladrón y de prostituta son consideradas un trabajo, medios para ganarse la vida, sin que ninguna sea creadora: el ladrón simplemente toma lo que

1. Es característica de mutilación el estar convertido "en un hombre fraccionado": MARX (1978), volumen III, 804.

ya existe y la prostituta se ofrece en pasividad. En otro plano, encontramos un texto que explícitamente nos habla de un trabajo intrascendente, que no produce ni inspira ninguna actividad creadora. Así, el hombre que lo realiza es un

modesto empleado público, de quien jamás
nadie dirá nada, mucho menos un poeta (Y,
352).

Este último párrafo permite pasar a otro elemento en que se concretiza la falta de posibilidades de estos seres para superar su situación pasiva. Tal situación se extiende a un impedimento para la creación artística, entendiéndola en su sentido amplio. Es decir, no exclusivamente como realización concreta de una obra sino también como captación y vivencia de la belleza, sea en el contacto con una obra de arte o en la aprehensión de la naturaleza y de la realidad humana total. Ya me he referido a la imposibilidad de "dejar margen al ensueño" en quienes se dedican a una actividad comercial; semejante es la situación de quienes no pueden captar el lucero del alba porque, debido a la labor mediante la cual se ganan el sustento, son simplemente objetos.

La realidad no es pobre para posibilitar la vivencia poética, pero los hombres están presionados por un problema inmediato: encontrar trabajo para poder comer y pagar un lugar donde dormir. La hermosura de la nieve en la montaña no puede contar para los trabajadores de las obras del ferrocarril cordillerano. La primera nevazón no es acogida con regocijo ni admiración: para ellos sólo significa amenaza de cesantía (HL, 11 y 199). En el desierto no hay poesía: para unos es fuente de riqueza, para otros lugar de sufrimientos, de esfuerzos sin fruto (OR, 11). Otro tanto leemos en las descripciones del viento, de la noche con luna, de la amplitud de la naturaleza (HL, 187-197; MV, 47).

En condiciones económico-sociales de miseria hay casi imposibilidad de realizar ciertos valores que se expresan en el carisma poético (MV, 152). Como máxima posibilidad de trabajo intelectual, encontramos la elaboración de narra-

ciones fantasmagóricas, cuya aplicación en la vida se vuelven contra los seres humanos. En el cuento El colocolo, un hombre destruye un objeto de gran valor para él y otro muere por aplicar al pie de la letra tales elaboraciones de la realidad.

Incluso cuando se encuentran en un "buen lugar, un precioso lugar", como lo es el barrio del puerto en Valparaíso, donde "uno podría pasarse una hora, un año, o un siglo, sin darse cuenta de que pasaba", son las necesidades acuciantes las que prevalecen. Aniceto, en aquel hermoso espacio, debe contentarse con "vivir", es decir "dormir, cansado y hambriento", en unos "dormideros" colectivos, insalubres, pequeños, con camas de tablas, separadas unas de otras por endebles tabiques de madera y papel, donde la anonimía y extrañeza entre los seres humanos alcanza uno de esos extremos que conmueven al narrador:

no sabes quién duerme en el cuartucho vecino; puede ser un asesino, un vicioso, hasta quizá alguien que se está muriendo -como el borracho que agonizó toda una larga noche, con el vientre abierto, y a quien hacíamos callar cuando se quejaba, sin saber que se moría (HL, 91).

¿Por qué es importante destacar la ausencia de goce estético?

En primer lugar, y en términos generales, puedo decir que esa vivencia es una manera de trascenderse, de apropiarse la realidad recreándola; incluye transformarla en relación al ser humano, convirtiendo a éste en lo más importante que existe. Es una manera de no estar simplemente arrojados en la existencia sino de recuperarnos y poner atención a nosotros mismos, a aquella parte nuestra que nos viene por el sentir.

En segundo lugar tenemos un dato en el mismo texto. La capacidad de idealización que poseen Aniceto y María Luisa, una de las parejas más positivas de toda la narrativa, contribuye preponderantemente al acercamiento de ambos. He subrayado la expresión idealización para indicar que no la tomo

en un sentido que pudiera ser peyorativo -alejamiento de la realidad, circunscripción a un concepto- sino en uno positivo, indicado por la misma narrativa: esta facultad permite recrear a otra persona, en una tendencia de hacer algo junto con ella. En el caso a que me refiero, Aniceto se dirige hacia María Luisa, quien está renunciando al gusto por la vida, para sorprenderla, sacudirla, interesarla en algo, sacarla de la abstracción en que está"; por su parte, la actitud de ella será recibir en forma creativa la mano que se le tiende: su "imaginación" también trabaja en una idealización de Aniceto. El resultado es la aproximación de dos seres como no ocurre en todo el resto de la narrativa:

Así crearon todo aquello y acortaron, paso a paso, la distancia que los separaba, la muchacha triste y el hombre solitario, Odiseo y la rosa ardiente, María Luisa Serrano y Aniceto Hevia, la profesora primaria y el obrero linotipista. ¿Cómo sorprenderse de que suceda aquello por cuya presencia, casi sin darnos cuenta, hemos trabajado? (MV, 158).

III. NECESIDAD DE ARRAIGO

La satisfacción de esta necesidad consiste en superar la soledad y el aislamiento, encontrar raíces humanas que den seguridad, posibilidad de desarrollarse, ser más libres y no permanecer encadenados a los vínculos con la naturaleza.

Ahora bien, las pocas posibilidades que tienen los personajes para acceder a esta satisfacción es incorporarse a grupos débiles, sin poder. En concreto, grupos constituidos para subsistir o, en algunos casos, para delinquir.

La soledad y desvalimiento de estos hombres se constata también en un elemento que surge numerosas veces: la ausencia de familia, sea porque está lejos, la han perdido o sim-

plemente no pueden tenerla, como en los casos explícitos de El Filósofo y Cristián (por ejemplo, HL, 168, 229; SM, 214). El texto dirá que este desamparo "le ocurre mucho a los pobres" (MV, 14), en comparación con el gran número de parientes de aquellos que manejan el poder del dinero (PR, 45, 171); su familia siempre "es regrande" (PR, 76), con "tíos y tías por docenas" (PR, 166). A éstos nunca les falta a quien acudir (PR, 125), no así los sin familia. Un ejemplo lo tenemos en la desolación del inválido que busca un amigo (G, 136), otro en la niñez y adolescencia de Aniceto. Este nos comunica cómo en los comienzos de su vida, muerta la madre, el padre en prisión y los hermanos desperdigados en diferentes lugares, perdidos entre sí, no tenía

hacia quién volver la cara; no era nada para nadie, nadie me esperaba o me conocía en alguna parte y debía aceptar o rechazar lo que me cayera en suerte. Mi margen era estrecho. No tenía destino conocido alguno (HL, 230).

La satisfacción de esta necesidad es también realizable mediante la creación de lazos afectivos. Pero éstos resultan ambivalentes: podrían salvar, por la creación de una comunidad, no obstante encadenan y vuelven menos libres. Ya hemos visto cómo la institución del matrimonio absorbe y esclaviza a la mujer, además que al hombre le quita la libertad de desplazamiento y búsqueda de nuevos horizontes.

La satisfacción negativa de la necesidad de arraigo podemos también relacionarla con la urgencia apremiante de algunos seres por huir.

El recuerdo de la naturaleza como nostalgia de libertad (Y, 350) podemos interpretarla como el no logro de raíces humanas. Un arraigo exclusivo en la naturaleza, por expansivo y dador de libertad que parezca, deja al hombre en la soledad (HL, 10, 99-101).

El arraigo que muchos alcanzan es restrictivo. Quedan confinados a un espacio mental y físico reducido. Lo hemos constatado explícitamente en Cristián y ciertas prostitutas;

podemos también verlo en habitantes de pueblos campesinos:

<gente> enterrada en la tierra o en la arena, con ojotas y chupalla, sin tener idea de nada, con un horizonte cerrado para todas partes: cerros y mar (PR, 36; cf. OR, 97-98).

Ese arraigo restrictivo se convierte en una especie de prisión: los hombres tienen miedo de salir del pueblo. Suponen que más allá está la mentira, la violencia, la muerte (PR, 35-37). El estancamiento en un lugar les impide conocer los adelantos científicos y técnicos (PR, 51).

Hay dos momentos en la narrativa donde, a partir de situaciones existenciales problemáticas, se plantea la posibilidad de una relación con la trascendencia divina. En uno, comunicarse con ella para una tarea de liberación: Aniceto, examinando su plan para sacar de la prisión a un detenido político, concluye apaciblemente que el ser humano no puede contar sino con sus propias fuerzas:

si pudiera preguntarle a un señor o Señor lo haría, pero no tiene, quedó allá, entre las brumas de su infancia, murió casi junto con su madre, debe confiar en él y en Miguel, más en él que en Miguel (OR, 234).

El otro momento, de mayor extensión en el tiempo, viene después de la muerte de María Luisa, en una especie de deseo de encontrar un arraigo definitivo en una realidad donde la limitación y la muerte sean vencidas. En medio de su abatimiento, Aniceto pregunta, "a veces en voz alta y casi en contra de su voluntad": "¿Por qué <...> pero no hay respuesta, ni siquiera en sí mismo" (MV, 135). No obstante el sentimiento de que entre seres vivos y muertos hay una frontera, al parecer total y definitiva, exteriorizada por la "dura tierra", se deja constancia de otra vivencia, la de un algo que permanece:

Conscientemente, está seguro de que no habrá respuesta, de que no la ha habido ni la habrá para nadie; inconscientemente, en alguna parte de sí mismo, en una desconocida parte, hay una esperanza, una espe-

ranza sin destino, que existe desde que murió un ser humano y otro lo lloró, que desaparece en cada uno que deja de llorar y que renace en el que empieza a sollozar por el que ha muerto (MV, 136).

IV. NECESIDAD DE IDENTIDAD

Es la necesidad del hombre de tener conciencia de sí mismo, de sentirse un ser independiente y único, sujeto de sus acciones. Supone que el hombre tenga igualmente conciencia de los demás como personas autónomas, diferentes, y, de modo semejante, conciba el mundo como cosa separada e independiente de sí.

Lo recién expresado se refiere a la forma positiva de satisfacer esta necesidad. En el mundo descrito encontramos otra cosa. Hay seres que se consideran de ínfima categoría, que se convierten en lo que personas ajenas quieren o determinan que sean; hay hombres que se identifican por su función. Son seres dependientes, de los cuales fácilmente se puede prescindir. Aquellos que los dominan les atribuyen características negativas globalizantes llevadas al absoluto. En su gran mayoría deben aceptar pasivamente, como la única posible, la existencia miserable que les toca vivir (OR, 98).

Sus elecciones las hacen en cuanto seres inferiores. Es el ejemplo de Marihuán, miembro del pueblo mapuche (CH). En su caso la autoconsideración de inferioridad va en paralelo con el rebajamiento que el opresor hace del oprimido¹. Marihuán, como todos sus congéneres, es concebido por el "huinca" -hombre blanco- como ser inferior y, como tal, confinado en un mundo aparte. El propio Marihuán ha llegado, en algunos aspectos, a incorporar esa concepción en sí y a actuar

1. Tal situación es analizada extensamente en las obras de FANON, FREIRE y MEMMI.

de acuerdo a ella. Son hechos que describe el texto al narrar la forma en que Marihuán se conoció con Juan el Puelche: este último lo defiende de dos policías que, sin razón alguna, simplemente por ser indio, lo intimidan y agreden para que cambie de lugar en el tren. La única posibilidad que entrevé Marihuán para agradecer a Juan es ofrecerse como sirviente suyo (CH, 66-67). Marihuán tiende a una unión simbiótica, dependiente, subordinada de quien lo ha tratado como ser humano. Anotemos que su grupo de pertenencia es caracterizado por haber sido desposeído de sus tierras por hombres que actuaron apoyados por un orden institucional (CH, 67-68 y 84).

La identificación de sí mismos como seres de subordinación¹, se ve también en la actitud frente a la autoridad: es ésta quien debe decidir en todo momento. El ser subordinado no puede tener ninguna iniciativa e incluso experimenta dificultad para decir una necesidad, un deseo en presencia de quien encarna a la autoridad. La autoridad no es en todos los casos despótica, pero siempre mantiene la distancia entre ella y el ser inferior.

El vencido o el que está en el campo de los vencidos, se construye una imagen sobrevalorada del vencedor, del ser que domina (P, 225). El ambiente en que vive el dominador es percibido como algo esotérico, ininteligible; hay una ignorancia que se levanta como obstáculo para que el vencido pueda "especificar y diferenciar" la estructura del mundo construido por el dominador (P, 256-258). En concreto, por ejemplo, no sabe dónde radica la fuerza del dominador y lleva dentro de sí la creencia que éste tiene un poder inefable (P, 259 y 260).

Quienes pertenecen a medios dominantes son elevados, engrandecidos en forma absoluta: de cualquiera que pertenece a la clase que detenta el dinero, aunque sea un vicioso,

1. Otra autoconciencia de subordinación la encontramos en aquella "sirvienta" que no tiene costumbre de comer en la misma mesa que los patrones (MV, 167-168).

siempre se piensa que "es un señor" (PR, 143); al europeo se le cree cualquier mentira (SM, 39).

El dominante enaltece su propia imagen. Los miembros de capas sociales cuya "arrogancia" está "respaldada por el dinero, el poder o la familia" (SM, 15), se consideran distintos y superiores a los que provienen de otras capas. A sí mismos se denominan "gente bien", frente a quienes consideran "rotos" o "medio pelo" (PR, 43-44, 80, 103, 199, 122, 125, 166, 205). Pero muchas veces lo único que poseen es un "apellido" (PR, 43). En otras palabras, afirman su distinción en hechos heredados del pasado, no en realizaciones efectuadas por ellos mismos en el presente. La veracidad de su distinción es una excepción que se da raras veces. Más bien se caracterizan por vivir del dinero de otros, ser despiadados para juzgar a los demás (PR, 142-144), utilizar a otros sin ningún miramiento (PR, 75, 77-78, 83; OR, 349). Uno de sus miembros, que en la vida será salvado por una mujer del medio obrero, dirá que toda la preparación a la distinción y la base de ésta no son más que una "farsa" (PR, 170-171).

Aquella imagen de autocomplacencia en sí les es beneficiosa, funcional a sus intereses: contribuye a que mantengan el poder en sus manos (OR, 420) y justificar las repercusiones concretas de la diferente distribución de bienes y prerrogativas (OR, 345).

El dominante tiene un discurso que le es propio, en el que desconoce la cotidianidad problemática y la realidad social más global. Todo lo ve desde su propio y exclusivo punto de vista:

Los conservadores, por cierto, no creyeron que fuese cierto eso de la carestía, en sus casas no faltaba nada y si algo llegaba a faltar se pedía de inmediato adonde fuese pertinente, no, ésos son agitadores, agitadores, señor ministro, sí honorable senador por Colchagua, Chile ha vivido siempre tranquilo, dentro del espíritu que le dieron sus Padres Fundadores, nuestros Patricios, y los trabajadores nuestros

fueron siempre muy respetuosos, que yo sepa y recuerde; ¿ha visto nadie alguien más respetuoso que un peón o un inquilino?, hasta se saca la chupalla para saludar a su patrón, de la patrona ni qué hablar, con la patrona casi se arrodilla, sí patroncito, sí, pues, misiá Clarita, malos están los tiempos, malones diría yo, pero qué le vamos a hacer, hay que tener paciencia, ¿mire, no?, sí, son agitadores (OR, 360).

La problemática social la conciben como "la llegada" de "tiempos irreverentes", y los cuestionamientos que tienden a cambiar el estado que posibilita la miseria, "epidemias" que subvierten el orden (OR, 361), basadas en "envidias" que van contra "los vitales intereses del país", a lo que deben oponerse "los hombres de bien" (OR, 416). De las medidas que ellos proponen para paliar la pobreza, sin tocar el sistema, anota el narrador: "words, words, words, dijo Hamlet, riéndose a gritos en Dinamarca" (OR, 362). Sí, palabras justificantes que ocultan una realidad. Es problema que se relaciona con el de la ideología. Lo retomo más adelante.

El discurso del dominador contiene una acusación al dominado:

¿tantos años trabajando y no ahorraron nada? (OR, 10).

En este discurso se unifica en características negativas llevadas al absoluto a todos los miembros del grupo dominado. Se les identifica con una negación que los degrada: el indio es para la policía "y para muchos, más un animal irracional que un ser humano" (CH, 66-67).

Si bien hay un momento, un largo período de tiempo en que el dominado acepta ese retrato suyo, también tenemos otro en el cual éste reacciona, homogeneizando, a su vez, a todos los miembros del grupo dominante dentro de otra acusación: el gringo es perverso (CH, 81).

La argumentación del dominador es ambigua. Acabamos de ver que acusa a quien está bajo su dominio, pero también le atribuye ciertas características negativas en términos lau-

datorlos, cuando destaca el espíritu de obediencia del inquilino hacia el patrón y de veneración por la patrona. La importancia de poner de relieve tal mecanismo reside en lo siguiente. La necesidad de identidad se satisface no sólo unilateralmente, en una captación aislada que tiene el sujeto de sí mismo. En ella influye la concepción que los demás se hacen de él, especialmente si éstos están revestidos de poder. De ahí que cuando un grupo de poder rebaja a otros seres, éstos son considerados y aceptados en el conjunto del sistema como inferiores. Ellos se ven a sí mismos como los poderosos les dicen que son.

Existe en el mundo descrito la autodefinición a partir del dominador. Quienes están bajo un dominio, se definen en relación a él. Toda su vida -e incluso se da el caso que también su muerte- está programada por el dominador (P, 258).

La definición a partir del dominador es un hecho bastante extendido y generalizado. En el cuento La suerte de Cucho Vial, el personaje Bocaza siente las cosas no por sí mismo sino por intermedio de su patrón (Ñ, 235); incluso llega a tal asimilación que habla en plural de hechos que conciernen exclusivamente al patrón (Ñ, 236).

En cuanto a la mujer, hemos constatado como se define por el hombre. Ella es el ser menos autónomo que nos comunica la narrativa. Aun cuando se revela, continúa definiéndose respecto al ser que domina. Todas están determinadas por necesidades y deseos de otros, los hombres.

Esa falta de independencia también se ve en quienes se identifican con su función o con aquello que representan. Es una forma de convertirse en lo que personas ajenas a ellas -o la pauta social- determinan lo que deben ser. A los ya conocidos "secretario", "administrador", "electricista", "lavandera" de Poco sueldo, podemos agregar los "guardias" de El rancho en la montaña, quienes, aunque son simples subordinados, se autodefinen y se sienten "la autoridad" (T, 310); las mujeres de Canto y baile, que se identifican a sí

mismas por su utilidad para los clientes.

En la identificación de los seres con su función, trasluce otra realidad: son hombres dedicados a una sola actividad, en la cual son medios para objetivos ajenos y no fines para sí mismos. Así tenemos obreros, oficinistas, dueñas de casa, prostitutas, policías. Restringir un hombre a ser guardia, policía o militar, también es mutilarlo (HL, 163; OR, 204).

Las consecuencias de la reducción del ser humano a su función son múltiples, pero se pueden sintetizar en la siguiente afirmación: el hombre es convertido en una cosa transaccional en el mercado. Así como hay un fetichismo de la mercancía -concepto al cual me referiré más adelante- también existe un "fetichismo de la personalidad y de sus funciones"¹; "cuando el comportamiento humano se descompone en varios clichés estereotipados <...> la personalidad autónoma del hombre puede perderse totalmente en esos clichés"².

Fromm ha analizado profusamente los problemas que crea la existencia de un mercado de personalidades, donde se considera valiosa sólo la personalidad que está en demanda. Al ser humano se le valora por algo externo a sí, por lo que produce o en referencia al organismo para el cual trabaja, no por lo que vive y siente, no por su capacidad de crear³. Marx dirá, refiriéndose en particular al obrero, que "como trabajador libre no tiene ningún valor, sino solamente la disposición sobre su trabajo; por el intercambio que se opera en él mismo, tiene valor"⁴.

1. SEVE (1975), 213.

2. HELLER (1971), 128; cf. 132.

3. Junto a la consideración del hombre en relación a la producción, hallamos un autovalorarse en relación a las cosas, a los objetos materiales que se pueden poseer, sean una mínima corbata, que a un hombre de escasos recursos "le da el aspecto de persona acomodada" (OR, 271), o el equipaje de múltiples ropas que da grandeza a un cómico (OR, 267); también vemos que la percepción positiva que un ser tiene de sí mismo depende del poder que ha alcanzado de manejar dinero (SM, 111-112).

4. MARX (1976), volumen I, 232.

Los hechos reseñados no quedan sin efecto en el hombre ni en su modo de relacionarse con el exterior. Heller, analizando la extrañación que se produce en la vida cotidiana, anota las consecuencias que tiene reducir al hombre a una sola actividad: éste, al quedar "agotado por y en sus 'roles'" puede llegar a orientar su existencia diaria hacia el solo cumplimiento adecuado de tales roles. Si eso ocurre, "la asimilación espontánea de las normas consuetudinarias dominantes" deviene un conformismo que pasa a formar parte del carácter de las personas¹.

La extensión de aquellos clichés en la vida cotidiana y la ocultación que producen, las encontramos en algunos detalles textuales ya referidos. Por ejemplo el concepto de hombre, sea relacionado con la prontitud a pelear con los semejantes, o con la capacidad para cautivar mujeres. Romilio dice: "Me estaba haciendo más hombre" (PR, 241), a propósito de sus peleas con Rosa, pero no cuenta para esa auto-valoración su pelea por el sindicato.

El mecanismo de conformidad que conlleva el ejercicio de una sola actividad también ha sido puesto de relieve por Marx: "el hábito de desempeñar una función única" transforma al hombre en un "órgano infalible y espontáneo"².

Según ya he adelantado, la narrativa no se limita a comunicar la problemática. Reacciona ante ella presentando otra posibilidad. Es tema al cual volveré en la cuarta parte. Entre tanto señalo una forma en que el texto rechaza la satisfacción negativa de la necesidad de identidad, particularmente su mecanismo de sometimiento. Parafraseando la voz del narrador en Pancho Rojas cuando interpreta al animalito que no se deja domesticar, puedo decir que la forma positiva de satisfacer la necesidad de identidad es la fidelidad a uno mismo, pero no como individuo-isla sino en cuanto miembro de un grupo que tiene una situación precisa en la sociedad. Por eso va unida al descubrimiento del otro y de

1. HELLER (1971), 65.

2. MARX (1978), volumen II, 425.

la necesidad de una transformación del sistema mediante una tarea común.

V. NECESIDAD DE ORIENTACION

El hombre necesita poseer una estructura orientadora para situarse intelectualmente en el mundo e incluir los problemas en un contexto inteligible que le permita manejarlos en el pensamiento. La manera en que lo hace determina si su relación con la realidad es próxima o lejana.

La satisfacción positiva o negativa de esta necesidad no comporta sólo consecuencias intelectuales sino que tiene importantes efectos en el actuar.

Un aspecto que destaca cuando se habla de fatalidad es la incapacidad del hombre para intervenir. Sean acontecimientos imprevisibles o una realidad estrictamente pautada, lo fundamental es esa imposibilidad de hacer una acción en contra. La narrativa muestra que la fatalidad, como fuerza ciega y anónima, no existe. Hay hacedores de fatalidad. Ella es simplemente una denominación que oculta una realidad que se puede desmontar y sobre la cual se puede actuar. La fatalidad es un fantasma y los fantasmas tienen una existencia ilusoria. Son una creación de la mente humana que falsifica la realidad e impide una acción transformadora.

La interpretación fantasmagórica de la realidad desemboca en una visión restringida, velada, que no ve la causa de los obstáculos y problemas. En El colocolo un hombre atribuye su enfermedad a la acción de un ser fantasmal, inaprehensible (1, 157); como elige atacar al fantasma, su actuar no tiene eficacia y muere. En el mismo cuento tenemos el dato que en estas circunstancias se produce una interferencia en la relación entre las personas: quien permanece envuelto por la interpretación ilusoria no recibe el mensaje que los hombres más próximos a la realidad le envían para

salvarlo.

Falta de contacto con la realidad se ve también en la visión atomizada, parcial, de quienes carecen de orientación en el tiempo, como el hombre que se limita a vivir el presente, negando el pasado y el futuro. Desconoce que el pasado está actuando en el presente y que el futuro está en el presente como tendencia, como polo de atracción, posible de construir desde ahora; por lo demás, ese hombre no vive a fondo el presente sino que se deja vivir (OR, 241-242).

La imposibilidad de aprehender la realidad en su totalidad afecta a quienes están prisioneros por asegurar su subsistencia, restringidos en su espacio vital, guiados en la existencia por un único punto focal:

Necesidad, he ahí todo (HL, 252).

Permanente ansiedad de "alojamiento y comida, alojamiento y comida" (OR, 322; cf. SM, 52-53). Aquellos son los únicos "derroteros" que tienen para realizar su vida (SM, 83).

Cuando hay un porvenir, éste está formado por las negatividades y los sufrimientos en que se concretiza la miseria: "horizontes llenos de piojos y de sarna" (SM, 24). Elemento fundamental de esta orientación por necesidades apremiantes es la obsesión por la frazada, que encontramos a lo largo de toda la narrativa.

Los seres que están en tales circunstancias no pueden elaborar un discurso acerca de sus ideas sobre la vida y la muerte, ni sobre la necesidad de luchar para que se termine la diferencia entre clases "ahitas" y clases "hambrientas". Hay un hombre que

nunca pudo expresar, sistemáticamente, sus sentimientos y sus ideas; no era más que un pintor de brocha gorda y había en su mente algo que se lo impedía (MV, 62) 1;

1. Otro ejemplo lo tenemos en la dificultad de Cristián para expresar un discurso. Es importante retener este elemento por cuanto el trabajo y

otro párrafo nos recuerda los casos extremos constituidos por "miles" de individuos que

buscan a ciegas su camino, mueren, viven hambreados, sin poder pensar en nada que no sea comer y abrigarse, robar, vagar (QR, 114-115).

No olvidemos que la experiencia única, restringida de Cristián -resumida en las palabras robo, policía, cárcel- ha hecho que las cosas tengan un solo significado para él. La interpretación de la realidad se ha realizado en base a temores y no por deseos y tendencias desarrollativas.

La visión paralizante, restringida y estática de la realidad se encuentra también en seres capaces de ver sólo lo inmediato impuesto, sin dar lugar a ninguna crítica, sin poder concebir un cambio y mucho menos imaginar una forma distinta de organizar y administrar la sociedad (SM, 15). En tales casos, los seres captan los hechos que están en la órbita inmediata de su experiencia, sin una perspectiva global, que sea fruto de una propia elaboración. La orientación para actuar o enfrentar la vida queda dictada por la inercia del conformismo. Así, uno de esos seres que el texto denomina sedentarios:

continuará siendo joyero y viviendo en Buenos Aires, incapaz de concebir que se pueda vivir en otra ciudad o trabajar en otra cosa (MV, 130).

Hay aceptación de la realidad tal cual se presenta; no se intenta comprender y explicar los problemas y enigmas dentro de un contexto que permita manejarlos en el pensamiento y superarlos en la realidad. Se renuncia a la explicación porque ésta no parece posible. La realidad no se cap-

./.. el lenguaje tienen un papel determinante en la formación de la conciencia <cf. TRAN DUC THAO (1977)>. Hay un "vínculo indisoluble entre el lenguaje y la conciencia, tanto en su origen como en su desarrollo sucesivo" <SHORDJOVA (1963), 49>, hecho de gran consecuencia para aquellos que no hablan, que no se expresan o que lo hacen poco y pobremente: ninguno logra un acceso satisfactorio a la palabra, que es una de las manifestaciones del lenguaje. El arte queda lejos de ellos.

ta como conjunto cuyas partes están interconectadas. Sólo se perciben elementos aislados.

Tal parcelación se ve en el desconocimiento de la relación entre el estado de miseria social, económica y humana y la existencia de autoridades que se apropian de la voluntad de los seres humanos (E, 114).

La satisfacción negativa también puede concretizarse en la orientación hacia un objeto o finalidad exclusivo, que acapara todas las energías del ser humano, lo deja circunscrito a un solo acontecimiento, lo desvía de una multitud de otras posibilidades.

De numerosas formas el texto describe como perjudicial para el ser humano que él calga en la embriaguez de una sola cosa, que una sola pasión acapare la conducta y el pensamiento y ordene sus juicios de valor. Por ejemplo, encontramos un profesor de matemáticas dedicado completamente "a su profesión y a sus estudios <...>, hombre indiferente a lo que no es propuesto con rigor lógico", incapaz para la relación humana: ahuyenta de la casa a sus dos hijos y con su propia mujer tiene sólo una relación de dominio (HL, 69-70); doña María de los Santos, descrita como carente de vida, se orienta exclusivamente por el afán de ganancia; Flor, solitaria y programadora de la existencia, lo hace preponderantemente en un sentido de defenderse de los hombres; Alejandro, acaparado por el sindicato, no entendería nada del amor de un adolescente (LB, 316-317; cf. 320 y 322); Eugenio no alcanza a captar los problemas económicos como para sentir que también a él le concierne su solución (LB, 326). En El hombre de los ojos azules, la mayoría de los personajes orienta su actuar por la consecución de un único valor: hacer fortuna. Todos perecen.

Otro aspecto de la satisfacción negativa lo tenemos en el origen del marco de orientación que organiza la inteligencia del mundo en algunos personajes. Este marco es dado por otro, en concreto una autoridad que puede ser manifiesta o encubierta.

En el cuento El delincuente tenemos la presencia y acción de una autoridad manifiesta, representada en la policía, que alcanza cierta introyección¹ en los hombres, los determina desde dentro de ellos mismo, y llega a formar y fortalecer ciertas reglas anónimas llamadas "lo acostumbrado".

El cuento está escrito en primera persona, como relato de un peluquero a alguien que trata con el nombre de "patrón". El narrador -maestro Garrido- y un carpintero -maestro Sánchez- sorprenden un hombre robando a un borracho. No sabiendo qué hacer, optan por llevarlo a la autoridad policial. Una vez en la comisaría, a pesar de pequeñas argucias del ratero, el inspector pone a descubierto su calidad de ladrón. Ordena encerrarlo para mandarlo al día siguiente a los tribunales, con un parte redactado en forma que asegure determinada condena. El cuento termina con el regreso del peluquero y el carpintero a sus casas, sumidos en la tristeza y amargura.

Hay en el relato episodios que destacan la falta de resolución propia que afecta a estos hombres, cómo actúa según un comportamiento prescrito por una autoridad no percibida, que podemos denominar anónima. Todo el actuar descrito está regido por la presión imperceptible del mandato anónimo (E, 116-119, 122-123). Las relaciones quedan supeditadas a una autoridad que los hombres no alcanzan a percibir en cuanto transfondo de sus decisiones; incluso interfiere e impide el acercamiento que pudiera darse entre el ratero y el peluquero. En tales circunstancias los hombres quedan solitarios y aislados (E, 120).

Hay también otra autoridad, más encubierta, que alcanza más profundamente a los hombres y los somete desde su interior mismo. Es la que se ubica en el campo de la religión.

1. Este término designa un proceso por el cual las órdenes de la autoridad quedan incorporadas al propio yo del sujeto: éste actuará como si fuera motivado por su propio convencimiento y deseo; lo hará en forma espontánea, inmediata, sin dubitación.

A ella corresponde uno de los elementos que estructuran el cuento El hombre de la rosa. En esta narración, escrita en tercera persona, un grupo de frailes capuchinos llega a la ciudad de Osorno en misión catequística. Por su bondad y dinamismo, destaca entre ellos el padre Espinoza, a quien, el tercer día de misión, se le acerca un hombre con el deseo de confesarse. Este hombre busca comprensión y apoyo para deshacerse de un secreto que pesa sobre todo su ser: conoce y ha practicado la magia negra.

Ante la incredulidad del sacerdote pide una oportunidad para demostrarlo. El padre Espinoza acepta y el hombre se compromete a traerle, en el plazo de una hora, un objeto elegido por el propio confesor: una rosa del convento de las monjas Claras, situado a más de un día de viaje, en la ciudad de Santiago. Para efectuar su acto de magia pide ser encerrado bajo llave en una pieza con una sola puerta.

El religioso espera afuera, pero no resiste la tentación de averiguar qué estaría haciendo su penitente y entra veinticinco minutos antes de lo convenido. Encuentra al hombre tendido en una mesa, decapitado. La cabeza ha desaparecido y en el lugar del cuello, donde habría sido cercenada, la sangre, los músculos y los huesos testimonian que ese cuerpo continúa vivo. El fraile decide completar el plazo estipulado, pero antes de salir le clava al hombre un alfiler en uno de sus pies.

Pasada la hora abre la puerta y encuentra al hombre sonriente que le entrega la rosa pedida.

Como éste cojea al andar, el sacerdote le pide una explicación. Su respuesta es que al tomar la rosa se clavó en una espina. El padre Espinoza le replica que entonces todo ha sido una ilusión pues él le clavó un alfiler en el pie. Pero el hombre, a su vez, le pregunta si también la rosa es una ilusión.

Tres días después termina la semana misionera. Los frailes se separan tomando diversos caminos. El padre Espinoza ya no sigue el suyo solo sino acompañado por "el hombre

de la rosa".

Para entrar al análisis que aquí interesa, podemos fijarnos en los seres que entran en relación. Estos son: un grupo de misioneros, un grupo de catecúmenos, y un hombre de excepción.

El grupo de misioneros está presentado bajo rasgos positivos: perfectamente viriles, insertos en las partes duras de la existencia, son el polo opuesto de otros religiosos apartados de la vida; se muestran comprensivos para con los hombres que, por su pobreza, persiguen primero la comida y la ropa, antes que el acceso a la verdad (N, 216-217).

El texto destaca la personalidad del padre Espinoza, quien, por su apostura y modo de existencia, supera a los hombres de acción (N, 217).

Es en el grupo de los catecúmenos donde encontramos algunas características relacionadas con la acción de una autoridad que actúa desde dentro del hombre. El texto denomina como "infelices" a los miembros de este grupo, los presenta bajo la condición de miseria (N, 217) y destaca en ellos su calidad de receptores pasivos:

Todo el día trabajaron los capuchinos.
Debajo de los árboles o en los rincones
del patio, se apilaban los hombres, con-
testando como podían, o como se les ense-
ñaba, las preguntas inocentes del catecís-
mo:

-¿Dónde está Dios?

-En el cielo, en la tierra y en todo
lugar -respondían en coro, con una monoto-
nía desesperante (N, 217).

Fuera de la referencia al trabajo -campo e industria- y a su situación social -indios y vagabundos-, no aparecen con una marca de individualización. Detalles textuales los señalan en términos de masa: "se fueron amontonando", "se apilaban los hombres"; sus características negativas se presentan en una uniformidad que los convierte en seres "sin relieve alguno" (N, 219).

La doctrina que la Institución religiosa les transmite se refiere a un conocimiento ajeno a los catecúmenos, no

asimilado por ellos sino repetido mecánicamente. Este conocimiento no está en conexión, no tiene nada que ver con su situación de miseria. ¿La inocencia de las preguntas del catecismo se podrá conectar con el hecho que ellas no apuntan a la situación de aquellos "infelices"?:

Chilotes, trabajadores del campo y de las industrias, indios, vagabundos, madereros, se fueron amontonando allí en busca y espera de la palabra evangelizadora de los misioneros. Pobrementemente vestidos, la mayor parte descalzos o con gruesas ojotas, algunos llevando nada más que camiseta y pantalón, sucias y destrozadas ambas prendas por el largo uso, rostros embrutecidos por el alcohol y la ignorancia; toda una fauna informe, salida de los bosques cercanos y de los tugurios de la ciudad (N, 217).

Otra característica que aparece en la doctrina transmitida por esta autoridad es una prohibición que tiende a mantener intacto cierto orden. Esta prohibición se la sitúa en primer lugar, antes del interés por el hombre. Se la proclama prontamente, aunque quien confiesa tener el poder de transgredirla sólo busca consuelo y apoyo para deshacerse de él. El padre Espinoza le dice al hombre de excepción:

-Hijo mío: no es raro que los sacerdotes que te han oído lo que acabas de decir, te hayan tomado por loco y refusedo oír más. Nuestra religión condena terminantemente tales prácticas y tales creencias. Yo, como sacerdote, debo decirte que eso es grave pecado; pero, como hombre, te digo que es una estupidez y una mentira. No existe tal magia negra, ni hay hombre alguno que pueda hacer algo que esté fuera de las leyes de la naturaleza y de la voluntad divina (N, 219-220).

El imperio de esta autoridad está tan extendido que alcanza al interior mismo del hombre¹. Este se siente pertur-

1. En los análisis de Fromm encontramos la función que cumple una autoridad que actúa de esa forma: el sentimiento de culpabilidad colabora ./.

bado, aparte de los demás, y esa exclusión se la han reforzado los representantes de la autoridad; siente su poder como un elemento negativo y lo rechaza. Así se lo confía al padre Espinoza:

-Le he pedido que me confiese porque estoy seguro de que usted es un hombre de mucha sabiduría y de gran entendimiento. Yo no tengo graves pecados; relativamente, soy un hombre de conciencia limpia. Pero tengo en mi corazón y en mi cabeza un secreto terrible, un peso enorme. Necesito que me ayude a deshacerme de él. Créame lo que voy a confiarle y, por favor, se lo pido, no se ría de mí. Varias veces he querido confesarme con otros misioneros, pero apenas han oído mis primeras palabras me han rechazado como a un loco y se han reído de mí. He sufrido mucho a causa de esto. Esta será la última tentativa que hago. Si pasa lo mismo ahora, me convenceré de que no tengo salvación y me abandonaré a mi infierno (N, 218-219).

Las características y modos de proceder de esta autoridad también se ponen de manifiesto en las relaciones descritas. A pesar de la bondad y otros rasgos positivos de los religiosos, ellos mantienen con los catecúmenos una relación de superior a inferior, concretizada en dos momentos de la misión: el adoctrinamiento, donde los religiosos son quienes saben la verdad y los catecúmenos deben recibirla en forma repetitiva, sin asimilarla, sin descubrirla; la confesión, donde el sacerdote es un juez que tiene el poder de salvar o condenar. En la relación entre frailes y penitentes no hay intercambio mutuo, al mismo nivel, sino que los primeros dan y los segundos reciben. Como en ningún momento hay una búsqueda en conjunto, podemos concluir que están lejos de cons-

./.. en la sumisión, es un instrumento que quebranta la voluntad: FROMM (1978), 100. Esa función adaptadora al sistema que puede cumplir la autoridad religiosa aparece también en un lugar donde el llamado a la paciencia y confianza en Dios va entremezclado con las declaraciones del "Poder Ejecutivo" que quiere mantener el sistema en momentos de grandes problemas económicos y convulsiones sociales (OR, 362).

tituir una comunidad.

Quiero subrayar el hecho que a pesar de sus características positivas, estos religiosos mantienen la relación superior-inferior, lo que estaría señalando que esa relación forma parte intrínseca de la institución que representan. En el caso particular del padre Espinoza, sus palabras y actitud iniciales no están dirigidas a liberar a este hombre de su peso y sufrimiento interiores, ni a considerar la fuerza nueva que puede existir o estar gestándose en él, sino a preservar las leyes naturales y la voluntad divina, a demostrar que el orden dispuesto por ellas, según la interpretación de la autoridad, es inalterable. La primera posición del padre Espinoza -en páginas posteriores veremos una segunda actitud- equivale a afirmar: lo que no debe ser no puede ser.

A través de los elementos anteriores se ve que el vivir descrito está sometido a una autoridad que presenta las siguientes características fundamentales: es universal, eterna, inatacable, alcanza cierta Introyección en los hombres, es amenazadora y protectora, es suprema y exclusiva, determina lo cierto y lo falso, lo posible y lo imposible.

El hombre de excepción aparece culpable ante esta autoridad, pero no por crímenes concretos que haya cometido. Su culpabilidad está referida, en última instancia, al hecho de poseer otro poder, no previsto por la autoridad, no controlado por ella.

El deseo de salvación de este hombre, su impulso a buscar en un representante de la autoridad la confirmación de esa salvación, hacen entrever que su sufrimiento no se debe sólo al peligro de aislamiento sino que también, probablemente, al hecho que la autoridad se ha constituido en un factor interno que obstruye la realización de su poder y hace que este poder lo experimente como algo extraño de lo cual debe desembarazarse. Su preocupación fundamental, aquella que orienta su actuar, es encontrar un sacerdote -una de las formas manifiestas de la autoridad- que lo acoja, hecho

que tomará como señal segura de estar salvado. Esto equivale a decir que el centro determinante de su vida no está en él mismo sino en la autoridad. Lo que dicta su línea de conducta es la necesidad de liberarse de un sentimiento insostenible. Constreñido por esta necesidad, la única solución que ve es el sometimiento.

Esta última afirmación la podemos extender acudiendo a las características que hemos destacado como específicas al ser humano. Esto nos sirve también para recapitular sus cinco necesidades fundamentales.

Es en la sumisión a una autoridad donde el "hombre de la rosa" intenta satisfacer la necesidad de relación.

Considerando la necesidad de trascendencia, de superar la pasividad, tenemos que su poder le da la capacidad de no estar sometido estrictamente a las leyes de la naturaleza, al menos como éstas son tradicionalmente concebidas -aunque el texto utiliza la palabra magia, en realidad la acción de este hombre está sometida a reglas que en algún sentido se acuerda a las leyes naturales, pero dominándolas-. El tiene un poder innovador que lo capacita para superar el sometimiento pasivo a esas leyes, enfrentarlas creativamente. Pero no es capaz de asumir esa libertad. Teme ese poder y el representante de la autoridad le corrobora los sentimientos que subyacen en su temor: ese poder no es lícito.

La necesidad de arraigo no puede satisfacerla aprovechando, encauzando y acrecentando su poder, yendo más allá de su situación de temor, hacia una nueva situación. Quiere retroceder al seno de una autoridad que le dé seguridad, que lo acoja cuando renuncie a una particularidad propia que lo hace poderoso y lo individualiza; quiere escapar a su inquietud interior sumergiéndose en un poder que lo trasciende. Sus únicos vínculos posibles son con la autoridad.

La identidad de sí mismo no la alcanza reivindicando la situación que le da una particularidad sino que la supedita al reconocimiento que le otorga la autoridad: si ésta lo acoge es un salvado, si lo rechaza, un condenado. Pero para

alcanzar ese reconocimiento hay un requisito: la renuncia al propio poder.

Su orientación en el mundo está supeditada a los dictámenes de la autoridad; su esquema de referencia son las leyes y voluntad de aquella. Esto, implícito en el temor del hombre, se lo explicita uno de sus representantes. El se declara incapaz de resolver su enigma por sí solo. En tal sentido, su orientación se caracteriza por la pasividad: es la autoridad quien debe resolver su problema, y si ella no lo hace, no tomará su destino en sus manos: "me abandonaré" (N, 219), declara explícitamente.

En los esquemas de referencia que posee el "hombre de la rosa", la autoridad no es vista objetivamente: está deformada por el temor al aislamiento y por el deseo de ser acogido. Ella aparece como dispensadora de perdón, liberadora y acogedora de un ser angustiado, pero no lo que es: paralizadora de un poder que la pondría en duda, que iría contra su imperio. Los hombres uniformizados, esa "fauna informe", receptores pasivos que se apilan y amontonan, repetidores de "monotonía desesperante", no tienen conflictos internos. En cambio está condenado al sufrimiento el hombre que es distinto a los demás, que posee un poder que sobrepasa las leyes que rigen el sistema. Esas leyes están mediadas por una autoridad que libera al hombre de su propia individualidad. Esta pseudo-liberación es negativa en un doble aspecto: paraliza una potencia del hombre y sólo le da acceso a una libertad pasiva, de su sufrimiento, pero no para una mayor realización de sí mismo. Es una libertad negativa, restringida a la huida, una huida de sí.

Este cuento no se agota en la actuación de una autoridad. Más adelante volveré a él para retomarlo en toda su riqueza y poner de relieve su estructura más englobante. La institución de la cual se ha enseñoreado la autoridad no es sólo fuente paralizadora del poder del hombre y preservadora de un orden. En ella hay también otra posibilidad.

CAPITULO SEGUNDO

CONTEXTO Y GENESIS DEL VIVIR DESCRITO

La narrativa de Manuel Rojas no se detiene en la descripción de un vivir mutilado sino que se pregunta por las causas, por la génesis de ese vivir. Sus respuestas constituyen un principio de explicación que pondré de relieve y completaré mediante las ciencias humanas.

La tónica general es que esos seres no nacen mutilados sino que llegan a serlo. En ninguno de ellos existe una predisposición interna que ineluctablemente lo hunda en la mutilación sino causas concretas¹.

El texto elabora ciertos hechos que ya conocemos: las experiencias posteriores a la niñez también influyen en la formación del carácter; entre esas experiencias es fundamental la del trabajo. Este es una actividad que se realiza en un sistema determinado; los seres se hacen dentro de ese sistema. Por muy parias que ellos sean, no quedan marginados: no pueden salirse del sistema ni éste los excluye en forma terminante.

Debo aclarar que en el mundo descrito los fenómenos no se producen por causas mecánicas ni únicas, sino por un condicionamiento global, una totalidad de interacciones que se extienden en el tiempo más allá del presente. Por ejemplo:

1. En la afirmación de causas concretas subyace otra tendencia del texto: el rechazo del juicio moral que se detiene en culpabilidades individuales. De aquí se desprende que para que haya cambio es necesario privilegiar una acción sobre las causas concretas. La búsqueda de tales causas va también implícita en el rechazo de la explicación por la fatalidad. Al señalarse una fuente concreta de los males que sufren los hombres, se está indicando que son superables y que esa superación pueden realizarla ellos mismos.

al presentarnos a Flor, el texto refiere su pasado y su presente; "el posible por qué" del problema entre un hombre y una mujer no lo encuentra en la inmediatez del ahora sino en un extenso período de tiempo (MV, 32); es una larga "experiencia" la que modela los "sentimientos" y los "pensamientos" (MV, 40. 242). Como veremos más adelante, éste es uno de los elementos que permiten sostener que estamos frente a una narrativa dialéctica.

La afirmación que es una confluencia de factores la que constituye la situación del ser humano contiene también otro dato: las causas externas influyen en el hombre pero no son únicas ni exclusivas. Al elemento histórico va unido uno individual, es decir, la causalidad incluye al factor humano. Explícitamente leemos que el carácter de cada ser es, "en parte", reflejo de sus experiencias de vida (MV, 126; cf. D, 97-98).

1. LOS SERES HUMANOS SE FORMAN

La afirmación incluida en este título se refiere principalmente a que las características de los hombres, en momentos determinados de su existencia, no se deben a causas congénitas sino, como hemos repetido numerosas veces, a experiencias de vida que entrañan aquellas posteriores a la niñez. La narrativa nos comunica que esas experiencias pueden ser más decisivas que las de la infancia: la ciudad donde vive un ser humano, las vivencias de privación, de amargura y tristeza, las relaciones con las personas con quienes simplemente se encuentra y las relaciones con aquellas que ama, llegan a constituir parte integrante de su ser (OR, 68-69); las largas esperas nocturnas marcan de impasibilidad al ratero y su frecuente trato con la policía lo predisponen al seguimiento automático de los actos de autoridad (E, 12); los cesantes afectados por la crisis económica se van

"transformando en vagos: la falta de trabajo, el hábito de pedir, contraído en varios meses de esa actividad, y la escasez de comida, hacían su obra" (OR, 168).

La narrativa insiste una y otra vez en la experiencia adulta que marca fundamentalmente:

todo lo que había visto y sentido estaba formando en él su Chile (OR, 74).

Lo que se experimenta y se sufre, sean las enfermedades de la mugre, la nieve de la cordillera, el hambre, la soledad, el mar, el poder que puede matar:

te dice algo y queda en ti e irradia, te convierte en un individuo que vive y crece (OR, 74).

Claro que el texto no se interesa preponderantemente en la influencia de las circunstancias sobre los individuos en general. Su atención prioritaria la ocupan los seres mutilados. Es de ellos en particular de quienes se pregunta explícitamente "¿cómo?" han llegado a tal situación, "¿cómo?" se formó su carácter (HL, 130-131, 301; PR, 192, 196-197).

La respuesta no es directa ni tajante sino una descripción que incluye una biografía y una historia¹.

La misma manera de formularse la pregunta conlleva un camino de respuesta: hay un desarrollo de ese carácter, no generación espontánea. Nadie es tal porque sí. Todos y cada uno llegaron a ser.

Las circunstancias en que ellos tienen sus experiencias básicas de vida, el texto las describe como "miseria" y "trabajo".

1. Utilizo la palabra biografía como indicadora de las circunstancias inmediatas y personales, individuales; historia, como indicadora de las circunstancias que van más allá de la esfera inmediata del individuo, que conciernen al contexto amplio de la sociedad.

1. El contexto de la "misericordia"

Sobre la génesis de los seres mutilados, la narrativa no descarta que algunos puedan nacer así o con una propensión, pero sólo lo anota en forma bastante dubitativa. Más bien pone el acento en el hecho que se hacen. Ejemplo típico es Cristlán: hay una posibilidad que haya nacido, por herencia, con el designio de sus desgracias, pero las numerosas veces que el texto vuelve a él o entrega resúmenes que lo incluyen, la causa la indica en su circunstancia de miseria. Semejante toma de posición la encontramos al leer que el ladrón

no nació ladrón y tampoco el policía nació policía, la pobreza los llevó a eso (OR, 48).

No siempre el texto plantea la pregunta y ensaya una respuesta directa. Lo que generalmente hace es presentar al ser mutilado y describir lo más extenso posible su circunstancia de vida. En el caso de Marihuán, por ejemplo, sus aspectos particulares de mutilación y los del grupo al que pertenece, se describen como características de seres desposeídos, no por dejadez o falta de iniciativa propia sino por un poder que actúa en contubernio con cierta legalidad.

Canto y baile nos ha descrito un grupo de seres en quienes predomina la violencia gratuita y a quienes relaciona con un ambiente de hambre. En Hijo de ladrón, al describirse el motín, volvemos a encontrar a estos seres dedicados a la más baja rapiña, llamados "hombres de las alcantarillas", por el lugar que les es habitual para vivir. El narrador los ha encontrado en el calabozo de la "Sección de detenidos": tienen un aspecto físico que atemoriza y repulsa; en ellos sobresale un cuerpo semi-deforme y una "mirada dura y fría". A medida que nos entrega su retrato y los sentimientos que le producen, nos comunica las circunstancias que colaboran en la formación de esos seres. Algunas son de la niñez, pero no están en una relación edípica sino que constituyen el inicio de un condicionamiento social: "desde

la infancia, desde los primeros pasos, desde los primeros balbuceos y juegos", se topan con un ambiente de miseria que hace surgir la violencia. Esa miseria es un estado concreto caracterizado por: escasez de trabajo o bien éste sólo se puede realizar en actividades "de ínfima categoría", como el de recogedor de papeles; alcoholismo; lugar físico estrecho, donde "se hacían" familiares y allegados; allí "no siempre hay qué comer, mejor dicho, nunca se sabe cuándo habrá y qué"; existe el robo obligado por el hambre. El narrador termina esta comunicación diciendo cómo esos seres

miran y sienten sobre sí y alrededor de sí y durante años, durante infinitos años, aquella vida sórdida. No pueden pensar en otra cosa que en subsistir y el que no piensa más que en subsistir termina por encanallarse; lo primero es comer y para comer se recurre a todo <...>. Pegar, herir, romper, es para ellos un hábito adquirido que les llega a parecer natural; hábito que, cosa terrible, significa un modo de ganarse la vida, de poder comer, beber, vestirse. No podía reprocharles nada, pues no tenían la culpa de ser lo que eran o como eran, pero les temía, como un animal criado en domesticidad teme a otro que ha sido criado en estado salvaje (HL, 170-171).

La necesidad de comer, de subsistir no es punto de partida sólo de esa delincuencia sino también de otras actividades que igualmente se convierten en técnicas de subsistencia. Tal sentido tienen las que realizan los ladrones de profesión y las prostitutas. La causa no es la corrupción sino una situación económica¹. Nuevamente encontramos el rechazo del juicio moral. El texto constata:

el hambre es mala consejera (PR, 238).

La preocupación por señalar causalidades concretas también la encontramos ejemplificada en las referencias al al-

1. Reflexionando acerca de las circunstancias de un hombre adulto, se describe que su "situación económica" es elemento determinante en sus posibilidades para realizar una vida afectiva (MV, 191).

coholismo. En una larga descripción de cómo ciertos obreros se exceden en el vino, encontramos la conjunción "porque" uniendo la constatación del fenómeno con una serie de circunstancias que lo favorecen (HL, 121-122).

Retengamos unos instantes el problema del alcoholismo, que en el texto designa una esclavitud y un rebajamiento del hombre. Si bien hay lugares en que la narrativa plantea la incógnita de una pseudo-decisión personal que el individuo no puede controlar (PR, 178 y 221), la explicación que subraya es una vida rutinaria, sin sabor, dominada por un estado de inercia donde no se ve nada en las cosas diarias, nada creador en los detalles cotidianos. El "vino", "alguna amiga" o "las puras chuscas" son un alivio en esa existencia que no es fuente de nuevas fuerzas para continuar un camino ascendente y de expansión. El "trago" da la posibilidad de experimentar cambios repentinos y fuertes (PR, 123-124, 173-178, 221).

La borrachera no es una cuestión moral ni de fijaciones infantiles. Su explicación se encuentra en una vida no gratificante que obliga a buscar medios de escape. Sus consecuencias negativas están señaladas por el hecho que, acudiendo a ella, el hombre se hunde más, aniquila su existencia. Después de noches completas de borrachera, un empleado bancario debe recurrir a múltiples medios para mantenerse despierto en el trabajo, y por esto ya no vive:

así, agonizando, terminaba el día (PR, 181).

2. El contexto del trabajo

Las experiencias del trabajo no son indiferentes en la formación del hombre.

Es en tal consideración donde debemos situar la gran prerrogativa que el texto concede al trabajo. No hay personaje en cuya circunstancia inmediata o mediata no esté el trabajo. Así, en La aventura de Mr. Jaiva, el cómico afi-

cionado y su público nos son presentados a partir de la actividad mediante la cual se ganan la vida. Para el texto es esto algo indispensable, aunque en el transcurso de la narración, al menos explícitamente, esas actividades no intervengan decisivamente en el desenlace de la trama. En Lanchas en la bahía, comienzo y final se sitúan en relación al trabajo: en el inicio tenemos un llamado de atención para realizarlo bien; en el final, la acción de ir a dormir para quedar preparados para el trabajo del día siguiente.

El trabajo define al hombre (H, 144); es experiencia que lo marca en forma decisiva (E, 114; V, 332); aniquila al obrero:

palea ahora, métele pala, maestros de la pala, manos como palas, treinta años paleando ¿y dónde termina la pala y empieza la mano? (OR, 11).

El trabajo se les incrusta en su modo de existencia y es determinante en ella:

La caleta, por lo demás, seguía siempre igual, con sus pescadores, sus gaviotas, sus botes, sus gruesas piedras, los alcatraces que de pronto emitía sonidos como matracas y el hombre que tejía o arreglaba en silencio las redes color ladrillo; nos miraba de reojo, a la pasada, y seguía trabajando; parecía que junto con la red se tejía a sí mismo, sus sentimientos, sus pensamientos, sus recuerdos: nunca lograría ya desprenderse de la red (HL, 278).

En ocasiones el trabajo más duro y poco gratificante puede ser benéfico. Por ejemplo, mantiene al hombre vivaz y fuerte (HL, 280); es medio para una renovación interna, para deshacerse de experiencias confusas y agitadas (LB, 325). Pero la regla general es que marca negativamente y es obstáculo para desarrollarse (HL, 282, 298). En El bonete maulino encontramos cómo don Leiva, alegre y jovial, poseedor de "esa gracia picante, mezcla de malicia y rústica ironía", al ingresar en la vida del trabajo va experimentando pesadumbre por su monotonía y remuneración insuficiente, hasta sentirse

"cansado y como vacío"; "angustia" y "desesperación" son las nuevas vivencias que acaparan sus sentimientos.

Fijémonos en la pareja de Guacolda y Patricio, donde la mujer alcanza un extremo de mutilación. La pareja no es conflictiva y explícitamente se nos dice que el hombre ama a la mujer. Estos datos y la descripción de la vida cotidiana, permiten aclarar que la base de la destrucción de Guacolda se encuentra en la estructura de la institución matrimonial. Pues bien, elemento relevante de esa estructura es la distribución del trabajo: ya hemos referido que Guacolda, como la mayoría de las mujeres, está acaparada por las absorbentes tareas de la casa.

No se debe olvidar que la distribución del trabajo dice distribución financiera, y es ésta fundamental en la existencia de cada uno, sea para el tipo de vida que se puede llevar y sentir (MV, 139) o para la propia autoimagen (MV, 111).

Un trabajo monótono, repetitivo, que no da grandes oportunidades de reflexión y de desarrollo global al ser humano, cumple, entre otras, la función de adaptarlo al sistema. Para mantener su estabilidad, éste necesita que no haya cuestionamientos, que no se produzcan fricciones: "la rutina <...> establecida" lo impide (OR, 432-433). El letargo que se produce refuerza el mecanismo mediante el cual se oculta que es el trabajo quien produce valor y no el capital; se encubre más fácilmente que los detentores del dinero son una burguesía ociosa, una lumpenburguesía (OR, 11, 12, 15).

¿Qué relación hay entre el trabajo descrito y cierta afectividad que caracteriza a los hombres? Hemos constatado que la vida afectiva no es realizada en reciprocidad: es el hombre quien obtiene el estado placentero. Ya conocemos la calidad del trabajo que éste realiza. Ahora bien, Muldwarf ha destacado cómo el desarrollo incompleto del hombre por un trabajo en que está ausente la actividad creadora, provoca en él un desequilibrio en la satisfacción de sus necesidades. Esto puede empujarlo a buscar refugio en la afectivi-

dad¹. En otras palabras, la satisfacción negativa de una necesidad tiene efecto en las demás necesidades, en todo el conjunto. En el caso presente, el desequilibrio que se produce en el trabajo, el hombre intenta compensarlo compulsivamente a través de la sexualidad.

Las consecuencias del trabajo único, repetitivo, circunscrito a una sola tarea, a un solo campo, son nefastas: el ser humano que hace "siempre la misma cosa <...> se embrutece" (PR, 20). Un párrafo de Hijo de ladrón pone de relieve una "herida" que abarca al hombre en su totalidad y es producida por aquellas circunstancias:

Puede ser que la herida aparezca en tu adultez, espontáneamente, como ya te dije, o provocada por la vida, por una repetición mecánica, supongamos: el ir y venir, durante decenios, de tu casa al trabajo, del trabajo a tu casa, etcétera, etcétera, o al hacer, día tras día, a máquina o a mano, la misma faena: apretar la misma tuerca si eres obrero, lavar los mismos vidrios si eres mozo, o redactar o copiar el mismo oficio, la misma carta o la misma factura si eres oficinista (HL, 96-97).

El texto reconoce que puede ser indispensable la realización de tareas monótonas, que no desarrollan al hombre. Lo que rechaza terminantemente es que haya gente obligada a hacerlas toda su vida (OR, 339, 363-364, 404). El hombre que se dedica a una sola labor, que es acaparado por una sola preocupación, queda cosificado, en él no hay lugar para "intimidades" de relación humana, su única realidad comunicable es ser "carpinteros y albañiles, médicos y abogados, zapateros y cómicos" (HL, 36).

En el campo de las ciencias sociales, Fromm analiza tal situación bajo la rúbrica del hombre mercancía. Marx, por su parte, plantea abolir esa división del trabajo que mutila a una gran mayoría de seres mientras concentra ciertos talentos en pocas individualidades. La transformación de la so-

1. MULDWORF (1974), 65.

ciudad que esto supone permitirá al hombre crearse a sí mismo en forma íntegra. En ese nuevo orden la "producción general estará asegurada" de manera que cada uno tenga "la posibilidad de hacer hoy una cosa, al día siguiente otra; cazar en la mañana, pescar al mediodía, dedicarse a criar ganado en la tarde, practicar la crítica después de comida, según la propia voluntad, sin llegar a ser nunca cazador, pescador o crítico"¹.

3. Rechazo de la "fatalidad" como explicación causal

Los problemas que afectan a los hombres no se deben a un destino ineluctable. La vida rutinaria, la miseria, el trabajo, reciben su concreción en un sistema con características bien precisas. A ellas me referiré más adelante, pero ya puedo dejar constancia de su existencia, de cómo actúa sobre los seres humanos a través de una serie de agentes, sean éstos otros hombres o instituciones. Algunos rasgos se vislumbran en el cuento Un mendigo. Como sabemos, la narración se centra en la situación de un inválido que, pese a su resistencia, termina por convertirse en pordiosero.

No se dan mayores referencias sobre su enfermedad, salvo cierta relación entre ésta y la estadía de varios años del protagonista en el norte. Ahora bien, si miramos el conjunto de la obra de Manuel Rojas, vemos que ese norte es el lugar de un trabajo penible: el de las salitreras. La descripción del vivir que en ellas se genera nos permite indicar una secuencia: ese norte -el trabajo y sus circunstancias- le producen enfermedad, de donde derivarán la soledad y el abandono, la miseria y finalmente la mendicidad.

Pero en la inmediatez, ¿cómo se crea un mendigo?

El texto -más adelante explicitaré que la sociedad descrita no está organizada para dar una posibilidad creativa a un inválido- presenta un constreñimiento soslayado. Las

1. MARX-ENGELS (1976), 32; cf. 396.

dos únicas posibilidades que tiene Lucas Ramírez para decidir el futuro de su existencia no dependen de su propia voluntad (G, 135). El sistema es una estructura ya establecida que conduce al hombre indefectiblemente (G, 136). Lucas Ramírez primero trata de hacer frente, rechazar, se revela, sufre, pero poco a poco se abandona, se acomoda a aquello en lo que lo van convirtiendo. Se va dejando coger por acontecimientos que escapan a su control. Cada vez que le dan limosna, cumplirá un nuevo acto en su adaptación (G, 141). El último párrafo pone de relieve su ingreso a la "institución" de la mendicidad, aunque siempre se agrega el elemento dialéctico de los estados que posiblemente no son definitivos (G, 141-142).

Este ser no era un pordiosero innato sino que llegó a serlo. Hay un elemento individual que contribuye a su situación: la soledad. Pero ésta no es existencial sino derivada, en gran parte, de la pobreza: no tiene a quien acudir no por falta de solidaridad sino porque las personas que podrían interesarse en él son gente "sin posición económica sólida" y porque su familia es "escasa y pobre" y está lejos (G, 136).

En el ejemplo anterior he anotado la falta de control de un hombre sobre su vida. Agreguemos la existencia de los seres del "submundo humano", que no controlan ni sus circunstancias pasadas ni las futuras y de quienes se dice:

su estado y situación no han sido elegidos
por ellos; varias fuerzas sociales se los
han impuesto (OR, 376).

Es éste un elemento constante que encontramos a lo largo de toda la narrativa y se relaciona estrechamente con el rechazo de la fatalidad como explicación de las circunstancias del ser humano. Lo hemos visto desde el comienzo, al presentar la obra de Manuel Rojas. Todas las desgracias de Laguna, que a primera vista parecen deberse a un destino ineluctable, ocurren en el contexto del trabajo o derivan de él.

En El hombre de los ojos azules, la fatalidad está relacionada con el oro y ciertos agentes humanos que la concretizan violentamente. Aún más, el mundo descrito en este cuento no está regido por un destino inescrutable sino por un orden. En él se perciben actividades que son calculadas, por ejemplo "el rendimiento" comercial (CH, 63).

En otros lugares de la narrativa el destino está determinado por el poder que tiene sobre los hombres la institución para la cual trabajan. Eugenio se ha quedado dormido en su trabajo de vigilante nocturno. Aunque esto ocurrió una sola vez y por breve tiempo, lo echan:

el jefe, alargándose un sobre, me dijo:
-La compañía ha resuelto despedirlo.
Ahí va su sueldo.
Así era el destino: sin imágenes ni explicaciones (LB, 293).

Aquel "destino" no es un fatum sino una sociedad no basada en los seres humanos. El texto nunca acepta una fuerza ineluctable sino que siempre plantea alguna causa determinable (OR, 26). Cuando ésta no es perceptible de inmediato, siempre se dan indicios que señalan la falta de control por parte del ser afectado y en todos los casos el texto se abstiene de hacer un juicio moral (MV, 213).

Si tomamos el conjunto de la narrativa, es posible afirmar que tal abstención apunta a destacar que no es necesario centrarse en una responsabilidad individual para analizar un problema, o, en otras palabras, que la causa de tal problema no debe determinarse por un punto de vista de psicología individualista o de grupo (PR, 55-56). Hay otro condicionamiento más decisivo: la circunstancia social que no se puede controlar ni elegir:

saben que apenas termine el verano, apenas asome o empiece a asomar el otoño, volverán a Santiago, deberán volver, no podrán quedarse en el sur, ¿qué harían aquí?, y piensan en Santiago más bien con un poco de sobresalto: ¿qué harán allá?, ¿encontrarán trabajo? (OR, 296. Cf. 322, SM, 114).

Los elementos que no se controlan son numerosos y llegan a abarcar el conjunto de la existencia humana. El tiempo transcurre ajeno a la voluntad y sentimientos del hombre (SM, 167, 207-208; MV, 84, 86, 167; PR, 181) y la muerte parece finalmente absorberlo (HL, 94-95). Pero, veremos, el texto no se detiene aquí. Si bien los mutilados no pueden controlar sus circunstancias inmediatas ni la globalidad de su existencia, queda abierta la posibilidad para un cambio que facilite relaciones activas y creadoras que permitan superar el destino inmanejable.

II. EL CONTEXTO AMPLIO DONDE LOS SERES HUMANOS SE FORMAN ES UN SISTEMA SOCIAL

Hasta el momento hemos visto que las experiencias de vida marcan a los hombres y que en su gran parte lo hacen en forma negativa. Los hombres no nacen con predisposición a esa negatividad sino que caen en ella porque deben satisfacer inadecuadamente sus necesidades humanas. En la narrativa de Manuel Rojas los hombres llegan a ser lo que son.

¿Dónde ocurre esto? El texto nos comunica unas circunstancias amplias constituidas por un sistema social.

1. Características del sistema

Para poder asir este sistema, ver su estructura y su funcionamiento necesario, acudo a un texto ya conocido: Aniceto ha vuelto a una de las ciudades de su adolescencia y recuerda a una multitud de compañeros "desintegrados por la miseria, el trabajo o la cárcel" (MV, 37).

Los tres términos subrayados resumen el sistema, a través de ellos podemos circunscribir ese contexto.

Las realidades contenidas en "miseria" y "trabajo", en

parte ya las conocemos; "cárcel" designa un aparato de poder. A continuación retomo ciertos aspectos de la "misericia", especialmente el contenido concreto de esta palabra; luego me extiendo en los elementos de orden, poder y control, entre los cuales se cuentan las actividades calculadas, los organismos de poder de fuerza, de control como la burocracia y de dominio de las conciencias como la ideología.

a. El sistema conforma una "misericia" y una distancia social

El término "misericia" condensa condiciones materiales de existencia, tanto en el sentido económico como social. Ponerlas de relieve es una forma de explicar el vivir de los seres humanos. La causalidad fatal se descarta y se fija la atención en causas concretas, abordables, determinadas por la organización de la sociedad. Como en esa organización la prerrogativa la tiene la economía¹, la primera y fundamental causa de mutilación se encuentra en ella. De ahí la permanente preocupación por describir el contexto material de vida: la ropa de los personajes, sus casas, la comida, el salario.

Respecto a las casas, se nos comunica con vehemencia que es en ese espacio estrecho, impropio para el diálogo, el descanso, la expansión, donde ellos deben realizar parte de su existencia (SM, 15, 136, 196). Son "casas para vegetar" (OR, 193). Cuatro hombres llegan de visita a una de esas casas; después que se les comparte una poquísima comida que era para tres personas, viene la hora de dormir:

Duermen sobre un suelo de tierra, una tierra dura, apisonada durante años y años por los pies de los habitantes del rancho; se taparon con lo que pudieron y les dieron, que no fue mucho, y sintieron frío y molestias, allí no había camas ni cuartos para alojados y las camas apenas si merecían ese nombre, cueros, tablas, ramas, viejas mantas aportilladas, y no cabía en

i. Sin olvidar que son hombres quienes manejan la economía, son ellos quienes determinan la organización de la sociedad.

cada una sino su propietario, su usuario habitual, y a lo largo y ancho de Chile, en las pendientes de las montañas y en las montañas mismas, entre los bosques, allí donde la tierra es blanda y negra, en los llanos y en las playas, alrededor de las ciudades, para donde mires, millares de ranchos como éste o peores alzan sus muros de barro y ramas, de tablas o de latas, y dentro de ellos viven, duermen, procrean, nacen, mueren, también millares de seres, millones, cuántos, descansando en la noche, llorando en la noche, sufriendo y amando y reproduciéndose en las noches, entre pellejos, trapos, tablas, ramas, perros, pulgas, vinchucas (OR, 101. Cf. 103; E, 114; LB, 289; SM, 117, 231).

Aspecto igualmente golpeante se ve en las descripciones del ansia de comer. Por ejemplo, cuando Aniceto come un pescado comprado en la calle y cuyo olor le muestra que está medio descompuesto. A pesar de eso lo come con apetencia, echando la cabeza hacia atrás, para no perder nada:

Cada trocito era un tesoro inestimable. Me habría comido diez o veinte presas y sólo tenía dinero para una y un panecillo. Estaba hambriento y comía y miraba (HL, 126).

Párrafo semejante es aquel en el cual se nos habla de cómo el pan debe ser aprovechado al máximo, "miga por miga, cascarita por cascarita" (OR, 90).

Estos hombres deben aceptar cualquier invitación a comer, sin exigir nada, ya que el hambre es una constante en su existencia (SM, 124, 186; OR, 115). Cuando Brito, dirigente de la olla común de los cesantes del salitre, puede una vez comer decentemente, se produce una transfiguración en su rostro, en su mirada y le brota una larga explosión de alegría, de felicidad, expresadas en golpeteos con las manos, en un canto y baile (OR, 138-140).

La pobreza no es sólo frío y hambre. Es más que una situación material de vida. Marca a los hombres profundamente, tiene serias repercusiones en sus vivencias. Algunos ejemplos:

- "el dolor humillante de andar con los zapatos rotos o descalzo" (SM, 38);
- el hombre pobre no tiene "seguridad alguna de ser honrado" (OR, 185);
- "el hambre no da mucho lugar a los pensamientos morales" (SM, 71);
- la miseria "puede ahogar cualquier aspiración a expresarse o trascenderse, cualquier voluntad, hasta la de vivir" (SM, 175).

Desde diversos ángulos están acosados por las realidades carenciales de la pobreza. Los "barrios obreros" tienen transportes deficientes que llevan a la gente hacia sus lugares de trabajo con grandes incomodidades y dificultades; el ahorro para subsistir deben buscarlo en todos lados, y eso les significa penurias y sacrificios, y no sólo privación momentánea de objetos no indispensables (SM, 130). Hay enfermedades que produce la pobreza, en particular la mugre que ahí no se puede evitar y la falta de alimentación (MV, 35-36, 84; OR, 139).

El texto elabora la pobreza como una globalidad: no son detalles aislados en la vida de ciertos hombres sino todo un conjunto que tiene su origen en la posición que ocupan dentro del sistema. Es por esto que el texto, una y otra vez, nos comunica el trabajo que estos hombres realizan y nos describe sus casas, sus ropas, comidas y diversiones.

Las concreciones de la pobreza y la situación por ella determinada, son punto de partida de infinidad de seres humanos. El texto, enumerando los vómitos, los orines, los excrementos, la basura, componentes habituales de sus ambientes, se pregunta cómo puede empezar un ser en tales circunstancias (SM, 170); cómo pueden desarrollarse si están sometidos a un asedio permanente:

la pobreza desde la infancia, la pobreza en la adolescencia, la pobreza en la pubertad (OR, 72).

La pobreza es una forma enorme de distancia social, según se expresa en la contemplación que un hombre hace de la vitrina de un restaurante elegante, al cual nunca podrá en-

trar (SM, 91). Es la distancia que se ve en la división de los dos barrios de la ciudad, señalada por el tener más o menos ladrillos, y el nivel de acceso a una serie de servicios (OR, 14); hay quienes poseen dinero para derrocharlo en cosas suntuarias y superfluas (OR, 12), otros sólo tienen "lo necesario para no morir de hambre" (OR, 58); los primeros tienen posibilidades, los segundos están reducidos a cero (PR, 26; OR, 24); existe una especie de espiral de la pobreza: "los años de los pobres son así: cada vez más pobres" (U, 324-325).

La división entre los hombres se constata también en la diferencia en sus niveles de necesidades. Mientras unos necesitan sólo comer y un lugar donde dormir, lo mínimo para no morir de inanición, otros tienen extendidas sus necesidades a una serie de exquisiteces de consumo, frente a las cuales son simples lactantes que engullen (OR, 10-12).

b. En el sistema existen elementos orden, de control, de dominio y de poder de fuerza

Quienes están en el espacio miseria no tienen control sobre sus circunstancias de vida. No obstante, el mundo descrito está sometido a una conducción: reglamentación del tiempo, orden impuesto a la naturaleza, distribución de las actividades que deben realizar los seres humanos, disposición de las ideas en que deben creer. Siempre, a pesar de un aparente desorden, "hay un cerebro que vigila" (MV, 194).

Más aún, existen entidades cuya función expresa es controlar, asegurar un sometimiento. Una está representada por la burocracia; otra, por un poder de fuerza que toma cuerpo en la policía y el ejército. Entremezclado con ellas hay un mecanismo de dominio ideológico, dirigido en cierta manera hacia las conciencias. Los hombres en quienes se interesa la narrativa no tienen poder sobre estos organismos. Ellos son impotentes ante la inhumanidad de la burocracia, la arbitrariedad de la policía y el poder del ejército; tampoco pueden deshacerse de concepciones de la realidad que se les imponen

como propias.

El orden que se vigila y controla es bien peculiar: preserva cierta propiedad. Relacionado con este orden y posesión está la actividad comercial. Comenzaré por ella.

i) Orden. Comercio

Esta actividad, bien organizada, es descrita en forma recusatoria: engendra relaciones intransigentes, corrompe los sentimientos de humanidad en el hombre (HL, 112-115; PR, 271); quienes se dedican a ella sólo se interesan en "ganar, ganar a pesar de todo y de todos" (OR, 158-159), "vender y cobrar, vender y cobrar" (OR, 303; cf. 159, 265, 289); aca-para todo su tiempo; en numerosas ocasiones es puesta en paralelo con la actividad de robar y se la presenta en hechos delictuales (HL, 215-216; OR, 428); impide realizar las vivencias más netamente humanas. Quien se dedica a ella, ha terminado con sus posibilidades de vivir. Aunque el narrador ama la vida, asegura que es preferible el suicidio a tal elección.

El texto repulsa tan fuertemente esta actividad, que le da uno de los pocos juicios morales condenatorios que se encuentran en sus páginas (OR, 295). Enumerando los aspectos negativos en la historia universal del hombre, por ejemplo la forma destructiva en que se apropia de la naturaleza y la capacidad de matar a sus semejantes, concluye:

como corolario de todas sus tropelías, em-
pieza a comerciar (OR, 310).

Ligado a esta actividad negativa aparece el dinero. Es una de las esencias del sistema: quien lo falsifica recibe como castigo una enormidad de años de prisión (HL, 13); está por sobre el ser humano, de ahí que se puede hablar de "un respetable billete" (SM, 187); es el pautador para considerar a un hombre, para determinar sus posibilidades dentro del sistema: quien no lo tiene no puede "carraspear muy fuerte" (OR, 283; cf. 82).

Actividad comercial y dinero muestran una falsedad, una

ocultación en el orden del sistema. Aquellos que lo manejan no se fijan en la moral sino exclusivamente en "sus intereses" (PR, 90). Hay habitaciones miserables arrendadas por trabajadores y seres desechados, que son "propiedad de gente conocida y tenida por honorable, rentistas, millonarios de apellidos" (OR, 376); del dinero leemos:

esos billetes de quinientos o de mil pesos, limpios a veces, sucios casi siempre, que muestran la efigie de un padre de la patria, patricio que interviene en toda clase de transacciones, diurnas, nocturnas, crepusculares, sucias las más, limpias las menos (MV, 193; cf. PR, 81).

La falsedad llega a tal punto que quienes lo poseen son tratados con gran consideración y no así aquellos que sólo tienen la fuerza de trabajo; además, en la existencia es incapaz de dar una seguridad verdadera (MV, 111-112).

El texto pone de relieve la esclavitud en que hunde un sistema que se cimenta en la adquisición de cosas materiales, a las cuales se accede por el dinero. "Comprar" es, para mucha gente, "un signo de importancia y de grandeza". En cambio privilegia a quienes logran no estar acaparados por ese fantasma: éstos son seres libres, no parcializadores, capaces para el diálogo y la comunidad (OR, 267-268).

2) Control. Burocracia; legislación

El sistema se organiza en base a un aparato que controla a los seres humanos y que vela por una estabilidad favorable a cierto grupo denominado propietarios de.... El texto deja entender que son propietarios ilegítimos, que de alguna manera se han autoatribuido su propiedad. En Mares libres veremos que esa autoatribución debe ser respaldada por un representante que se caracteriza por la fuerza bruta.

Hijo de ladrón retoma incesantemente la burocracia y sus elementos de control, su actuar contrario al ser humano, su gestión favorable a un grupo de propietarios (por ejemplo: RL, 101-102, 200-201).

El texto no hace divisiones tajantes entre las varias

entidades en que este poder de orden y control se concreta. Nos presenta entremezcladas las burocracias jurídica, legislativa y administrativa, interesándose en sus efectos sobre el ser humano. Un resumen lo tenemos después que se nos describe cómo, a consecuencia de las trabas de la burocracia, Aniceto pierde el contacto con un amigo. Después de atravesar la cordillera a pie, tiene la gran esperanza de continuar viaje con ese amigo y encontrar un lugar de trabajo. Pero un requisito burocrático surge como obstáculo: no le dan libreta de embarque por carecer de certificado de nacimiento. Así sintetiza esa experiencia:

Llegamos a Valparaíso con ánimos de embarcar en cualquier buque que zarpara hacia el norte, pero no pudimos; por lo menos yo no pude; cientos de individuos, policías, conductores de trenes, cónsules, capitanes o gobernadores de puerto, patrones, sobrecargos y otros tantos e iguales espantosos seres están aquí, están allá, están en todas partes, impidiendo al ser humano moverse hacia donde quiere y como quiere (HL, 10).

Aniceto no pudo seguir adelante. Debió quedarse en ese puerto donde fue encarcelado y sólo recobró la libertad en el *desamparo*, la *soledad* y la *enfermedad*.

En la burocracia hay elementos de cosificación. La existencia del ser humano, su vida sufrida y difícil no son ningún argumento. Después de un largo intercambio de palabras con un funcionario que le exige un certificado de nacimiento para darle un certificado de nacionalidad con el cual podrá obtener uno para trabajar, el narrador, en un paréntesis, nos confía:

(Bueno, yo nací en Buenos Aires, pero eso no tenía valor alguno; lo valiosos era el certificado; nunca me sirvió de nada el decirlo y las personas a quienes lo dije no demostraron en sus rostros de funcionarios entusiasmo ni simpatía alguna; faltaba el certificado; y los peores eran mis compatriotas: además de serles indiferente que fuera natural de Buenos Aires, no lo creían, pidiéndome, para creerlo, un

certificado. ¡Tipos raros! A mí no me creían, pero le habrían creído al papel, que podía ser falso, en tanto que mi nacimiento no podía ser sino verdadero <...> (HL, 13; cf. 12).

Después de 34 páginas, en las que el narrador comienza a recordar las circunstancias que rodearon el inicio de su niñez, sus primeras experiencias de la burocracia jurídico-policial, vuelve a su preocupación anterior, a aquello que le estuvo entorpeciendo la vida:

No pude, pues, embarcar: carecía de documentos; a pesar de mis piernas y de mis brazos, a pesar de mis pulmones y de mi estómago, a pesar de mi soledad y de mi hambre, parecía no existir para nadie. Me senté en la escalera del muelle y miré hacia el mar: el barco viraba en ciento ochenta grados, enfilando después hacia el noroeste. Relucían al sol de la tarde los bronce y las pinturas, los blancos botes, las oscuras chimeneas. Lo recorrí con los ojos de popa a proa: en algún lugar de la cubierta, en un camarote, en la cocina o en el comedor, iba mi amigo. Incliné la cabeza, descorazonado: allí me quedaba, en aquel puerto desconocido, solo, sin dinero, sin nacionalidad comprobada, sin amigo (HL, 49).

Adelantando elementos que se verán en páginas posteriores, es necesario explicitar que el texto rechaza ese mundo programador, que posee entidades para manipular al ser humano, mecanizar su comportamiento. Es lo que hace, por ejemplo, cuando nos comunica la experiencia del convivir¹ sin restricciones y la vivencia del mar:

era agradable permanecer allí, en camisa, conversando, sin prisa, sin un propósito determinado, en espera de la hora en que el deseo de dormir apareciera para uno o

1. Es éste, el de la comunicación humana, uno de los más grandes valores que afirma la narrativa. No es casualidad que en la cita anterior, en el dúo soledad-hambre vaya en primer lugar la soledad y que todo ese párrafo acerca del sufrimiento y pesadumbre del ser humano, provocados por entidades concretas, termine con "sin amigo".

para otro y tuviera que levantarse e irse (MV, 212);

Es la primera vez que estoy junto al mar y siento que me llama, pareciéndome tan fácil viajar por él: no se ven caminos -todo él es un gran camino-, ni piedras, ni montañas, ni trenes ni coches y es posible que ni conductores ni funcionarios tragacertificados; amplitud, soledad, libertad, espacio, sí, espacio (HL, 103).

Conforme a una sociedad que para organizarse no se detiene en las personas sino en las cosas, una de sus instituciones, la justicia, actúa mecánicamente, juzga a los hombres desde un punto de vista externo, sin tener en consideración la realidad total del ser humano (H, 144-145). Por eso a la justicia se la califica como "persona abstracta" (H, 147). En ella son esenciales las funciones y las cosas. Así lo captó el narrador de Hijo de ladrón cuando fue introducido con otros presos en la Sección de Detenidos:

Trepamos unas escaleras y circulamos por pasillos llenos de pequeñas oficinas, cuchitriles de secretarios, receptores, copistas, telefonistas, archiveros, gendarmes, todas amobladas con lo estrictamente necesario: una mesa, una silla, otra mesa, otra silla, un calendario, otro calendario, números negros, números rojos, salivaderas, tinteros, muchos tinteros, más tinteros, tinteros aquí, tinteros allá; la justicia necesita muchos tinteros (HL, 160; cf. MV, 96).

A la justicia le es congenital una burocracia imparable ante el ser humano (HL, 10-11). Quienes caen en su poder quedan incapacitados de hacer algo, dependiendo de "escribientes, jueces, secretarios, copistas, abogados, ministros, receptores, agentes". Estos se ocupan

de sus causas y procesos, escribiendo montañas de papel con declaraciones de testigos y contratestigos, recusaciones, pruebas, apelaciones, considerandos, resoluciones, sentencias, viajes para acá, viajes para allá, firme aquí y déme veinte

pesos para papel sellado;

el resultado de todo esto:

y por fin, a la Penitenciaría o a la calle, a seguir robando o a languidecer en una celda durante meses o años (HL, 35).

En los seres que manejan tal engranaje es imposible encontrar "un interés humano" (HL, 138-139); "el juez no tenía ideales de ninguna especie, era un juez" (OR, 209). Los propios funcionarios de esta burocracia están rebajados en su categoría de seres humanos. Lo señala el texto mediante un recurso que ya conocemos: en las piezas del juzgado se les enumera dentro de una serie de cosas (HL, 135).

Para contrastar con la burocracia judicial, su indiferencia hacia el hombre, su limitación a los papeles, el narrador nos comunica que los detenidos son verdaderamente seres humanos que tienen una existencia propia; esa existencia ha sido condicionada por circunstancias restrictivas, entre las cuales se cuenta este tipo de burocracia que, con una multitud de detalles, contribuye a menoscabar al hombre. Por ejemplo en la situación concreta del calabozo, como se expresa en la escena donde unos hombres están afirmados en los barrotes:

No hacían un movimiento ni decían una palabra; no había ni sorpresa ni pena en sus rostros. Habían perdido toda expresión y parecían formar parte de aquellas rejas, de aquellas paredes y de aquellas tablas de las tarimas (L, 193).

La justicia no es sólo un elemento de salvaguardia de riquezas individuales. Ella vigila por la estabilidad total del sistema. Al reo que más duramente se trata es a un preso político: el juez que interroga al poeta Daniel buscará "aplastarlo, hundirlo, afearlo", hasta hacerlo sucumbir en la muerte" (OR, 437-445).

La burocracia que imparte justicia pertenece a un elemento organizativo más amplio llamado legislación. Su objetivo es dominar el sistema mediante un orden que se trasluce

en el imperio de cierta ley. En El hombre de los ojos azules vemos que la institucionalidad expresada en la legislación favorece a unos hombres en detrimento de otros (CH, 67) y puede ser burlada por los primeros. Estos burladores son descritos como propietarios de tierras y ganados (CH, 64-65; D, 101). La policía defiende ciertos aspectos de esta institucionalidad, pero nada hace en favor del grupo mapuche, que es desposeído gracias a las reglas y dentro del marco de la institucionalidad.

En todo este orden de la sociedad hay un elemento de falsedad destacado de diversas maneras por la narrativa. Por ejemplo en el siguiente párrafo, con trasfondo de ironía, donde se acota cómo la justicia puede ser eludida dentro de su propio juego:

los jueces, individuos sin imaginación, necesitaron muchos días para convencerse, aunque de seguro sólo a medias, de que Aniceto Hevia no era, como ellos legalmente opinaban, un malhechor, sino que, como aseguraba, también legalmente, el abogado, un bienhechor de la sociedad, puesto que era comerciante (HL, 18).

La falsedad es también puesta de relieve cuando el texto anota, a propósito de las enormes trabas que pone la burocracia al hombre: "'Libertad es la herencia del bravo', dice la canción nacional chilena; 'Libertad, libertad, libertad', dice la canción nacional argentina'" (HL, 201).

3) Dominio por la ideología

En páginas anteriores hemos visto cierto discurso del dominador en el cual enaltece su propia imagen, habla del país como de una tierra que pertenece a todos y afirma que sus instituciones funcionan del mejor modo posible; según él, ciertas diferenciaciones entre los hombres provienen de características naturales o disposición divina. Los cuestionamientos a tal orden son debidos a espíritus malsanos, no a contradicciones del sistema mismo. Lo laudable es permanecer fiel a un pasado de heroicidad y virtud que ha fun-

dado una tradición por la cual todos deben regirse.

A esto debemos agregar los elementos de falsedad en la estructura del sistema y las referencias a que el discurso del dominador oculta la realidad. El contenido de este discurso se extiende hacia la mayoría de los miembros de la sociedad quienes, aunque sean dominados y víctimas, lo consideran propio, como si los expresara a ellos mismos.

Este es un problema que se relaciona con el de la ideología, en particular el de la ideología dominante.

Dada la complejidad de este problema, evidentemente no se puede dar en pocas líneas una visión total de su estructura, significado y función. Aquí sólo pretendo señalar, a partir de la elaboración que recibe en el texto, sus características más generales.

A una definición descriptiva, que ve en la ideología un "sistema de ideas", de "pensamiento", Fromm incorpora un concepto dinámico que tiene en cuenta que la ideología responde a "anhelos y pasiones" enraizadas en la naturaleza del hombre y en sus condiciones de existencia. Estas últimas determinan en el hombre "fuerzas impulsivas" que él necesita explicar, para sí mismo y para los demás, como nobles y buenas¹. En el hombre hay una necesidad de hacer coincidir lo que hace. Unos pocos se apropian de esos ideales y cuando oyen y pronuncian las palabras "amor", "libertad", "igualdad", "fraternidad", creen estar compenetrados de las realidades que tales vocablos expresan.

En la ideología opera un proceso de racionalización². El pensamiento racionalizador tiende "a deformar o a ocultar la verdadera motivación" del actuar, hace sentir como convicción propia las concepciones que el sistema impone como normales o buenas. Para el individuo que lo utiliza es un medio de apoyarse "en el sentimiento de rectitud moral"³.

1. FROMM (1974), 146-147.

2. Cf. *ibid.*, 153-154.

3. FROMM (1970b), 79, 82-83, 101. Son intrínsecas a la ideología las connotaciones de "bueno", "malo", "sagrado", "condenado": FROMM (1974), 164-165.

Estas racionalizaciones sirven para mantener coexionada la sociedad, asegurar el sometimiento de los hombres y "justificar toda la irracionalidad e inmoralidad existentes dentro de una sociedad"¹.

Hacer aparecer al dominado como ser inferior es una de aquellas justificaciones que refuerzan su adaptación al orden social y lavan de culpa al dominador; otro tanto tenemos cuando la clase que goza del poder y de ese orden hace aparecer el sistema imperante como resultado de una necesidad innata del hombre, por lo tanto natural, inevitable e inmutable; con esto último coloca la estructura social fuera del alcance de cualquier crítica².

Racionalización de este tipo es presentar la sociedad actual con raíces profundas en un pasado sublime. Esta sublimación del pasado, "internalizada por los individuos a través de una representación colectiva", es otro de los elementos de la ideología dominante que sirven para ocultar la realidad. La sublimación puede alcanzar el cariz de "mentira" histórica cuando su interpretación concurre a absolver de culpa y glorificar a quienes dominan el sistema³.

Marx y Engels anotan que la clase que domina en una sociedad se ve obligada a presentar lo que le interesa como "ley eterna", dar a sus pensamientos "la forma de universalidad", hacerlos aparecer como "los únicos razonables"⁴.

Las ideas no surgen por generación espontánea, no tienen existencia autónoma ni dependen sólo de la voluntad de los hombres. Son producto de una práctica social en una sociedad determinada. Hay una constatación histórica que se puede resumir de la siguiente manera: la clase que posee el poder material de la sociedad es también la clase que domina espiritualmente, la que dispone de los medios de producción intelectual. Por este camino, Marx y Engels llegan a afirmar

1. FROMM (1974), 149-150; cf. (1970b), 145.

2. Cf. FROMM (1958), 70; (1973), 75; (1975a), 145-153.

3. MATTELART (1970), 20, 21 y 26.

4. MARX-ENGELS (1976), 45-46.

que las ideas de los individuos que constituyen la clase dominante son "las ideas dominantes en su época"¹.

La función práctica de la ideología dominante es dar al sistema social una coherencia y una unidad relativas que permiten a los individuos "insertarse, de manera natural, en sus actividades prácticas dentro del sistema y participar así en la reproducción del aparato de dominación, sin saber que se trata de dominación de una clase y de su propia explotación". La ideología hace "perder de vista los orígenes del orden social existente de tal manera que los individuos puedan vivirlo como un orden natural"². Normas que interesan sólo a una clase y son necesarias para su supervivencia, reciben "la dignidad de normas universales inherentes a la existencia humana" y de aplicación universal; como consecuencia, la sumisión es glorificada como virtud³. La clase dominante elabora conceptos que crean la ilusión que todos los individuos se integran en una misma forma dentro de la misma sociedad. Nación, Estado, Ley son, "en su lenguaje", realidades y normas absolutas, y no "conceptos privativos de una institucionalidad particularista"⁴. Con este mecanismo, la clase dominante logra presentar el interés propio como interés común a todos los miembros de la sociedad. La ideología posibilita interiorizar la dominación.

A quienes desean mantener sus privilegios no les es suficiente el poder físico. Tienen que fiscalizar el pensamiento y los sentimientos de aquellos que someten, suprimirles la capacidad crítica. Fromm sintetiza: la dominación de los cerebros obstaculiza que los dominados puedan concebir y realizar una acción liberadora⁵.

El impedimento de la crítica se relaciona con la noción de orden que predica la clase dominante: es un orden en el

1. MARX-ENGELS (1976), 44-45.

2. MATTELART (1970), 26 y 27.

3. FROMM (1965), 241-243.

4. MATTELART (1970), 28-30.

5. Cf. FROMM (1957), 39; (1965), 53-54; (1970b), 145; (1974), 150; (1975a), 202.

cual no cabe el concepto de cambio profundo. Para ella, el cambio posible se resume "en un remozamiento de un núcleo invariable", una evolución que adopte "los márgenes del sistema como límites del cambio"¹.

Cuando la ideología dominante transforma en naturales los fenómenos y procesos sociales, pasa por alto "las raíces históricas de la desigualdad social"; el sistema de ideas o de representaciones que impone a la sociedad lo presenta como "despolitizado", "desideologizado"; la "armonía social" se convierte en "una generalidad" y el conflicto en "una excepción y una anomalía coyuntural"².

Considerando lo dicho hasta este momento, se puede resumir que ideología "es el conocimiento del movimiento aparente, es el reconocimiento de los modos de aparición de las cosas y es el desconocimiento de la estructura que produce la apariencia"³. Pero como tal representación ilusoria y deformada de la realidad no surge espontáneamente ni en cualquier lugar de la sociedad sino a partir y en relación con los intereses y aspiraciones de ciertos grupos sociales⁴, es necesario especificar que ideología es el "conjunto de representaciones deformadas de la realidad que las clases dominantes requieren para justificar y legitimar su dominación sobre el conjunto de la sociedad"⁵.

La ideología dominante tiene un carácter difuso. No es fácil distinguirla en la vivencia de los hombres que están sometidos a ella: "internalizada bajo formas de representaciones colectivas <...>, penetra sus costumbres, sus gustos, sus reflejos"⁶. En la vida cotidiana toma cuerpo en una serie de prejuicios⁷.

Una actitud crítica hacia la ideología pregunta si una

1. MATTELART (1970), 28.

2. Ibid., 29.

3. BRAUNSTEIN (1977), 11.

4. Cf. GOLDMANN (1955), 127; (1959), 21-22.

5. BRAUNSTEIN (1977), 12; cf. 13, 21-22, 377.

6. MATTELART (1970), 17-18. HELLER (1974), 38: habla de "normas consuetudinarias dominantes".

7. HELLER (1971), 71-95.

idea expresa u oculta la realidad¹. Para reconocer entre lo que es real y lo que proviene de una ideología, se debe "analizar las acciones y no aceptar las palabras por hechos"²; las ideologías deben ser interpretadas en cuanto son producidas por hombres, y no hacer lo contrario, como sería reconstruir los hombres a partir de la ideología³; hay una totalidad, una "realidad humana que está más allá" del sistema de pensamiento⁴. Todo esto supone analizar "cómo se producen las apariencias y cuál es la estructura de lo real"⁵, teniendo siempre en cuenta que "la apariencia inmediata no coincide con la esencia de los fenómenos"⁶.

4) Poder de fuerza

Para el funcionamiento y estabilidad del sistema no basta organizarlo, reglamentarlo, dominar sutilmente con la ideología. La seguridad de continuación debe ser mayor, apoyada en la fuerza.

En el mundo narrativo de Manuel Rojas dos organismos cumplen esta función: la policía y el ejército. La presencia y acción de este último es más real de lo que aparece a simple vista. Realiza una vigilancia permanente pero encubierta. Es uno de los elementos que se sugieren en el cuento Mares libres, donde se advierte que tal entidad puede adquirir cierta autonomía respecto de aquellos a quienes originariamente sirve.

a) Policía y ejército

Ambas instituciones son descritas como instrumentos para preservar el orden y los intereses del dominador. El propio dominador los considera desde ese punto de vista, pero a la vez los desprecia y mantiene una distancia respecto a

1. Cf. FROMM (1974a), 14.

2. Ibid., 157.

3. Cf. FROMM (1975d), 81.

4. FROMM (1971b), 84-85.

5. BRAUNSTEIN (1977), 13.

6. GOLDMANN (1970a), 84.

ellos (OR, 352). La utilización abierta del ejército es un caso extremo. El normal es la policía.

Podría pensarse que la función básica de esta última es salvaguardar a todos los ciudadanos (E, 121). Pero no es así. Hay un episodio en El bonete maulino que permite poner de relieve la función de este elemento en el sistema. Se trata del asalto a una casa rica. Esta casa, que es grande, donde hay oro, mucha fortuna y opulencia y que exhala "una gran paz y tranquilidad" (E, 105), contrasta con la suerte de don Leiva¹ que ya conocemos.

El hecho que a los pocos momentos que esa casa es asaltada, aparezca con gran prontitud una patrulla policial, hace pensar que la policía cumple una única función primordial: ser garante o custodio de aquella riqueza. La policía, ni ninguna otra organización, aparecen para solucionar el problema del hombre que trabaja sin descanso y continúa siendo pobre, que envejece con su mujer sin porvenir alguno, que no puede dar seguridad económica a sus hijos. Esto revela un sistema en que se salvaguarda y protege la riqueza -las cosas, lo acumulado, lo muerto- pero no a los seres humanos. El sistema no previene superar la situación de miseria ni el destino de unos niños supeditados a los pocos recursos de sus padres.

Para impedir el hambre no hay organización, para impedir y castigar el robo sí, y una organización bastante poderosa: a los "agentes" se les paga para proteger las "carteras" y "maletines" llenos de dinero que pertenecen a los "estancieros" (HL, 38 y 45). En El hombre de los ojos azules la policía es hostil al grupo de los contrabandistas -"modo de ganarse la vida"- pero no respecto a los estancieros que abiertamente burlan la ley (CH, 64-65).

Los pobres, los que tienen "los zapatos sucios o la ropa mala", los que andan "sin afeitarse o con el pelo largo"

1. Este y otros hechos de la narrativa nos hacen percibir una división de los hombres en dos grandes grupos: poseedores de riquezas, carentes de ella.

son sus sospechosos inmediatos: basta que un hombre con esos atuendos pase cerca de los ricos para que sea detenido por la policía (HL, 38).

El discurso del policía hacia los pobres es monolítico absoluto; frente a ellos se siente con plena autoridad para actuar con prepotencia, a echarlos de un lugar "porque a mí me da la gana" (SM, 17).

Es frente al pobre donde las intervenciones arbitrarias de la policía se multiplican (D, 90; HL, 201; SM, 16-17, 92-93). Ante ella el pobre se debe conformar pues no tiene ningún poder, no hay derecho que vele por él. Sabe que cuando es detenido:

Pueden poner en el parte lo que les dé la gana (SM, 96).

Frente a las insignificantes raterías que los pobres pueden realizar -por hambre- la policía aparece con gran aparato para ir contra ellos:

Montaban animales grandes y cuando llevaban mantas y carabinas la gente decía que iban a buscar bandidos; tal vez se trataría de ladrones de gallinas campesinas, ya que los bandidos no eran muy abundantes (SM, 213).

La forma de actuar de la policía el texto la describe preferencialmente en términos de inhumanidad, con una aptitud permanente para matar (D, 99; HL, 110; OR, 201). En el conjunto de la narrativa encontramos que ella básicamente es temida (HL, 38, 65, 66); siempre tiene las de ganar pues sus miembros son considerados intocables, aunque actúen con abuso de poder e injusticia (CH, 64; HL, 166); el actuar que la define es la violencia (MV, 31), a veces la brutalidad gratuita, ni siquiera con finalidad funcional (SM, 218), "sobre todo" hacia "aquellos que no tienen respaldo alguno" (SM, 214). Cuando Aniceto está detenido en Investigaciones, el narrador nos comunica uno de sus pensamientos:

¿Quién le daría la primera cachetada, el primer puntapié? (SM, 214).

Además de su forma dura de proceder, tiene una lógica propia, una forma particular de razonar. Por ejemplo la del policía que llega a una casa a buscar un ladrón y encuentra sólo a su mujer y un niño. Después de interrogarlos acerca del paradero del ladrón, le dice a la mujer:

-Lo siento, pero es necesario que me acompañe.

-¿A dónde? -interrogó mi madre. Su voz, inesperadamente, se hizo dura.

-Al Departamento de Policía.

-Pero, por qué.

-Es necesario.

MI madre calló; preguntó de nuevo después:

-¿Y el niño?

El hombre me miró y miró de nuevo el bolsón de mis libros. Dudó un instante: su mente, al parecer, no veía claramente el asunto, pero, como hombre cuya profesión está basada en el cumplimiento del deber a pesar de todo, optó por lo peor:

-El niño también.

-¿Por qué el niño?

Nuevamente vaciló el hombre: el deber lo impulsaba, sin dirigirlo; por fin, como quien se desprende de algo molesto, dijo:

-Tiene que ir; estaba aquí (HL, 23-24).

Los imperativos de su función hacen que carezca del recurso verbal. Así encontramos: el gendarme que es monoslabo e imperativo en su modo de hablar (HL, 28-29); el oficial de policía que viene a disolver un grupo de trabajadores después de un mitin. En este último caso un obrero inquiriere sobre el por qué, el policía responde que tiene órdenes y el texto consigna:

Si el hombre agregaba cualquier otra observación o protesta, el oficial avanzaba el caballo hacia el grupo. No tenía, tampoco, muchos recursos verbales (HL, 119-120; cf. 125).

Tal característica forma parte de su modo íntimo de ser: un oficial ordena disolver un mitin,

con visibles deseos de echar mano al arma colgada de su cintura (OR, 62).

Es común en la narrativa que ciertos policías se conviertan en delincuentes y bajos delincuentes en policías (HL, 34-35, 219; SM, 227-228). Hay también repetida frecuencia en nombrarlos al unísono; en ocasiones la enumeración se extiende y entonces "policía", "patrones", "ejército" aparecen juntos, contrapuestos a la libertad (SM, 25)¹. Si a esta trilogía agregamos la burocracia, tenemos las bases del funcionamiento del sistema, que contribuyen a mantenerlo y darle estabilidad. Burocracia, ejército y policía tienen, de hecho, un lugar preferencial en su planificación (OR, 10, 15, 32).

Hay numerosos miembros de la policía que en su actuar amable subrayan la categoría de ser funcionarios que cumplen un papel adjudicado por mandato, como el gendarme que se dirige "con voz cariñosa" al niño Aniceto que está en un calabozo (HL, 30-32). Esto igualmente forma parte del rechazo al juicio moral. Lo podemos ratificar con otro ejemplo: en la historia del agente Victoriano Ruiz se descarta como explicación de la existencia del policía todo elemento de psicología individual. La suya es también una simple función.

A Victoriano se le transparenta el ser humano cuando debe ayudar a un ladrón manco que, mientras lo perseguía, es atropellado por una locomotora. Desde ese momento constata qué significa para los ladrones, cómo lo temen "y se sintió responsable". Se hace amigo del ladrón; se acerca a muchos otros, conversa largamente con ellos. Se desvanece el estereotipo que como funcionario se había forjado de los ladrones; se da cuenta que son personas que sólo no han podido cambiar de "oficio". En Victoriano se produce un proceso de humanización que consiste en tomar conciencia de sí mismo, de su situación, y de la humanidad de aquellos a quienes persigue: son seres con vivencias y sentimientos. Textualmente leemos:

1. Un texto dirá que esos tres elementos deben desaparecer en una sociedad cuyas bases sean el desarrollo pleno de la vida (SM, 15).

había descubierto al hombre (HL. 42-48).

Pero en verdad, quienes se apartan de la institución son casos excepcionales. La institución permanece escrutadora y activa (E, 122; OR, 409).

Esas dos cualidades nos ponen en contacto con otra característica de los organismos de protección del sistema. Pareciera que el texto nos hiciera un llamado de atención sobre la vigilancia permanente que realizan, muchas veces sin que nadie las perciba, pero que de un momento a otro pueden hacerse presente con toda su brutalidad. Tal es el caso del ejército. La trágica eficiencia de este aparato es puesta de manifiesto desde la primera página de La oscura vida radiante:

cada huelga cuesta días, semanas, meses, y a veces los milicos matan algunos huelguistas, los mataron en Iquique y los volverán a matar cualquier día, los pacos tampoco lo hacen mal, hay que defender la patria de estos rotos que sólo piden más comida; pasan hambre, se joden, pelean con la mujer y los hijos -¡qué tanta huelga, Juan!, ¡hasta cuándo, papá!, ¡cállense!-, y al final, regateando el centavo, les dan un aumento que no sirve de nada; la máquina está bien montada, Juan, o Pedro, o Santiago, o Miguel, los ingleses, los alemanes, los americanos, los franceses, los chilenos, todos son lo mismo, suben los precios, no han perdido nada, todo sigue igual (OR, 9-10).

A partir de uno de esos "asesinatos de trabajadores" realizado "por el ejército", leemos:

quizá no sería la única vez que sucedería eso y posiblemente había ocurrido antes (OR, 36).

Hay pequeños detalles que señalan otros aspectos perjudiciales de los militares para el país. Por ejemplo, no trabajan (HL, 228-229). Si esto lo comparamos con la tarea que realizan los obreros, se puede afirmar que los militares no crean valor. Son una forma de parásitos sociales que, como la Skúa de Mares libres, viven del trabajo ajeno.

b) El cuento Mares libres

Un aparato de violencia, con la característica de vigilancia atenta y permanente, lo encontramos en Mares libres.

No es éste el único elemento estructural del cuento. Algunos otros, por ejemplo ciertos discursos y la crítica a la acción limitada al discurso, los retomaré más adelante. Para no parcelar la narración, su análisis lo hago en una unidad. Adopto uno de los esquemas que me han servido para presentar otras unidades narrativas.

1. Resumen

El cuento está escrito en tercera persona. Los pájaros que viven permanentemente en alguna bahía del sur de Chile aseguran que hay escasez de pescado, por lo cual han decidido prohibir la entrada a esos lugares a los pájaros que vienen en la emigración anual. Para comunicar esta decisión a los emigrantes eligen a la Skúa -Gaviota Salteadora-, cuya sola presencia es temida por todos.

A medida que los pájaros emigrantes van llegando, la Skúa los cita a una reunión. Allí les da a conocer la decisión: deben marcharse y no volver más.

Cuando termina de hablar, concede la palabra a los afectados. Sólo después de unos instantes se atreven a hablar algunos. Primero el Salteador Chico de Cola Larga, pariente de la Skúa, luego un Cágüil, y finalmente un Petrel de Wilson, que no estaba oficialmente invitado a la reunión. Cada uno de ellos opone al de la Skúa un discurso en que desenmascara, en parte, la realidad: la misma Skúa nació en un lugar lejano y sin embargo no se la expulsa, los emigrantes no son absolutamente ajenos a esa bahía, no hay escasez de pescado.

La Skúa abandona la partida y huye cuando el Petrel proclama que lo único terrible es el crimen del fuerte contra el débil.

Finalmente un miembro de los pájaros que viven perma-

nentemente en la bahía pregona la libertad de los mares y todo continúa siendo como antes.

2. Elementos que estructuran la narración

Hay dos elementos que destacan en la estructura de este cuento: ciertos grupos de pájaros y siete discursos que realizan miembros de esos grupos e individuos aparte.

a) Grupo de pájaros

Ellos constituyen los personajes que polarizan la narración y son los siguientes: pájaros que se autoatribuyen la propiedad de un territorio; pájaros emigrantes; un pájaro que se sitúa entre estos dos grupos pero que en gran parte de la narración se ubica en el campo de los intereses del primer grupo y aparece como su representante; pájaros de tierra, semi-espectadores, uno de cuyos miembros se pronuncia por el segundo grupo; y un pájaro que aparece aparte de todos los grupos pero que en forma conciliadora se pone de parte de los emigrantes.

1) Pájaros que se autoatribuyen la propiedad de un territorio: forman un solo grupo. La primera característica que se nos da de ellos, en el párrafo inicial del cuento, es indirecta y está entremezclada con las características de la Gaviota Salteadora. Tienen cierto grado de perversidad: entre ellos, la Gaviota Salteadora es sólo "la más desalmada" (X, 339); también en forma de insinuación, al concluir el mismo párrafo, se anota otra característica negativa: no saben elegir a sus representantes, aunque esta característica, es verdad, los asemeja a muchos otros (X, 339).

Dos son sus actividades prevaletientes: pescar y comer. Ambas realizadas con peligro: en otros momentos que el presente de la narración la Skúa puede arrebatárles lo que han pescado. También destaca en su actuar la acomodación automática a la corriente que domina como interpretación de la realidad.

Para resolver una situación que consideran peligrosa para sí mismos, recurren a alguien de mala reputación, la Skúa. Este personaje los llama "hermanos de la costa" (X, 342 y 343), pero en su reflexión interna, cuando está arrepintiéndose de ser su representante, los considera "pobres diablos pescadores de sardina" (X, 346).

2) Pájaros emigrantes: en su mayor parte están agrupados, pero existen también individuos autónomos; los pájaros que se autodefinen dueños del territorio los consideran extraños a esa tierra porque no han nacido en ella; los catalogan como aprovechadores que vienen ahí solamente a comer (X, 343). En relación a la Skúa presentan dos características sobresalientes: el temor y la reticencia. Por ejemplo, cuando la Skúa enfrenta con su saludo seco y corto a una bandada de cágüiles, el jefe de la bandada

responde sin entusiasmo.

La Skúa avanza un paso; el cágüil retrocede tres. Delante de la Skúa no tiene figura: aquel cuerpazo lo domina, ese pico de matarife puede matarlo de un golpe <...> sabe que de una Gaviota Salteadora no se puede esperar nada que haya que agradecer (X, 340; cf, 341).

No obstante ese temor y debilidad ante la Skúa, estos seres no se muestran totalmente dóciles. El mismo cágüil, ante la notificación para la reunión que hace la Skúa, se atreve a plantear la desobediencia al poder que en ella se encierra (X, 341).

A ellos se les da una característica positiva en contraste con la Gaviota Salteadora y un pariente de ella: los emigrantes son "los honrados" (X, 344).

Tienen dificultades para expresarse e incluso algunos, por sus condiciones de vida, prácticamente no pueden hacerlo (X, 345-346). El que entre ellos se atreve a hablar y presenta contra-argumentos a los de la Skúa, lo hace venciendo obstáculos (X, 344-345).

3) Pájaros semi-espectadores: son los pájaros de tierra, no

comedores de pescado. Por un lado leemos que no les incumbe el problema y que no fueron citados (X, 341 y 345), pero en otro lugar, en boca de la Skúa, se afirma que ellos también debían asistir (X, 345). La intervención de uno de ellos -el Runrún- viene a confirmar una argumentación indirecta del Cágüil: los emigrantes no son tan extranjeros a ese lugar (X, 345); otras palabras de este grupo se encuentran en un diálogo entre el Runrún y el canastero, antes del párrafo final, y que contiene una de las claves de la narración. Más adelante me detendré en este diálogo.

4) Un individuo autónomo "arrogante": doy esta denominación al Salteador Chico de Cola Larga, según términos de la propia narración (X, 341 y 344). Es el primero que se atreve a enfrentar a la Skúa y desenmascara su posición; es el único capaz de hablarle directamente, de tú a tú.

5) Un individuo "espiritual": doy este nombre entrecomillado al Petrel de Wilson, basado en la descripción del texto. Se presenta su existencia como un hecho a tal punto sorprendente que las primeras palabras que pronuncia se pierden:

La que se oye es una voz extraña y más que voz parece el susurro del viento, pero de un viento solitario, un viento de desierto o de alta mar. En el primer instante, todos se miran entre sí, sorprendidos, sin saber si aquello es realmente una voz o sólo un sonido. ¿Puede alguien hablar así?

-... no somos pescadores -se oye-. Como los picaflores de tierra, los Petreles de Wilson nos alimentamos de la flor del mar, una flor que los otros pájaros marinos no ven, así como los otros pájaros de tierra no ven lo que los picaflores encuentran entre los pétalos de las flores. Comemos plancton y, como el Runrún, que no es comedor de pescado, no tengo nada que hacer aquí. He venido sólo porque me han invitado (X, 346).

En un comienzo su discurso es directo, apunta sin rodeos a la Skúa: los petreles nacen en el mismo lugar que las skúas y allí éstas matan a las crías de los petreles (X,

346).

Al resto de su discurso volveré más adelante.

6) La Skúa: es el personaje en quien se centra la narración.

Su presencia abre y concluye el cuento. Desde la frase inicial, produce en el lector un sentimiento de rechazo. Esta misma frase anota sus dos características preponderantes, que son un poder de fuerza y una función de vigilancia:

La Skúa, entre pardo y ocre suclo la color, vivísimo el ojo, ancha de pecho, pico de matarife, vuela y revuela sobre la bahía (X, 339).

Las dos frases que continúan vuelven a insistir en esa función de vigilancia y en su capacidad para actuar por la fuerza, a las que se agrega el hecho de alimentarse gracias al trabajo de otros:

Desde donde vuela y revuela todo lo vigila y lo ve; ningún movimiento se le escapa. Distingue a los peces bajo el agua y a los pájaros sobre ella y sabe quién se lanza sobre la presa, qué presa es y si tiene suerte... la presa o el pájaro. Si el bocado es bueno y el pescador lo consigue, siente un estremecimiento y las alas tienden a lanzarla hacia el afortunado (X, 339).

La segunda parte de este párrafo nos da a conocer otra función de la Skúa, una momentánea, que debe cumplir en la mayor parte del presente de la narración: es representante de los pájaros que se autoatribuyen la propiedad de la bahía. La vigilancia que realiza en este presente ya no es para procurarse alimento sino que va unida a esa otra función, la de ser representante (X, 339).

El tercer párrafo vuelve un poco atrás y nos recuerda nuevamente cuál es el estatuto permanente de la Skúa: salvadora de los que trabajan (X, 339).

Hasta el momento, la narración nos ha entregado cuatro características de la Skúa: vigilancia, poseedora de un poder de fuerza, vive del trabajo ajeno, momentáneamente es representante de quienes se autodefinen dueños de un lugar.

Los párrafos sexto, séptimo y octavo agregan otra: es incapaz de pensar. Cuando ve comer a aquellos pájaros, el texto deja constancia de su vivencia interior:

"Nunca han comido tanto como hoy", intenta pensar, mirando hacia abajo.

Y no se equivocaría si llegara a pensar así: los pájaros, aprovechando la tregua, se atiborran.

"Supongo que no se habrán burlado de mí, intenta pensar de nuevo (X, 340).

Esta incapacidad para deliberar, que la convierte en un instrumento de aquellos a quienes representa, se ve igualmente en el comienzo del discurso con que notifica a los pájaros emigrantes que deben abandonar ese espacio:

-Los hermanos de la costa aseguran que cada día hay menos pescado en estos mares. No me consta, pero ellos lo dicen <...> (X, 343).

La única vez que el texto dirá que "piensa" es en las consideraciones que hace después de su discurso. Allí encontramos también: una vez más, su estatuto permanente; el dato que no hay comunidad entre este representante y sus representados; la insinuación que ella igualmente podría ser representante de otros:

Su discurso ha terminado. Carraspea de nuevo y espera. ¿Quién hablará?, se pregunta a sí misma. Piensa que ella debe defender la causa, a pesar de que es salteadora y no trabajadora. Trabaje quien trabaje, ella siempre tendrá qué comer: es la suerte de los representantes; pero los representantes deben defender la causa de los representados, aunque no crean en ellos ni les interese (X, 343).

Nunca habla en su propio nombre. Propios tiene sólo algunos balbuceos de pensamiento. Esto podemos conectarlo con la manera particular en que habla. Lo hace con especies de comunicados, en forma breve; las palabras más características que emplea el texto para referirse a su hablar son: "grazna", "mascuila", "responde gravemente", "rezonga",

"gruñe", "grita", "carraspea y alza la voz", pregunta "sordamente", su voz adquiere "mayor ferocidad".

Relacionada con esta característica hay otra, que deja una impresión paralizadora. La encontramos en el siguiente párrafo, que corresponde al primer semi-cuestionamiento de la reunión:

-¿Y si no queremos ir?
La Skúa prorrumpe en un atroz graznido:
es una carcajada y los cáguiles sienten
desgarrárseles los tímpanos. Si aquello es
una carcajada, ¿cómo será un lamento o una
injuria? (X, 341).

Posee un esquema rígido por el cual se guía. Si las cosas se presentan fuera de ese esquema, pierde gran parte de su seguridad y sólo le caben tres respuestas: el silencio, el ataque o la huida. Después que ha terminado su primer discurso, ella

cree que nadie se atreverá a tomar la palabra, cuando se oye una voz que dice con firmeza:

-Oye...
Es el Salteador Chico de Cola Larga.
-Oye -repite, dirigiéndose a la Skúa-;
¿dónde naciste tú?
La Skúa, sorprendida por la pregunta,
no contesta.
-Te pregunto que dónde naciste.
-Pues allá, hacia el sur, en la Tierra
de Graham... -responde, un poco atraganta-
da, la Gaviota Salteadora.
-¿En la misma Tierra de Graham? -insiste
el Salteador Chico.
La Skúa vacila:
-No, más allá, en la Tierra de Hearst.
Su voz ha perdido tono.
-¿Y por qué no te quedaste allá?
La Skúa no contesta (X, 344).

Discursos que la enfrentan y argumentos que deshacen la causa que representa la dejan inerte. Así, cuando el Petrel de Wilson, declarando que él ha nacido en la Tierra de Hearst, la mira fijamente y le pregunta:

-¿No es cierto, Skúa? <...>.
El representante desvía la mirada y no

contesta. Empieza a darse cuenta de que dentro de un minuto, de dos o de tres -todo dependerá del Petrel-, se verá obligada a hacer cualquiera de estas dos cosas: matar o huir. <...>. ¿Por qué se habrá metido en esto? ¿Quién le mandó ser representante? (X, 346).

b. Los siete discursos

1) Discurso de la Skúa en cuanto representante: notifica el problema de sus representados y la solución: no hay suficiente alimento; el que hay pertenece a los que nacen allí; los emigrantes deben irse y nunca más volver (X, 343).

2) Discurso agresivo-defensivo del Salteador Chico de Cola Larga: dirigido en primer lugar a la Skúa y luego a quienes se autodefinen como propietarios; es contradiscurso que desenmascara la situación de la Skúa, la desautoriza y revela una contradicción en su argumento: pretende echarlo quien tampoco ha nacido en esos mares (X, 344).

3) Discurso defensivo del Cágüil: habla por su grupo y se dirige a todo el auditorio; está compuesto por numerosas preguntas que considera sin respuesta, pero entre ellas, dos indican un camino de solución: "¿de dónde es uno? ¿Del lugar en que nace o del lugar en que vive?" (X, 345).

4) Discurso confirmativo del Runrón: viene a corroborar argumentaciones del Cágüil; habla por su grupo; se dirige a todo el auditorio (X, 345).

5) Discurso espiritualista-utópico del Petrel: se dirige en primer lugar a todo el auditorio, luego breve y directamente a la Skúa, y finalmente de nuevo a todo el auditorio. Este discurso es el que recibe la más larga introducción. En él destacan tres cosas: denuncia que el peor pecado es el crimen del fuerte contra el débil, planteo de la imposibilidad para ellos de cambiar tal situación y llamado directo a dejar libres los mares (X, 346-348).

El rasgo espiritualista de este discurso se constata en

los siguientes elementos: a través de él se expresa alguien que continuamente se plantea como no perteneciendo a la realidad inmediata, como estando aparte de ella -lo dice el Petrel de sí mismo y así lo refiere el texto-; presenta la realidad como fija, sin posibilidad de ser cambiada, abandonada en sus problemas a la benevolencia de algunos actores; es incapaz de hacer una interpretación concreta de la realidad, limitándose a yuxtaponer los datos que de ella se obtienen, básicamente la existencia del crimen del grande sobre el débil, la abundancia de recursos para mantener la existencia, y la conclusión que nada tiene importancia (X, 347).

El Petrel sitúa el problema fuera de las relaciones entre los grupos concernidos, relaciones que por un momento se convirtieron en antagónicas por elección de un grupo que se quiso adueñar del lugar. Su discurso no tiende a abolir esa situación sino sólo lograr una igualdad otorgada por el grupo que quiere prevalecer. El llamado es notorio:

-Hermanos de la costa: dejad que los pájaros vayan y vengan aquí o que coman allá (X, 348).

Pero estos elementos no agotan el discurso del Petrel. Hay en él otros que permiten denominarlo utópico, en cuanto contiene cierta crítica a la situación y señala lo que podría ser, aunque se detiene en una solución parcial, reformadora.

En el discurso del Petrel hay constatación y crítica de una situación de injusticia y desigualdad por el dominio del fuerte sobre el débil, es decir, su lenguaje no es meramente teórico sino que tiene raíces en la realidad. De hecho, el esquema en que se basa para hablar está tomado de la realidad concreta que los circunscribe, de la vivencia propia de cada uno y de todos en conjunto. El valor ideal a que apunta es terminar con esa situación que acarrea el dominio del más fuerte, pero como a eso no se puede llegar, sostiene la necesidad de contentarse con aceptar y continuar en la situa-

ción presente, sin agravarla.

6) Breve discurso de la Garuma, que proclama la libertad de los mares y continuación del orden existente: el discurso está dirigido a todos -exceptuando la Skúa y el Petrel, que ya han partido-; es importante retener que es pronunciado por un miembro del grupo que se había autoproclamado dueño del territorio (X, 348).

7) Breve discurso crítico del canastero: está contenido en un diálogo entre dos personajes, ya terminada la reunión. Este discurso queda balanceado entre las palabras finales del Petrel -los hombres son felices y pueden arreglarlo todo con su conciencia- y la constatación que la Skúa permanece. El Canastero hace ver que en el Petrel hay cierta dicotomía, perceptible en el hecho que no tiene una imagen estructurada del mundo ni un sentido de totalidad. La reunión definitivamente ha terminado:

El Runrún vuela hacia el filo de la barranca y se reúne allí con el Canastero.

-¿Vamos?

Viven en la misma laguna.

-Vamos.

-¿Qué te pareció el Petrel?

-Sabe mucho de las cosas de la mar -asegura el Canastero con su voz de obrero manual-, pero parece que no entiende nada de las cosas de la tierra (X, 348).

Haciendo una síntesis de estos discursos se puede decir: en algunos destaca la secuencia pregunta-respuesta, donde generalmente no hay respuesta a las preguntas; todos tienen concepciones distintas de la realidad. Veamos unos ejemplos de este último aspecto:

- discurso de la Skúa: la realidad es interpretada y asumida desde el punto de vista de los pájaros que se autoatribuyen la propiedad del territorio; en esa interpretación la realidad es percibida en forma estática, deformada;
- discurso del Cágüil: concepción opuesta a la anterior, nos llega en el modo interrogativo; sus cuestionamientos trascienden la apariencia inmediata de la realidad;

- discursos del Salteador Chico y del Runrún: contienen elementos de percepción crítica sobre la realidad que se les quiere imponer;
- discurso del Trabajador: él está ausente y su visión inmediatista de los problemas llega por intermedio del Runrún: "Dijo que si todos trabajáramos más y hablásemos menos, las cosas andarían mejor para todos" (X, 345);
- discurso del Petrel: especie de predicación edificante y moral: se opone a la interpretación de los pájaros que se autodefinen dueños del lugar, pero no toma en cuenta los otros discursos oposicionales: bastándose a sí mismo, una vez realizada su predicación se va; a pesar de la amplitud que parece tener -"mira hacia el mar, pero muy hacia adentro, más allá de la línea del horizonte, mucho más allá aún" (X, 348)- se supone que su conocimiento del mundo es restringido.

Cada discurso tiene, por su parte, una fuente distinta en la cual se nutre: el de la Skúa, son los pájaros que se autoatribuyen la propiedad del lugar; el del Cágüil, es su experiencia de vida.

3. Características generales del vivir descrito

a. Relaciones descritas

Textualmente no aparecen relaciones internas dentro de los grupos de los protagonistas; la única relación entre los grupos momentáneamente antagónicos se efectúa por intermedio del representante de uno de ellos. La relación que todos mantienen con este representante es de distanciamiento, por recelo y temor. Los representados subrayan su diferencia y separación cuando se ríen del apelativo familiar, "queridos", que la Skúa usa para dirigirse a ellos y le piden que prescinda de él (X, 342); la tratan como mero instrumento del que se desentienden cuando ya no es útil a sus propósitos (X, 347).

Es interesante hacer notar que los pájaros que quisie-

ron adueñarse del lugar sólo hablan dos veces y con escasas palabras, si descontamos aquellas en que la Skúa habla en su nombre. La primera vez es para hacer notar aquella distancia entre ellos y su representante, y la segunda para adaptarse a la situación que ha prevalecido. Los tres personajes que deciden el desarrollo de los acontecimientos -la Skúa, el Salteador Chlco y el Petrel- son seres autónomos, no forman parte de un conglomerado, tienen cierta imagen de sí mismos (X, 344, 346-347). Afirmación semejante podemos hacer sobre el Canastero, que no acepta en toda su amplitud el discurso del Petrel y expresa una visión crítica de la realidad.

No obstante lo afirmado en páginas anteriores, me parece que hay algunos signos que permiten entrever cierta relación en el interior de algunos sub-grupos: el Cágüil habla de "nosotros" y, aún más, esto lo hace después de corregirse de haber dicho primeramente "yo". Es decir, estamos ante un individuo que se experimenta como perteneciente a un conjunto cuya conciencia se traduce en un "nosotros". De ahí podemos concluir que el primer conjunto en el que se produce la resistencia es uno en el cual sus miembros no están absorbidos en una colectividad sino que constituyen entre sí una comunidad caracterizada por relaciones que permiten mantener la individualidad. Cosa semejante encontramos en el Runrún, de quien se dice claramente ser un individuo que pertenece a una comunidad, que habla de su experiencia propia y de la de su comunidad.

La relación antagónica entre los dos grandes grupos se diluye y el único antagonismo que queda, sin que el texto lo diga expresamente pero que es fácil deducir, es el de todos con la Skúa.

b. Dificultades en el vivir

Me refiero especialmente a dificultades permanentes, algunas de las cuales aparecen en forma difusa, no especificadas abiertamente: el acecho de alguien que arrebatara el alimento a quienes trabajan para conseguirlo; los capacita-

dos con la fuerza tienen cierto poder sobre los que trabajan y sobre los que son débiles; quienes son amenazados de expulsión tienen algunas dificultades para expresarse; el crimen y el robo no pueden ser extirpados; dificultades para conocer, sintetizadas en las preguntas que no tienen respuesta. Esta última dificultad no se da a un nivel teórico sino práctico, concreto. La falta de respuesta es a cuestiones planteadas por la realidad:

Nosotros, es cierto, no hemos nacido en estas costas, pero, ¿tenemos nosotros la culpa? ¿Sabe alguien, con seguridad, por qué emigran algunos pájaros? No. Nosotros tampoco. Y si nadie lo sabe, ¿por qué va a ser nuestra la culpa? Además, ¿de dónde es uno? ¿Del lugar en que nace o del lugar en que vive? No hay, en toda la región en que los cágüiles de cabeza oscura nacen, un solo lugar que lleve su nombre; sin embargo, lo hay en estas costas. ¿Por qué lo hay, si somos extranjeros, o afuerinos, como dice la Gaviota Salteadora? ¿Quién puede contestar estas preguntas? Nadie (X, 345);

¿Qué hacer? No podemos hacer nada porque, como pájaros, no sabemos dominar nuestros instintos (X, 348).

Es necesario destacar la imposibilidad en el conocer por cuanto una realidad que no se puede conocer es una realidad sobre la cual no se puede actuar. El Petrel señala ese impedimento en palabras tras las cuales subyace una ironía:

Lo importante sería terminar con el crimen y el robo, pero esto es imposible; no tenemos conciencia, como la tienen los hombres, y eso nos impide hacerlo (X, 348).

4. Características generales del mundo descrito

El mundo aparece regido por un algo que está sobre la voluntad, la libre decisión de los seres que pueblan la naturaleza:

- la serie de preguntas sin respuesta sugiere que un determinante ajeno a ellos mismos conduce su vida y todo lo que les concierne;

- la no culpabilidad en el modo de ser demuestra otro tanto. Por ejemplo, refiriéndose a un sentimiento de la Skúa, el texto consigna en medio de la intervención del Petrel:

Huirá, pues. Sabe que no tiene la culpa
de ser como es, así como el Cágüil no la
tiene de nacer en otra tierra (X, 347).

Este párrafo sitúa a la Skúa como no totalmente aparte de la suerte de los otros. Esto permite deducir que estamos en presencia de un sistema -de conformación no muy clara- que determina el modo de ser, el actuar y el padecer de quienes en él habitan. Esta suposición se refuerza si nos damos cuenta que Mares libres no es un cuento que trate de los buenos y de los malos, donde la bondad y la racionalidad triunfan sobre el mal. El asunto es más complicado y muestra que hay una fuerza que escapa al control de todos. Dos veces se nos dice que la causa del mal no está en el representante. Al párrafo recién citado podemos agregar este otro:

<...> todos los años, las gaviotas salteadoras matan centenares de petreles. ¿Por qué? Ni ellas mismas lo saben (X, 347).

Las posibilidades de elección son muy escasas, e incluso en ese margen pequeño hay constreñimiento: cuando habla el Petrel, la Skúa se empieza a dar cuenta que

se verá obligada a hacer cualquiera de estas dos cosas: matar o huir (X, 346).

Los individuos no son culpables. Hay una cierta manera de ser que les ha sido impuesta y a la cual deben someterse.

5. Posibilidades de cambio en el mundo descrito

Los seres del mundo descrito se consideran a sí mismos imposibilitados para cambiar su situación. Prisioneros de un determinismo, no pueden concebir un cambio que vaya más allá

de la vuelta al orden anterior. No alcanzan a visualizar otro orden donde no exista dominio brutal de uno sobre muchos y los problemas fundamentales obtengan respuesta.

No obstante, el mundo de la narración no es absolutamente estático, muerto. En él hay movimiento de situaciones.

En primer lugar tenemos que en la realidad descrita casi hubo algo, un vuelco contra los que aparecen más débiles, pero varios de ellos, y definitivamente gracias a un débil, distinto a todos y más pequeño que todos, desbaratan el encargo del representante y la situación vuelve a la normalidad, aunque esta normalidad incluye la presencia y acecho permanente de la Skúa.

¿Por qué no alcanzó a producirse el vuelco? Una respuesta que podemos deducir de la narración es que la Skúa no alcanza a tener el control de la totalidad del universo:

- alguien invita a otro sin consultarla;
- su pariente se le vuelve en contra;
- no puede impedir el discurso del Petrel;
- su poder inhibitor no tiene un alcance total: el Cágüil se atreve a cuestionarla desde un comienzo, desde la notificación de la reunión.

A pesar de tener el poder de actuar con violencia, no ha podido ir más allá del discurso y un discurso la hace desistir de su encargo inmediato.

Otro elemento que puede dar razones del no vuelco es que los débiles, a pesar de numerosas expectativas en contra, llegaron a intervenir. Ya no ocurrió lo de siempre, aquello no se limitó a una "discusión entre ladrones", los "honrados" participaron y se interpusieron a la realidad que se les quería imponer.

Esta intervención es un cambio importante, puesto de relieve por cierta estructura del texto: los cuatro discursos pronunciados en contra de las pretensiones representadas por la Skúa van introducidos por ciertas dudas de que alguien vaya a atreverse a hablar, a replicar (X, 343-346).

A fuerza de discursos se logra reafirmar un orden y se

impide que éste se vuelque definitivamente contra un grupo. Los discursos han impedido que se impusiera un orden apoyado por la fuerza bruta y servidor del interés de un solo grupo. Pero esta palabra -la crítica por la sola palabra- no es capaz de más, no puede cambiar el mundo. Si con la palabra lograron detener un cambio que se les venía en contra, ¿qué hubieran podido hacer si hubieran actuado concretamente?

No tienen proyectos futuros para superar la situación problemática, en una acción donde fueran actores. Sólo nombran dos eventualidades, pero fuera de su alcance: el cambio podría realizarlo alguien indeterminado, procedente del mundo externo (discurso del Salteador Chico); el cambio sólo es posible en otro universo, al cual ellos no pertenecen (discurso del Petrel).

Pero no todo es equilibrio y estabilidad perfectos. Hemos visto un elemento nuevo, positivo, en la intervención de los débiles. A él debemos agregar uno de connotación negativa: algo ocurre también en la Skúa. A pesar de su huida y el relativo triunfo de los débiles, la narración no termina con un final lógico, como sería en la proclama de la libertad de los mares -que esperaríamos entre signos exclamativos- y la unión de todos en una comunidad. Sólo leemos:

-Hermanos: mares libres. Nada ha cambiado (X, 348).

La narración prosigue aún con la crítica del Canastero y sólo termina con la advertencia que la Skúa permanece vigilante:

La Gaviota Salteadora, muerta de hambre, vuela y revuela sobre la bahía (X, 348).

La frase final mantiene la función dada al comienzo del cuento, pero hay algo que cambia: ahora se la designa sólo "Gaviota Salteadora", como si la narración quisiera insistir en la función propia que tiene en el mundo. Además, se ha agregado una fórmula que la sintetiza: "muerta de hambre".

Otra diferencia entre la descripción de este corto pá-

rrafo con el largo inicial es que aquí al final aparece desvinculada de aquellos a quienes representaba. Está sola con su hambre. En la primera página esa hambre está en segundo lugar, subordinada al hecho de ser representante. Si antes vigilaba para su especie, ¿para quién vigila ahora? ¿Tal grado de autonomía alcanza que ahora vigila para sí?

c. El sistema es violento y represivo

En forma directa por la forma de actuar de la policía y del ejército, en forma más o menos indirecta por el modo de llevarse a cabo la burocracia y realizarse el trabajo, es posible afirmar que la sociedad descrita es violenta y represiva. Una síntesis de esta realidad la hemos visto en Ma-res libres, donde la mayoría de los personajes están constreñidos por le trabajo, la urgencia de comer y la permanente amenaza de alguien que vive del trabajo de ellos.

El constreñimiento es un elemento esencial de la circunstancia de vida de los seres en quienes más se interesa la narrativa. Además de los apremios directos del trabajo y del comer, tenemos aquellos que derivan de su relación obligada con la policía y con quienes tienen el poder de dar trabajo; debemos agregar cierto acuciamiento en las relaciones de las mujeres con los hombres para no quedar abandonadas.

La libertad que tienen los seres cuya vida gira y se programa alrededor del trabajo, recuerda esta observación de Marx: el trabajador se ve "socialmente obligado a vender todo el tiempo de su vida activa, su capacidad misma de trabajo, por el precio de sus medios de subsistencia"¹.

La globalidad de su existencia deja de pertenecer al trabajador. El capitalista compra al obrero su "fuerza de trabajo" puesta en actividad; por su parte, el obrero "convierte el dinero recibido a cambio de su fuerza de trabajo,

1. MARX (1978), volumen I, 327.

en medios de subsistencia" que a su vez reconvierne en fuerza de trabajo. Todo este intercambio, al obrero sólo le sirve "para mantenerse vivo" y seguir trabajando¹.

Respecto a las normas que rigen tal tipo de sociedad, Marx habla de "legislación terrorista"² que impone una disciplina cuyos puntos de vista son los requerimientos económicos y no el ser humano. El sistema prescinde del hombre y se determina en relación a cosas abstractas. Pero ni siquiera las cosas son consideradas en sí mismas sino en cuanto mercancías, no en su valor de uso sino en su valor de cambio.

Capital y ganancia son criterios decisivos para programar la sociedad. La salud del obrero, sus condiciones de trabajo, son simples factores relacionados con la economía y empleo del capital; son uno de los coeficientes a tener en cuenta para incrementar la ganancia. Al trabajador se le utiliza bajo las condiciones más económicas posibles pues el valor de las mercancías que él produce está determinado por el tiempo de trabajo necesario contenido en ellas³. En tal situación, la "carne y sangre de los obreros" dan vida al capital⁴.

Esta es en concreto la violencia a que se somete al trabajador. El objetivo que se persigue también es concreto: extraer plusvalía, que está constituida por "determinada cantidad de trabajo impago" del cual se apropia el capitalista⁵. Marx especifica: al obrero no le pagan toda la cantidad de fuerza de trabajo que le absorben y, además, lo obligan a movilizar una cantidad de fuerza de trabajo mayor que la que él puede reponer; el capitalista se apropia cons-

1. MARX (1978), volumen IV, 199-200; cf. 138. Marx define la fuerza o capacidad de trabajo como "el conjunto de las facultades físicas y mentales que existen en la corporeidad, en la personalidad viva de un ser humano y que él pone en movimiento cuando produce valores de cualquier índole"; MARX (1978), volumen I, 203.

2. Ibid., volumen III, 922.

3. Ibid., volumen VI, 104-105; cf. volumen I, 277-365.

4. Ibid., volumen VI, 166; cf. volumen I, 327 y volumen II, 574.

5. Ibid., volumen VI, 246-247; cf. volumen I, 262; volumen II, 656-657.

tanamente de "trabajo vivo impago", es decir, por la totalidad del trabajo ajeno que él aprovecha, no entrega un equivalente¹. Ese trabajo gratis se denomina plustrabajo.

Lo anterior lleva a constatar que el producto del trabajo no es simplemente una mercancía, sino "mercancía fecundada con plusvalor"². Este hecho posibilita que el capitalista venda más caro de lo que compró y así realice la ganancia³. En otras palabras, "el plustrabajo contenido en la mercancía no le cuesta nada al capitalista", pero sí le cuesta trabajo al obrero. Es él quien "crea valor y entra en la mercancía como elemento creador de valor"⁴. Marx resume: "capital: valor que succiona la fuerza creadora de valor, medios de subsistencia que compran personas, medios de producción que emplean a los productores"⁵. El capital y su autovalorización son el "punto de partida y punto terminal", "motivo y objetivo de la producción"⁶.

Por su parte, la narrativa de Manuel Rojas, de diversas maneras nos entrega un sistema organizado de violencia. Al pueblo se le paga mal y se le estruja porque no tiene defensas adecuadas; siempre se impone quien "tiene la plata y el palo": éste es defendido por

policias, abogados, políticos, militares
(OR, 70).

El sistema violento se constata también en todos esos seres constreñidos a una sola actividad, en la que únicamente pueden buscar subsistir; su martirologio no registra sólo los obreros muertos en las protestas sociales sino también

los muertos de todos los días, los hombres
destrozados por las máquinas y el hambre
(SM, 182).

1. Cf. MARX (1978), volumen I, 280-281; II, 720-721, 741.

2. MARX (1978), volumen IV, 44. Cf. *ibid.*, 36, 201; V, 474; (1976), 361.

3. Cf. MARX (1978), volumen IV, 137-138.

4. MARX (1978), volumen VI, 48-49; cf. VIII, 488.

5. *Ibid.*, volumen II, 701.

6. *Ibid.*, volumen VI, 321; cf. 104 y 329.

Las preocupaciones sociales o asistenciales del sistema no proporcionan una posibilidad de vida. no abren ningún camino. De Berta, una mujer misérrima, se dice:

recibía, por la muerte de su marido y de su hijo en la mina -el cobre se iba, pero los muertos quedaban-, una pensión que le permitía ir muriendo semidecorosamente (OR, 187).

La violencia de esta sociedad recae especialmente sobre los trabajadores. Es en circunstancias de represión política, de pobreza, de delincuencia, que el texto anota:

<el proletario> nunca sabe de dónde vendrá el golpe, ya que el golpe le puede venir de todos lados (HL, 118).

El aparato represivo los vigila especialmente a ellos. es contra ellos que está preponderantemente dirigido. Múltiples son las probabilidades que tiene un trabajador para caer preso:

Es difícil que un hombre del pueblo no lo haya estado alguna vez o varias veces; son tantas las causas: desorden, embriaguez, equivocaciones, huelgas, riñas o pequeñas y a veces inocentes complicidades en hechos de poca importancia (HL, 132).

En tal sistema, "la única libertad" que conocen "no tiene más que minúsculas y es la que le dan a uno cuando termina la condena" (SM, 86).

La historia del sistema es de violencia. Cuando sus propietarios presentan la colonización de cualquier país o región como una empresa de culturización, el texto reacciona ante esta mentira: aquella pretendida acción benemérita no ha sido más que exterminio de aborígenes en el pasado y explotación de quienes hoy viven en esos lugares. Ese actuar exprime

hasta las últimas gotas de sangre y de sudor (OR, 293).

Ninguna tendencia creadora lo inspira. Colonizar es "enriquecerse con mano de obra barata" (OR, 293).

Quienes son dueños del país luchan "con todas sus armas, innobles casi siempre", para conservar ese dominio (OR, 413). Cuando el partido conservador peligra de perder el control del poder ejecutivo, se dice: "El gobierno va a soltar a todos sus perros" (OR, 425); en esos casos destronar, incendiar, matar, les es un recurso normal (OR, 428-430). El texto llega a plantear una identificación entre destruir y "ser conservador, liberal, nacional" (OR, 434).

A partir de tal contexto, podemos recordar que para Engels un cambio profundo en una sociedad semejante, supone acabar con el fundamento de su organización: la concentración de todos los medios de producción en manos de unos pocos y las relaciones que de ahí derivan. Entonces será posible "hablar de libertad" porque el Estado, en cuanto institución represiva, "dejará de existir". La organización que se adopte no estará destinada a gobernar y controlar las personas sino a administrar las cosas y las operaciones de producción¹.

d. El sistema goza de estabilidad

Con un orden, un poder y un control como los que hemos puesto de relieve, no es extraño que el mundo descrito disfrute de una extensa estabilidad y que la mayoría de los personajes se adapte a él. Es materia a la cual ya me he referido numerosas veces. Ahora sólo queda por hacer algunas precisiones de síntesis.

Hay una serie de textos en que se nos presenta la columna de la ciudad y donde percibimos la invariabilidad del sistema en la concreción de la vida cotidiana, en el trabajo no creador que procura una existencia miserable (OR, 31, 282-308); las circunstancias que enmarcan la existencia de los seres mutilados son permanentes. Este es el sentido que cobran las situaciones de quienes están restringidos al presente, sin que puedan vivir ese presente. Este se resume en

1. ENGELS (1975g), 472; (1977c), 317.

tres realidades inalterables : angustia, miseria y tragedia (D, 97-99).

Hay también la permanencia más global de una situación de injusticia, de violencia y de despojo. Por ejemplo, Aniceto va en tren por las tierras del sur, mira hacia afuera y constata que, hombres y paisaje, "todo está igual", en particular los indios, sufrientes de una expoliación definitiva (OR, 320); contempla la gente del sur que en los pueblos "fuman y miran pasar el tren, fuman y miran pasar el tren, fuman y miran pasar el tren", y siente deseos de invitarlos para el norte, donde hay más sol,

pero no vendrán, no, patrón, tenimos que hacer, entre nosotros el que viaja es el patrón, nosotros, firmes aquí, ¿para qué ir al norte?, estaríamos lo mismo que aquí (OR, 321);

luego el texto resume la venida de los españoles y la llegada de los colonos alemanes: los cambios que han producido estos acontecimientos son la instauración, permanencia y extensión de una situación negativa.

La noción de permanencia que elabora la narrativa se refiere precisamente a esa situación negativa pues en el mundo que ella describe el tiempo no es estático ni cíclico sino lineal. El tiempo transcurre realmente, aunque a veces sea imperceptible, y a la esencia de ese transcurrir pertenece el cambio. Pero este cambio no afecta positivamente a los individuos en quienes se interesa el texto: la aparición de hechos nuevos refuerza el dominio de unos pocos, hace más eficaz la represión contra los que pretenden una transformación total (OR, 323-325). El resultado es: seguridad y estabilidad para el sistema; inseguridad e inestabilidad para el trabajador, que es convertido en un ser sin importancia, prescindible.

No obstante, la permanencia no es indefectible. Es sólo pautada, organizada. El agente de transformación existe:

el albañil sigue de albañil, el panadero con lo suyo y para qué hablar del mecáni-

co, del carpintero y de los demás; siguen y seguirán así, nada cambiará, las voces que suenan en todas partes diciendo que todo o algo va a cambiar, no dicen la verdad, mienten, mienten a sabiendas o por ignorancia, la oligarquía, los patrones, los ministros, los presidentes y candidatos a presidente, mienten. Nadie va a cambiar nada: Tú, panadero, o tú, carpintero o mecánico, eres el único que podrías cambiar algo o todo. Mientras alguien pueda vivir de tu trabajo, seas tú obrero o campesino, vivirá, y vivirá sin el menor remordimiento por ello, al contrario, hará lo posible para que siempre sea así (OR, 350).

e. El cimiento del sistema está en las cosas, no en los seres humanos

El narrador describe un sistema donde los valores supremos son la propiedad privada, la libertad de comercio, la extracción de fuerza de trabajo, la obtención de ganancia, pero no el ser humano.

Como en dicho sistema la propiedad es más fundamental que la vida:

<el ladrón es> el ser más aborrecido de la sociedad, más aborrecido que el asesino, a quien sólo se le teme (HL, 205).

Los diversos elementos de la narrativa que nos muestran ese centrarse en valores extraños a los hombres, los podemos sintetizar en los seres dejados de lado porque no son útiles para la producción de mercancías.

1) Los seres humanos dejados de lado

Una sociedad de violencia, cimentada en la producción para obtener plusvalía, centrada en objetivos materiales, deja de lado a quienes no le son útiles. Así el texto agrega, a los seres mutilados que hemos encontrado en páginas anteriores, la existencia de otros seres que son apartados o no tomados en cuenta: ciertos enfermos, los niños y los ancianos.

Los enfermos de que se trata son los irrecuperables para el sistema de producción. Su situación se puede ejemplificar a través del cuento Un mendigo: el inválido es desechado automáticamente por el sistema; éste no está organizado para darle una posibilidad creativa. El texto, refiriéndose continuamente a él con su nombre completo, "Lucas Ramírez", subraya que estamos en presencia de un ser humano, de un ser único, pero que queda restringido a esas dos necesidades perentorias que ya conocemos: "un plato de sopa y un rincón" (G, 138).

En la novela Sombras contra el muro, encontramos un joven que en ningún lugar del sistema encuentra trabajo porque es epiléptico. Como el sistema está organizado en torno a la productividad y desde el punto de vista del desarrollo total del hombre, este enfermo queda de lado porque no sirve. Quien antes era

un obrero animoso y un sindicalista ferviente <...> ahora parece un ser que se está quemando (SM, 122 y 125).

Un último ejemplo es el de los enfermos mentales descritos en La oscura vida radiante. Están en una situación de muertos-vivos. Clave para definirlos es el párrafo en que se nos dice que en el lugar donde se encuentran, a nadie le puede ir bien. Es un espacio dispuesto para colocar a aquellos que no sirven:

un basural humano para restos y deshechos que nadie quiere, ni las familias, residuos de personas, de personalidades (OR, 199-200; cf. 191-194).

Los niños son seres que el sistema en ningún momento toma en cuenta para organizarse. Sobresale el hecho que el niño aparece, en un doble sentido, ligado al destino de sus padres. En primer lugar, ellos heredan cierta situación que no es muy fácil superar, como está resumido en la detención y fichaje de Aniceto niño (HL, 20-36) y reconcentrado en la expresión "hijo de ladrón" (HL, 29), que definirá largo tiempo su situación en la vida.

En segundo lugar, las posibilidades de los padres son las únicas que cuentan para los niños. La sociedad no los toma en cuenta como tales al fijar su estructura y funcionamiento. El desinterés y la indolencia de que son víctimas, se constata en su indefensa ante decisiones de la policía: Aniceto niño -el texto subraya su estado de niñez (HL, 20)- es detenido y fichado sin haber cometido ningún delito, simplemente por inercia de la corriente burocrática.

También lo vemos en el abandono y soledad de Aniceto y sus hermanos cuando muere la madre y el padre es encarcelado. Aquí encontramos un hecho bastante significativo: el padre es detenido en los momentos que robaba unas alhajas con las cuales pensaba subsanar la precaria situación financiera de su familia. O sea, para un propietario de alhajas hay solución, amparo, protección de sus bienes; para unos niños que quedan abandonados no hay nada previsto: "vean modo de arreglárselas solos y como puedan" (HL, 79), les dice el policía del Departamento, donde han ido a averiguar por su padre. Esa frase concluye un capítulo y es retomada y desarrollada en su significado concreto en el primer párrafo del capítulo siguiente: en dos meses deben vender o empeñar los muebles y las ropas para poder subsistir.

El niño que queda al desamparo o a merced de la benevolencia de quien quiera acogerlo, si sus padres mueren o desaparecen, es problema que vuelve en otros lugares de la narrativa (SM, 142-150). Si no hay quien los socorra, se suman a aquellos niños vagabundos que "se alimentan de cáscaras y duermen en cualquier parte en invierno y en verano", esos que en su existencia se asemejan a "animalitos" sin conciencia (PR, 248-249). Son otra especie de seres sin genealogía.

En la vida cotidiana los niños no son tomados en cuenta en su calidad de seres que realmente existen. En un matrimonio, por ejemplo, no se les ve como tarea sino como cosita mimosa que si no gratifica, estorba (PR, 123-124); suelen estar en la situación de aquellos de quienes se puede "disponer" y a quienes se puede "ordenar" que hagan cualquier

cosa (MV, 213). La realización de sus expectativas depende de la benevolencia de los adultos (SM, 146).

A esto último se debe agregar un hecho de gran importancia: el ritmo propio del niño no es considerado por los adultos, estando condenado a seguir el de éstos (SM, 232; OR, 270). Para captar el alcance que tiene tal situación, debemos considerar que hay una verdad del niño¹, un modo de ser que le es propio y que no es tomado en cuenta en la relación que con él se establece. Investigaciones de psicología evolutiva indican que el niño recorre en su crecimiento determinados estadios a los que corresponden una percepción de la realidad, un actuar y un sentir propios². Pero sus modos específicos no son respetados y los niños son sometidos a un "proceso de sujeción" mediante el cual se le incorporan todos los requerimientos de la sociedad: el niño debe encarnar multitud de "deseso ajenos"³. En el texto de Pancho Rojas leemos que los niños no son "libres" porque ya han sido "manoseados" por la "paternidad" (Y, 353).

Aniceto es uno de los personajes que no se pierde, de aquellos que logran subsistir con cierta integridad. De él sabemos explícitamente, entre otras cosas, que fue respetado en su niñez, tomado en cuenta, que sus padres no le coartaron el desarrollo de una potencialidad con la cual no estaban de acuerdo y que no se mostraba materialmente remunerativa (HL, 297).

1. Término empleado por MARX (1977b), 69.

2. Sin alcanzar a entrar en detalles, debemos recordar algunas de las obras en que PIAGET estudia, por ejemplo, la construcción de lo real en el niño (1967); su representación del mundo (1972); la formación de su juicio y razonamiento (1947) y (1978).

3. BRAUNSTEIN (1977), 62-103; cf. FROMM (1965), 154-160, 207. Para ambos autores, este proceso se realiza tanto en la familia como en la escuela. Un caso extremo lo encontramos analizado en la obra de SCHATZMAN, cuyos título y subtítulo son sintetizadores: El asesinato del alma (La persecución del niño en la familia autoritaria). La realidad propia del niño, distante e incomprensida por el adulto, ha sido seriamente expresada en una obra revestida de humor: BROUCK (1979); un informe de la posibilidad de diálogo con los niños, respetando su mundo, su razonamiento, lo podemos ver en LAING (1978).

Respecto a los ancianos, debo decir que su situación en el mundo descrito es negativa: económica, social y afectivamente están solos, abandonados (OR, 182), sin posibilidades de continuar el despliegue de sus potencialidades (D, 98; S, 289), ni siquiera cuando tienen una relativa seguridad financiera pueden acceder a actividades creativas, que les permita realizarse en la etapa propia que están viviendo (HL, 295); la máxima atención que les otorga el sistema es una cantidad de dinero que les permite vegetar (SM, 46-47; OR, 187). En el campo de la investigación social se señala que la soledad y abandono de sus existencias, la frustración y sufrimiento en sus vidas, revelan el fracaso de nuestro sistema¹ y son un reproche para esta sociedad².

Como la prerrogativa la tienen los conceptos de productividad, de utilidad y rentabilidad, no es extraño que una baja en la capacidad de fuerza física de trabajo conlleve rápidamente al fenómeno de apartamiento denominado vejez. Además, como la productividad está guiada por el deseo de enriquecimiento acelerado, al hombre se le extrae lo más rápidamente posible su fuerza de trabajo, y la consecuencia es el estado de vejez que comienza a edad prematura.

La sociedad deja fuera de toda actividad a los ancianos porque no le sirven. De esta manera sus capacidades se atrofian más pronto y más profundamente. Es posible preguntarse entonces si la senilidad y sus trastornos son consecuencia de la edad avanzada o más bien "un producto artificial de la sociedad que rechaza a los viejos"³. Este ser humano, aislado y "atomizado desde la infancia", que vive su vida adulta "encerrado y aislado entre átomos", sin participar en una vida de comunidad que el sistema hace imposible, valorizado por lo que produce o por la cotización que alcanza su personalidad, llega al final de la vida a un estado de exilio existencial⁴.

1. Cf. BEAUVOIR (1970b).

2. Cf. WOLTERECH (1962), 207-208.

3. BEAUVOIR (1970b), 603; cf. 325.

4. Cf. *ibid.*, 645.

Ernst Bloch señala que ya no se sabe aprehender las adquisiciones positivas de la vejez; que en la mayoría de los casos ésta no ha podido ser construida en base a una existencia activa; recuerda cómo numerosos pueblos de la antigüedad la consideraron una "plenitud de desarrollo", de manera que para ellos alcanzar tal edad era motivo de esperanza y alegría. La vivencia de esos pueblos iba más allá del respeto a los ancianos. Veían en ellos su propio triunfo, su propia grandeza y realización: "una sociedad que florece no teme, como la sociedad decadente, ver reflejarse su verdadero rostro en la vejez sino que se alegra de saludar su apogeo en ese rostro". La vejez tiene, como toda etapa de la vida, sus valores específicos. Pero no en un sentido acumulativo, de haber vivido muchas cosas, de tenerlas como propiedad muerta, sino en un sentido activo: en ella se es capaz de una mirada de conjunto, que abarca espacio y tiempo; quien vive su vejez puede ser sabio, es decir, ser capaz de experimentar el verdadero sentido de las cosas y convertirse en otorgante de sí mismo. Se alcanza una nueva juventud, que no es plagio de la primera. La vejez llega a ser una edad de "madurez cumplida, realizada", donde se tiene la posibilidad de no estar acaparado por las cosas, las mercancías, el utilitarismo. En ese momento es "más fácil dar que tomar"¹.

Niños y ancianos se unen para señalar la riqueza de una necesidad que nos es fundamental: la necesidad del otro, del diálogo, de la comunicación.

2) La producción de mercancías

Al efecto de este subtítulo sólo haré algunas puntualizaciones conceptuales.

Cuando se afirma que el proceso de producción está desvirtuado en un simple proceso de producción de mercancías, se está tomando también en cuenta que el objetivo no se detiene en una cosa. Lo que se persigue es la producción de

1. BLOCH (1977), 52-54.

mercancías que contengan plusvalor y por ende estén henchidas de valor de cambio¹. En tal programa, al hombre se le considera desde un único punto de vista : "Sólo es productivo el trabajador que produce plusvalor para el capitalista o que sirve para la autovalorización del capital"². Se crea la "mercancía humana"³ y el objetivo supremo llega a ser obtener plusvalía.

Los trabajadores se convierten en individuos sometidos, sin intervención alguna en la programación y decisión sobre lo que realizan. Su trabajo sólo expresa "una voluntad ajena que somete a su objetivo la actividad de ellos"⁴. De esta manera, en la sociedad productora de mercancías ocurren dos fenómenos íntimamente relacionados: el trabajador se convierte en un extranjero en medio de riquezas que él mismo contribuye a crear y el funcionamiento global del sistema se vuelve contra él⁵. El primero de estos aspectos es destacado cuando Aniceto sale de la cárcel, sin tener dónde ir:

no existía, en aquella ciudad llena de gente y de poderosos comercios, un lugar, uno solo, hacia el cual dirigir mis pasos en busca de alguien que me ofreciera una silla, un vaso de agua, un amistoso apretón de manos o siquiera una palmadita en los hombros (HL, 89).

2. Denominación del sistema

El interés de la narrativa, su objetivo, no es presentar acabadamente la estructura y funcionamiento de un sistema⁶ sino expresar al ser humano, a un determinado ser humano

1. Cf. MARX (1978), volumen I, 225-226, 279-280; II, 402, 616.

2. MARX (1978), volumen II, 616.

3. MARX (1977a), 72.

4. MARX (1978), volumen II, 403; cf. 395, 405; VI, 103-104.

5. MARX (1978), volumen II, 705; cf. III, 770-771.

6. En palabras de Goldmann, el universo imaginario no es una obra sociológica sino un texto de determinada estructura, donde existen "seres individuales y situaciones concretas": GOLDMANN (1970a), III; cf. (1959), 195-196.

sufriente y expectante. Para ello se centra en la descripción de su vivir, que está circunscrito en un sistema de relaciones.

Esto último nos permite afirmar que el sistema descrito es una sociedad.

Según una serie de datos que nos da su descripción, podemos avanzar un poco más en nuestra denominación del sistema. Aquí los hombres entran en contacto unos con otros no sólo por motivos afectivos sino también económicos: deben ganarse el sustento. Además, tanto las relaciones afectivas como económicas, son problemáticas, degeneran en la utilización de unos seres por otros para provecho individual, sin que se alcance a crear un nosotros. Ciertos elementos indican que en este sistema los hombres entran en relaciones obligas para lograr alguna utilidad, generalmente económica, quedando indiferentes unos a otros; el valor que se puede extraer de las cosas es lo prevaleciente: hay una división de los hombres entre poseedores de medios de producción y poseedores de fuerza de trabajo; una búsqueda afanada de plusvalía, por parte de los primeros, limitación a la subsistencia en los segundos. El conjunto de estos elementos permite afirmar que el sistema en que se efectúa el vivir descrito tiene rasgos de un sistema capitalista de producción.

El texto da su propio calificativo a tal sistema, siempre fijando la atención en cómo prescinde del ser humano, de la vida. Todo un capítulo de Mejor que el vino se dirige expresamente al lector para comunicarle tres experiencias que se supone también él ha tenido. Una se refiere al encuentro de un hombre y una mujer que se unen activamente en el amor; otra, a la creación que estos seres realizan en común: una nueva vida. Ambas experiencias están comunicadas en un lenguaje de fascinación, deslumbramiento y admiración. La tercera, en fin, constituye una síntesis del sistema:

-Sí, no me cuentes nada de eso, lo sé todo y sé también otras cosas: cómo, a medida que tenías hijos, aumentaba, junto

con tu amor por ellos, el terror de la pobreza -¿qué haré si sigo teniendo hijos?, te preguntaste-: todo subía de precio, parecía que los precios estaban subiendo desde el principio del mundo y tu sueldo y el de tu mujer alcanzaban apenas para vivir o no alcanzaban y tenías que pedir préstamos a algún amigo o a alguna institución, comprar a plazos la ropa, los muebles, la vajilla, y entonces decidiste, lleno de amargura, limitar tu familia, no seguir teniendo hijos; pero tu pasión era a veces más fuerte que tu temor a la pobreza y hubiste de llevar a tu mujer, pasado el instante de pasión y reaparecido el temor a la pobreza, a un cuchitril en donde pudiste ver cómo, aquello que era para ti algo sagrado y secreto, se convertía, era convertido en algo profano y público y tratado como un obrero municipal trata una cloaca, sí, y luego te la llevaste y ella lloraba y tú ibas destrozado, sintiendo que algo se había roto en tí, algo que no sabías con precisión qué era, pero que valía mucho. No, no me lo cuentes. Lo sé. Es la historia de innumerables parejas, la íntima y miserable historia de una civilización (MV, 170-171).

CAPITULO TERCERO

EFFECTOS DEL SISTEMA EN EL SER HUMANO. ENAJENACION

En la sociedad descrita el punto de vista organizativo no es el crecimiento del ser hombre sino un objeto que podemos denominar mercancía. En dicha sociedad se efectúa la realidad con que Marx comienza El capital: "La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un enorme cúmulo de mercancías"¹.

Este no es un hecho trivial sino de serias repercusiones.

El mundo descrito nos pone en contacto con seres que deben trabajar compulsivamente para poder comer, sobrevivir; ese trabajo acapara todo su tiempo de vida. En las circunstancias del trabajo, estos seres aparecen en listados de cosas. El vivir descrito se caracteriza por una gran dificultad en las relaciones, en la compenetración humana; en la mayoría de los seres no alcanza a haber una captación, un reconocimiento mutuo como personas de vivencias propias, que pueden necesitarse unas a otras más allá de la utilidad y crecer entre sí.

Tal fenómeno, en el que se producen "generaciones humanas atrofiadas"², forma parte de un problema más amplio que puede designarse mediante el término enajenación o alienación, y al cual se refiere el de reificación.

La extensión de mi trabajo no permite entrar en los detalles de las discusiones que suscita esta noción. Sólo quiero justificar que la utilizo porque la encuentro adecuada para expresar el conjunto de esos fenómenos que conducen

1. MARX (1978), volumen I, 43.

2. Ibid., volumen I, 324.

II. TENDENCIA A "OTRA RELACION"	410
1. La comunidad hombre-mujer	410
2. La comunidad entre todos los seres humanos	416
a. Comunidad y determinación por el ser humano	417
b. Comunidad de transformación	422
 A MANERA DE CONCLUSION	 425
 BIBLIOGRAFIA	 434
 INDICE	 447

III. SERES QUE NO SE ENTREGAN. EL SISTEMA

NO ES TODOPODEROSO	346
1. Ciertos ladrones	347
2. Seres Increíbles, vagabundos y pícaros	347
3. Un triunfo sobre el sistema. El cuento <u>El rancho en la montaña</u>	351
4. Los seres que no sucumben. Satisfacción positiva de las necesidades humanas	354
5. Recapitulación. Significado de los seres que no se entregan	360

IV. BASE CONCRETA DE LA ESPERANZA:

LA REALIDAD ES DIALECTICA	362
1. La categoría de totalidad	363
a. Las expresiones "todo está relacionado"	364
b. El párrafo "¿Cómo y por qué llegué hasta allí"?	365
2. Un mundo no maniqueo. El cuento <u>El hombre de la rosa</u>	371
3. "Delimitación" del concepto de dialéctica	382
4. Consecuencias de una visión dialéctica	385
a. Asombro ante la insistencia de la vida y reconocimiento de la potencia de la naturaleza humana	385
b. Descubrimiento de la realidad	390
1) "Obrero que sabe leer"	391
2) Mujer heroica	394
c. Posibilidades de un cambio	395
1) Realizaciones anticipadas. El cuento <u>El vaso de leche</u>	396
2) <u>Tendencia al cambio</u> total... no definitivo	402

CAPITULO TERCERO

OPCION POR LA COMUNIDAD HUMANA	408
--------------------------------------	-----

I. EL "INO!" DEL TEXTO ANTE LA SITUACION

MUTILADA DEL SER HUMANO	408
-------------------------------	-----

2. La enajenación propiamente tal	298
a. Enajenación y consumo	299
b. Enajenación y fuerzas sociales	301
c. Enajenación y relación entre los seres humanos	302
d. Enajenación y relación del hombre consigo mismo	303
e. Enajenación y rutina de la existencia	304
f. Enajenación y autoridad	305
g. Enajenación y pérdida del sentido de realidad	306
h. Enajenación y trabajo	307
i. Enajenación y burocracia	309
j. Enajenación y "sed de dinero". El cuento <u>El hombre de los ojos azules</u>	310
3. Prospectiva	315

CUARTA PARTE

ACTITUD DEL NARRADOR ANTE EL PROBLEMA DE LA MUTILACION DEL SER HUMANO

INTRODUCCION	317
CAPITULO PRIMERO	320
I. CRITICA AL SISTEMA	320
II. CRITICA AL TIPO DE ACCION QUE SE INTENTA CONTRA EL SISTEMA	323
1. La acción impulsiva	323
2. La acción de organizaciones políticas	324
III. CRITICA A LA PALABRA	333
CAPITULO SEGUNDO	
LA ESPERANZA COMUNICADA POR EL TEXTO	341
I. UN MUNDO ABIERTO	341
II. PRESENCIA CONTINUA DE OTRA POSIBILIDAD	343

CAPITULO SEGUNDO. CONTEXTO Y GENESIS

DEL VIVIR DESCRITO	223
I. LOS SERES HUMANOS SE FORMAN	224
1. El contexto de la "miseria"	226
2. El contexto del trabajo	228
3. Rechazo de la "fatalidad" como explicación causal	232
II. EL CONTEXTO AMPLIO DONDE LOS SERES HUMANOS SE FORMAN ES UN SISTEMA SOCIAL	235
1. Características del sistema	235
a. El sistema conforma una "miseria" material y una distancia social	236
b. En el sistema existen elementos de orden, de control, de dominio y de poder de fuerza	239
1) Orden, Comercio	240
2) Control, Burocracia; legislación	241
3) Dominio por la ideología	246
4) Poder de fuerza	251
a) Policía y ejército	251
b) El cuento <u>Mares libres</u>	257
c. El sistema es violento y represivo	273
d. El sistema goza de estabilidad	277
e. El cimiento del sistema está en las cosas, no en los seres humanos	279
1) Los seres humanos dejados de lado	279
2) La producción de Mercancías	284
2. Denominación del sistema	285

CAPITULO TERCERO. EFECTOS DEL SISTEMA EN

EL SER HUMANO. ENAJENACION	288
I. AUTONOMIA DE LAS COSAS	291
1. El fenómeno de la mercancía	291
2. Ausencia del principio de solidaridad humana ..	293
3. El trabajo que no expresa al hombre	294
II. EL CONCEPTO DE ENAJENACION	295
1. Cuantificación y abstracción	295

3. Contexto de vida de un ser mutilado	138
4. Posibilidades de cambio en el mundo descrito ..	139
II. SITUACION MUTILADA DE LA MUJER EN ALGUNAS	
UNIDADES RELATIVAS DE NARRACION	139
1. Yolanda	139
2. Virginia	141
3. Jimena	146
4. Flor	149
5. Rosa	151
III. LA MUJER OBJETIVIZADA	155

TERCERA PARTE

EXPLICACION DEL VIVIR DESCRITO EN EL UNIVERSO NARRATIVO DE MANUEL ROJAS

INTRODUCCION	163
CAPITULO PRIMERO. EL VIVIR DESCRITO	165
I. NECESIDAD DE RELACION	167
1. Necesidad de relación y pensamiento	167
2. Necesidad de relación y acción humana	168
a. La acción en el trabajo	168
b. La acción para cambiar la situación	176
1) Respuesta al "¿qué hacer?"	177
2) Fracaso de las acciones emprendidas	178
3) Huida	181
4) Conformidad	182
3. Las relaciones interhumanas	183
4. La relación entre el hombre y la mujer.	
El amor	187
II. NECESIDAD DE TRASCENDENCIA	197
III. NECESIDAD DE ARRAIGO	201
IV. NECESIDAD DE IDENTIDAD	204
V. NECESIDAD DE ORIENTACION	211

5. Características generales del mundo descrito ..	82
6. Posibilidades de cambio en el mundo descrito ..	90
7. Recapitulación	97
II. MUTILADOS EN EL MUNDO DEL TRABAJO. EL CUENTO	
<u>Poco sueido</u>	100
1. Resumen	100
2. Características de seres mutilados	101
3. Contexto de vida de seres mutilados	107
4. Características generales del vivir descrito ..	107
a. Relaciones descritas	107
b. Experiencias básicas descritas	108
5. Características generales del mundo descrito ..	109
6. Posibilidades de cambio en el mundo descrito ..	110
III. MUTILADOS POR EL TRABAJO. UN EJEMPLO PARTICULAR:	
EL CUENTO <u>Un espíritu inquieto</u>	112
1. Resumen	112
2. Características de un hombre mutilado	112
3. Contexto de vida de un hombre mutilado	115
4. Características generales del vivir descrito ..	117
a. Relaciones descritas	117
b. Experiencias básicas descritas	118
5. Características generales del mundo descrito ..	118
6. Posibilidades de cambio en el mundo descrito ..	118
IV. MUTILADOS EN LA "VIDA FUERA DEL TRABAJO".	
EL CUENTO <u>Canto y baile</u>	123
1. Resumen	123
2. Elementos que estructuran la narración	123
3. Características generales del vivir descrito ..	129
4. Características generales del mundo descrito ..	131
5. Posibilidades de cambio en el mundo descrito ..	133
CAPITULO TERCERO. UN CASO PARTICULAR DE MUTILACION:	
CIRCUNSTANCIA DE LA MUJER	135
I. EL CUENTO <u>Un ladrón y su mujer</u>	136
1. Resumen	136
2. Características de mutilación	136

CAPITULO PRIMERO

ESTRUCTURA DE LOS CUENTOS LAGUNA Y EL CACHORRO

I.	<u>LAGUNA</u>	30
1.	Resumen del cuento	30
2.	Algunos elementos constitutivos del cuento	31
3.	Características generales del vivir descrito ..	35
a.	Relaciones descritas	35
b.	Experiencias básicas	37
4.	Un elemento que estructura la totalidad de la narración	38
II.	<u>El cachorro</u>	42
1.	Resumen del cuento	42
2.	Algunos elementos constitutivos del cuento	43
3.	Características generales del vivir descrito ..	47
a.	Relaciones descritas	47
b.	Experiencias básicas	49
c.	Norma que rige el vivir descrito	49
4.	Elemento que estructura la totalidad de la narración	50
III.	UNIDAD ESTRUCTURAL DE LOS CUENTOS <u>Laguna</u> y <u>El cachorro</u> : "SINTESIS" DEL UNIVERSO GLOBAL DESCRITO	54

CAPITULO SEGUNDO. UNIVERSO CARACTERIZADO POR LA PRESENCIA DE SERES MUTILADOS

I.	UNIDAD RELATIVA DE NARRACION QUE DESCRIBE A UN SER MUTILADO	62
1.	Resumen de la unidad relativa de narración	62
2.	Características de un ser mutilado	62
3.	Características del contexto de vida de un ser mutilado	70
a.	El trabajo	70
b.	Condiciones materiales de existencia	72
c.	Condiciones sociales de existencia	74
4.	Características generales del vivir descrito ..	75
a.	Relaciones descritas	75
b.	Experiencias básicas descritas	80

INDICE

INTRODUCCION	I
--------------------	---

PRIMERA PARTE

REFERENCIAS TEORICAS

CAPITULO PRIMERO

ELEMENTOS DE SOCIOLOGIA DE LA LITERATURA	1
--	---

CAPITULO SEGUNDO

LA PSICOLOGIA SOCIAL: DISCIPLINA PARA COMPRENDER Y EXPLICAR AL SER HUMANO	2
--	---

I. ESPECIFICIDAD DEL SER HUMANO	4
1. Ser que actúa y transforma	4
2. Ser de necesidades y potencialidades	6
a. Necesidad de relación	7
b. Necesidad de trascendencia	8
c. Necesidad de arraigo	9
d. Necesidad de identidad	9
e. Necesidad de orientación	9
II. FORMACION DEL CARACTER DEL HOMBRE	11
III. CONCEPTO DE CARACTER SOCIAL	17

SEGUNDA PARTE

COMPRESION DEL VIVIR DESCRITO EN EL UNIVERSO NARRATIVO DE MANUEL ROJAS

INTRODUCCION

I. MANUEL ROJAS. ALGUNOS DATOS BIOGRAFICOS	20
II. MODO DE PROCEDER EN EL ANALISIS	26

TOURAINE Alain y otros, 1977: Las clases sociales en América latina, (Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México), Siglo Veintiuno Editores, S.A., México.

- -, 1977: La conscience ouvrière, Editions du Seuil, Paris.

VEGA TAPIA Héctor, 1984: L'économie du populisme et le projet de passage au socialisme proposé par l'Unité populaire au Chili, Institut de sociologie de l'Université Libre de Bruxelles.

VERDUGO Iber, 1968: El Carácter de la Literatura Hispanoamericana y la novelista de Miguel Angel Asturias, Editorial Universitaria, Guatemala.

VERNIER France, 1972: Une science du littéraire est-elle possible?, Les Editions de la Nouvelle Critique, Supplément au N° 49 (janvier 1972), de La Nouvelle Critique, Paris.

VILAR Sergio, 1978: Facismo y militarismo, Ediciones Grijalbo, S.A., Barcelona.

VITAL Luis, 1979: La formación social latinoamericana (1930-1978), Editorial Fontamara, Barcelona.

VITIER Cintio, 1970: Lo cubano en la poesía, Instituto Cubano del Libro, La Habana.

VUSKOVIC Pedro y otros, 1975: El golpe de estado en Chile, presentación de Víctor Flores Olea, Fondo de Cultura Económica, México.

- -, 1978: Una sola lucha, Université de Paris VIII, Centres de Recherches, U.E.R., d'Economie Politique, Paris.

WALLON Henri, 1976: La evolución psicológica del niño, Editorial Crítica, Barcelona.

WITKER VELASQUEZ Alejandro, 1977: Los trabajos y los días de Recabarren, Ediciones Casa de las Américas.

WOLMAN Benjamín, 1977: Teorías y sistemas contemporáneos en psicología, Ediciones Martínez Roca, S.A., Barcelona.

WOLTERECH Heinz, 1962: La vejez, segunda vida del hombre, Fondo de Cultura Económica, México.

ZAZZO René, 1975: Psychologie et marxisme. La vie et l'oeuvre de Henri Wallon, Denoël / Gonthier, Paris.

ROJAS Manuel, 1971: La oscura vida radiante, Editorial Buenos Aires.

RUIZ GARCIA Enrique, 1973: Subdesarrollo y liberación, Alianza Editorial, S.A., Madrid.

SALAZAR MALEEN Rubén, 1973: El Pensamiento Político en América, Editorial Jus, S.A., México, dos tomos.

SALOMON Noel, 1977: "Algunos problemas de la literatura de lengua española", en Casa de las Américas N° 102, Año XVII, Mayo-Junio 1977, La Habana.

SANCHEZ VAZQUEZ Adolfo, 1967: Las Ideas estéticas de Marx, Ediciones Era, México.

- -, 1975: Estética y marxismo, Ediciones Era, México, dos tomos.

SANQUVAL Isaac, 1975: Las crisis políticas latinoamericanas y el militarismo, Siglo Veintiuno Editores, S.A., México.

SANTOS Theotonilo dos, 1977: Dependencia y cambio social, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, División de publicaciones, Caracas.

SARTRE Jean-Paul, 1972: Qu'est-ce que la littérature?, Gallimard, Paris.

SASTRE Alfonso, 1975: "El arte como modo humano de relación con lo real", en SANCHEZ VAZQUEZ (1975).

SEVE Lucien, 1975: Marxisme et théorie de la personnalité, Editions Sociales, Paris.

SHOROJOVA E.V., 1963: El problema de la conciencia, Editorial Grijalbo, S.A., México.

SHAFF Adam, 1968: Le marxisme et l'individu, Librairie Armand Colin, Paris.

- -, 1974: Historia y verdad, Editorial Grijalbo, S.A., México.

SCHATZMAN Morton, 1977: El asesinato del alma. (La persecución del niño en la familia autoritaria), Siglo Veintiuno Editores, Madrid.

TOURAINE Alain, 1965a: Sociologie de l'action, Editions du Seuil, Paris.

- - y otros, 1965b: Les travailleurs et les changements techniques, OCDE, Paris.

- - y otros, 1966: Huachipato et Lota. Etude sur la conscience ouvrière dans deux entreprises chiliennes, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, Paris.

- -, 1973: Vie et mort du Chili populaire, Editions du Seuil, Paris.

- -, 1974: Pour la sociologie, Editions du Seuil, Paris.

- -, 1976: Les sociétés dépendants, Duculot, Paris.

PIAGET Jean, 1947: Le jugement et le raisonnement chez l'enfant, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel.

- -, 1967: La construction du réel chez l'enfant, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel.

- -, 1972: La représentation du monde chez l'enfant, Presses Universitaires de France, Paris.

- -, 1978: Le jugement moral chez l'enfant, Presses Universitaires de France, Paris.

PIZARRO Ana, 1975: "Conditions sociales et origines de la poésie épique: le cas du peuple 'mapuche' au Chili", en Ideologie, littérature et société en Amérique latine, Editions de l'Université de Bruxelles.

PORTUONDO José, 1972: Concepto de la poesia, Instituto Cubano del Libro, La Habana.

- -, 1978: "Literatura y sociedad", en América latina en su literatura, edición coordinada por César Moreno, Siglo Veintiuno Editores, México.

RECABARREN Luis Emilio, 1976: Obras, compilación y prólogo de Digna Castañeda Fuertes, Instituto Cubano del Libro, Ediciones Casa de las Américas, La Habana.

RICOEUR Paul, 1970: "Psychoanalyse et culture", en Critique sociologique et critique psychanalytique, Editions de l'Université de Bruxelles.

ROBERT Marthe, 1973: "Entretien entre Marthe Robert et Lucien Goldmann", en Psychoanalyse et sociologie comme méthodes d'étude des phénomènes historiques et culturelles, Editions de l'Université de Bruxelles.

ROFMAN Alejandro, 1976: Dependencia, estructura de poder y formación regional en América latina, Siglo Veintiuno Argentina Editores, S.A., Buenos Aires.

ROJAS Manuel, 1960a: El árbol siempre verde, Zig-Zag, Santiago de Chile.

- -, 1960b: Punta de rieles, Zig-Zag, Santiago de Chile.

- -, 1962: Antología autobiográfica, Empresa Editora Ercilla, Santiago de Chile.

- -, 1966a: Sombras contra el muro, Zig-Zag, Santiago de Chile.

- -, 1966b: Mejor que el vino, Zig-Zag, Santiago de Chile.

- -, 1968: Hijo de ladrón, Zig-Zag, Santiago de Chile.

- -, 1969a: Obras Escogidas, Zig-Zag, Santiago de Chile.

- -, 1969b: Lanchas en la bahía, en Obras Escogidas, Zig-Zag, Santiago de Chile.

- -, 1970: Cuentos, edición preparada por el mismo autor, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

MARX, 1975d: El Dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte, OE, t. 1, 229-328.

- -, 1975: La guerra civil en Francia, OE, t. 1, 460-534.

MARX-ENGELS, 1976a: L'idéologie allemande, Editions Sociales, Paris.

MARX, 1976b: Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858, edición a cargo de José Arico, Miguel Murmis y Pedro Scaron, Siglo Veintiuno de España Editores, S.A., Madrid.

- -, 1977a: Manuscritos: economía y filosofía, (es la edición española de los manuscritos de 1844), Alianza Editorial, Madrid.

- -, 1977b: Introducción general a la crítica de la economía política / 1857, Cuadernos de Pasado y Presente, México.

- -, 1978: El capital, edición crítica a cargo de Pedro Scaron, Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid, ocho volúmenes.

MAURON Charles, 1970a: Des Méthaphores obsédantes au Mythe personnel. Introduction à la Psychocritique, Librairie José Corti, Paris.

- -, 1970b: "Les origines d'un mythe personnel chez l'écrivain", en Critique sociologique et critique psychanalytique, Editions de l'Université de Bruxelles.

MEMMI Albert, 1973: L'homme dominé, Petite Bibliothèque Payot, Paris.

MILLS Wright, 1969: La imaginación sociológica, Fondo de Cultura Económica, México.

MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria chilena), 1976: MIR 1973-1975, selección de documentos, declaraciones públicas y discursos, emitidos durante los dos años posteriores al golpe militar, Edita Zero, S.A., Madrid.

NOVOA MONREAL Eduardo, 1975: El derecho como obstáculo al cambio social, Siglo Veintiuno Editores S.A., México.

MULWOLF B. 1974: Sexualité et féminité, Editions Sociales, Paris.

NEDOSHIVIN G.A., 1975: "La relación estética del hombre con la realidad", en SANCHEZ VAZQUEZ (1975), 137-148.

OSORIO Nelson, 1976: "Las ideologías y los estudios de literatura hispanoamericana", en Casa de las Américas, Nº 94, Año XVI, Enero-Febrero 1976.

PARDINAS Felipe, 1972: Metodología y técnicas de investigación en ciencias sociales, Siglo Veintiuno Editores, México.

PERUS Françoise, 1976: Literatura y sociedad en América latina, Instituto Cubano del Libro, Ediciones Casa de las Américas / Siglo Veintiuno Editores, S.A., México.

LOWY Michel, 1973: Dialectique et révolution. Essais de sociologie et d'histoire du marxisme, Editions Anthropos, Paris.

LYOTARD J.F., 1973: Dérive à partir de Marx et Freud, Union Générale d'Éditions, Paris.

MACHEREY Pierre, 1971: Pour une théorie de la production littéraire, François Maspero, Paris.

MANDOLINI Ricardo, 1977: Historia general del psicoanálisis. De Freud a Fromm, Editorial Ciordia, S.R.L., Buenos Aires.

MARIATEGUI José Carlos, 1969: Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana, Ediciones Casa de las Américas, La Habana.

- -, 1971: "Arte, revolución y decadencia", en Casa de las Américas, Nº 63, Año XII, Septiembre-Octubre 1971.

MARINELLO Juan, 1973: Creación y Revolución, Instituto Cubano del Libro, La Habana.

MARTÍ José, 1972a: Antología mínima. selección y notas de Pedro Alvarez Tabio, Instituto Cubano del Libro, La Habana, dos volúmenes.

- -, 1972b: Ensayos sobre arte y literatura, selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, Instituto Cubano del Libro, La Habana.

- -, 1974: Nuestra América, compilación y prólogo de Roberto Fernández Retamar, Ediciones Casa de las Américas, La Habana.

MATTELART Armand y otros, 1970: La ideología de la dominación en una sociedad dependiente, Ediciones Signos, Buenos Aires.

MARX Karl (la sigla OE remite a MARX-ENGELS, Obras Escogidas, Editorial Ayuso, Madrid, dos volúmenes. Para dar más claridad a algunas traducciones me he servido de la edición Maximilien Rubel, Karl Marx. Oeuvres, Editions Gallimard, Paris, tres volúmenes).

MARX-ENGELS, 1969: La Saint Famille, Editions Sociales, Paris.

MARX, 1972a: Manuscrit de 1844, Editions Sociales, Paris.

MARX-ENGELS, 1972b: Lettres sur "Le capital", presentada y anotada por Gilbert Badia, Editions Sociales, Paris.

MARX, 1973: El capital. Libro I-capítulo VI (inédito), presentación de José Arico, traducción notas y notas de Pedro Scaron, Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid.

MARX-ENGELS, 1975a: Manifiesto comunista, OE, t. I, 12-50.

MARX, 1975b: Crítica al programa de Gotha, OE, t. II, 5-41.

- -, 1975c: Tesis sobre Feuerbach, OE, t. II, 404-406.

HAMON Leo y otros, 1966: Le rôle extra-militaire de l'armée dans le tiers monde, Presses Universitaires de France, Paris.

HAUSER Arnold, 1962: Historia social de la literatura y el arte, Ediciones Guadarrama, Madrid, dos volúmenes.

HELLER Agnes, 1971: Historia y vida cotidiana, Ediciones Grijalbo, Barcelona.

- -, 1974: Hipótesis para una teoría marxista de los valores, Ediciones Grijalbo, Barcelona.

- -, 1977: Sociología de la vida cotidiana, Ediciones Península, Barcelona.

- -, 1978: La théorie des besoins chez Marx, Union Générale d'Editions, Paris.

- -, 1979: Pour une philosophie radicale, Editions Le Sycomore, Paris.

HENRIQUEZ UREÑA Pedro, 1969: Las Corrientes Literarias en la América Hispánica, Fondo de Cultura Económica, México.

HORNEY Karen, 1981: La psychologie de la femme, Petite Bibliothèque Payot, Paris.

HOROWITZ Iwing, 1969: La nueva sociología, Amorrortu Editores, Buenos Aires, dos volúmenes.

JAY Martin, 1977: L'imagination dialectique. Histoire de l'Ecole de Francfort et de l'Institut de Recherches Sociales, Payot, Paris.

JOVET Julio César, 1955: Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

LAING Ronald, 1978: Conversations avec mes enfants, Stock, Paris.

LACOSTE Yves, 1979: Les pays sous-développés, Presses Universitaires de France, Paris.

LENIN Vladimir Illich, 1973: Cahiers philosophiques, Editions, Paris.

LEWIS Oscar, 1970: Una muerte en la familia Sánchez, Joaquín Mortiz, México.

- -, 1975: Antropología de la pobreza, Fondo de Cultura Económica, México.

- -, 1977: Los hijos de Sánchez, Joaquín Mortiz, México.

LOSADA Alejandro, 1976: Creación y praxis. La producción literaria como praxis social en hispanoamérica y el Perú, Universidad Mayor de San Marcos, Lima.

LUKACS Georg, 1971: Teoría de la novela, Edhasa, Barcelona. Edición autorizada para España por Ediciones Siglo Veinte.

- -, 1978: Historia y conciencia de clase, Grijalbo, Barcelona.

GOLDMANN Lucien, 1967b: "Le structuralisme génétique en sociologie de la littérature", en Littérature et Société. Problèmes de méthodologie en sociologie de la littérature, Université Libre de Bruxelles, Editions de l'Institut de Sociologie.

- -, 1968: La ilustración y la sociedad actual, Monte Avila Editores, Caracas.

- -, 1969: "Idéologie et marxisme", en colectivo Le Centenaire du Capital, Décades du Centre Culturel International de Cerisy-La-Salle, Mouton, pp. 297-341.

- -, 1970a: Marxisme et sciences humaines, Gallimard, Paris.

- -, 1970b: Structures mentales et création culturelle, Editions Anthropos, Paris.

- -, 1970c: intervención en la discusión posterior a la exposición de André Green, "L'interprétation psychanalytique des productions culturelles et des oeuvres d'art", en Critique sociologique et critique psychanalytique, Editions de l'Université de Bruxelles.

- -, 1971a: "Introducción a los primeros escritos de Georg Lukacs", en Georg Lukacs, Teoría de la novela, Edhasa, Barcelona; edición autorizada para España por Ediciones Siglo Veinte.

- -, 1971b: La création culturelle dans la société moderne, Denoël/Gonthier, Paris.

- -, 1973a: Lukacs et Heidegger, Denoël/Gonthier, Paris.

- -, 1973b: Sciences humaines et philosophie, Editions Gonthier, Paris.

- -, 1975: Pour une sociologie du roman, Gallimard, Paris.

- -, 1977: "Structuralisme génétique en sociologie de la littérature" y "Lukacs et Heidegger", en colectivo Le structuralisme génétique, Denoël/Gonthier, Paris.

- -, 1978: Epistémologie et philosophie politique, Denoël/Gonthier, Paris.

GREEN André, 1970: "L'interprétation psychanalytique des productions culturelles et des oeuvres d'art", en Critique sociologique et critique psychanalytique, Editions de l'Université de Bruxelles.

GUNDER FRANK André, 1973: Lumpenburguesía: lumpendesarrollo, Ediciones Periferia, Buenos Aires.

- -, 1974: El desarrollo del subdesarrollo, Zero, S.A., Bilbao.

GURVITCH Georges, 1968: Traité de Sociologie, Presses Universitaires de France, dos volúmenes, Paris.

HALPERIN Donghi Tullo, 1977: Historia contemporánea de América latina, Alianza Editorial, Madrid.

FROMM Erich, 1971a: La crise de la psychanalyse, Denoël, Paris.

- -, 1971b: Picoanálisis y religión, Editorial Psique, Buenos Aires.

- -, 1971c: Más allá de las cadenas de la ilusión, Herrero Hermanos, México.

- - y otros, 1974a: Humanismo socialista, Editorial Paidós, Buenos Aires.

- -, 1974b: ¿Podrá sobrevivir el hombre?, Editorial Paidós, Buenos Aires.

- -, 1975a: Anatomía de la destructividad humana, Siglo Veintiuno de España Editores, S.A., Madrid.

- - y T.D. Suzuki, 1975b: Budismo Zen y psicoanálisis, Fondo de Cultura Económica, Madrid.

- -, 1975c: La mission de Sigmund Freud, Editions Complexe, Bruxelles.

- -, 1975d: Le dogme du Christ, Editions Complexe, Bruxelles.

- -, 1975e: Marx y su concepto del hombre, Fondo de Cultura Económica, México.

- -, 1975f: Vous serez comme des dieux, Editions Complexe, Bruxelles.

- -, 1977a: El corazón del hombre, Fondo de Cultura Económica, México.

- -, 1977b: "Sexo y carácter" y "El complejo de Edipo y su mito", en colectivo La familia, Ediciones Península, Barcelona.

- -, 1978: Avoir ou être, Editions Robert Laffont, Paris.

- -, 1980: Grandeur et limites de la pensée freudienne, Editions Robert Laffont, Paris.

- -, 1982: De la désobéissance, Editions Robert Laffont, Paris.

GALLAS Helga, 1977: Teoría marxista de la literatura, Siglo Veintiuno Editores, S.A., México.

GARRETÓN Manuel y Tomás Moulian, 1978: Análisis coyuntural y proceso político. Las fases del conflicto en Chile. 1970-1973, Editorial Universitaria Centro Americana, San José, Costa Rica.

GIL Federico y otros, 1977: Chile 1970-1973. Lecciones de una experiencia, Editorial Tecnos, Madrid.

GOLDMANN Lucien, 1955: Le dieu caché, Gallimard, Paris.

- -, 1959: Recherches dialectiques, Gallimard, Paris.

- -, 1967a: Introduction à la philosophie de Kant, Gallimard, Paris.

FRANCO Jean, 1971: La cultura moderna en América latina, Editorial Joaquín Mortiz, México.

- -, 1975: Historia de la literatura hispanoamericana, Editorial Ariel, Barcelona.

FREIRE Paulo, 1974: Concientización, Ediciones Búsqueda, Buenos Aires.

- -, 1975a): Acción cultural para la libertad, Tierra Nueva, Buenos Aires.

- -, 1975b): ¿Extensión o comunicación?, Siglo Veintiuno Argentina Editores, Buenos Aires.

- -, 1976: Educación y cambio, Ediciones búsqueda, Buenos Aires.

- -, 1977a: Pedagogía del oprimido, Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid.

- -, 1977b: La educación como práctica de la libertad, Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid.

- - y otros, 1977c: Multinationales et travailleurs au Brésil, CEDETIM / François Maspero, Paris.

FREUD Sigmund, 1976a: Essais de psychanalyse appliquée, Gallimard, France.

- -, 1976b: Psychopathologie de la vie quotidienne, Petite Bibliothèque Payot, Paris.

FROMM Erich, 1957: El lenguaje olvidado, Librería Hachette, S. A., Buenos Aires.

- -, 1958: Psicoanálisis de la sociedad contemporánea, Fondo de Cultura Económica, México. Edición francesa: Société aliénée et société saine, Le Courrier du livre, Paris, 1971.

- -, 1965: Ética y psicoanálisis, Fondo de Cultura Económica, México.

- -, 1966: El arte de amar, Editorial Paidós, Buenos Aires. Edición francesa: L'art d'aimer, Editions de l'Epi, Paris, 1983.

- -, 1967: Dilema de la sociedad organización, Paidós, Buenos Aires.

- -, 1968: El miedo a la libertad, Editorial Paidós, Buenos Aires.

- -, 1970a: La condición humana actual, Editorial Paidós, Buenos Aires.

- -, 1970b: La revolución de la esperanza, Fondo de Cultura Económica, México.

- - y Michael Maccoby, 1970c: Social character in a Mexican village, Prentice Hall, Inc., Englewood Cliffs, New Jersey. Edición en español: Sociopsicoanálisis del campesino mexicano, Fondo de Cultura Económica, México, 1974.

DURKHEIM Emile, 1960: La división du travail social, Presses Universitaires de France, París.

DUC THAO Trán, 1977: Recherches sur l'origine du langage et de la conscience, Editions Sociales, París.

ENGELS-MARX (las obras de Engels y Marx que he citado desde la edición Obras completas, Editorial Ayuso, Madrid, 1975, que designo por la sigla OE, he preferido anotarlas con su título propio y no remitir simplemente a esa antología general. En la enumeración el orden de las letras no es correlativo porque las obras que anteceden son sólo de Marx. Las obras que Engels escribió con Marx, las coloco bajo Marx).

ENGELS Friedrich, 1975e: "Discurso ante la tumba de Marx", en OE, t. II, 165-167.

- -, 1975f: "Carta a J. Bloch, de 21 de Septiembre de 1890", en OE, t. II, 492-495.

- -, 1975g: "Carta a T. Cuno, de 24 de Enero de 1872", en OE, t. II, 471-478.

- -, 1977b: "La 'Contribución a la crítica de la economía política', de Karl Marx", en MARX (1977b), 121-131.

- -, 1977c: Anti-Dühring, Editions Sociales, París.

ESCARPIT Robert, 1970: Le littéraire et le social, Flammarion, France.

FANDN Frantz, 1968: Les damnés de la terre, François Maspero éditeur, París.

FERNANDEZ MORENO César, 1978: América latina en su literatura, coordinación e introducción por el autor mencionado, Siglo Veintiuno Editores, S.A., México.

FERNANDEZ RETAMAR Roberto, 1969: Ensayo de otro mundo, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

- -, 1973: Calibán. Apuntes sobre la cultura de nuestra América, Editorial La Pleyade, Buenos Aires.

- -, 1975: Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones, Cuadernos Casa N° 16, Ediciones Casa de las Américas, La Habana.

- -, 1976: "Nuestra América y Occidente", en Casa de las Américas, N° 98, Año XVI, Septiembre-Octubre 1976, La Habana.

- -, 1977a: Para una teoría de la literatura hispanoamericana, (edición corregida y aumentada de 1975), Editorial Nuestro Tiempo, S.A., México.

- -, 1977b: "Algunos usos de civilización y barbarie", en Casa de las Américas, N° 102, Año XVII, Mayo-Junio 1977, La Habana.

FRAENKEL Boris y otros, 1974: Freudo-marxisme et sociologie de l'alienation, Union Générale d'Éditions, París.

- BLOCH Ernst, 1977: Le Principe Espérance, Gallimard, France.
- BRAUNSTEIN Néstor y otros, 1977: Psicología: ideología y ciencia, Siglo Veintiuno Editores, S.A., México.
- BRECHT Bertolt, 1973: Poemas y canciones, versión de Jesús López Pacheco, sobre una traducción de Vicente Romano, Alianza Editorial, Madrid.
- BROUCK Jeanne van den, 1979: Manuel à l'usage des enfants qui ont des parents difficiles, Editions Universitaires, Jean-Pierre Delange, Paris.
- CARDOSO Fernando y Enzo Faletto, 1969: Dependencia y desarrollo en América latina, Siglo Veintiuno Editores, S.A., México.
- CASTLLA DEL PINO Carlos, 1974: Psicoanálisis y marxismo, Alianza Editorial, Madrid.
- -, 1975: Dialéctica de la persona Dialéctica de situación, Ediciones Península, Barcelona.
- CASTRO Fidel, 1971: El imperialismo cultural, otra forma sutil de colonización, Santiago de Chile.
- CASTRO Nils, 1978: Cultura nacional y cultura socialista, Ediciones Casa de las Américas, La Habana.
- CESAIRE Aimé, 1976: Discours sur le colonialisme, Présence Africaine, Paris.
- COMBLIN Joseph, 1977: Le pouvoir militaire en Amérique latine. L'Idéologie de la Sécurité Nationale, Jean-Pierre Delange éditeur, Paris.
- CROZIER Michel, 1965: Le monde des employés de bureau, Editions du Seuil, Paris.
- CHARZAT Gisèle, 1979: Femmes, violence, pouvoir, Jean-Claude Simoen, Paris.
- CHASSEGUET-SMIRGEL Janine, 1973: "Les résistances à l'application de la psychanalyse hors du champ thérapeutique ou la présence d'une illusion", en Psychanalyse et sociologie comme méthodes d'étude des phénomènes historiques et culturelles, Editions de l'Université de Bruxelles, Belgique.
- DIAZ Carlos y Félix García, 1975: 16 tesis sobre anarquismo, Zero, Madrid.
- DOS SANTOS Theotonio, 1977a: Dependencia y cambio social, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, División de Publicaciones, Caracas.
- -, 1977b: "La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América latina", en La dependencia político-económica de América latina (ponencias presentadas en la Asamblea General del Consejo Latinoamericano en Ciencias Sociales, Lima, Octubre de 1968), Siglo Veintiuno Editores, S.A., México.

III. OBRAS UTILIZADAS O CONSULTADAS

ALTAMIRANO Carlos, 1977: Dialéctica de una derrota, Siglo Veintiuno Editores, S.A., México.

ANGELL Alan, 1974: Partidos políticos y movimiento obrero en Chile, Ediciones Era, México.

ANTEZANA Luis y otros, 1977: América Latina en los años treinta, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

ANZIEU Didier y otros, 1974: Psychanalyse du génie créateur, Dunod, Paris.

- -, 1977: Psychanalyse et langage, Dunod, Paris.

ARA Guillermo, s.f.: Los argentinos y la literatura nacional, Editorial Huemul, S.A., Buenos Aires.

ARMENDARIZ Amadeo, s.f.: Monopolios y Miseria en Colombia, Ediciones de los comuneros, s.l.

ASSADOURIAN Carlos, 1973: Modos de producción, capitalismo y subdesarrollo en América latina, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

AUERBACH Erich, 1975: Mimesis, Fondo de Cultura Económica, México.

BALIBAR Etienne y otros, 1977: Sur la dialectique, Editions Sociales, Paris.

BAMBIRRA Vania, 1975: El capitalismo dependiente latinoamericano, Siglo Veintiuno Editores, S.A., México.

BAREIRO-SAGUIER Rubén, 1977: "La dictature dans le roman latino-américain", en Le Monde Diplomatique, N° 283, Octubre 1977, p. 22.

BASTIDE Roger, 1970: "Pour une coopération entre la psychanalyse et la sociologie dans l'élaboration d'une théorie des 'visions du monde' ", en Critique sociologique et critique psychanalytique, Editions de l'Université de Bruxelles, Belgique.

- -, 1972: Sociologie et psychanalyse, Presses Universitaires de France, Paris.

BEAUVDIR Simone de, 1970a: El segundo sexo, Edición Siglo Veintiuno, Buenos Aires, dos tomos.

- -, 1970b: La vejez, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

BENEDETTI Mario, 1977: El escritor latinoamericano y la revolución posible, coedición Editorial Nueva Imagen / Editorial Alfa Argentina, México.

BERGER Peter y Thomas Luckmann, 1968: La construcción social de la realidad, Amorrortu Editores, Buenos Aires.

BLOCH Ernst, 1977: L'esprit de l'utopie, Gallimard, France.

BIBLIOGRAFIA

Nota preliminar: en el punto tercero de esta bibliografía señalo también algunas obras que he utilizado para materiales preliminares que no he incorporado en la redacción final del trabajo.

I. DICCIONARIOS CONSULTADOS PARA PRECISAR

TERMINOS TECNICOS

BIERENS DE HAAN Barthold, Dictionnaire critique de psychiatrie, Editions Pierre-Marcel Favre, Lausanne, 1979.

BOUDON Raymond, François Bourricaud, Dictionnaire critique de la sociologie, Presses Universitaires de France, Paris, 1982.

LABICA Georges, Dictionnaire critique du marxisme, Presses Universitaires de France, Paris, 1982.

LALANDE André, Vocabulaire technique et critique de la Philosophie, Presses Universitaires de France, Paris, 1976.

LAPLANCHE Jean, J.B. Pontalis, Vocabulaire de la psychanalyse, Presses Universitaires de France, Paris, 1976.

PIERON Henri, Vocabulaire de la psychologie, Presses Universitaires de France, Paris, 1979.

THINES Georges, Agnès Lempereur, Diccionario general de ciencias humanas, Ediciones Cátedra, Madrid, 1978.

II. EDICION DE LA BIBLIA UTILIZADA

Biblia de Jerusalén, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1967.

bierno donde estaba era bombardeada por aviones y asediada por tanques. Entonces fue capaz de decir, junto con anunciar la terrible represión que se venía sobre Chile: "mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor".

Estos hombres saben que

la lucha no ha hecho más que empezar;
siempre está recién empezando (MV, 15).

los Macabeos ir contra la ley del descanso sabático para defender sus vidas y las de sus hermanos¹. Jesús inaugura su misión leyendo un pasaje del profeta Isaias, con el cual resume lo que él viene a hacer: "proclamar la liberación a los cautivos", "dar la libertad a los oprimidos"². El es el Verbo revelado que no se da a conocer en una palabra meramente pronunciada sino en una acción a favor del hombre.

Los planteamientos de estos grupos respecto a otro proyecto que permita construir una sociedad que engendre un hombre nuevo, la narrativa los elabora en el conjunto de su estructura y en ciertas particularidades, donde, en múltiples formas, nos llama a tomar en serio la realidad dialéctica y nos advierte sobre el peligro de estancarse en moldes, de caer en la burocratización y desentenderse del ser humano. Las programaciones deben realizarse en base al hombre.

Terminemos volviendo a la realidad con que nos pone en contacto el mundo descrito por Manuel Rojas. Aquí no hay catastrofismo ni ingenuidad. Todavía no hay libertad ni realización del amor. El mundo está compuesto en su gran extensión por seres mutilados, pero ellos existen dentro de una realidad no cerrada, en una oscura vida radiante.

Se puede esperar, a pesar de todo, porque la realidad es dialéctica. En un mundo evolutivo, de múltiples posibilidades, los combatientes no se acaban:

Siempre hay algunos que pelean, en apariencia inútilmente, aunque de pronto se salen con lo suyo (MV, 15).

Es el esperar activo, a pesar de todo, que mostró fuertemente el presidente Salvador Allende cuando la casa de go-

1. Cf. Libro primero de Los Macabeos 2, 29-48.

2. Evangelio según San Lucas 4, 16-21.

conciencia de sus problemas y aspiraciones. De alguna manera la narrativa continúa surgiendo y su visión es recreada. El mundo que describe sigue siendo válido. El grupo que tiende a constituirse encuentra aquí un comportamiento que responde a los problemas y tareas que le plantea la realidad.

En Chile, el mundo que tales agrupaciones critican y desean cambiar fue comprendido y explicado en una serie de trabajos que desembocaron, por ejemplo, en publicaciones como los Cuadernos de la Realidad Nacional, donde se analizó la sociedad pasada y presente del país en la perspectiva de un cambio. Debemos agregar las reflexiones de muchos de estos grupos y movimientos posteriores al golpe militar de 1973. En las agrupaciones religiosas, es necesario mencionar los movimientos cristianos que no sólo quieren renovar su Iglesia sino transformarla en una comunidad que luche y trabaje por la justicia y la libertad; la expresión reflexionada de sus tendencias la encontramos en la Teología de la Liberación.

Tal es la religiosidad viva, capaz de marchar junto al hombre de la rosa. Es la religiosidad que descubre su origen, su auténtica tradición, que hunde sus raíces en la liberación de esos esclavos a quienes los "capataces", por disposición del faraón y asentimiento de los demás propietarios de un territorio, "les amargaron la vida con rudos trabajos de arcilla y ladrillos, con toda suerte de labores del campo y toda clase de servidumbre"¹. Es la tradición que se continúa en los profetas bíblicos, quienes se levantan contra los tiranos, contra aquellos que juntan "casa con casa" y se anexionan "campo a campo", hasta adueñarse de todo el país²; y denunciaron a aquellos que "cambian en ajeno el juicio y tiran por tierra la justicia", que "pisan al débil, y cobran de él el tributo del grano", "oprimen al pobre y estrujan al menesteroso"³. Es la religiosidad que permitió a

1. Libro del Exodo 1, 8-14; cf. 3, 7.

2. Libro del profeta Isaias 5, 8.

3. Libro del profeta Amós 5, 7-13 y 8, 4-7.

del mundo descrito. El paso siguiente podría ser dilucidar la visión del mundo expresada en el texto. Para ello es necesario un trabajo que se dedique a la explicación de la obra de Manuel Rojas, es decir, que la inserte en una estructura inmediatamente englobante, de la cual esta narrativa es un elemento constitutivo y funcional.

Tal estudio podría dedicarse más explícitamente a determinar si la estructura del mundo descrito tiene alguna relación con estructuras existentes en la sociedad donde ha sido elaborada, respecto a qué sujeto colectivo esta narrativa es significativa. En otras palabras, qué grupo social ha elaborado las categorías que rigen el mundo descrito, como intento de respuesta a una situación y volverla favorable a sus aspiraciones. La estructura mental de este sujeto transindividual debe coincidir o al menos corresponder en alguna medida con la estructura fundamental de la narrativa.

Algo hemos adelantado al afirmar que en ella se encuentran elementos de una visión dialéctica.

¿De qué grupo podría ser esta visión? Me parece que no es un grupo ya constituido definitivamente sino que está siendo formado por hombres que provienen de una serie de agrupaciones políticas, religiosas, sociales, que sienten el fracaso de un proyecto político realizado por organizaciones nacidas en el sistema y que no han sabido librarse de él¹. Este las recupera y ellas no realizan una real tarea de transformación.

El surgimiento y relativa consolidación del grupo que elabora las categorías de una visión del mundo, requiere de un proceso largo. No debemos buscarlo sólo en el tiempo en que la obra es elaborada y publicada por primera vez. Esta continúa siendo leída y apropiada por hombres posteriores, quienes sienten que ella los expresa y les ayuda a tomar

1. Para tal efecto resulta interesante abordar el problema de la ubicación cronológica de La oscura vida radiante en el tiempo interno de la tetralogía y relacionarlo con la intención que no pudo realizarse: crear una narración de sujeto colectivo.

encontramos la solución para los problemas que se ponen de relieve. Lo que allí se comunica, el lector lo puede sentir como una sugerencia, un plan para aprehender y enfrentar sus circunstancias. La visión que aquí encontramos busca expresar al hombre inserto en una realidad de la cual depende y en la cual él puede intervenir para humanizarla, es decir, hacerla favorable para que en ella se construya la comunidad, donde cada individuo se convierte en un ser creador y pueda desarrollar todas sus potencialidades. Para lograrlo, el texto ve dos fundamentos concretos e interrelacionados, uno en la realidad externa al hombre y otro en su propia naturaleza, ambos inacabados y en potencialidad de devenir. Si bien hay fuerzas que el hombre no controla y que en apariencia obedecen a una fatalidad, la verdad que el texto descubre es que existen leyes discernibles y que el hombre mantiene siempre la posibilidad de intervenir.

Este es un núcleo de la narrativa, pero no puntual, monolítico. Es, si se puede emplear la expresión, un núcleo espiral, múltiple, especie de hilo de Ariadna a partir del cual podemos llegar a la comprensión de todo el texto e incluir en esa comprensión aquellos elementos que parecieran contradecir el conjunto. Por ejemplo, ¿cómo conciliar realidad en movimiento y mundo que permanece?

En primer lugar, la permanencia es relativa y en esa relatividad la sociedad pertenece a un movimiento, está inserta en él. Me explico: lo que permanece es una situación, la de los seres mutilados que no pueden realizarse; también esto se refiere a la ineficacia de las acciones emprendidas para cambiar la situación. Pero la sociedad cambia, sus propietarios reafirman su poder, sus riquezas aumentan, y la existencia de los mutilados tampoco es estática, permanente sino que empeora: hemos leído que los días de los pobres son cada vez más pobres; pero también está la constatación del cambio posible: unos siguen lo que otros comienzan..., y si la revolución no ha llegado, nada prueba que no llegará.

Mi análisis se ha limitado al plano de la comprensión

rirse a una sociología de la creación cultural, a la influencia mutua entre los hombres y su medio; permite comprender qué es un sujeto colectivo; da la oportunidad de relacionar las estructuras del pensamiento o categorías que organizan la conciencia empírica de un grupo social y el universo imaginario creado por el escritor, o, en otras palabras, brinda una ocasión concreta para explicitar la relación esencial entre la vida social y la creación humana.

La obra de ficción se ubica en el plano de las búsquedas que realizan los hombres, por lo que su campo específico no debe ser desconocido para quienes estudian ciencias sociales. Me parece indispensable que estos alumnos superen la concepción simplista que, en un cuento o en una novela, sólo ve entretención o a lo sumo un fenómeno interesante que retrata la realidad, por ejemplo, y descubran que el universo de ficción es un mundo de seres, cosas y acontecimientos, regido por leyes determinadas, en el cual se nos comunica una visión del mundo y se expresan tendencias que existen en la realidad concreta. El texto imaginario no es una simple cosa de fantasía o una entelequia impersonal, sino una vivencia.

El título de estos párrafos finales -A manera de conclusión- no es casual. Lo he elegido porque se trata de terminar el análisis de una narrativa que busca una expresión dialéctica. La detención del trabajo debe consistir en un balance provisorio y hacer proposiciones para continuar. Acabo de hacer un pequeño balance, fijándome en el objetivo pedagógico. Lo prosigo en relación al mundo descrito por la narrativa, para luego indicar algunos elementos a partir de los cuales se podría progresar más allá de mi investigación.

El mundo descrito en la obra de Manuel Rojas no es una isla. Numerosas veces la narración nos insinúa un antes y un después al propio tiempo narrativo. Sus descripciones no son una fotografía estática sino un instante de un mundo que está en movimiento y en cambio. En este mundo dialéctico no

- 3) Para agudizar y profundizar la capacidad de observación, también resulta útil discernir cómo en narraciones de temas distintos -realidades que en apariencia son absolutamente diferentes- subyacen las mismas o semejantes estructuras, las que pertenecen a un universo común; es interesante a este respecto constatar la diferencia entre la apariencia del texto y lo que se descubre al poner a luz su estructura.
- 4) La obra de Manuel Rojas presenta una ventaja particular: el estar constituida por una búsqueda de expresión dialéctica, gracias a la cual nos entrega y hace vivir una realidad no rígida sino abierta, dinámica, no sometida a esquemas fijos, preestablecidos. De aquí podemos deducir al menos tres consecuencias prácticas:
- al abordar una realidad que concierne al hombre, es imposible hacer divisiones tajantes, perfectamente delimitadas; se está frente a un mundo de relaciones, donde hay prevalencias pero no hechos absolutos;
 - la dificultad de hacer afirmaciones taxativas, nos enseña que las cosas, los acontecimientos, lo que ocurre a los seres humanos, pueden tener diversos significados, que se delimitan precisamente en relación al ser humano. Por ejemplo, el trabajo que realiza la mujer de Laureano, en sí no es positivo, creador, pero, en sus circunstancias, ella lo convierte en instrumento para trascender una situación problemática y afirmar la vida;
 - la dialéctica permite tomar conciencia que la realidad no está acabada sino sujeta a una evolución, es decir, que ella puede desarrollarse en favor del ser humano o degenerar hacia la catástrofe, siempre por la intervención del hombre ya que la evolución, al menos más directamente en el plano social, es producto del hombre mismo; la dialéctica permite reconocer que estamos frente a un mundo por construir.
- 5) El análisis de la obra literaria hace indispensable refe-

El mundo descrito en la obra de ficción puede también facilitar el acceso a una obra de ciencia cuya estructura debe adoptar un carácter abstracto y general. En nuestro caso, el análisis de la obra de Manuel Rojas, constituida por un mundo de relaciones, ha resultado una aplicación práctica de la psicología social de Fromm, una forma de explicitar algunos elementos de su caracterología que está basada en las relaciones que el hombre establece a lo largo de toda su vida. Las orientaciones del carácter que se determinan en este análisis -receptivo, sumiso, adaptado, mercantil, manipulador, en suma, orientaciones no creadoras- son concretizaciones de la enajenación del hombre, problema fundamental a tener en cuenta para quien actúa en el campo de las ciencias humanas.

Analizar una obra literaria siguiendo el método que ha guiado este trabajo, presenta una serie de ventajas pedagógicas y utilidades didácticas, entre las cuales puedo destacar las siguientes:

- 1) El principio de restringirse al texto da lugar a un buen ejercicio de observación, donde la realidad estudiada no se deforme por deseos subjetivos. El texto permite una relativa facilidad de distanciamiento, especialmente si el trabajo de análisis se hace en equipo.
- 2) En cuanto no es posible enfrentar un texto en forma aséptica y como de él pueden existir varias lecturas, resultará interesante comparar las distintas formas en que se recibe o vive el universo narrativo: ellas pueden ayudar a discernir la situación de vida de cada lector y hacer ver cómo esa situación influye en cada observación. En otras palabras, con este tipo de trabajo es posible tomar conciencia cómo cada observador recrea la realidad observada; la observación -lectura- es una vivencia que integra no sólo los datos del texto sino también la experiencia e intuición del observador -lector-. Aquí tenemos un momento propicio en el que se pueden obtener elementos para el vasto tema de la recepción del texto.

A MANERA DE CONCLUSION

Para terminar este trabajo me referiré en primer lugar al objetivo pedagógico que lo motivó y luego al mundo descrito en la narrativa.

En cuanto a la posibilidad de presentar ciertos conceptos de las ciencias sociales mediante el análisis de una creación literaria, puedo concluir, a partir de la práctica que representan las páginas anteriores, con una afirmación positiva. En ningún momento se me presentaron obstáculos infranqueables para aplicar al mundo de ficción conceptos y modelos de investigación de aquellas ciencias en general y de la psicología frommiana en particular. Por su parte, la obra narrativa de Manuel Rojas se ha mostrado un universo coherente que puede ser analizado mediante las ciencias sociales, sin sufrir en su integridad.

Dicha posibilidad tiene ciertas consecuencias prácticas en una pedagogía para alumnos de ciencias sociales, quienes, en su labor profesional, van a vincularse especialmente con el vivir humano.

Este no se puede estudiar en un laboratorio ni traer directamente a una mesa de trabajo. Las obras sistemáticas entregan elementos importantes pero parciales, no el vivir en toda su riqueza y diversidad. Tratar de recopiarlo íntegramente en un trabajo realizado por todos los alumnos de un curso, es arduo, de nunca acabar; mucho tiempo puede ser acaparado por anécdotas sin significación. Ahora bien, la obra literaria realiza cierta elaboración global de la realidad, del vivir de los seres humanos y lo comunica en un universo estructurado, donde la anécdota no tiene gran lugar. En otras palabras, la narrativa hace parte de la investigación que se requiere para comprender y explicar ese vivir.

En los vislumbres de tal comunidad, se percibe una autoridad positiva, que sabe interpretar y aunar las fuerzas que nacen pero que están dispersas:

La voz de mando sonaba con tal acento persuasivo, que resultaba difícil substraerse a su llamado. ¿Por qué estaba uno allí, de pie, con las manos en los bolsillos o a la espalda, en vez de unirse al esfuerzo común?

<...>.

No era ya una voz de mando, como podía ser la de un sargento o la de un capataz: era una voz de invitación, pero de una invitación llena de resolución y certidumbre (HL, 109).

por cada individuo y en cada individuo, capaz y capaces de dirigir sus propios destinos. Comunidad y desarrollo de la individualidad están en inter-acción. La parte consciente de tal comunidad es el hombre y es en él donde "se forma su 'conciencia del nosotros' "1. Es la comunidad la que permite el despliegue de las capacidades del hombre, el desarrollo de su individualidad, de su libertad; es ella la que representa "lo humano específico" y no un hombre solo2.

La tendencia a la comunidad es la reafirmación de la posibilidad de relaciones cualitativas entre los hombres. Es la esperanza activa en un futuro donde todas las clases habrán sido abolidas, dando lugar a un acrecentamiento continuo de la comunidad humana, que transformando el mundo se transformará a sí misma. La acción de tal Nosotros para transformar el mundo no tiene sólo efecto hacia el futuro, para las generaciones que podrán gozar de una vida mejor y más feliz, "sino que desde hoy, en la lucha por su realización, da un sentido y un contenido a la vida personal e individual"3.

En el texto de Manuel Rojas hemos visto la acción común sobre el mundo físico en los párrafos denominados obrero que sabe leer y en los de homenaje al trabajo que concretiza esa acción. Pero hay algo más aún. Existe la tendencia hacia una comunidad del hacer, cuya acción esté destinada a transformar la sociedad. Un obrero cuestiona a otro:

¿Por qué tomas tanto, para qué, qué ganas con ello, quién pierde?, sí, ¿quién gana, quién pierde?, ¿y tu mujer y tus hijos? Dejó el vaso de vino, a medio concluir, sobre la mesa, y allí quedó. El hombre no puede ser sólo un depósito de vino o de caca, hay algo que hacer, tú puedes hacer algo de ese algo, ¿qué hacer?, no estás jodiendo, ¿qué puedo hacer yo, fuera de hacer zapatos y tomar? Tú no lo puedes hacer todo, tampoco haces todo el zapato, pero puedes ayudar. Empujó el vaso un poco más allá (SM, 37).

1. HELLER (1971), 44. Cf. *ibid.*, 107; (1977), 85-90).

2. Cf. HELLER (1971), 118-119 y (1974), 84; GOLDMANN (1970a), 118.

3. GOLDMANN (1967a), 287.

que había asesinado a traición <... continúa caminando unos pasos y cae; se levanta, camina y vuelve a caer. Ve brillar una fogata pocos metros más adelante>.

Se arrastró un poco y le pareció que había llegado al lado del fuego, y que un hombre, a quien no le veía la cara porque la tenía cubierta con una gruesa bufanda negra, lo sentaba a su lado. le daba un trago de aguardiente y lo cubría con un poncho caliente y pesado. Sonriendo al invisible amigo, murmuró:

- "All right, friend".

Y se quedó plácida y eternamente dormido (CH, 85-86).

Después de haber constatado toda esta gran tendencia a la unión entre los hombres, ¿dónde ubicar a los rebeldes que se quedan solitarios? Ellos no postulan una misantropía, no se resisten a compartir con otros, sino que, usando conceptos de Heller¹, se oponen a una sociedad de "contenido axiológico negativo <...> en nombre de los valores encarnados por otra comunidad", por la cual se apuesta para el futuro.

b. Comunidad de transformación

La tendencia a la comunidad no se agota en la confraternidad, en la creación de lazos afectivos ni en el trabajo común. Esta unidad de hombres puede y debe efectuar una acción en la realidad que quiere negarlos. Recordemos que el sistema, a través del fenómeno de la cosificación, suprime la relación entre los seres humanos y la suplanta por una relación entre cosas que se agotan en sí mismas. El sistema niega la comunidad universal y reconoce sólo la "relación de mercancía"².

En el texto encontramos la tendencia y el llamado a superar el yo individual y constituir un Nosotros cuya acción tenga como objetivo la humanidad, es decir, lograr que los seres humanos dejen de ser tratados como medios para realizar ganancias. No una humanidad en abstracto sino realizada

1. HELLER (1971), 120.

2. Término utilizado por HELLER (1977), 31 y 84.

Relaciones semejantes se comparten con Matías, el otro miembro del grupo. Además, tenemos ciertos detalles interesantes: sus intenciones para después de encontrar el oro no son individualistas, hay un proyecto común: tener juntos un espacio para vivir y una tierra para trabajarla (CH, 77); los tres -Marihuán, Juan y Matías- se han conocido y han decidido continuar juntos a partir de una ayuda de unos a otros, en momentos cruciales de desamparo (CH, 65-67); a pesar de su distinta procedencia -Juan es chileno, Marihuán mapuche y Matías argentino- el texto se refiere a ellos como pertenecientes a una misma nacionalidad (CH, 68 y 74).

Decir que hay tendencia hacia la formación de una comunidad no quiere decir que ésta se logre, se realice en plenitud -y es lógico: en la sociedad que es contexto hay fuerzas que todavía son más poderosas-. Finalmente el grupo de Juan es eliminado por el de Joe. Pero si aquí cupiera hablar de fracaso, hay que dejar constancia que se trata de un fracaso parcial. Dos hechos apoyan esta afirmación. En primer lugar tenemos que, si bien todos los miembros del grupo son muertos, la comunidad en sí no fue destruida: hay realizaciones en vida y, considerando el conjunto de la narrativa, lo que se ha vivido es valioso. En segundo lugar, constatamos que al final del cuento cobra nuevamente validez la tendencia a la comunidad. Es lo que busca Joe cuando el oro ya no está en su campo existencial. Lo vemos en la escena que narra su muerte: cuando no le es posible irse con el oro y se ve vencido por la nieve, Joe vuelca su esperanza en la comunidad; su última visión es la de un amigo que lo busca y lo cobija, e incluso siente que este hombre lo cubre con un poncho:

Ya no pensaba, caminaba, caminaba, peleando con la nieve, con las piedras, con las ramas; lo importante era alejarse, irse, correr si era posible; pero la nieve parecía retenerlo, decirle: No te vayas <...> ¡Oh, si apareciera un hombre, aunque fuese Juan el Pueiche, con qué gusto lo recibiría! Se enterneció, recordando al hombre

Los dos eran altos y de ojos claros; envejecidos por la noche. Estaban en las puntas de los rieles, como vagones viejos o averiados. Uno estuvo caído y fue levantado; podía volver a caer. El otro caía ahora y el que estaba de pie lo afirmaba (PR, 255-256).

Todos estos ejemplos nos sirven para aclarar el sentido que tiene el término tendencia a la comunidad. No es vivir simplemente juntos, sino hacerse cargo activamente del otro, estar pronto a responder a sus necesidades; es considerar la posibilidad de una sociedad organizada de tal manera que los hombres no estén abandonados a sus solos recursos.

Cuando hablo de tendencia a la comunidad es precisamente tendencia, realizaciones parciales, un germen que no está aplastado y que se opone a valores y pautas que rigen la sociedad descrita, donde las relaciones fundamentales entre los hombres son las de producción, entre vendedor y comprador, caracterizadas por el antagonismo derivado del afán de extraer plusvalía, del deseo de vender caro y comprar barato. En la producción y el comercio lo que cuenta es el precio, el hombre desaparece. La solidaridad y los intentos de comunidad son una respuesta a tal enajenación. Elías delinean el camino para la realización del ser humano.

Uno de tales gérmenes lo encontramos en El hombre de los ojos azules. Hemos visto que este cuento se caracteriza por un mundo de violencia y muerte, por el antagonismo de hombres que buscan oro. No obstante, existen en él posibilidades y tendencias hacia una comunidad humana, donde las relaciones entre los hombres no sean antagónicas ni de simples socios.

Un primer ejemplo lo encontramos en la actitud de Juan frente a Marihuán cuando éste, a modo de agradecimiento por haberlo salvado del ataque arbitrario de los policías, se le ofrece como sirviente. Juan, en cambio, le propone una relación que excluye la explotación, el extraer plusvalía: entre ellos habrá "una asociación" en la que serán "a medias las labores y las ganancias" (CH, 67).

era el único que podía hacerlo, ya que nadie, en aquel puerto, sabía que yo estaba preso; nadie, además, que lo necesitaba, y nadie, por fin, que tuviese una obligación conmigo, si el ofrecimiento de pagarme la multa podía llamarse obligación. Como no la pudo pagar, la pagaba de ese modo. ¡Generoso Florentino Hernández! Fue la única comida que me envió y la última vez que supe de él; el trabajo, las ratas, como él decía, la pobreza o la enfermedad, le impedirían volver a acordarse de mí, con quien, sin embargo, no tenía la más mínima obligación. (No sé dónde estarás ahora, humilde pintor del puerto; no sé si habrás muerto o estarás tanto o más viejo que yo, pero sea como sea y estés donde estés <...> jamás olvidaré tu nombre y tu figura, tus gruesos labios y tu piel roja, tu abultada lengua y tu húmeda boca; tampoco olvidaré tu almuerzo (HL, 174).

Tales ejemplos de solidaridad se pueden multiplicar. A todos ellos podemos aplicar lo que el texto reflexiona sobre la señora Rosario, quien da de comer gratuitamente al que no tiene con qué pagar en su pensión:

Quizá no hay gente más preciosa que aquella que sabe que alguien tiene hambre y que lo único que hay que hacer es darle de comer (SM, 129).

Agnes Heller analiza el buscar ser útil a otro como signo de no alienación¹. Esto corresponde a necesitar los otros hombres como valores, como fines en sí y no como instrumentos. Es mediante "la descosificación que los hombres pueden acceder a la autenticidad y a la comunidad humana"².

El compañerismo les es cosa natural (LB, 327) y llega a una profunda solidaridad entre quienes han conocido una desgracia semejante y han tocado, aunque sea de manera diferente, el fondo del abismo. Hacia el final de Punta de rieles, terminado el relato de Romilio Llanca, éste y Fernando salen a la calle:

1. Cf. HELLER (1977), 402.

2. GOLDMANN (1973a), 119.

En las decisiones a favor del hombre los criterios comerciales no cuentan: a quienes luchan por cambiar una situación de injusticia, "hay que ayudarlos aunque sea a pérdida" (OR, 226).

Los personajes que se determinan por el ser humano son el indicio concreto de la tendencia a una comunidad: el otro no es un enemigo potencial sino alguien a quien se puede ayudar o que puede ayudar... y tal vez aquel con quien se podría hacer algo en común. Sus acciones de solidaridad hacia seres que están en abandono afectivo y económico, son actos de cualidad creadora: en ningún caso se produce paternalismo, ningún individuo ayudado es mantenido por quien lo ayuda. Este se limita a acogerlo y a conseguirle un trabajo o a compartir con él el que ya tiene, dándole así la posibilidad de tomar a cargo su propia existencia. Es lo que hacen Miguel y Alejandro con Eugenio, en Lanchas en la bahía, y El Filósofo con Aniceto y Cristián, en Hijo de ladrón. La señora de El vaso de leche da de comer al joven solitario puramente, sin ningún aspaviento, sin ningún gesto de retenerlo para sí.

También citemos la actitud del obrero Florentino Hernández, apodado El Azarcón. Está preso junto a Aniceto, después del motín. Al saber que Aniceto está solo y sin dinero, le ofrece pagarle la multa para que salga inmediatamente en libertad. Esto no podrá ser porque Aniceto será condenado. Entonces le hace llegar comida a la prisión. Ese gesto es sentido profundamente por el narrador. Cuando nos lo participa es tal su emoción que se desprende del hilo temporal en que está narrando para abrir un paréntesis y hablar más personalmente desde el estricto presente en que escribe.

Un muchachito de mandados le pasa a Aniceto la vianda con comida a través de las rejas del calabozo:

-¿Viste al que pagó?

El niño lo recordaba.

-Sí; un hombre colorado y con espini-
llas.

Echó a correr. ¡El Azarcón! En rigor,

algo más aún: el texto visualiza una comunidad mayor, la comunidad para transformar la realidad.

a. Comunidad y determinación por el ser humano

Los seres humanos descritos no se conforman con la soledad, el aislamiento, el batirse cada uno individualmente. Esto se ve en algunos detalles, como el de dos mujeres que, afectadas por un abandono y una soledad semejantes, deciden unirse en un trabajo para continuar enfrentando la existencia juntas (OR, 356).

En otros seres la comunidad se amplía. Ellos se hacen cargo de otros, simplemente porque los ven necesitados; respetan a esos otros, sin exigirles ninguna sumisión, ni siquiera esperan agradecimiento (SM, 42).

Los seres acogedores son la contrapartida de lo burócratas y policías, que interrogan e interrogan. Ellos se saltan las barreras ficticias de las fronteras, basadas en mitos que protegen ciertos intereses. Representan la tendencia a la comunidad entre todos los hombres, opuesta a calificarlos por el territorio en que nacen (OR, 137, 292-293).

La determinación por el hombre lleva a superar una serie de prejuicios, a realizar relaciones sin barreras. Así procede Aniceto en la historia de Blanca: se orienta no por valores convencionales sino por el ser humano que tiene delante: la continuación de sus amistades no las decide por el nivel económico o la importancia social de las personas sino por su capacidad de afecto y de acogida, de dar y hacer posible un espacio donde otros puedan expresarse y dialogar (MV, 25-27; SM, 201-202).

Lo común y distintivo en tales personajes es que no objetivizan a los demás. Después de las diatribas contra los funcionarios burocráticos que le exigen un certificado de nacimiento para darle uno de nacionalidad, el narrador comenta sobre ambos tipos de seres:

Estos creían en las personas; aquellos en los papeles (HL, 14).

2. La comunidad entre todos los seres humanos

El hombre no es un ser de soledad, un lobo estepario: "no puede tener un yo sino en y por la comunidad con los otros hombres y sus relaciones con el mundo exterior"¹; logra su realización sólo "en el interior de la comunidad humana"².

En el texto narrativo de Manuel Rojas, la relación es una necesidad fundamental. Por ejemplo:

- Aniceto, "aquella tarde, con el cuerpo un poco destemplado, no podía rechazar de ir a un lugar en que hubiese un poco de tibieza, una mujer y quizá un niño" (OR, 56);
- la libertad individual y física no cuenta si no hay con quien se comparte la existencia (OR, 59);
- el protagonista de Un mendigo tiene como única esperanza el ir hacia un ser humano que lo reconozca (G, 138-139), y aunque esa esperanza no se realiza, no por eso se corta como tendencia;
- para la felicidad del hombre es esencial la "compañía", con tal que ésta "no sea de avaros" (SM, 38);
- en El colocolo tenemos un dato importante: el fantasma ataca únicamente cuando hay falta de vigilancia y en la soledad, en momentos en que los otros no están (I, 157);
- en la vivencia de unos niños, los objetos no son lo esencial; lo indispensable son las personas:

<...> aquella casa que ya no nos servía de nada: no había allí madre, no había padre, sólo muebles e incertidumbre, piezas vacías y silencio (HL, 77).

Es en la búsqueda concreta del otro ser humano donde se realiza la búsqueda de otra relación. Algunos de sus elementos ya se encuentran en la solidaridad, en el apoyo, en el compañerismo. Estos van más allá de un aspecto asistencial pues en su realización se supera la relación objetal. Y hay

1. GOLDMANN (1967a), 195-196.

2. Ibid., 250.

se une a la retribución, al apasionamiento, a la profundidad, al deseo de profundidad del hombre; es la comunicación de algo que ocurre o se crea fuera de la boca y que utiliza la boca nada más que como un lugar en el que alguien, alguien determinado, no cualquier alguien, puede y debe encontrarlo y recogerlo, y Aniceto lo encontraba y lo recogía y, a su vez, entregaba lo suyo, su deseo, ese gran deseo de encontrarse y verse en alguien, en alguien que lo ame y a quien él ame y en quien pueda confiar (MV, 34; cf. 91).

En la comunidad de amor, hombre y mujer se poseen mutuamente (MV, 92), como preludio y síntesis de una relación que logra realizarse en la intimidad de los seres; cada uno valoriza al otro por esa interioridad, llegándose a amar "no por lo que parecen ser o quieren ser sino por lo que son" (OR, 301). Fromm anota que "el amor sólo es posible cuando dos personas se comunican entre sí desde el centro de sus existencias"¹.

La comunicación de esta realidad alcanza gran fuerza y emotividad cuando se nos participa la experiencia de la pareja Aniceto-María Luisa, para cuyo conocimiento y profundización el protagonista considera que el tiempo de una existencia no es suficiente. Ello se explica porque en esta relación no hay apresuramiento ni urgencia: no hay que extraer nada del otro, el otro no se va a escapar. Ellos crean una comunidad, como lo expresa el narrador, dirigiéndose a quienes puedan haber realizado la experiencia del amor:

en la alta y obscura noche de los amantes,
te trascendiste en ella y ella se trascen-
dió en ti, y supiste, desde ese momento,
que entre tú y ella existiría para siempre
un secreto que no podría decirse con pala-
bras, ya que no estaba hecho de palabras,
sino de susurros, un secreto, sin embargo,
que te ataría a ella y la ataría a ella a
ti (MV, 167).

1. FROMM (1966), 122.

importante: la pulsión sexual no debe considerarse como "fuerza ciega y sin finalidad", pues tiene una "intencionalidad relacional" que apunta hacia un compañero. Ella corresponde a tomar conciencia del otro como ser necesario y como sujeto¹.

Así comprendemos mejor la visión que el texto tiene de la sexualidad. Este no comunica el vacío que dejan en Aniceto los "besos" y "caricias superficiales, mecánicas, frías", recibidos y dados en "los cuartos funcionales de las prostitutas" (MV, 32-33; cf. 93). Allí no se produce ningún encuentro. Pero el fracaso en la relación no apaga en Aniceto la aspiración a esa unión en que hombre y mujer descubren al otro y la totalidad que forman entre sí, donde ambos se penetran y se enriquecen (MV, 258-260).

La narrativa de Manuel Rojas tiene en gran consideración esa realidad, por eso postula, junto con zambullirse en la vida en general, también hacerlo en esa particularidad que es la vivencia del amor. La pasión con que se unen dos seres que se aman, comunica "una poderosa sensación de vida" (HL, 272); en un adolescente que despierta al amor, los sentimientos que experimenta al estar con una mujer son descritos como "una sensación de ternura, de reposo, de quietud" (LB, 313), en contraste con su experiencia cotidiana de sobresalto y atención para ganarse el sustento.

Estos sentimientos cobran mayor relieve cuando la experiencia es mutua:

<...> y Aniceto, el joven Aniceto Hevia, conoció lo que era una boca de mujer, una boca que no se niega, que no pone objeciones; una boca suave, tibia, blanda, húmeda, no una boca esquiva, no una boca que ofrece sólo el borde de los labios y se retira en seguida, sino una en que hay muchas cosas, no tan sólo tibieza, humedad, sabor, blandura, sino, además, algo que no es sólo la boca, una profundidad, un apasionamiento que crece, una retribución como inteligente, que viene de otra parte y

1. MILDWOLF (1974), 17.

a crear un proyecto para realizar en su compañía. Ese proyecto lo determina por el futuro y lo deja abierto a la particularidad del ser que se encuentra junto a él y al cual está presto a descubrir.

Fromm sigue adelante con su análisis añadiendo que el elemento dar, que caracteriza la comunidad de amor, es reforzado por otros: cuidado, responsabilidad, respeto y conocimiento. El elemento cuidado consiste en la "preocupación activa por la vida y el crecimiento" del ser amado; el elemento responsabilidad es un acto voluntario con el cual se responde "a las necesidades, expresadas o no, de otro ser humano", cuya existencia se capta como asunto propio; respeto, que consiste en "la capacidad de ver a una persona tal cual es", en su individualidad y particularidad propias y "no como yo necesito" o quiero que sea; finalmente tenemos el elemento conocimiento, que supera la periferia de las personas y alcanza su centro: el amor permite conocer al otro y a uno mismo ya no a través de conceptos y palabras sino de la única manera en que es posible conocer lo que está vivo: "por la experiencia de la unión"¹.

El amor es así un "triunfo sobre la separación humana". Aquí Fromm va más allá de la concepción freudiana, para la cual el instinto sexual es resultado de una tensión química dolorosa cuyo alivio se encuentra en la satisfacción sexual. Para Fromm, "la necesidad de aliviar la tensión sólo motiva parcialmente la atracción entre los sexos; la motivación fundamental es la necesidad de unión con el otro. De hecho, la atracción erótica no se expresa únicamente en la atracción sexual"².

La fuerza en la atracción sexual y el rechazo a satisfacer sólo la tensión fisiológica muestra un hecho bastante

1. FROMM (1966), 39-45). El conocimiento del pensamiento, psicológico, no es desechado. Este es indispensable para poder ver la realidad, para dejar de lado las "ilusiones", la "imagen irracionalmente deformada" de la otra persona.

2. FROMM (1966), 46-50. Traducción corregida con la edición (1983), 50.

está en un "arranque súbito" sino en un estado continuo de mutua donación. Aquí dar no consiste en una renuncia o privación de algo, sino que tiene un sentido positivo, creador; es un acto que expresa potencia, vitalidad, donde se incluye no sólo la vida sexual sino la existencia total. El movimiento característico de esta relación es recíproco. Quienes alcanzan tal orientación, tanto en el proceso de amar como en otras esferas del dominio humano, dan lo que está vivo en ellos, sin temer una pérdida porque su actuar los vivifica. Superan la relación comercial, la orientación receptiva, que da con el objeto de recibir¹.

El cuento La suerte de Cucho Vial nos sirve para ilustrar las orientaciones creadora y receptiva, según aparecen en los diferentes modos en que se orientan Vial y Etchepare. Este último es el ser que lo ha recibido todo, sin esfuerzo personal y que permanece orientado hacia el mundo en forma receptiva; Vial es el ser que ha tenido que actuar en el mundo para cambiar sus circunstancias desfavorables y que continúa con una orientación creadora (N, 228).

Etchepare trata totalmente a la mujer como un objeto cuyo centro de gravedad y de apreciación es él mismo. Vial, en cambio, considera a la mujer como un ser con individualidad propia; no la coacciona sino que respeta su intimidad, su libertad. Lo vemos no sólo en sus pensamientos, sino en toda su actitud directa con María Eugenia, que ella considera, al comienzo, una rareza, pero que finalmente le hace hablar de ambos en plural (N, 231-232).

Ante un ser viviente no se debe tener planes fijos. La posición de Vial es la de descubrir a una persona y posibilitar que llegue a expresarse; para él, las relaciones entre el hombre y la mujer deben basarse en la libertad y el reconocimiento del otro como un existente propio, irreductible en sus vivencias (N, 234-236). Su expectativa no es pasiva, neutra, sino que desde que está frente a la mujer, comienza

1. FROMM (1966), 35-38. Cf. MARX (1977a), 181.

revistas y <...> se me ocurrió ser artista. ¿Por qué? No tengo voz y no sabía bailar más que cuecas. Pero quería salir de las fábricas, de las fuentes de soda, de las tiendas de turcos (MV, 216).

Posteriormente volvemos a encontrar que en su rebelión no hay sólo un rechazo al sometimiento a los hombres sino también a una situación social concretizada en ciertos tipos de trabajo (MV, 221).

Dentro del mundo de relaciones cosificadas, de explotación y aprovechamiento de unos por otros, hay momentos en que no es posible la comunidad plena, la comunidad en los sentimientos, en las inquietudes, en las esperanzas. En esos casos, el máximo de relación posible se da en una aceptación mutua a nivel corporal, una especie de solidaridad humana en los cuerpos. Lo vemos entre Aniceto y Flor, de quienes el texto es explícito para decirnos que no se aman, que no están enamorados, pero llevan una vida sexual en común. Uno necesita a la mujer, la otra necesita al hombre. Mutuamente satisfacen esa necesidad, en una relación pobre, pero sin mediación del dinero ni otros intereses ajenos a cada uno de ellos. Es interesante notar que en esta pareja donde está ausente el enamoramiento, no hay fricciones, que en la "atracción" que los mantiene unidos hay cierta "estimación por algo personal específico" (MV, 200-202).

Pero eso no es suficiente para el ser humano. Puede darle una calma relativa, un apaciguamiento, pero no colmarlo (MV, 251). El proyecto de naturaleza humana que subyace en el texto no considera seres aislados sino en comunidad, y especialmente en la comunidad de amor entre el hombre y la mujer. De ahí una especie de eternidad en la búsqueda del amor, aun en experiencias pasajeras (MV, 203).

Por comunidad de amor entiendo una relación creativa que se produce entre el hombre y la mujer. Utilizando términos de Fromm¹, puedo decir que la base de esta relación no

1. Cf. FROMM (1966), 35-38).

II. TENDENCIA A "OTRA RELACION"

Esta es una búsqueda que comporta esencialmente el encuentro entre el hombre y la mujer y el de todos los seres humanos entre sí.

1. La comunidad hombre-mujer

La tendencia a igualar la mujer al hombre, a reconocerle su lugar positivo y creador en la vida, la encontramos en quienes aspiran a una transformación global de la existencia y tienen un comportamiento de responsabilidad hacia el ser humano.

Aquí se acrecienta el significado de algunos elementos, como el respeto al cuerpo de la mujer y el tratarla como un existente de vida propia (MV, 92-93); el rechazo de una experiencia sexual donde el goce no es compartido por las dos personas (MV, 224).

En Flor hay un residuo de esa tendencia: ella no es una vindicativa obnubilada sino que reclama otro tipo de relaciones entre el hombre y la mujer, unas que no se reduzcan exclusivamente al comercio sexual. La narración le da la razón cuando reacciona con energía ante Aniceto, quien se ha sorprendido que una mujer no quiera acostarse con un hombre después de haber salido de fiesta juntos. Incluso el texto tiene la precaución de anotar el detalle que Flor se incomoda por la sorpresa de Aniceto (MV, 21).

Aquella lucidez de Flor no es aislada ni circunstancial en su personalidad. Las relaciones entre el hombre y la mujer pertenecen a una globalidad mayor, de la cual dependen y forman parte. Así, su primera contestación no ha sido contra los hombres sino hacia un mundo social, como vemos en el recuerdo de sus inicios en la vida:

soy del sur <...> me vine muy joven a Santiago, a trabajar en fábricas y en tiendas, <...> un día fui a una compañía de

patos gastados, su pelo largo y, sobre todo, su expresión de temor; no verás su herida, esa única herida que por ahora tiene, y podrás creer que es un vago, un ser que se niega a trabajar y espera vivir de lo que le den o de lo que consiga buena o malamente por ahí; pero no hay tal: no te pedirá nada y si le ofreces algo lo rechazará con una sonrisa, salvo que al ofrecerse lo mires y le hables de un modo que ni yo ni nadie podría explicarte, pues esa mirada y esa voz son indescritibles e inexplicables. Y piensa que en este mismo momento hay, cerca de ti, muchos seres que tienen su misma apariencia de enfermos, enfermos de una herida real o imaginaria, aparente u oculta, pero herida al fin, profunda o superficial, de sordo o agudo dolor, sangrante o seca, de grandes o pequeños labios, que los limita, los empujea, los reduce y los inmoviliza (HL, 99-100).

Hay en el texto una reacción a la cosificación. Esa reacción no es una filantropía ingenua, una mera protesta individual del narrador sino que surge de la tendencia al cambio total que existe en el universo narrativo. En Poco sueldo hemos visto que al hombre se le valora de acuerdo a su productividad, es decir, según su aporte al crecimiento del capital, pero el texto reivindica que se le debe considerar por lo que siente y vive; en Hijo de ladrón leemos que el ser humano debe valorarse por su capacidad de relación, de acercarse al que está en desgracia; en un mundo donde es común la cosificación del ser humano, el uso y abuso de unos hombres por otros, el protagonista de Mejor que el vino se decide por el respeto al otro, en especial en la relación hombre-mujer.

CAPITULO TERCERO

OPCION POR LA COMUNIDAD HUMANA

1. EL "INO!" DEL TEXTO ANTE LA SITUACION MUTILADA DEL SER HUMANO

En el conjunto de la narrativa de Manuel Rojas encontramos un alegato por el ser humano. De sus páginas brota un profundo y fuerte ino! ante la situación que lo empobrece, lo destruye, lo mata.

Esto lo hace no sólo ni preponderantemente con grandes discursos sino poniéndonos en contacto con personas vivientes. Por ejemplo, comunicándonos qué son las prostitutas; antes que nada seres humanos, cuya vida cotidiana está compuesta de una serie de detalles y no sólo por el sexo y la cama; el texto especialmente refiere las personas familiares con quienes viven, e insiste en que su actividad es un trabajo para ganarse la vida, una oportunidad para sobrevivir, y cómo esa actividad las carcome: "Regresan al amanecer, cansadas, deshechas" (MV, 193-196).

Semejante llamado de atención encontramos en el capítulo del nudo y de la herida¹, dirigido directamente al lector:

Hoy es un día de sol y de viento y un adolescente camina junto al mar; parece, como te decía hace un instante, caminar por un sendero trazado a orillas de un abismo. Si pasas junto a él y le miras, verás su rostro enflaquecido, su ropa manchada, sus za-

1. Me refiero a un capítulo de Hijo de ladrón, escrito entre paréntesis y en cursiva, donde el narrador describe minuciosamente cómo se hace y deshace un nudo marinero y lo relaciona con las heridas existenciales que afectan al ser humano.

¿qué es el anarquismo, qué es la anarquía?, tal vez nada más que un deseo, como el del cielo, quién sabe si nunca será una realidad, aunque puede llegar a serla (SM, 80).

Lo cierto es que indica una tendencia a la liberación total, a la expansión del ser humano y la hermandad entre los hombres. Esa tendencia no es posible encasillarla, fijarle moldes, porque corresponde a una realidad -la vida- que es imprevisible y mayor que cualquier esquema, que cualquier regla. Quienes se orientan por ella, dan gran importancia al elemento humano, a la transformación interna del hombre (OR, 437), a su continuo crecimiento. Por ejemplo, el maestro Pinto, que "no tiene interés por el dinero", cree en una sociedad futura, donde el hombre podrá sentir plenamente, comunicarse plenamente (SM, 33-34).

de libertad y plenitud a la cual se denomina anarquismo.

No cabe pronunciarse en mi trabajo sobre el anarquismo histórico, ni sobre la relación de este movimiento con el descrito por la narrativa. Para hacerlo, sería necesario estudiar si hay identidad entre ambos y dilucidar por qué el texto, aparte o además de la razones dadas por la misma narrativa, lo alaba y admira, a la vez que lo critica severamente; habría que investigar si el ideal de hombre y sociedad se relaciona con el anarquismo histórico o más bien con un proyecto totalmente nuevo de sociedad, que toma de este movimiento, como también de otros, algunos elementos y valores. Habría que revisar también si los grupos positivos que se constituyen en la narrativa son verdaderamente anarquistas o son más bien especies de comunidades utópicas, en el sentido que anuncian la forma y posibilidad de otra sociedad, a la vez que ya la adelantan. Ellas servirían para mantener y transmitir un proyecto que aún no está "bien" expresado pero que muchos lo sienten, como alcanzamos a leer en el propio texto (SM, 81).

Aquí parece comunicársenos una especie de conciencia continua de renovación, que nos mantenga despiertos para tender hacia una plenitud que nunca puede ser agotada. El texto se refiere a esa tendencia al describir el panorama que se ve desde una loma hacia el mar:

Siempre soplaban viento por allí y desde ese punto, si se miraba, el mar tenía toda la grandeza y la belleza que se le conoce y supone: lejanía, inmensidad, color. Podía uno estar todo el día mirándolo y durante todo el día el océano presentaba algo de interés, barcos, pájaros, botes, rizaduras, nubes, neblina, viento, resplandor, oleajes, corrientes, calma; después comenzaba de nuevo. <...>. Puedes pensar o imaginar lo que quieras, lo que es o lo que será, lo que puede ser y lo que no puede ser, porque todo lo puede ser y no ser, abismo y cielo, abismo de agua, abismo de cielo, es como la humanidad, como el universo, aunque más cercano a nosotros; mira, nunca creo más en el anarquismo que cuando estoy sentado aquí, mirando el mar,

samente la narrativa nos comunica que Vicente logra hacer lo que no hizo su padre; Fernando, apoyado por una mujer obrera, quiebra el alcoholismo heredado del padre; Aniceto, hijo de ladrón, no es ladrón.

Los cambios positivos se producen a nivel individual. Pero no son absolutos. Esto en un doble sentido. Uno semi-negativo, que indica la imposibilidad de escapar definitivamente al sistema, y así el cambio, a este nivel, es una especie de adaptación para no dejarse absorber; otro más positivo, que indica un proyecto infinito que hay en el hombre, sus posibilidades sin límites para expandirse y desarrollarse.

Hay un momento en la evolución hacia ese cambio en que el ser afectado debe tomar conciencia de su propia fuerza, de la fuerza que debe y es capaz de adquirir (OR, 70); la acción que de aquí brote no debe limitarse a destruir la opresión sino orientarse a construir un hombre nuevo, una sociedad donde predomine la realización de una comunidad de "deberes" y de "derechos" (OR, 53), de "amor" y no de "odio" (OR, 109) y donde sea posible la plena expansión individual (SM, 15, 41). En tal sistema no habrá explotador ni explotados. El hombre trabajará "libremente en una sociedad libre, sin policías, sin patrones, sin ejército" (SM, 25). Todo se organizará de nuevo, dándose gran importancia al trabajo creativo; el "tuyo" y el "mío" desaparecerán (OR, 113).

La constatación que es difícil incluso plantear este proyecto, no lleva a una posición de parálisis:

Todo era confuso, pero alguna vez todo fue más confuso aún y no habla para qué detenerse a considerar si lo era o no, lo esencial era trabajar para realizarlo (SM, 28; cf. 192).

A ello se agrega la conciencia que el plazo es largo (OR, 148), aunque no por eso se le sitúa en el plano de la espera pasiva y acomodaticia sino en el de la realización por los mismos hombres (SM, 14-15).

En esa orientación al cambio total, hay una tendencia

Es un qué hacer del cual sólo pueden preocuparse los afectados (OR, 10). El movimiento que más profundamente tiende hacia la transformación total, considera como base de esta transformación a los trabajadores. A ellos les dirige un llamado ferviente:

¡Atreveos! ¡Atreveos! (OR, 351).

El cuento El trampolín pone de relieve que aunque el destino del ser humano parece dirigido por la fatalidad, eso es mera apariencia: la fatalidad está compuesta de elementos que, por determinadas razones, no plenamente explicitadas, escapan al control de los hombres, pero que pueden soslayarse. A eso apunta la narración ya en su primer párrafo:

Mucha gente hay que no cree en la suerte. Dicen que todo está determinado y que nada sucede sin obedecer a leyes fijas, invariables, que provocan tales o cuales hechos, ya que el hombre no puede escapar a lo que el destino le reserva. Pero yo creo que hay un ancho margen para los acontecimientos imprevistos, una especie de puerta de escape para lo determinado y lo prescrito, un burladero para lo fatal, un trampolín para los saltos de la suerte <...> existe y yo puedo demostrarlo (H, 143).

El texto une la posibilidad de escapar con la existencia de algo concreto, que llama "trampolín". No se trata de una suerte sin asidero en la realidad. Aún más, la "puerta de escape", el "burladero para lo fatal" está constituido por la acción de dos personas que se mancomunan para realizar la liberación de un tercero. También debemos tener presente que una de esas personas -el narrador- no se orienta ni por la normalidad ni por las leyes establecidas sino por el hombre. En su relato él pone de manifiesto cómo la suerte debe ser construida por alguien (H, 147).

A lo largo de toda la narrativa de Manuel Rojas asistimos a la superación de una serie de fatalidades. Por ejemplo, hay en el mundo descrito una creencia bastante extendida: la fatalidad del padre continúa en el hijo. Pero preci-

pensiones hacia otro modo de vida, con nuevas relaciones entre el hombre y la mujer, y el trabajo que no sea sólo medio para satisfacer urgencias fisiológicas, sino que responda a las necesidades fundamentales del ser humano.

Para lograrlo es necesaria una transformación profunda en la estructura del sistema, esa estructura que condiciona y determina a los hombres y las relaciones entre ellos. Las solas posturas benevolentes no cambian el sistema.

El cambio total va siendo preparado, abonado, con las respuestas positivas que se dan en la acción.

Aunque las preguntas "¿qué hacer?" en su mayor parte tienen una respuesta negativa, no podemos dejar de lado que ellas mismas llevan una respuesta: se pregunta por un hacer, es decir, por una solución en la acción. Esto entendido en un sentido de gran amplitud, sea en sus repercusiones para la gran historia -hay un qué hacer que va más allá del trabajo para ganarse la vida (SM, 192; OR, 150)- como en las concretizaciones de las vidas individuales. Ciertas de estas respuestas producen cambios en la existencia de algunos seres, por ejemplo en ciertas prostitutas. Un consenso supone que con las mujeres que han caído en tal estado, no puede haber un proyecto de vida, que sólo se les puede buscar por placeres corporales (MV, 238). Pero ya hemos visto hombres que en una concreción de vida crean un proyecto con ellas.

Con estos hechos y estas afirmaciones la narrativa tiende hacia un movimiento dialéctico que abarca una totalidad, sin descuidar las urgencias cotidianas inmediatas, las que a su vez, por ejemplo el hambre, no deben apartar de la preocupación global.

La pregunta inicial de La oscura vida radiante -"Y ahora, ¿qué hacemos?"- es reconcentrada hacia una problemática que crea el sistema. El texto dice "hay que hacer algo" y lo señala en una enumeración de acciones: organizar, revolucionar, dirigir, formar, reunir, derrotar, incorporar, terminar (OR, 353). Sin este programa, las acciones pedagógicas, asistenciales e individuales, fracasan.

en voz baja. Se irguió, pisando con firmeza y decisión.

Llegó a la orilla del mar y anduvo de un lado para otro, elásticamente, sintiéndose rehacer, como si sus fuerzas interiores, antes dispersas, se reunieran y amalgamaran sólidamente.

Después la fatiga del trabajo empezó a subirle por las piernas en un lento hormigueo y se sentó en un montón de bolsas.

Miró el mar. Las luces del muelle y las de los barcos se extendían por el agua en un reguero rojizo y dorado, temblando suavemente. Se tendió de espaldas, mirando el cielo largo rato. No tenía ganas de pensar, ni de cantar, ni de hablar. Se sentía vivir, nada más.

Hasta que se quedó dormido con el rostro vuelto hacia el mar (F, 133-134).

Hay un elemento de universo futuro en la señora, quien supera el estatuto de dominado de la mayoría de las mujeres descritas por la narrativa: tiene un trabajo propio e independiente. Pero ese elemento futuro no se agota en una salvación individual: si bien su trabajo está en la rúbrica del comercio, ella sobrepasa las características del comerciante. No sólo no cobra lo que se le ha pedido sino que aún da con creces. Anticipa un orden cuyo punto de vista no sean las mercancías sino las necesidades del ser humano.

Hambre, soledad y desamparo destacan, pero el mundo queda abierto: el protagonista experimenta su propio existir y se duerme vuelto hacia el mar, es decir, hacia ese elemento estructural que señala la libertad, la posibilidad expansiva del hacer del hombre.

2) Tendencia hacia el cambio total... no definitivo

El ser humano que encontramos en la narrativa de Manuel Rojas no está totalmente corrompido, el poder del sistema no es absoluto, la realidad es dialéctica.

Esos elementos permiten afirmar la posibilidad de un cambio, incluso profundo, cuyo punto de vista sea el hombre, la libertad para crecer hacia la plenitud de cada individuo y construir la comunidad humana. Aquí se insertan las pro-

vaso de leche y otro platillito colmado de vainillas (F. 133).

A partir de aquí podemos hacer una referencia al título del cuento. Este es El vaso de leche, a pesar que en la narración existen efectivamente dos. El primero, entregado a un cliente, es fruto de una relación comercial; el segundo, de una relación humana. Con la relación humana surge un "nuevo vaso", esta vez "lleno de leche" y otro platillo de vainillas, esta vez "colmado". Es un vaso que no ha sido arrojado, como el paquete del marinero, ni vendido en una relación anónima.

El ser humano que hay en esta señora constituye ese elemento que da un vuelco fundamental al mundo descrito en el primer plano de la narrativa de Manuel Rojas. Ella es la otra posibilidad. Cuando en el mismo universo ya todo parece agotado -"nada te lo darán gratis" (SM, 148 y 163)- y el lazo afectivo está lejano, he aquí que, sin limosna, le dan de gracia. La solidaridad que incluye lo material y lo sobrepasa, se mantiene como realidad posible. El mundo no ha cambiado, pero en él existen elementos que no le pertenecen, que pertenecen a otro universo. Por eso un joven que padecía hambre, vuelve a revivir.

Lo que ha recibido no es mera satisfacción orgánica. También ha recibido calor humano; no ha habido limosna sino relación. Eso explica los efectos positivos que en él se producen. A los ya anotados hay que agregar un detalle que aparece al final de la narración. El protagonista se siente vivir, que es lo que más buscan, a lo que más aspiran los personajes de Manuel Rojas, aquellos que dan el tono de los auténticos valores que deberían regir en el mundo. Es importante comparar esta vivencia, que encontramos al final de la narración, con aquellas que lo embargan mientras tiene hambre y aún no ha recibido afecto.

Al salir de la lechería, baja nuevamente hacia los muelles:

De pronto se sorprendió cantando algo

só el desvanecimiento y se fue enderezando, mientras la quemadura se enfriaba despacio. Por fin se irguió, respirando profundamente. Una hora más y caería al suelo.

Apuró el paso, como huyendo de un nuevo mareo, y mientras marchaba resolvió ir a comer a cualquier parte, sin pagar, dispuesto a que lo avergonzaran, a que le pegaran, a que lo mandaran preso, a todo; lo importante era comer, comer, comer (F, 130-131).

Dos personas regalan comida en la narración: un marinero y una señora. El primero da limosna, indiferente al problema humano; tiene un aire satisfecho cuando puede hacerlo; su actitud, de superior a inferior, tiene un efecto encogedor en el joven, que no acepta esa comida (F, 127). El actuar de la señora, en cambio, es distinto: verdadero prototipo de otra relación, produce un cambio en la angustia y abatimiento del hombre, como constatamos desde que el protagonista termina de beber el primer vaso de leche y de comer las primeras vainillas:

Afirmó la cabeza en las manos y durante mucho rato lloró, lloró con pena, con rabia, con ganas de llorar, como si nunca hubiese llorado.

Inclinado estaba y llorando cuando sintió que una mano le acariciaba la cansada cabeza y que una voz de mujer, con un dulce acento español, le decía:

-Llore, hijo, llore...

Una nueva ola de llanto le arrasó los ojos y lloró con tanta fuerza como la primera vez, pero ahora no angustiosamente, sino con alegría, sintiendo que una gran frescura lo penetraba, apagando eso caliente que le había estrangulado la garganta. Mientras lloraba parecióle que su vida y sus sentimientos se limpiaban como un vaso bajo un chorro de agua, recobrando la claridad y firmeza de otros días.

Cuando pasó el acceso de llanto se limpió con su pañuelo los ojos y la cara, ya tranquilo. Levantó la cabeza y miró a la señora, pero ésta no lo miraba ya, miraba hacia la calle, a un punto lejano, y su rostro estaba triste.

En la mesita, ante él, había un nuevo

el paquete a un vagabundo que le confiesa tener mucha hambre.

La narración continúa describiendo el dolor que le causa al joven el hambre, un trabajo que logra encontrar y su decisión de comer por cualquier medio, aunque sea entrar a un negocio, comer y después soportar las consecuencias de no poder pagar.

Lo hace en una lechería atendida por una señora de tipo extranjero. Al terminar de beber un vaso de leche y comer un platillo de vainillas, rompe a llorar. La señora le acaricia la cabeza y lo incita dulcemente a seguir llorando. Cuando deja de hacerlo, la señora ya no está junto a él, pero en la mesa hay otro vaso de leche y otro platillo de vainillas.

Sale del negocio agradeciendo a la señora. Una vez en el muelle, se queda complacidamente dormido, mirando hacia el mar.

En el mundo descrito encontramos un ser que está solo, angustiado y hambriento. La descripción de esa hambre es fuerte y viene inmediatamente después que en el trabajo le dicen que no pueden adelantarle el pago. El capataz le ofrece prestarle algunos pocos centavos que tiene:

Le agradeció el ofrecimiento con una sonrisa angustiosa y se fue.

Le acometió entonces una desesperación aguda. ¡Tenía hambre, hambre, hambre! Un hambre que lo doblegaba como un latigazo; veía todo a través de una niebla azul y al andar vacilaba como un borracho. Sin embargo, no habría podido quejarse ni gritar, pues su sufrimiento era oscuro y fatigante; no era dolor, sino angustia sorda, acabamiento; le parecía que estaba aplastado por un gran peso.

Sintió de pronto como una quemadura en las entrañas y se detuvo. Se fue inclinando, doblándose forzosamente y creyó que iba a caer. En ese instante, como si una ventana se hubiera abierto ante él, vio su casa, el paisaje que se veía desde ella, el rostro de su madre y el de sus hermanos, todo lo que él quería y amaba apareció y desapareció ante sus ojos cerrados por la fatiga... Después, poco a poco, ce-

ción, quien ya trabaja por el cambio que se efectuará en el futuro, dedicando su vida a apoyar a quienes luchan por los trabajadores y a aquellos que el sistema deja de lado (OR, 144-156).

Hay, además, realizaciones de ciertas comunidades que dan la posibilidad de "vivir intensamente" (SM, 141); algunas confraternidades (SM, 38), como la que existe entre los actores de una compañía teatral -"compañerismo social", la denomina el texto- donde ganancias y pérdidas se reparten o soportan entre todos, y donde nadie está por encima de otros (OR, 300).

Aquella posibilidad de realización cobra especial interés en la comunidad que realizan unos zapateros anarquistas. Aquí, dentro del grupo, se mantiene la personalidad individual, sin absorción en una entidad anónima ni sometimiento a una personalidad fuerte. El texto lo resume en la siguiente fórmula:

distintos los tres, camaradas los tres
(OR, 110).

La descripción de su lugar de habitación y trabajo nos recuerda un ideal de pobreza cristiana, donde no existe un solo lujo, sino que las cosas están ahí por su valor de uso, y éste se hace en común (OR, 110). Para ellos la acción práctica está constituida por el conjunto de su vida. Podemos decir que los miembros de esta y otras comunidades buscan y logran vivir una cotidianidad no extrañada¹.

Pasemos a ver la narración El vaso de leche, donde alguien actúa determinándose por el ser humano.

El cuento está escrito en tercera persona.

Por las dependencias de un puerto deambula un joven. De lo alto de un barco un marinero, con la intención de tirarle un paquete con restos de comida, le pregunta, en inglés, si tiene hambre. A pesar que hace tres días que no come, responde que no tiene hambre. Poco después el marinero arroja

1, Cf. este concepto en HELLER (1971), 67.

ción constante de la vida, aunque esto se mezcle con cons-
treñimientos (OR, 410-411); a pesar de toda la serie de tra-
bas burocráticas, Aniceto mantiene constante la esperanza de
pasar de Argentina a Chile y vice versa (MV, 96, 131). Siem-
pre espera volver a los lugares de comunidad, donde logró
alguna realización. No es la huida la que prevalecerá:

Adiós. ¿Volverá a Santiago? Sí, sin duda
volverá (OR, 67).

Aniceto se une así a un conjunto de seres que se crean
un espacio, que aquí realizan un aspecto de salvación. Entre
ellos cabe mencionar al anarquista Filin, a quien, por ser
muy corto de vista, no le debería interesar el vagabundeo.
No obstante ese impedimento físico, es capaz de partir para
sentir otro clima (SM, 119-122), 134). Todos estos seres es-
capan al sedentarismo, al estancamiento (MV, 258). Aquella
tendencia es uno de los rasgos positivos que el texto subraya
en los niños, para quienes, a diferencia de los "ya hechos",
de los abúlicos y conformistas, "cualquier cambio" les pare-
ce "una aventura" (HL, 220).

Mientras Aniceto realiza un trabajo penoso, los senti-
mientos que lo acompañan son los siguientes:

se sentía crecer. Sabía que no se iba a
quedar allí, que todo eso era sólo conoci-
miento, experiencia, contacto, que una vez
terminado el trabajo se iría y que a la
parte que fuese tendría otro conocimiento,
otro contacto y otras experiencias y que
todo lo hará sentirse, de nuevo, crecer,
no sabe para qué parte, para alguna (SM,
133).

El texto es rico para comunicarnos de diversas maneras
tal orientación:

caminar, ver cosas, ver seres <...>,
¿cuánto ha caminado Aniceto?, de seguro
caminará hasta la muerte (OR, 116).

En el plano de las realizaciones que van más allá del
límite individual, tenemos aquellos personajes que orientan
su vida no por el tener sino por el ser, como José Encarna-

1) Realizaciones anticipadas. El cuento El vaso de leche

En el plano individual podemos recordar a todos aquellos personajes que, no obstante una serie de circunstancias adversas, se orientan por el hacia adelante, por un futuro que pueden construir. Agreguemos algunos ejemplos más.

Aniceto, a pesar de la enorme confluencia de dudas y de la posibilidad de desistir, asume su primera relación de amor; rodeado de hechos que no controla, tiene confianza en su propio poder (MV, 81). Más tarde, en los fracasos que tenga, su esperanza se mantiene y en ningún momento encontramos la expresión: nunca volveré a amar. Al contrario, dentro de su pesadumbre, él queda abierto al amor, reconociendo siempre que en esta experiencia puede bajar o subir: "todo lo humano le es posible" (MV, 178-179; cf. 265).

Ese tipo de hacia adelante acompaña a Aniceto en los momentos más sombríos de su existencia, los de la muerte de María Luisa, la mujer con quien se casó, con quien tuvo hijos y experimentó la plenitud de la vida. De ella se siente separado por una frontera casi total. Pero, dentro del sufrimiento profundo, su tendencia no es fijarse en el dolor; en la misma desolación se va lanzando hacia la vida. Incluso está el detalle que la experiencia de la muerte vuelve a llamar al camino a quien se estaba convirtiendo en sedentario. La muerte no es el único presente. La continuación de la vida tiene la prerrogativa (MV, 135-136).

Es su esperanza afirmativa que vuelve al final de Mejor que el vino. A pesar de las separaciones y desgarramiento que produce la muerte, a pesar del fracaso en la relación humana -rompimiento con Jimena- la esperanza de vivir, incluso el amor, persiste:

<no> pude retener a mi madre ni a María Luisa. Estoy como empecé, sin nada, y el otoño está también en mí. Pero los picaflores suelen volver en el otoño (MV, 265).

Hay un irse que corresponde a un no estancarse, a un no conformarse con la situación actual, a apostar en la renova-

realizado, sino activo, que reconoce la experiencia de su propio pasado y actúa en consecuencia (MV, 99-100).

Cuando el texto presenta a la mujer heroica, supera su reducción a objeto de goce sexual y de gratificación afectiva (MV, 92), la coloca a la misma altura del hombre para enfrentar la vida, la muestra un ser activo de primer plano.

c. Posibilidades de un cambio

Todo lo anterior da una base concreta a la esperanza. Es posible esperar a pesar de... y decir con sencillez:

cuando pasen los nublados contaremos las
estrellas (SM, 62).

Una narración caracterizada por "la mortificación de un fracaso amargo y oscuro", puede terminar en forma serena (J, 171-172); en reflexiones de gravedad caben palabras tranquilas (HL, 276). Aun en los espacios que sofocan surgen visos de esperanzas (OR, 103).

La esperanza es concreta, es decir, no una mera ilusión o un mero deseo; ella tiene fundamentos en la realidad, como se ilustra en el florecer del desierto:

<aunque éste> reseca las semillas, no puede matarlas, nadie puede matar, así como así, a una semilla, mil semillas, millones de semillas, aguantan más que un cristiano: se esconden bajo las piedras, en las grietas, en los desniveles del terreno, en las huellas de los animales, en las cuevas de los cururos, y poco a poco, quién sabe cómo, se van metiendo hacia adentro, tal vez por la pura presión del aire. Alguna vez volverán (OR, 92).

La esperanza va tomando cuerpo en una serie de realizaciones no individualistas, en cuya descripción se tiene en cuenta el contexto global del tiempo. Esas realizaciones se insertan como programas de realización plena en el futuro, al que ellas ya comienzan a construir. A grandes rasgos, se efectúan en dos planos, uno individual y otro social; unidas a otros elementos, constituyen la tendencia al cambio total de la realidad.

lidad pertenecen a una aristocracia "limpia", "libre e independiente", pues no realizaron su vida en un sistema basado en el dominio de unos sobre otros, en la explotación del trabajo de unos para beneficio de otros (OR, 312). A Fernando Larraín Sanfuentes lo salvan "un maestro estucador, don Vitoco, su mujer, la lavandera Luzmira, y la Otilia", quienes no se rigen por valores comerciales sino por la necesidad del que está en desgracia; su dar es gratuito (PR, 233); en "don Víctor y su mujer" encontramos un elemento de epopeya: cuidan a Fernando, postrado por el alcoholismo y la toxicomanía, para pelear con la muerte y contribuir al triunfo de la vida (PR, 230).

Entre los obreros se dan luchadores cuyo valor no está en la familia ni otras circunstancias heredadas. Romilio Llanca, por ejemplo, "vale por él mismo" (PR, 24-25).

2) Mujer heroica

Así como el texto descubre al obrero, también descubre a la mujer, heroína en los detalles de la existencia cotidiana, esos detalles que mantienen la vida. Al ver a la sirvienta Ester, Aniceto

creyó ver a una de las tantas mujeres que hicieron, en otros tiempos, hilando, tejiendo, amasando harina de maíz o greda y pariendo hijos, la grandeza del imperio incásico, que después, como yanaconas o hijas de yanaconas, hilando, tejiendo, amasando harina de trigo y pariendo hijos mestizos, ayudaron a los españoles y a los criollos de españoles a trabajar y a poblar los valles de Perú y de Chile, y que, finalmente, desaparecidos los españoles, continúan cocinando, tejiendo, remando, barriendo, a veces vendiendo frutas en las estaciones de los ferrocarriles, a veces yendo a la cárcel con una ollita de comida para el marido o para algún hijo, siempre pariendo hijos, oh, cuántos hijos, innumerables hijos (MV, 168-169. Cf. *ibid.*, 170; PR, 27-28; OR, 93-97, 101-102).

Es la mujer fuerte que, como la señora Serafina, lucha con sus pocos recursos para no sucumbir; no es un ser mine-

historia que les pertenece y no la de glorias castrenses¹, de guerras por la posesión de riquezas que serán propiedad de unos pocos. El hombre que está metido en el trabajo duro, dice un obrero, "ya ni se acuerda, salvo que sea leso", de las batallas ganadas por su país a los vecinos. Para él sólo cuenta que

chilenos, peruanos y bolivianos han trabajado juntos en las salitreras y minerales, sin que los chilenos, por serlo, hayan tenido mejores jornales o mejores casas que los otros (PR, 107-108).

Numerosas veces, como en el párrafo recién citado, se insiste en la unidad internacional de los trabajadores. El texto los presenta de diferentes nacionalidades, realizando un mismo trabajo, soportando las mismas penurias, sufriendo las mismas incertidumbres. Los obreros están unidos en el tiempo y en el espacio. Donde quiera que hablen, protesten o laboren, estamos en presencia de

la misma voz de siempre, la voz que ha construido las pirámides, levantado las catedrales, abierto los canales oceánicos, perforado las cordilleras (HL, 109).

El texto nos comunica quiénes son los trabajadores, además de sufrientes y creadores de riqueza ajena. A ellos se les puede comparar con ciertos antiguos habitantes del territorio, seres primitivos para el dominador, pero en rea-

1. En la historia externa al mundo descrito hay una identificación de la ciudad de Rancagua con un hecho militar. El texto la concibe de otra manera: "Rancagua no es una ciudad; es un pasadizo <...> Por aquí pasan los trabajadores que van a la mina, por aquí pasan de vuelta, algunas veces muertos; por aquí pasan los carros cargados de mineral de cobre que se lleva a Estados Unidos; por aquí pasan de vuelta, pero vacíos; por aquí pasa la riqueza: es la única que no vuelve" (OR, 170).

También se deberían agregar las creaciones realizadas con el trabajo obrero. Una especie de historia del trabajo, como la reivindica un carpintero: la historia patria, dice, "no tiene nada que ver con las maderas" (HL, 69).

- no es deslíz gramatical que se diga respecto a un enganche para las minas del norte: "necesitan gente en las salitre-ras" (SM, 119. Cf. ibid., 120; PR, 25; OR, 167-168). No se dice, por ejemplo, que buscan sino que "necesitan", y es cierto que los necesitan pues sólo a través de ellos pueden obtener la riqueza:

ahí están los rotos, no serán alemanes, no inventarán gran cosa, pero sacarán montañas de salitre, de carbón, de cobre, de hierro, de azufre, de manganeso, de lana; antes sacaron montañas de plata (OR, 9);

- en términos semejantes se describe a un grupo de estos hombres que, junto a una acequia, esperan ser contratados para ir a las salitreras:

parece que no saben hacer nada, nada más que tomar y emborracharse, eso se dice, olvidando los ferrocarriles, las minas, olvidando también las haciendas, en donde trabajan desde siglos, sembrando viñas, levantando bodegas, alambrando, arando (SM, 118-119).

Es continuando esa línea como se insiste, en diversos lugares y en detalles mínimos, sobre la forma concienzuda con que realizan su trabajo (MV, 50); incluso, a pesar de cierta invalidez física, en la realización del trabajo pueden llegar a una alta calidad artística (SM, 9).

Descubriendo el trabajo del obrero, la narrativa descubre otra historia en el sistema (HL, 109). Una historia de valerocidad, que aquel no computa, como la del coronel alcohólico que vive a costa del gobierno (HL, 228-229). La historia en que se interesa el texto, a la que pone atención, queda sintetizada en la siguiente corta y profunda frase:

Al padre lo mataron en una huelga y ella quedó con la madre y un hermano (PR, 10-11).

La historia de los trabajadores está marcada por las palabras despojo, explotación, sufrimiento, miseria, lucha (SM, 51-52). Hay quienes toman conciencia que ésta es la

1) "Obrero que sabe leer".

La visión del texto no se limita a señalar el estado de deshumanización sufrido por los trabajadores, sino que va hasta descubrir su verdadera posición dentro del sistema: ellos son creadores de riqueza¹ y sostenedores de la sociedad. Estos elementos el texto los elabora enalteciendo en diversas oportunidades el trabajo de los obreros. A los que ya conocemos, se pueden agregar los siguientes ejemplos:

- los lancheros que cargan y descargan pesadas mercaderías de los barcos, realizan una labor propia para hombres "resueltos, hábiles, fuertes" y la conciencia que tienen de sí mismos es la de ser capaces de enfrentar cualquier trabajo (LB, 295); refiriéndose al que realizan los obreros en la línea férrea de la cordillera, el texto señala:

Era un paisaje y un trabajo para hombres
(HL, 191);

- Aniceto camina por el barrio portuario, buscando trabajo:

Avancé por una calle, luego por otra, sorteando a los grupos de hombres que esperan se les llame a cargar o a descargar, a limpiar o a remachar, a aceitar o a engrasar, a arbolar o a desarbolar, a pintar, enmaderar o raspar, pues ellos pueden enmaderar y raspar, pintar, desarbolar o arbolar, engrasar o aceitar, remachar y limpiar, cargar y descargar el universo entero, con estrellas y soles, planetas, constelaciones y nebulosas, con solo pagarles un salario que les permita no morir de hambre y proporcionarles los medios de llegar al sitio necesario; insistentes y pequeños hombrécitos, constructores de puertos y de embarcaciones, extractores de salitre y de carbón, de cobre y de cemento; tendedores de vías férreas, que no tienen nada, nada más que la libertad, que también les quisieran quitar, de charlar un rato entre ellos y de tomar uno que otro gran trago de vino en espera del próximo o del último día (HL, 92; cf. SM, 30);

1. Cf. este concepto en MARX (1978), volumen V, 465; VII, 487.

la vida, de los seres que continuamente están por hacerse (MV, 159-160).

b. Descubrimiento de la realidad

Realidad dialéctica, presencia continua de otra posibilidad, seres que no están irremediabilmente condenados, son términos que resumen la narrativa de Manuel Rojas.

Fiel a su punto de vista dialéctico, el texto pone a luz ciertas mentiras en la organización y funcionamiento de la sociedad, anotadas en páginas anteriores. Con esta visión descubre, a su vez, que en el mundo no hay únicamente seres mutilados y que incluso aquellos que reúnen muchas características de tales, no sólo se salvan o sobreviven individualmente sino que constituyen un grupo de hombres que son los sostenedores de la sociedad, creadores de las riquezas del sistema. En forma semejante se destaca el papel activo de la mujer. Los párrafos en que el texto comunica más explícitamente estos dos últimos hechos los he llamado párrafos del obrero que sabe leer¹ y de la mujer heroica.

1. Para esta denominación me he basado en el poema de Brecht Preguntas de un obrero ante un libro: "Tebas, la de las Siete Puertas, ¿quién la construyó? En los libros figuran los nombres de los reyes. / ¿Arrastraron los reyes los grandes bloques de piedra? / Y Babilonia, destruida tantas veces, / ¿quién la volvió a construir otras tantas? En qué casas / de la dorada Lima vivían los obreros que la construyeron? / La noche en que fue terminada la Muralla china, / ¿adónde fueron los albañiles? Roma la Grande / está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió? / ¿Sobre quiénes triunfaron los Césares? Bizancio, tan cantada, / ¿tenía sólo palacios para sus habitantes? Hasta en la fabulosa Atlántida, / la noche en que el mar se la tragaba, los habitantes clamaban / pidiendo ayuda a sus esclavos. / El joven Alejandro conquistó la India. / ¿El solo? / César venció a los galos. / ¿No llevaba ni siquiera un cocinero? / Felipe II lloró al hundirse / su flota. ¿No lloró nadie más? / Federico II venció la Guerra de los Siete años. / ¿Quién la venció, además? / Una victoria en cada página. / ¿Quién cocinaba los banquetes de la victoria? / Un gran hombre cada diez años. / ¿Quién pagaba los gastos? / Una pregunta para cada historia": BRECHT (1973), 91-92.

al hombre responder al problema de su existencia, la única que le permite actualizar sus potencialidades (OR, 242).

El hombre, que es superior al tiempo porque se desarrolla (SM, 150; OR, 396-397), aún no ha agotado todas las posibilidades de su naturaleza: en cada ser humano se da

la unión de lo que se es con lo que se podría ser (OR, 27-28);

en todos hay algo imponderable que "no se distingue a simple vista y ni siquiera aparece en la disección" (MV, 96-97; cf. 118 y 259).

Como en el hombre no están agotadas todas las posibilidades de su naturaleza, el proyecto de vida no debe restringirse a una sola actividad. El es un ser que por especificidad propia es libre de toda especialización. Por eso el narrador, a pesar de su inclinación e incluso participación en la lucha social, está atento a todas las demás vibraciones de su ser, a la rica multiplicidad de la existencia humana y de la realidad del cosmos (MV, 116); a su ideal de vida pertenecen las experiencias profundas (MV, 123), la tendencia a los horizontes amplios, al no estancamiento en un lugar:

Así como siempre tengo la sensación de que me falta algo, la tengo de que en alguna parte hay algo que vale la pena conocer; un río, una montaña, un lago, una costa solitaria, un sendero o un bosque. ¿Cómo renunciar a conocerlos si puedo llegar a ellos? (MV, 16).

La cualidad de desarrollo pleno a que aspira el narrador se expresa en el sentir la propia experiencia y sus circunstancias (HL, 274; SM, 14-15; OR, 54). El llamado a vivir a fondo las múltiples y diversas experiencias de la vida se repite con cierta frecuencia. Hay una grandeza en hacerlo. Los hombres que logran vivir a fondo cada una de sus experiencias, mueren "más enteros" (OR, 140-141).

En una visión dialéctica no hay modelo estático de ser humano. Este se puede realizar de diversas maneras, aunque el texto privilegia aquella de los nómades y vagabundos de

tante de la relación del hombre con el mundo. Cuando se logra este tipo de asombro y desconcierto, nos dice Fromm, la existencia propia y de los demás, "no se da por sentada, sino que se experimenta como un problema; no es una respuesta, sino una pregunta". La actitud de desconcierto y asombro permite al individuo aprehender la realidad, tanto interna como externa, romper una serie de barreras establecidas que ocultan y tergiversan la realidad, las verdaderas fuerzas que en ella actúan, lo capacita, en fin, para preocuparse por el significado de la vida, la autorrealización del hombre¹.

En la narrativa de Manuel Rojas, las preguntas abstractas acerca del sentido de la vida ceden lugar a la constatación de un sistema que oprime: todos los días nacen miles de seres que

buscan a ciegas su camino, mueren, viven, hambreados, sin poder pensar en nada que no sea comer y abrigarse, roban, vagan, ¿para qué y por qué?, no había respuesta para eso, así era y así sería hasta quién sabe cuándo en una sociedad en que la consigna, desde arriba hasta abajo, era "... y el que venga atrás que arree"; la rebatiña, la ambición, la envidia (OR, 114-115);

parte de la identidad de un grupo social se la encuentra en "las cifras de tuberculosos" (MV, 48).

El problema de la sociedad opresora y la incógnita de la existencia se responden en dos afirmaciones concretas: la sociedad hay que cambiarla por una acción transformadora; la vida es actividad.

La orientación receptiva, que espera sólo la dádiva, es rechazada. La actividad es indispensable, incluso para El Chambeco, personaje que se sirve de miles de argucias para poder comer y quien no es un dechado de virtud. La mendicidad, por ejemplo, no tiene cabida en él (OR, 168). Es la actividad creadora la que impide la frustración y posibilita

1. FROMM (1971b), 123-125.

viéndose, cada día con más fuerza y con más insistencia, sumergido en un mundo de obscuridad y de calientes y densos o claros líquidos, pugnando como la semilla en trance de brotar (MV, 169).

Dichas elaboraciones del texto se unen a las de quienes creen en la invencibilidad de la sustancia humana¹. No es la vida abstracta, general, sino la concreta existencia humana, su hacia adelante que continúa empedernidamente. La energía vital aparece recalcitrante, vuelve, se renueva. Después de la muerte de María Luisa, el texto muestra la pesadumbre de Aniceto, su estar "deshecho" (MV, 176) y su paulatino renacer:

Empezó a sentir, en tanto transcurría el tiempo, y sin hacer esfuerzo alguno para ello, que algo independiente de su voluntad brotaba, desde dentro o desde el fondo de su ser, hacia afuera, no hacia los lados sino hacia arriba, como si ascendiera desde los pies hacia la cabeza, tal vez como la savia hacia las ramas, hasta las más altas, y ascendía de modo parejo, con un nivel idéntico y una idéntica presión, una fuerza poderosa, invisible como todas, contra la cual no habría podido, aunque le hubiese gustado, luchar <...> la fuerza subió y subió, irreprimible, y nada dentro de él dejó de ser alcanzado, removido, cambiado (MV, 177-178).

En el ser humano hay un algo intocable, indestructible: envejece y se gasta, pero en él pueden permanecer la fidelidad y la orientación hacia los demás (MV, 106-107). El hombre depende de las experiencias de vida, pero éstas actúan en él de acuerdo a la propia naturaleza del hombre. Ahora bien, una característica particular de su naturaleza es la capacidad para actuar sobre las circunstancias, ser creador en las experiencias de vida. El ser humano no es un ente programado.

En el texto tenemos un maravillarse por la existencia, a la vez que una toma de conciencia del problema desconcer-

1. Expresión de HELLER (1971), 35; (1974), 124.

<el sueño urde un tejido> aprovechando hilos que se desecharon, que fueron inadvertidos o que aparentemente se perdieron o utiliza figuras que no se dibujaron o se dibujaron a medias o se dibujaron mal, y las une como le da la gana o las proyecta como quiere, junta todo o separa todo, lo lógico con lo absurdo, lo recto con lo quebrado, invierte o cambia las calidades de las personas y las personas mismas, en tanto que lo que estas personas deberían hacer es hecho por otras o es hecho al revés <... En el sueño aparecen cosas, seres y fuerzas> indiferentes a las leyes de la gravedad y a las cuatro dimensiones, con leyes y dimensiones propias (MV, 186-187).

El texto va descubriendo en la vida un sentido afirmativo. Un ejemplo lo tenemos en el siguiente párrafo que, además, constituye un homenaje al ser humano:

si el hierro cede, si afloja el acero, ¿por qué han de resistir más los nervios, los músculos, los tendones, las células cerebrales, la sangre? Y eso que muy poca gente sabe hasta dónde es capaz de resistir el ser humano. ¿Qué resistencia tiene? A veces, mayor que la del más duro acero, y lo que es más admirable, algunos soportan más mientras más endebles son y mientras más deleznable es su constitución (HL, 97-98).

Su observación culminante puede ser la que hacen unos niños ante un enfermo grave, que va empequeñeciendo y creían que de pronto iba a desaparecer:

Pero no fue así: el hombre persistía (HL, 223).

El asombro brota en el narrador cuando es testigo de un comienzo de vida. Tales eran sus sentimientos cuando su esposa estaba embarazada:

<...> te quedaste, al mismo tiempo que tranquilo, asustado, cada día más, tocándole a veces el vientre -¿se mueve?; sí, mucho-, y había allí, bajo tu mano, dentro del tibio y blanco y redondo e hinchado vientre, que tanto amabas, algo inquietante, sordo, invisible, moviéndose, revol-

4. Consecuencias de una visión dialéctica

Aproximarse a una concepción dialéctica tiene una serie de consecuencias prácticas. En el universo narrativo de Manuel Rojas éstas se sintetizan en una capacidad de asombro ante la insistencia de la vida y un reconocimiento de la potencia existente en la naturaleza humana; en cierto descubrimiento de la realidad social; y, finalmente, en planteamientos de una posibilidad de cambio total de esa realidad.

a. Asombro ante la insistencia de la vida y reconocimiento de la potencia humana

El texto describe una dinámica inagotable de la vida, maravillándose de su creatividad. Parte de esa dinámica parece sin sentido, escapando a las decisiones de los hombres, pero la posibilidad, el germen para actuar sobre la existencia tiene un antecedente real: no sólo los pobres sino también aquellos que están en una miseria extrema, encuentran "una técnica" para subsistir (OR, 141-142); en la existencia misma hay posibilidades que aún no alcanzan a ser aprovechadas por la mayoría de los seres humanos; la vida es una escuela, una verdadera "universidad" que comunica una enseñanza global (OR, 146); en su seno se realiza el "aprendizaje de hombre" (MV, 96; cf. 46). Ese conocimiento se comunica especialmente en los lugares turbios de la ciudad; en sus barrios sórdidos la vida bulle y se palpa más fuertemente (SM, 153; OR, 60-61, 147). En este último caso no se trata de una alabanza de los tugurios sino de mostrar que la vida resiste, que no se da por vencida. Si no tiene un encauce creador, busca cualquier salida.

La exuberancia de la vida, al nivel humano, está expresada, por ejemplo, en la manera que Aniceto siente como funciona el pensamiento, creativamente, sin restricción ni estancamiento. Esta exuberancia adquiere su punto más alto en la descripción del trabajo del sueño, donde cierta capacidad que existe dentro del hombre construye otra realidad:

Ese aspecto de no fijeza de la realidad se encuentra en algunos elementos de la estructura del mundo descrito por Manuel Rojas: ausencia de afirmaciones taxativas, rechazo de la fatalidad como explicación, permanentes otras posibilidades, referencia a una génesis de los fenómenos, presencia de la categoría de futuro en los textos que he llamado hacia adelante. Afirmar que la realidad es dialéctica significa que ella es histórica y que en ella puede intervenir el hombre. Esta característica supone que el conocimiento más exacto que éste puede tener de esa realidad, depende de su práctica social. Al comenzar Hijo de ladrón tenemos la pregunta "¿Cómo y por qué llegué hasta allí?". El intento de respuesta es toda una historia individual y social. Ese hecho no se limita a aquella obra. Toda la novelística de Manuel Rojas toma como forma una biografía, su génesis y sus perspectivas en un sistema global.

Goldmann hace notar que el valor de la dialéctica no es tanto exigir o apelar por el cambio social, sino "preguntarse cuáles son las fuerzas reales de transformación, cuál es la manera de encontrar en la realidad el sujeto de la transformación, para tratar de hablar en su perspectiva y asegurar", teniendo presente los riesgos de fracaso, el camino para construir una sociedad cuyas bases estén en el ser humano¹. Tal virtualidad la señala la narrativa al describir un mundo no cerrado, en el cual ya hay realizaciones que se hacen posibles; la pregunta sobre el sujeto real de la transformación la elabora en sus alabanzas al obrero y su trabajo, presentando cómo en el grupo de trabajadores prenden ciertas comunidades, y declarando explícitamente que es a partir de ellos como el cambio es posible. Lo que más sobresale es que el sujeto para llevar a cabo un cambio conveniente, aún no existe plenamente. El grupo social que lo contiene está en gestación.

1. Cf. GOLDMANN (1971b), 169-170, 181.

ra que éstos se vuelvan humanos. Mediante esa práctica, la dialéctica se reformula y precisa. En otras palabras, no es un método acabado sino que se está formando, elaborando su lenguaje y sus conceptos, los que aún se encuentran mezclados y dependientes de otro razonamiento. Es en esta línea de creación intelectual donde podemos ubicar la obra de Manuel Rojas. Aquellos hechos justifican que, por mi parte, no hable lisa y llanamente de visión dialéctica en su narrativa sino de búsqueda de tal expresión.

El método dialéctico "abarca las cosas y sus representaciones conceptuales esencialmente en sus relaciones, su encadenamiento, su movimiento y su fin"¹; en este procedimiento de enfrentar la realidad, las definiciones de los objetos y fenómenos apuntan a su génesis, a lo que tienen de específico, su estructura, lo que tienen en común con otros objetos y fenómenos, su situación funcional². Este método descubre que la totalidad de un fenómeno o de una situación es un sistema de estructura determinada, de cimiento específico, que ha tenido un origen y está en movimiento. Detrás de las apariencias, la dialéctica descubre cuál es el proceso determinante en las realidades naturales y sociales; las contradicciones que existen en los mismos seres, las fuerzas que en ellos combaten; postula que la comprensión de los fenómenos no se encuentra en un análisis aislado sino en su inserción en la realidad concreta histórico-social. La función de este método es crítica y transformadora: desenmascara la ilusión de una inmovilidad del mundo y muestra el movimiento que le es inmanente; en este sentido, disuelve realidades que aparecen como definitivas. En su concepción, la realidad no es fija, no es un dato que se imponga apodicticamente sino que la presenta como un hacer; para la interpretación de la realidad y el actuar sobre ella, tiene en cuenta que nosotros estamos de lleno insertos en la realidad, con la cual formamos una totalidad.

1. ENGELS (1977c), 52.

2. Cf. GOLDMANN (1971b), 130-132, 134; (1978), 53.

3. "Delimitación" del concepto de dialéctica

Goldmann señala cómo no es tarea fácil definir la dialéctica y lo ilustra mediante el concepto de globalidad. La relación del hombre con el medio ambiente, nos dice, nunca tiene un carácter puramente teórico y cognoscitivo, sino que comporta su afectividad y su acción, es decir, constituye una estructura global. Pero "nuestras lenguas occidentales modernas, que son el resultado de muchos siglos de cultura racionalista y empirista, basada en una separación radical entre lo cognoscitivo, lo afectivo y lo activo, no poseen ningún término para designar esta relación total que constituye la esencia misma de la realidad humana". Los únicos términos que poseemos son los de "un lenguaje formado por el racionalismo y el empirismo clásicos"¹.

No obstante, podemos intentar una delimitación sintetizadora a través de las categorías que más la expresan y que son elaboradas con más insistencia en la narrativa de Manuel Rojas: totalidad y movimiento². Goldmann agrega todavía otra categoría, que se refiere a la unidad parcial entre sujeto y objeto del conocimiento, pero no me detendré en ella pues me alejaría demasiado de los elementos que aporta el texto de Manuel Rojas. Sólo quiero dejar constancia que la podríamos relacionar con las dificultades que experimenta el narrador para expresarse dialécticamente y su indeterminación, la no plena seguridad con que se expresa.

La dialéctica no es un corpus sistemático acabado sino un modo de pensar, un método de conocimiento para enfrentar la realidad, analizar y expresar los fenómenos históricos, sociales y naturales. Su objetivo no es la interpretación de esos fenómenos sino la intervención en su evolución, de mane-

1. GOLDMANN (1959), 266; cf. 53.

2. En cuanto al concepto de mundo no maniqueo, éste está contenido en los de totalidad y movimiento: una concepción de la realidad como fenómeno global, no fijo, impide verla atomizada, formada por partes absolutas, sin conexión. Todos los hechos y acontecimientos forman parte de una globalidad dentro de la cual están mutuamente influyéndose.

lucha empieza a optar por el hombre -al verlo decapitado lo cree muerto y entonces "casi deseaba que aquel hombre le mostrara su poder mágica" (N, 224)- y ante la evidente argumentación concreta del hombre, sigue su camino junto al hombre que actúa con un poder creador, ese que transgrede el orden que es aceptado como normal y bueno. Es este hombre el último en tener la palabra en el texto y el último en ser mencionado, dándosele el nombre de su realización:

El padre Espinoza volvería hacia Valdivia.
Pero ya no iba solo. A su lado, montado en
un caballo oscuro, silencioso y pálido,
iba un hombre alto, de ojos negros y
brillantes.

Era el hombre de la rosa (N, 225).

A pesar de la existencia de una poderosa institución cuya función pareciera asegurar la inmutabilidad del mundo, en este cuento hay posibilidades de cambios que pueden ser profundos, incluso conectados con elementos de la propia institución. Frente a la religiosidad inmóvil están los religiosos metidos en la vida y, entre estos últimos, el padre Espinoza que, al final, se le ve al lado de un hombre que posee otra verdad que aquella definida por la autoridad, una verdad de acción. Dentro de una realidad negativa -religiosidad inmóvil- hay otra que la supera -religiosidad viva- y dentro de ésta, al parecer, ya se gesta una superación que va más allá de sus propios límites.

La narración concluye con la frase: "Era el hombre de la rosa". En otras palabras, lo último que se nos entrega es lo que él hizo con su poder innovador. El hombre no ha sido mutilado ni neutralizado. La religión viva y el otro modo de enfrentar la realidad siguen juntos el camino, una al lado del otro. No hay una síntesis todavía, pero tampoco antagonismo que los separe.

En el hombre de excepción tenemos la prueba que las leyes reconocidas como naturales y la llamada voluntad divina son sólo la expresión de una normalidad que se impone con gran peso, pero que puede ser quebrantada, superada por una fuerza nueva que brota en el hombre mismo. La fuerza del hombre de excepción no se identifica simplemente con una magia que actúa por decisiones instantáneas de voluntarismo sino de acuerdo a ciertas pautas (N, 221-222), como si demostrara que dentro de un mismo mundo se puede actuar siguiendo otra ley que aquella a la que se está acostumbrado. Lo que el hombre hace con su poder es someter las leyes normales, habituales de la naturaleza, como se constata cuando el religioso, antes del plazo convenido, penetra en la pieza donde ha dejado al hombre y lo encuentra decapitado:

Pálido, sintiéndose invadido por la angustia, lleno de un sudor helado todo el cuerpo, el padre Espinoza miraba, miraba sin comprender. Hizo un esfuerzo y avanzó hasta colocarse frente a la parte superior del cuerpo del individuo. Miró hacia el suelo, buscando en él la desaparecida cabeza, pero en el suelo no había nada, ni siquiera una mancha de sangre. Se acercó al cercenado cuello. Estaba cortado sin esfuerzo, sin desgarraduras, finamente. Se veían las arterias y los músculos, palpitantes, rojos; los huesos blancos, limpios; la sangre bullía allí, caliente y roja, sin derramarse, retenida por una fuerza desconocida (N, 223-224).

Poco más adelante encontramos otra descripción en la cual también constatamos cómo la acción del hombre pone de manifiesto que las leyes que rigen la realidad son más amplias de lo que normalmente se reconoce (N, 225).

Finalmente, hay una tercera posibilidad. El texto no se limita a oponer las ideas religiosas y las leyes naturales, con el poder de ese hombre. Hay otra posibilidad de cambio que puede cimentarse en dos fuerzas nuevas. En el padre Espinoza hay una nueva religiosidad que se va formando, que lucha con una creencia institucionalizada, que se resiste tenazmente a la fuerza desconocida, pero que en medio de su

hace ya algunos años, llegó a Osorno, en misión catequística, una partida de misioneros capuchinos.

Eran seis frailes barbudos, de complexión recia, rostros enérgicos y ademanes desenvueltos.

La vida errante que llevaban los había diferenciado profundamente de los individuos de las demás órdenes religiosas. En contacto continuo con la naturaleza bravía de las regiones australes, hechos sus cuerpos a las largas marchas a través de las selvas, expuestos siempre a los ramalazos del viento y de la lluvia, estos seis frailes barbudos había perdido ese aire de religiosidad inmóvil que tienen aquellos confinados en los patios del convento (N, 216).

Sus rasgos positivos también se dan a conocer en el hecho de mostrarse comprensivos hacia aquellos hombres que, por su miseria, deben preocuparse ante todo de ciertas cosas materiales (N, 217). Es de hacer notar que estos seis frailes no son descritos como una excepción sino como constituyentes de otra religiosidad que, por los elementos dados por la narración, podemos denominar dinámica.

La segunda posibilidad está contenida en las personalidades del padre Espinoza y del hombre de excepción. En el primero se hace más patente la diferencia con la religiosidad inmóvil; esto, incluso, en una superación de los hombres de acción:

La vida del padre Espinoza era tan interesante como la de cualquier hombre de acción, como la de un conquistador, como la de un capitán de bandidos, como la de un guerrillero. Y un poco de cada uno de ellos parecía tener en su apostura, y no le hubieran sentado mal la armadura del primero, la manta y el caballo fino de boca del segundo y el traje liviano y las armas rápidas del último. Pero, pareciendo y pudiendo ser cada uno de aquellos hombres, era otro muy distinto. Era un hombre sencillo, comprensivo, penetrante, con una fe ardiente y dinámica y un espíritu religioso entusiasta y acogedor, despojado de toda cosa frívola (N, 217).

se afirma eso incluyendo el futuro. Si hasta ahora "no se ha arreglado nada", mañana y después aún es posible intervenir.

En la narrativa no hay sólo una esperanza a realizarse en un futuro remoto. En el presente ya están los gérmenes para llevarla a cabo; ella es actual y permanente. Así, el amor entre Aniceto y Marla Luisa ha existido y ciertas comunidades han tomado consistencia.

Un hermoso ejemplo de narración dialéctica, no taxativa en la presentación de las situaciones, lo tenemos en el cuento El hombre de la rosa. Anteriormente hemos visto algunos de sus elementos: un mundo que parece cerrado, regido por voluntades y leyes que reclaman su estabilidad, que lo gran someter a los hombres desde su interior mismo, en sus creencias, en su conciencia; aquellas voluntades y leyes toman cuerpo en una institución religiosa; la autoridad que ella encarna perjudica el despliegue de los seres humanos, los priva de creatividad. Pero en verdad, la descripción no presenta a esta institución como absolutamente restrictiva: dentro de ella hay acciones de vida e incluso aceptación de un actuar que no sigue sus cánones. A partir de ahí encontramos tres posibilidades que permiten afirmar que el mundo descrito puede ser quebrantado, más aún, que de hecho ya ha comenzado a serlo.

En primer lugar tenemos que la narración textualmente señala que la "vida errante", es decir, no sometida a marcos rígidos y estereotipados, salva a los frailes misioneros de caer en la inmovilidad y los convierte en seres viriles. Aquí tenemos un hecho concreto que muestra cómo dentro de la institucionalidad se pueden realizar fracturas que posibilitan la vida; si bien el poder de su autoridad es enorme -alcanza la conciencia de los hombres- no lo es en forma absoluta. Hay espacios que ella no abarca, los que se recrean y extienden. En el caso de estos misioneros, estamos en presencia de un cambio que se está realizando por contacto con una realidad. Tal es el comienzo del cuento:

En el atardecer de un día de noviembre,

ción; estaban como dominados por algo surgido repentinamente en ellos, algo inesperado en esos rostros que no reflejaban sino sensaciones musculares. ¿Era tristeza? ¿Era el recuerdo de sus días o de sus noches de libertad? ¿Quizá aquello traía a sus almas algo que no les pertenecía y que sólo por un momento les era concedido, apaciguando por ese momento sus reflejos primordiales? No habría sabido decirlo ni lo sé aún, pero aquello me confundió, como se confunde quien advierte en un feo rostro un rasgo de oculta belleza o en los movimientos de un hombre derrotado un detalle que revela alguna secreta distinción (HL, 176).

Toda esta manera de narrar expresa la esperanza de poder cambiar una sociedad que no está definitivamente constituida, donde existen gérmenes de un mundo nuevo, de seres humanos unidos por relaciones positivas (HL, 257-258, 260). La realidad no está dada definitivamente; el hombre está capacitado para tomarla en sus manos; en ella todo está por crearse, incluyendo la relación amorosa (PR, 152). En un mundo problemático, pero no absoluto, la posibilidad del cambio es una contrapartida lógica. La prerrogativa no la tiene la estabilidad de las situaciones. Fernando, en Punta de rieles, vive una transformación en su carácter y con ello toma distancia de una clase y conciencia de otra. En un plano más global, los intentos por cambiar el sistema han fracasado y la insurrección "todavía no ha llegado, aunque no se ha demostrado que no llegará" (OR, 45). Refiriéndose a una de las fuertes represiones que describe la narrativa -"ventoleras" las llama- el texto especifica:

Sopló desde varias partes y alcanzó a Aniceto, a sus amigos y a todo lo relacionado con él y sus amigos: unos cayeron, otros desaparecieron, algunos volvieron y unos pocos asomaron (SM, 208).

Sombras contra el muro termina con una recapitulación donde nos entrega toda la realidad en una visión que no es unilateral. Incluso la frase final -"No, no se ha arreglado nada"- no es taxativa: concluye para este presente, pero no

documento: "no tiene trabajo en Argentina, ha perdido sus papeles y su madre está enferma en Valparaíso". Aniceto siente verse obligado a mentir, sin saber que éste hombre está acostumbrado a ésta y otras historias, y que la mayoría de las veces no cree en ellas, pero siempre da el documento que le piden. El sabe que numerosos obreros y campesinos chilenos atraviesan la cordillera hacia Argentina para trabajar en las cosechas u otras cosas. Deben regresar cuando la nieve ya empieza a caer; lo hacen a pie, y cuando no tienen documentos, toman los senderos menos transitados. Por ahí en la soledad de las montañas, un mínimo accidente puede costarles la vida. El cónsul prefiere correr el riesgo de ser engañado a optar contra el hombre (MV, 128).

De todos los seres descritos, los que han caído más bajo en la mutilación son aquellos que la narrativa denomina "los palomillas", "hombres de la alcantarilla", seres para quienes agredir es un hábito natural, un medio para conseguir algo de "comer, beber, vestirse". Ahora bien, ni siquiera estos seres constituyen un tipo absoluto de inhumanidad. El narrador está en prisión y, hacia la noche, comienza a poner atención a los diferentes ruidos:

una canción empezó a brotar de algún rincón del calabozo, una canción cantada en voz baja, con entonaciones profundas y graves, con una voz alta, una voz que dominaba a las demás al empezar el verso de una estrofa, y que era, en seguida, dominada por las otras, que la envolvían, se mezclaban a ella y la absorbían hasta que, de nuevo, brotaba, como viniendo desde muy lejos, en el principio de la siguiente. Se escuchaban como las notas de un piano y sonaban como de noche y en una calle solitaria y dentro de una casa cerrada. Las palabras y las ideas eran sencillas, casi vulgares, pero el tono y el sentimiento con que eran cantadas les prestaba un significado casi sobrecogedor. Giré la cabeza: en un rincón distante, tendidos los cuerpos como alrededor de un círculo, las cabezas inclinadas y juntas, el grupo de muchachos cantaba. Miré sus rostros: habían sufrido una transforma-

país las mujeres salvan a los hombres. A veces los pierden; de todo hay en la viña del Señor (PR, 7).

Esta realidad no maniquea en los seres humanos se nos comunica también a través de la descripción de la vida cotidiana, familiar, de las prostitutas, e igualmente en su capacidad de amar (MV, 34).

Otro hecho destacado en este sentido es que en la existencia de las personas no hay cortes tajantes, sino un conglomerado de tiempo, de presente, de permanencia del pasado y tendencia hacia el futuro. Incluso en el hombre que está cambiando, los cortes no son totales: hay hermosuras de un pasado difícil que se mantienen, como lo expresa Fernando en un rápido recuento de su separación de Clara, a quien casi ha olvidado:

Pero tengo, en alguna parte, el recuerdo
de esa noche (PR, 117).

Difícilmente las situaciones pueden recibir un juicio definitivo: tres mujeres son descritas como afectadas por una mutilación extrema, pero inmediatamente viene el elemento dialéctico en que esa situación no se absolutiza: el texto agrega que "al parecer" ya no tienen vuelta (OR, 178).

Tampoco la actitud de los rebeldes es inequívoca. Por ejemplo, no pueden desasirse totalmente de la sociedad; en última instancia hay quienes dependen de la forma en que se ubican dentro de ella para comer (MV, 60-61).

La no absolutización de las realidades y de los personajes la vemos también en una serie de policías que hacen excepción, como Victoriano (HL, 41) y tantos otros bonachones, buenas personas, que se compadecen de ciertas miserias humanas (HL, 124, 130-131, 144).

Incluso en el mundo de la burocracia se encuentra el ser que comprende, que no está corrompido, absorbido por el sistema, capaz de ver al hombre. El cónsul chileno en Mendoza, "hombre de edad", no hace ningún reparo en creerle a Aniceto la historia que éste inventa para poder conseguir un

al mismo tiempo que los vagos y los desocupados, los asesinos al mismo tiempo que los tímidos y los beatos, en la ciudad, todos juntos (SM, 216-217),

están sometidos a alguna circunstancia semejante. La humanidad existe. Lo que hay que construir es la comunidad.

También encontramos una presentación no maniquea de los personajes en sus particularidades más individuales. En el interior mismo del hombre se dan al unísono tendencias opuestas (PR, 137); la existencia en su conjunto tiene una multitud de matices (HL, 230; SM, 54, 208; MV, 68; OR, 77-78, 227); el texto se cuida de dar con prontitud juicios definitivos sobre ellos. Nada ni nadie es absoluto en las características que se le señalan (HL, 74, 169, 277-278; MV, 130, 190). Sólo hay preponderancias.

He anotado en páginas anteriores cómo en la estructura de El hombre de los ojos azules se encuentran grupos rivales que mutuamente se consideran con características negativas llevadas al absoluto. Pero no es ese el punto de vista del texto: en su descripción, ni uno ni otro grupo está compuesto por individuos que encarnen la virtud o la maldad totales: el ser que se define por la lealtad puede vulnerar el interés de su grupo; el más desalmado de los personajes puede tender finalmente a la comunidad.

El narrador escribe muchas veces en modos condicionales, presenta afirmaciones-suposiciones (HL, 155; SM, 137-138). Las afirmaciones no drásticas con que se refiere a sus personajes son una forma de comunicar que las relaciones humanas no son absolutamente claras ni agotables en una explicación unívoca. Es desde distintos ángulos como se las debe ver, enfocar, analizar. No es detalle sin importancia que Romilio diga que "casi sin querer" agarró el formón que sintió bajo su mano y con el cual mató a Rosa (PR, 252).

La primera frase de Punta de rieles es una suposición-afirmativa en primera persona; las dos siguientes expresan el doble papel que puede cumplir un ser humano:

Yo creo que la vieja me salvó. En este

rrectamente (OR, 118-119).

Estos hechos cobran gran importancia en el conjunto de la narrativa e incluso han recibido un trato especial en la parte de creación imaginaria del ensayo Chile, país vivido¹. Aquí, el punto de partida es definir qué es ser chileno. Desde un comienzo el autor rechaza dividir en "tajadas" a los seres que viven en ese territorio y confiesa que no sabría "decir cómo es el hombre chileno; es de todo, y prefiero no enumerar ese todo". Luego hace el retrato de cuatro distintos tipos: Manuel Llancas, campesino, trabajador paciente y sufrido, no contaminado por la opresión del tiempo ni los valores comerciales; Germán Román, hombre sin ternura, autoritario, centrado en el cumplimiento del deber, sin capacidad para la relación humana; Juan Pezuña, maleante que, por la trata de blancas y la perversión de adolescentes, logra reunir dinero con el cual instala un negocio de bebidas alcohólicas adulteradas que enloquecen a los hombres; Pedro Chuico, leñador o arriero de montaña, hombre consumido por el alcohol.

Ahora bien, al final de cada relato, se pregunta al personaje: "¿eres chileno?", y cada vez la respuesta es afirmativa.

Esto, que vale para una nacionalidad, es aplicable al conjunto de los seres humanos:

sí, nadie sabe qué cara tiene esa humanidad de que habla tanto la gente, puede tener cara de policía o de ministro, de carpintero o de dueño de almacén, de puta o de cafiche, de loco o de poeta, hay tantas caras y todas esas caras forman la humanidad (OR, 211).

El texto busca el elemento de unión entre los seres humanos y en cierto momento anota que

las prostitutas lo mismo que los ladrones
y los policías, los borrachos lo mismo que
los insomnes y los jugadores, los obreros

1. ROJAS (1969a), 35-42.

con otras, pero sí relacionadas. No hay absolutización en ninguna de sus afirmaciones.

A lo largo de toda la narrativa encontramos que esa no absolutización se aplica en forma especial a las caracterizaciones de los seres humanos. No hay ni una condena ni una glorificación de la humanidad. Aniceto, en sus experiencias de adulto, ha conocido "toda clase de hombres" (MV, 51). Esta concepción no unilateral, amplia, reaparece continuamente:

no quiere decir adiós a Valparaíso, volverá, no podrá olvidarlo; en sus calles y cerros, comisarias y albergues, ha tocado el fondo de la vida dura y de su propia vida, como si alguien te tomara de los pies y tirara hacia abajo y no puedes agarrarte ni tomarte de nada; pero también conoció ahí el otro extremo, no hacia abajo sino hacia arriba, mujeres y hombres, ahí están, bondadosos, hablando o en silencio, y tú recibes lo que irradian, esa bondad o aquella dulzura; a veces no sólo es eso: sin conocerte, sin saber nada más que tú estás ahí, al amanecer, y que quizá no has tomado ni tomarás desayuno, te dice: ¿Ya se va, vecino? ¿No quiere tomarse una tacita de café? Tú sabes o debes saber que no sólo es café lo que te ofrece, aunque tú, que no quieres perder tu dignidad, esa dignidad de miserable que mucha gente te niega, le quieres pagar; no puedes pagar, ya te dije que no sólo es café lo que te ofrece, es amor, es bondad, y eso no se paga con nada que no sea también amor y bondad (OR, 143).

Los seres descritos, sean de un mismo oficio, pertenezcan a una misma clase social o nacionalidad, no son absolutos en sus características, no son todos o igualmente positivos o igualmente negativos. Virtud y vicio no son patrimonios territoriales ni de situación social (PR, 53-54, 64, 134-135, 173-174, 218). Cuando El Chambeco, Narciso y Aniceto deambulan recolectando cosas para la "Olla del Pobre", encuentran mayor acogida en los "malhumorados" y en aquellos "que hablaban apenas español". Estos, "cosa inaudita, entendían más de qué se trataba" que aquellos que lo hablaban co-

no tienen conexión unas con otras, pero si la tienen, en cierta medida, en la mente de Aniceto, quien dentro de una historia recuerda otra y a veces todavía otra en el mismo recuerdo. Aquí la narrativa indica, y más de una vez lo dice explícitamente, que "todo está conectado".

El recurso de mezclar tiempo y acontecimientos permite comunicarnos una realidad en movimiento y aproximarnos a su totalidad; permite también afirmar que los acontecimientos sociales y las biografías no existen aislados, sino que en su contexto hay otras historias con las cuales están imbricadas y forman una totalidad. Las cosas y los acontecimientos no tienen una causa puntual y única, todo está entremezclado, relacionado y unas cosas se explican por otras. Los acontecimientos y las cosas son un momento de una historia que no se detiene. Las historias del narrador no parten de un punto inicial para llegar a otro final. En un momento dado todo está actuando en un presente que tiende hacia el futuro.

2. Un mundo no maniqueo. El cuento El hombre de la rosa

Pensamiento no maniqueo es aquel que "rechaza las oposiciones rígidas", es decir, convertir en absolutos "aspectos reales, pero parciales, de la realidad concreta total"¹. Se trata de un pensamiento dialéctico que no ofrece ninguna "solución general y universal", no conoce actitudes tomadas de una vez para siempre y lo único que cree posible expresar es un "equilibrio inestable" que se debe construir continuamente². Tal es el mundo elaborado por Manuel Rojas.

Retomemos brevemente el primer párrafo de Hijo de ladrón que, en cierto sentido, nos introduce a la estructura de la obra global. En su conjunto está construido por frases semi-aisladas, entrecortadas, sin hilación inmediata de unas

1. GOLDMANN (1978), 53; cf. (1971b), 122.

2. GOLDMANN (1959), 319.

una génesis, quieren comprender y explicar para cambiar una situación global. Pero ese cambio no puede gestarse en la sola teoría. Si ponemos atención, el párrafo termina y la pregunta inicial no recibe respuesta. Hijo de ladrón, en su conjunto, da una primera respuesta, pero no en palabras conceptuales ni escarbando el pasado. Si la larga y confusa historia es significativa, lo es mucho más el futuro que se nos indica. Ese futuro, es decir la respuesta a la pregunta inicial, es la comunidad de tres seres humanos que van hacia adelante, como los vemos al final de la novela.

El concepto de totalidad también es un elemento estructural de las novelas Punta de rieles y La oscura vida radiante.

En Punta de rieles encontramos dos historias diferentes, que la narración nos comunica en forma alternada, para explicar la situación presente de dos hombres. A su vez, cada una de esas historias está compuesta por varias otras que convergen hacia el acontecimiento que motiva cada historia principal. El texto retiene una afirmación de Romilio, después que él mismo explica que su relato tiene numerosas vueltas: "todas van a dar al mismo punto" (PR, 200-201).

En La oscura vida radiante la búsqueda de totalidad está concretizada en el intento de englobar lo individual y lo social. Desde la primera frase de la novela hasta la página 16, se nos comunica la historia social, el heroísmo de los obreros, las represiones que sufren, las grandes ganancias de las compañías, el negociado del gobierno, el hambre de los trabajadores. Después la narración pasa a los individuos, a Aniceto, sus antiguos amigos, las casas de prostitución, los amores, las fiestas y borracheras, la delincuencia; nuevamente en la página 35 retoma la cuestión social, los movimientos anarquistas, colectivistas y socialistas utópicos. Y así continuará alternando, tratando de privilegiar ambas realidades, la social y la individual, sin que ninguna de las dos sirva de marco o de comparsa a la otra.

Las historias de La oscura vida radiante aparentemente

adquieren significación por su lugar en el conjunto, "lo mismo que el conjunto no puede ser conocido sino por el progreso en el conocimiento de verdades parciales". El progreso de este conocimiento aparece como "una perpetua oscilación entre las partes y el todo, los que deben aclararse mutuamente"¹; la comprensión de la realidad "debe avanzar en el interior de un círculo de relaciones por desplazamientos permanentes entre el conjunto y las partes"².

Ese desplazamiento, que también debe ser temporal, permite aprehender las causas de un hecho o de una situación, colocar bases concretas para responder a la pregunta sobre su génesis, incluyendo la categoría de futuro. Para el estructuralismo genético, particularización del pensamiento dialéctico en el análisis de la sociedad, "la única manera de comprender un objeto o una realidad social, es tener en cuenta no sólo el elemento dado inmediatamente sino también su devenir"³. En esta perspectiva, cualquier hecho humano tiene "un carácter dinámico y no puede ser comprendido sino por el estudio de su evolución pasada y sus tendencias constitutivas internas orientadas hacia el porvenir. Su estudio se presenta siempre como un proceso con dos fases complementarias: destructuración de una estructura antigua y estructuración de una estructura nueva, que está a punto de constituirse"⁴.

Retomemos el primer párrafo de Hijo de ladrón. El narrador continúa tratando de concatenar algunos hechos puntuales, que a su vez relaciona con las instituciones de un sistema -policía y justicia-. Finalmente se plantea el actuar, cómo enfrentar concretamente su situación, reconociendo la dificultad de realizar ese actuar. Recordemos que el pensamiento dialéctico subordina el discurso conceptual a la acción⁵. El "cómo" y el "por qué", que indican una causa y

1. GOLDMANN (1955), 14-15.

2. GOLDMANN (1959), 131; cf. 25.

3. GOLDMANN (1973a), 111.

4. GOLDMANN (1971a), 172.

5. Cf. GOLDMANN (1959), 12.

ner efecto en sus causas. La explicación de un fenómeno no se puede hacer a través de una historia rectilínea, en un único sentido, con un encadenamiento lineal. Para dar un ejemplo particular, tomemos el momento en que María Luisa le pide a Aniceto que aclare cierto punto de su vida -la presencia de otra mujer- para que "no haya obstáculos ni sombras entre ellos. La respuesta es una larga historia que el narrador resume:

Chile, la compañía teatral, Valparaíso, Pedro Martínez, Blanca, Virginia, ¿comprendes?, la Argentina, Buenos Aires, Patricio Reyes, Benito Rosas, Enrique Gallardo, la provincia, los italianos, las linotipias, tres años <...> (MV, 159).

La búsqueda de expresar cómo en la realidad cada uno de sus elementos está relacionado con los otros, incluso con aquellos que no aparecen a primera vista, la vemos también en el cuidado por situar ampliamente las vivencias y perplejidad de Aniceto ante el mundo del deseo y de la unión sexual. Las relaciones que se destacan no son sólo espaciales sino también temporales. Aquel deseo y aquella unión no se pueden "explicar de una vez y mucho menos comprender de una vez". Para poder ver uno de estos hechos hay que tomar en cuenta no sólo el hecho mismo sino

también lo que lo rodea, lo que algo tiene que ver con ello, no lo que lo rodea ahora, no lo que tiene algo que ver con ello en este momento, sino además lo que lo rodeaba antes o lo rodeará después y lo que tenía que ver con ello hace tiempo o tendrá que verlo dentro de otro tiempo, cuando él no pensaba o cuando él no pensará ya en lo que piensa ahora (MV, 214).

Para una expresión dialéctica no existen primeros principios, ni puntos de partida absolutos, ni partes autónomas; toda parte existe por sus relaciones con las otras partes en el conjunto. Como no hay "puntos de partida ciertos, ni problemas definitivamente resueltos", el pensamiento no puede avanzar en línea recta. Las verdades son parciales y sólo

rrador: el "cómo" y el "por qué" tienen cierta constancia en su existencia.

Luego se agrega: "Es una historia larga y, lo que es peor, confusa". Algo más se nos aclara: la causa de su situación no es única sino que son múltiples los acontecimientos que han confluído en ella y la han generado. Pero en el conjunto en que aparecen, esos acontecimientos no son aclaratorios para responder rápidamente la pregunta inicial.

El narrador prosigue con una excusa por la forma en que comunica esa historia, que es lo que parece hacerla confusa. Pero, ¿de qué es culpable el narrador? Resulta curioso ese sentimiento de culpabilidad pues los hechos que lo hacen sentirse culpable son dos manifestaciones de vida. Fijémonos. Después de los dos puntos se dan las razones de esa culpabilidad: no puede pensar como "un metro", es decir, como un objeto inanimado, como un instrumento de medición de cosas estáticas, de distancias cerradas; por otro lado, su memoria es viva, no fija, capaz de abarcar el conjunto de la existencia, haciendo consciente un pasado que no se pierde.

El sentimiento de culpabilidad me parece referirse a una dificultad para comunicarse. El narrador quiere entregar una realidad que es dialéctica pero, al parecer, el lenguaje no lo acompaña. No obstante la dificultad, corre el riesgo de expresarse, y lo hace buscando una forma adecuada a la realidad. Esa forma la encuentra en la fidelidad a los modos específicos de ser de su pensamiento y de su memoria.

Pongamos como ejemplo la manera en que expresa la totalidad. la conexión de todos los fenómenos en una realidad más amplia. Lo hace por una enumeración de diversos hechos esparcidos en el tiempo y en el espacio, pero que él intuye unidos, formando un todo que explica una situación determinada. Así constatamos que Hijo de ladrón es obra construida mediante historias y hechos saltados, con varias narraciones que incluyen otras narraciones (HL, 37-49, 56-70), para responder a la pregunta inicial. Una situación tiene múltiples causas cuyo encadenamiento no es simple ni unilateral, donde los hechos causados pueden ser a su vez causas e incluso te-

una joyería, a una joyería cuya existencia y situación ignoraba e ignora aún. Tuve, según parece, cómplices, a los que tampoco conocí y cuyos nombres y apodos supe tanto como ellos los míos: la única que supo algo fue la policía, aunque no con mucha seguridad. Muchos días de cárcel y muchas noches durmiendo sobre el suelo de cemento, sin una frazada; como consecuencia, pulmonía; después, tos, una tos que brotaba de alguna parte del pulmón herido. Al ser dado de alta y puesto en libertad, salvado de la muerte y de la justicia, la ropa arrugada y manchada de pintura, colgaba de mí como de un clavo. Qué hacer? No era mucho lo que podía hacer; a lo sumo, morir; pero no es fácil morir. No podía pensar en trabajar -me habría caído de la escalera- y menos podía pensar en robar: el pulmón herido me impedía respirar profundamente. Tampoco era fácil vivir (HL, 9).

Según acabamos de leer, Hijo de ladrón comienza con una pregunta acerca de la situación del propio narrador, una situación pasada. El término "allí" la ubica en un lugar que no es aquel en que el narrador está al momento de hablar. La pregunta se refiere a la causa que lo llevó a ese lugar y a la forma en que ocurrió. Es decir, plantea dos preocupaciones dialécticas: causas y génesis. El resto de la tetralogía introduce otros elementos igualmente importantes: la estructura de ese hecho y su evolución¹. Con el mundo descrito en las cuatro novelas es que se intenta responder esa pregunta inicial.

La respuesta inmediata que nos da el párrafo es indirecta: "Por los mismos motivos por los que he llegado a tantas partes". El lector queda sin saber el "cómo" y el "por qué". Pero esto no es una burla ni un afán de velar la respuesta. Se trata de comunicarnos que para aprehender la realidad no disponemos de puntos de partida absolutos. Por lo demás, esa primera respuesta nos adelanta que no estamos ante un hecho nuevo, anormal en el conjunto de la vida del na-

1. Cf. estos cuatro elementos dialécticos en GOLDMANN (1959), 279.

Al final de esa novela, con frases tomadas de diferentes lugares de la narración, se trata de comunicar todo eso enumerando reconcentradamente, casi en una simultaneidad, la vida cotidiana, el ideal anarquista, la acción de represión, la brutalidad gratuita de ciertos policías, la constatación que el sistema se mantiene, la abertura posible.

En el conjunto de la narrativa, con cierta continuidad encontramos resúmenes de características de multitud de personajes, en un intento por comunicarnos que cierta problemática o hechos no son privativos de un individuo sino características de un grupo más amplio. Esto, que el texto realiza en una especie de vaivén entre el individuo, ese grupo más amplio y las circunstancias de ambos, está en la línea del método dialéctico que, conforme a su postulado de totalidad, "afirma que las partes no pueden ser comprendidas en sí mismas, fuera de sus relaciones en el todo, como tampoco el todo prescindiendo de las partes que lo componen". Por eso, una obra dialéctica oscila continuamente "entre las vistas de conjunto y los análisis de detalle"¹.

b. El párrafo "¿Cómo y por qué llegué hasta allí?"

Primero lo transcribo in extenso y enseguida analizo sus elementos más pertinentes al concepto de totalidad:

¿Cómo y por qué llegué hasta allí? Por los mismos motivos por los que he llegado a tantas partes. Es una historia larga y, lo que es peor, confusa. La culpa es mía: nunca he podido pensar como pudiera hacerlo un metro, línea tras línea, centímetro tras centímetro, hasta llegar a ciento o a mil; y mi memoria no es mucho mejor: salta de un hecho a otro y toma a veces los que aparecen primero, volviendo sobre sus pasos sólo cuando los otros, más perezosos o más densos, empiezan a surgir a su vez desde el fondo de la vida pasada. Creo que, primero o después, estuve preso. Nada importante, por supuesto: asalto a

1. GOLDMANN (1959), 25.

especialmente en cuenta la cualidad nueva hacia la que tienden, la nueva realidad que pueden dar origen. Pero el desarrollo no es un simple proceso de crecimiento lineal sino un movimiento que no siempre ocurre a través de una evolución armoniosa sino también de contradicciones inherentes a los seres y a los fenómenos, y donde el peligro de regresiones momentáneas es siempre posible.

La forma en que el texto elabora el concepto de totalidad la encontramos tanto en expresiones de detalle como en su estructura global. En las expresiones de detalle podemos destacar párrafos en los cuales se nos dice que "todo está relacionado"; el elemento estructural lo podemos analizar a partir del párrafo inicial de Hijo de ladrón, cuyo comienzo es la pregunta: "¿Cómo y por qué llegué hasta allí?".

a. Las expresiones "todo está relacionado"

Estas expresiones, construidas de diversas maneras, abundan en la narrativa. Así encontramos, por ejemplo, cómo las experiencias de Aniceto y su aprendizaje de linotipista, parecen ir ajenos a la vida política del país (OR, 400), no obstante, esa política irrumpe de lleno en el aprendizaje de este oficio y en la existencia de Aniceto (OR, 427-429, 442-445); los ganadores del sistema, aparentemente distantes y aislados entre sí, forman una unidad, un conjunto (OR, 11). Textualmente se nos dice:

todo está rodeado de otras cosas, no sólo los hechos, también las palabras, la intención, lo que se dice, la posibilidad de otros hechos y otras palabras que pueden suscitar estos hechos y estas palabras (OR, 226. Cf. *ibid.*, 369-370; SM, 230 y 232).

En Sombras contra el muro, después que se ha enunciado una serie de hechos que ocurren en la ciudad, especialmente relativos a la vida cotidiana de la pobreza y la miseria, leemos:

¿cómo podrías reproducir esto de una vez, simultáneamente? (SM, 216).

je, que explicitaré más adelante, debo hacer cierta separación entre las de totalidad y de mundo no maniqueo. La de movimiento irá incluida en ambas; además, está en el transcurso cuando se habla de la posibilidad y tendencia al cambio.

1. La categoría de totalidad

En la narrativa de Manuel Rojas los seres y los acontecimientos no son fijos, inmóviles, no están separados, excluidos unos de otros. Ni siquiera los componentes del tiempo escapan a esa unidad: el pasado y el futuro adquieren plena importancia en el presente. Esta totalidad en movimiento, no estática, es base concreta para confirmar la otra posibilidad, para ESPERAR, con la precisión que se trata de una espera activa. La acción emprendida no es vana, no es un acto de heroicidad trágica. La acción realmente transforma, o al menos es simiente para una transformación ulterior.

En el campo de las ciencias sociales, la aprehensión de los seres y de los acontecimientos no puede limitarse a su comprensión aislada e independiente sino que necesita del paso de la explicación, que lo sitúa dentro del todo coherente del cual forma parte. Desde este punto de vista, Goldmann define la dialéctica como "la inserción de todos los aspectos del problema en una totalidad significativa"¹. El estudio de los hechos humanos tiene valor sólo "en la medida en que se los enmarca en el conjunto dinámico de las relaciones sociales e históricas de las cuales forman parte"².

Como la totalidad no es fija sino que está en movimiento, en cambio, al igual que los elementos que la constituyen, los fenómenos y los seres no deben considerarse sólo a partir de sus relaciones y condicionamientos. También hay que verlos a partir de su génesis, de su desarrollo y tener

1. GOLDMANN (1973a), 123.

2. GOLDMANN (1959), 23.

IV. BASE CONCRETA DE LA ESPERANZA:

LA REALIDAD ES DIALECTICA

En la estructura del mundo descrito por Manuel Rojas hay un dato que concierne al fundamento sobre el cual elabora su propia esperanza: los seres que no son absorbidos por el sistema y se orientan por una tendencia futura, pueden resistir y luchar gracias a que la realidad no es rígida sino que está en movimiento y porque el hombre posee, como parte constituyente de su ser, la potencialidad para actuar. Además que el sistema no es todopoderoso, el universo en su conjunto está inacabado. El futuro es, en cierto modo, uno de sus elementos constituyentes.

Tales hechos corresponden a una realidad concebida en forma dialéctica.

Más adelante veremos que es difícil definir la dialéctica. Por el momento me limito a mencionar tres categorías esenciales en su concepción del mundo y que son las que más destacan en el mundo narrativo de Manuel Rojas. Esas categorías quedan expresadas en los conceptos de totalidad, realidad no maniquea y movimiento.

La categoría de totalidad incluye no sólo el espacio y el contexto social sino también el tiempo, es decir, cualquier ser o hecho está constituido de pasado, presente y tendencias hacia un futuro; la categoría que se refiere a una realidad no maniquea postula que los elementos que forman la realidad no pueden ser encasillados en conceptos definitivos y totalmente excluyentes entre sí, de donde colige que el mundo no está gobernado por un principio bueno y otro malo, que no está absolutamente salvado ni irremediablemente perdido; la categoría de movimiento afirma que el cambio es una característica intrínseca de la realidad y, entonces, la presencia de otra posibilidad no es un fenómeno excepcional.

Las tres categorías están íntimamente ligadas. Sólo para facilitar la exposición y por una deficiencia de lengua-

ta y libremente. Aunque no mutilados en extremo, siempre pertenecen al sistema.

La única posibilidad de acción que tienen, la individual, indica una transformación que se queda a medio camino. Flor y Jimena, seres autónomos, están solas. Su independencia económica no les es suficiente. Tampoco logran la libertad completa: continúan determinándose en relación a los hombres; deben permanecer en actitud de recelo pues siguen siendo una presa.

Donde hay sólo solución individual, el mundo permanece estable, sin cambio para el tipo de existencia de los seres humanos. La actitud y acción de un personaje tan atrayente como El Filósofo, que se determina por el ser humano y no por las cosas, que tiende creativamente a la comunidad, no bastan:

salvó del hambre a Cristián y también lo salvó a él <Aniceto>, pero no pudo ni podrá hacer nada más: salir a trabajar en la primavera y regresar en el otoño, pasar en la ciudad, en la pieza de algún conventillo, el invierno, alimentándose con los desperdicios que el mar arrojé en la caleta de El Membrillo <...> (SM, 12).

La narrativa es consciente que se necesita algo más y por eso postula el cambio total. En esta perspectiva, los seres que no se entregan son combatientes anónimos y solitarios que rechazan el conjunto del orden social y tratan de vivir anticipadamente algunos valores humanos que regirán en un orden futuro. Por su parte, los vagabundos y seres increíbles, los rebeldes, los grupos que realizan comunidades, muestran que el sistema no es todopoderoso, que no abarca el conjunto en forma absoluta. Su función en la narrativa es criticar prácticamente ese sistema e indicar algunos elementos de la sociedad que sobrepasará a la descrita. Ellos nos comunican la posibilidad de otro modo de vida, uno cuyos gérmenes ya se encuentran en la existencia actual.

frimiento. Esa conciencia de sí no es fruto de meditación intelectual sino de un hacer que se concretiza en tomar el destino en las propias manos.

En cuanto a la necesidad de orientación, se puede comenzar señalando que en Eugenio, como continuamente en Aniceto, la satisfacción de esta necesidad se da en su ímpetu hacia adelante y en su abertura a las relaciones humanas. El se determina por el futuro. Así, ya al comienzo de sus dificultades, cuando queda sin trabajo, rechaza la idea que le sugieren de volver a su casa, es decir, a una seguridad que supone una renuncia de sí, a un pasado que para él fue negativo; al salir de la cárcel, el recuerdo de su experiencia con Yolanda y el marinero no es un remordimiento ni nostalgia trágica sino un asumir y un tomar conciencia de lo que sucedió realmente y continuar viviendo (LB, 325).

Comunidades e individuos que intentan liberarse de los cánones del sistema, se orientan por la vida, por la tendencia a formar un nosotros. El Filósofo no se determina por el dinero ni las cosas: su principio orientador es el ser humano, especialmente el que tiene hambre y necesita un lugar donde dormir, el que está embargado por la soledad (SM, 10).

La tendencia hacia adelante de Aniceto se manifiesta también en el hecho que él se considera un ser no acabado:

estoy haciéndome, haciéndome de a poco, y
no crea usted que tengo la seguridad de
que alguna vez estaré totalmente hecho
(MV, 17).

5. Recapitulación. Significado de los seres que no se entregan

Lo dicho hasta aquí no debe hacernos perder de vista que la existencia de rebeldes y demás personajes que logran satisfacer positivamente sus necesidades humanas, constituye sólo una solución individual. Ellos se preservan pero no logran crear otra sociedad, como tampoco desarrollarse comple-

Se acostaba con muchos hombres y le agradaba pensar que <...> existía uno, uno solo, con quien podía elegir si acostarse o no (MV, 204).

Esta nueva relación, donde las atenciones de Octavio para con ella son realizadas "gratuitamente" (MV, 204), reafirma en Aida una potencialidad, su calidad de no estar totalmente absorbida por una función, no estar cosificada en extremo:

Era, por un lado, una prostituta; por el otro, una mujer (MV, 207).

La narración vuelve a tomar este elemento, extendiéndolo al rechazo de orientarse por los valores del sistema:

<Aida> no es una prostituta con gran sentido comercial <...>. Ella sospecha que hay otras cosas además del dinero y además de la cama, algo libre del comercio lícito o ilícito (MV, 228).

Octavio y Aida crean entre sí una situación nueva: no son cliente y vendedora; llegan al diálogo (MV, 232). La relación de nuevo tipo produce a su vez un cambio en cada uno de ellos: en Aida surge la "ternura", la "simpatía" y el "cariño", ella deja la prostitución, su existencia pasa a caracterizarse por la tranquilidad y el reposo (MV, 228, 240); Octavio se convierte en un ser "más joven, erguido, resplandeciente", su existencia pasa a caracterizarse por la alegría y el sosiego (MV, 260; cf. 240 y 261).

Los seres positivos, es decir, en palabras de la propia narrativa, seres no definitivos, no estancados, que se están haciendo, logran cierta identidad de sí mismos y de los demás; se ven como existentes propios, y el mismo estatuto le reconocen a aquellos con quienes se relacionan y a todos los que forman la humanidad; a su vez, saben ver sus circunstancias, el sistema en el cual, junto con otros, están insertos, y discernir qué pueden hacer dentro de él. Aniceto ha logrado aprehender sus propios márgenes de acción y de su-

a una de las primeras injusticias y abusos que sufre en su vida. La respuesta a quien lo golpeó brutalmente cuando era aún niño no fue una reconcentración emocional de pena o angustia: elaboró un pequeño plan, con sus fuerzas se defendió de la agresión y arrancó del lugar donde lo esclavizaban. El narrador anota: "mi coraje no fue pasivo" (HL, 84).

En la descripción de este hecho -ruptura de una situación de injusticia y opresión- hay un juego interesante entre presente, pasado y futuro, en el que se ve la forma positiva de satisfacer la necesidad de arraigo. En Aniceto el pasado no es un arraigo-refugio sino fuente de impulso para un hacia adelante. El mantiene lazos afectivos que no son absorbentes (HL, 85)¹. En el punto de partida que constituyó su familia, a los niños se les reconoció libertad y se les dio la oportunidad de maravillarse:

A pesar de todo, mi infancia no fue desagradable; no lo fue y estuvo llena de acontecimientos apasionantes (HL, 205).

Aniceto queda abierto para realizar la comunidad humana, en particular la comunidad hombre-mujer. Son también los aspectos positivos de Eugenio, quien se incorpora sin dificultad a la cuadrilla de Alejandro y Rucio del Norte y tiene ciertas vivencias de lo que puede crear la unión del hombre y la mujer: el arraigo en el amor abre posibilidades, transforma las dudas y la inseguridad en alegría e impulso para vivir (LB, 315). Esto no es extraño por cuanto la comunidad humana y la comunidad del amor constituyen el arraigo verdadero del ser humano y no la mercancía, el dinero o un sistema, ni siquiera un territorio.

Cuando Aída encuentra una relación no cosificada, comienza a tomar distancia de su condición de prostituta, surge un elemento nuevo en su situación:

1. Lo importante es el arraigo sin esclavitud. En Mares libres el ser que tiene cierta lucidez, que va más allá de la visión a que pueden llegar la gran mayoría de los personajes, no está amarrado a un lugar determinado.

tareas.

La necesidad de trascendencia es satisfecha en una tendencia a desplegar la capacidad creadora. Tal es la disposición de Aniceto hacia el trabajo. Hemos visto el aporte personal que da a la tarea de pintar ventanas, y podemos agregar la manera en que enfrenta su aprendizaje en una imprenta: su expectativa no es el dinero que ganará ni la situación social que puede adquirir, sino el crecimiento de sí, el mundo que podrá abarcar (OR, 333-334), la realización de un trabajo a través del cual va más allá de la inmediatez cotidiana y que realiza con otros (OR, 395, 404-405); don Francisco, el mecánico, le enseña no sólo a manejar la linotipia sino que lo pone en contacto con esa máquina, lo hace palparla, tocarla con sus manos, le comunica el sentido de sus funciones (OR, 388-389, 399). Así Aniceto no la enfrenta como autómeta sino como creador.

Floridor, David e Isidoro satisfacen la necesidad de trascendencia en forma positiva, hecho especialmente notorio en el primero, hombre viejo, quien en ningún momento aparece dominado por las circunstancias sino interviniendo en ellas, incluso casi riéndose, sin darles excesiva importancia cuando éstas se presentan adversas, como si no pudieran afectarlo en lo profundo de su ser.

Lo que ellos hacen en un nivel que alcanza el desafío, la mujer de Laureano lo realiza en forma menos manifiesta pero sí heroica y afirmativa de la vida. Ella busca trascender la situación problemática enfrentando la existencia con su trabajo de lavandera. No es un ser que se quede o se atenga a la dádiva; enfrenta las circunstancias y no se ahoga en lamentaciones. En todo orden de cosas es el hacer el que salva (MV, 164-165).

La relación activa hacia el exterior, especialmente en momentos de dificultades e injusticia, caracteriza a todos los seres que no sucumben. Lo hemos visto en El cachorro, donde el protagonista enfrenta y vence a un hacedor de fatalidad, y lo encontramos en la forma en que Aniceto responde

de cada sujeto en la creación de un nosotros que realiza una acción igualmente creadora hacia el exterior.

Aniceto ha podido resistir los avatares de su existencia. Cada superación se ha sumado a otra y todas juntas han creado un fundamento positivo para su carácter. En determinadas circunstancias, a pesar de estar solo, enfermo, sin nadie a quien acudir, sin trabajo para procurarse un poco de comida y un lugar donde dormir, mantiene una postura optimista hacia la realidad. Por eso ésta lo invita a un quehacer creativo que lo aleja del estancamiento, del dejarse estar:

Siento que a mi alrededor y más allá resuena un vigoroso latido, una grave y segura pulsación, al mismo tiempo que una alegre y liviana invitación al movimiento y a la aventura (HL, 93).

Fernando, de Punta de rieles, en cuyo carácter había la tendencia a esperar todo desde afuera, culpabilizando absolutamente a los demás de su situación de alcohólico y morfomano (PR, 219), va a cambiar. En el presente de la narración su característica sobresaliente es la empatía por un luchador sindical, hombre al cual tiende a apoyar en una desgracia que sufre.

Pero como en el mundo no ha sido posible el cambio total, la comunidad no siempre es realizable y la salvación debe ser individual. Sin embargo, incluso en esta salvación individual, la manera en que se satisface la necesidad de relación es positiva. Aquí solitario designa un ser que no está sujeto a dictados ajenos y puede comunicar libertad.

Tomar el destino en las propias manos es un acto creador, una manera de relacionarse activamente con la realidad y consigo mismo. En el cuento El rancho en la montaña encontramos que Floridor, David, Isidoro -seres que manejan sus circunstancias- se relacionan entre sí y con los que están a su alrededor, sin que intervenga el poder ni la sumisión. Forman una especie de comunidad en la cual no se vislumbra ningún jefe, donde simplemente hay distribución de

correspondientes no existen cada una en forma aislada. Por su parte el texto, de diversas maneras, enlaza todas las necesidades con un modo de relacionarse.

Así podemos comenzar señalando seres que son capaces de relación y que se orientan por un hacia adelante. Esto último indica una libertad respecto a las personas y a las circunstancias.

Aniceto, dentro de todas las peripecias de su vida, logra mantener la esperanza, la idea de un cambio posible. Las experiencias duras lo fortalecen para no sucumbir. Tomemos como ejemplo la noche pasada en un calabozo, lugar destinado específicamente a que los hombres no puedan comunicarse entre sí y a impedirles que se orienten temporal y espacialmente. Pero Aniceto supera esa situación: él no se desentiende de otro que también sufre la adversidad y, dentro de la oscuridad total que allí reina, ayuda a un hombre a encontrar un lugar donde reposarse. Este se lo agradecerá en un susurro: "gracias compañero" (HL, 142).

Como sabemos, para Aniceto la infancia ha sido un punto de partida positivo. En una reminiscencia que tiene en medio de las penurias del calabozo, el recuerdo de su familia surge tranquilo, con libertad: en aquel ambiente no hubo moldes rígidos a los cuales debía señirse; sus hermanos, su padre, su madre, vuelven a su conciencia no como jueces condenadores ni fantasmas de temor, sino mirándola serenamente

desde alguna parte iluminada, desde la acera de una calle, desde la puerta de una casa, desde la orilla de un río, desde una habitación iluminada por una lámpara de suave luz y de blanca pantalla (HL, 142).

Esa comunidad de la infancia se mantiene y acrecienta en otras relaciones, al punto que, rechazando siempre utilizar a los demás seres, su tendencia primordial es la comunidad, que podemos definir como un grupo en el cual los miembros que lo constituyen no se caracterizan por la pasividad ni la sumisión a una persona o a un principio, donde el individuo quedaría diluido, sino por la participación activa

cogían, separándolos del gran ruido del viento para diferenciarlos y reconocerlos (I, 313).

La característica fundamental en los tres personajes destacados es su manejo de las circunstancias, la superación aguerrida de la fatalidad. Son hombres de pujanza, a quienes los obstáculos y adversidades no los amedrentan, no los aplastan. En medio de ellos, permanecen atentos, tensos, listos para intervenir en el momento preciso que les permita salvarse, salvar al compañero, y triunfar (I, 314-316).

Encontramos aquí otra pareja padre-hijo, pero mientras en las que hemos visto anteriormente ambos quedan separados, y la fatalidad del primero, de alguna manera, se continúa en el segundo, aquí asistimos a un cambio: padre e hijo concertados, junto con otros seres que no pertenecen a la comunidad familiar, vencen, burlan a quienes en otros espacios de la narrativa son hacedores de fatalidad. En esta tarea cada uno permanece íntegro, nadie absorbe a nadie. Se da importancia a la respuesta del individuo, como si a ella estuviera supeditada la ayuda de los demás.

No obstante la respuesta acertada y exitosa de los individuos, el mundo en su conjunto permanece. El final y el comienzo del cuento se unen: el rancho sigue abandonado; los grupos continúan existiendo, uno con relaciones positivas en su interior, enfrentado en relaciones antagónicas a otro grupo; pero también continúa abierta la posibilidad que cierta autoridad podrá seguir siendo burlada.

4. Los seres que no sucumben. Satisfacción positiva de las necesidades humanas

Veamos a continuación aquellos seres que logran satisfacer positivamente las necesidades humanas fundamentales, o al menos tienden a hacerlo en esa forma. No los recorreré uno a uno sino que me atenderé a los más representativos.

Como sabemos, éstas necesidades y sus potencialidades

<el> viejo Floridor, hombre infatigable, <...> emprendía todos los negocios que estuvieran al alcance de sus medios, aunque el fruto de ellos fuera sólo de dos o tres pesos.

-Estos tres pesos no estaban en mis bolsillos y ahora están. ¡Qué le va hallando! (T, 300-301).

Pero su descripción no es la de un hombre corrompido por la actividad del comercio. Su objetivo no es la ganancia a ultranza. Más bien lo que lo guía es la posibilidad de hacer algo (T, 306).

Doña Mercedes, semejante a su marido, es una incansable batalladora, que a pesar de su edad enfrenta la vida con fortaleza y energía, en una multitud de trabajos cuyos frutos pertenecen a la comunidad familiar y donde ella participa con iniciativa y poder de decisión (T, 301).

Del hijo de Floridor, David, el texto también destaca su capacidad de tomar el destino en sus propias manos, su amplia autonomía para construirse una existencia cuyo punto referencial son sus propios proyectos, los que realiza con otros seres, en igualdad de condiciones (T, 307-308).

Cualidades semejantes encontramos en El Negro Isidoro. En él sobresalen la seguridad en sí mismo y la ausencia de temeridad. Cuando los guardias lo tienen detenido, el texto destaca que él es un "burlador" del aparato de control y represión (T, 312-313). A esas características se agregan su continua actitud de vigilancia, de prontitud, su no abandono al derrotismo, a la fatalidad, es decir, a las fuerzas y agentes del sistema. En el episodio donde los guardias lo custodian en el rancho durante la noche y observan con atención sus ademanes, el texto destaca que él está tranquilo, quieto, callado,

y hasta pareció que se quedaba dormido. Pero no dormía, no. Todos sus sentidos estaban tendidos como un arco hacia afuera, hacia la sombra, donde la noche rodaba como un río empujado por el viento y desde donde venían pequeños ruidos, susurros, deslizamientos, rumores que sus oídos re-

conocedor de la cordillera. Viene a proponerle a su padre que colabore a pasar ciertos contrabandos: deberá entretener a los guardias en el rancho. Dos noches todo marcha bien, pero a la tercera, por casualidad, los guardias sorprenden a uno de los cómplices de Dávid -El Negro Isidoro- y lo aprehenden. Cuando al día siguiente lo bajan hacia el retén, y él ya se creía abandonado, intervienen sus compañeros y lo liberan después de un tiroteo con los guardias.

A Floridor le quitan el permiso para arrendar el rancho, sin que puedan acusarlo de nada. Vuelve a su casa, donde lo espera David, con una gran cantidad de dinero y un aspecto de bienestar en su persona.

Entre los elementos que estructuran esta narración unos son materiales y naturales y otros humanos. Los primeros -rancho, viento, cordillera, tiempo- son personificados, se les muestra independientes del hombre, pero no subyugadores de los protagonistas. Ellos actúan a través de esos elementos.

En los elementos humanos encontramos dos grupos de hombres que van a enfrentarse: uno compuesto por Floridor Carmona, su hijo y sus compañeros, y otro por los guardias.

Es interesante destacar en Floridor Carmona que a pesar de ser un viejo -es decir, debería pertenecer a aquellos seres mutilados de los que la sociedad prescinde cuando ya no sirven- no es alguien que haya quedado de lado. Esto podría deberse al hecho que tiene cierta independencia económica, que puede seguir enfrentando la vida en forma creadora, sin ser llevado por la corriente. Es reconociéndole tales características como lo hace entrar en escena la narración, inmediatamente después de haber descrito el rancho abandonado, al cual va a vivificar con su actividad. Este hecho es tanto más notorio cuanto que el texto lo describe concienzudamente como viejo, tanto en su aspecto físico como en sus atuendos y vestimenta, para anotar finalmente que toda su apariencia "ocultaba un hombre que no daba puntada sin hacerle nudo". La descripción termina diciendo:

bundos constituyen una sabiduría para no dejarse coger. Es aspecto que vemos en aquel que también atraviesa la cordillera a pie:

un fino vagabundo conocedor de muchas maneras de viajar sin pagar y de existir sin trabajar, pero decorosamente, sin pedir limosna y sin robar, trabajando a veces, eso sí, en cualquier trabajo, por duro que fuese, para afirmarse un poco <... Se las ingenia para ir a Italia y recorrerla de punta a cabo en la misma forma, y> cuando quiso volver a su tierra, la Argentina, volvió en calidad de inmigrante italiano, con el pasaje pagado por el gobierno argentino que necesitaba brazos para levantar la cosecha de maíz (OR, 87-88. Cf. otros ejemplos en MV, 64-66; OR, 185).

En todo vagabundo se mantiene una libertad de vida: él no se cotiza, no es una mercancía.

3. Un triunfo sobre el sistema: el cuento

El rancho en la montaña

En este cuento los protagonistas no sólo sobreviven sino que triunfan del sistema.

Aunque ése no es un hecho definitivo -el sistema les desbarata una actividad- ellos permanecen con los frutos de su triunfo, siempre libres para continuar. El mundo descrito es un conjunto de triunfos para ellos, un éxito forjado por sí mismos.

El cuento está escrito en tercera persona. Floridor Carmona, a pesar de su edad, en compañía de su mujer Mercedes, lleva una vida ágil y activa, complementando el trabajo familiar agrícola con algunos de índole comercial. Entre estos últimos, está el arriendo de un ruinoso rancho fronterizo, propiedad de los guardias cordilleranos. En él, Floridor establece una posada para ofrecer comida, bebida y alojamiento a los transeúntes del paso. El negocio prospera.

Un día aparece su hijo David, hombre andariego, gran

La resistencia y rechazo a la estructura generalizada del sistema la encontramos en el vagabundo que Aniceto conoce a orillas del río Aconcagua, cuando está terminando de atravesar la cordillera, en su mayor trayecto a pie. Es un vagabundo descrito como extraordinario pues tiene anteojos y viaja acompañado de "dos pequeñas tortugas". Este partió de su casa aburrido de un ambiente burocrático-pedagogisante-pseudocultural, donde querían amoldarlo. Es un medio que coarta, en el cual no hay diálogo y donde los seres permanecen aislados, solitarios en sus propios intereses o restricciones (HL, 49-70, 145-146).

El vagabundo es el hombre que no se ha entregado, que no ha sucumbido, que resiste. El narrador lo prefiere, en vez de aquellos seres adaptados, sedentarios, "hombres sordidos sin atmósfera propia", centrados en las cosas y rechazadores de los niños (HL, 54).

Los vagabundos de Manuel Rojas no son seres antisociales en un sentido despectivo y delictual. Algunos simplemente saben aprovechar el sistema sin caer en su engranaje ni perecer. Por ejemplo aquellos que realizan lo que podemos llamar el fraude pícaresco, un "par de truchimanes" a quienes se describe como

llenos de astucias y de argucias, incansables para divertirse, para comer, para beber, para reírse; parecían haber estado presos o amarrados durante veinte años y haber recuperado su libertad sólo el día anterior o cinco minutos antes. <...> descubrieron cómo se podía vivir de los demás y lo pusieron en práctica con una decisión pasmosa, es decir, descubrieron que en el mundo existía la libertad de comercio y que ellos, como cualesquiera otros, podían ejercerla sin más que tener las agallas y los medios de hacerlo, y medios no les faltaron, así como no les faltan a quienes tienen idénticas agallas, en grande o en pequeño. <La descripción continúa con las engañosas que hacen a sus forzados e incautos clientes> (HL, 146-151).

Los elementos de picardía que prevalecen en tales vaga-

Cuando el vagabundo deja de serlo, pierde una libertad y cae en la cosificación que produce instalarse en ciertos trabajos y labores (MV, 71). Un vagabundo que permanentemente tiene la posibilidad concreta de volver atrás, se siente un traidor frente a sus compañeros, un ser no libre, lleno de dudas y apesadumbrado. Sabe que algún día deberá volver al trabajo del comercio, donde se limitará a juntar "varios billetes". Frente a él está quien permanecerá en ese camino:

Al Chambeco, en cambio, todo le reía, los ojos, la boca, las desagarraduras de sus vacíos bolsillos, los agujeros que dejaron los parches que pretendió pegar aquí o allá y que se cayeron: era la picardía, indomeñable y quizá eterna, del que se sabe perdido y que no espera nada de nadie, nadie de la tierra, nadie del cielo (OR, 126).

El texto declara que el valor de los seres que El Chambeco aglutina a su alrededor es que "iban juntos" (OR, 126; cf. 118 y 150); para este grupo se dice que, en sus problemas,

la única puerta de salida era la vida, vivir (OR, 125).

Libertad grande, por cuanto su solución no está en las cosas, en las mercancías, en los valores engañosos y encadenadores del sistema.

Los vagabundos salvan la libertad de su individualidad porque eligen por sí mismos. El narrador, recordando sus propias experiencias con la burocracia, nos comunica las palabras dichas por un amigo, en las que daba razón de su vagabundaje:

Tenía trabajo pero no me bastaba; quería viajar y el trabajo me lo impedía. Trabajar y viajar, no trabajar y quedarme. Quería elegir mi destino, no aceptar el que me dieran. Bueno, ¿adónde quieres ir? No lo sé: al norte, al sur; aquí no hay más que dos puntos cardinales, y son suficientes; Panamá, Guayaquil, Callao, La Guayra, Arequipa, Honolulu, preciosos nombres, como de árboles o como de mujeres morenas (HL, 103; Cf. OR, 273, 375).

Más bien constituyen elementos estructurales importantes, de significado propio. Es decir, son una respuesta.

En los personajes insólitos encontramos un aspecto de quienes no forman parte absoluta del sistema ni son una pieza más que él vigila y comanda. En sus existencias pueden determinar momentos en que no son una función, como el piloto de barco que Aniceto encuentra en medio del continente (HL, 15); el anarquista Filln, hombre de alto grado de miopía, que trabajó cuidando ovejas en la Patagonia, sin jamás verlas, y que es una maravilla en su oficio de pintor de carruajes, hasta en la realización de los detalles más finos (SM, 47-49); o aquellos que, con oficio y profesión, viven plenamente libres en tubos de cemento abandonados (HL, 66). Todos ellos llegan a ser prefiguración de un cambio total, es decir, representación anticipada del ser humano no constreñido por objetos exteriores, ajenos a él.

La importancia de los vagabundos radica en que ellos mismos han elegido ese modo de existencia y que lo hacen para enfrentar un sistema que coarta y mutila. Los parientes de Aniceto pertenecen a una categoría de "nómades urbanos".

individuos <que> se resisten aún, con variada fortuna, a la jornada de ocho horas, a la racionalización en el trabajo y a los reglamentos de tránsito internacional, escogiendo oficios -sencillos unos, complicados o peligrosos otros- que les permiten conservar su costumbre de vagar por sobre los trescientos sesenta grados de la rosa, peregrinos seres, generalmente despreciados y no pocas veces maldecidos, a quienes el mundo, envidioso de su libertad, va cerrando poco a poco los caminos... (HL, 15).

Otro ejemplo lo tenemos en el vagabundo que recorre todo tranquilo, pues "no tenía apuro" (HL, 67), sin afectarle mayormente en su ánimo los apartamientos y expulsiones de que es objeto por agentes de la burocracia; rechaza el trabajo definitivo, que lo aprisionaría y donde sería tratado como fuente de plusvalor (HL, 68; MV, 55).

tantes de dádivas. La narrativa los agrupa en diversos tipos que, si bien tienen rasgos comunes, no están homogeneizados: los rebeldes, a quienes me he referido múltiples veces, por lo cual me limito a mencionarlos; ciertos ladrones, que le hacen el juego a la sociedad en su valor máspreciado, y así sobreviven; seres increíbles, vagabundos y pícaros, que se encuentran con gran exuberancia; hay otros que serenamente logran algún triunfo sobre el sistema; en fin, seres que, permaneciendo vinculados al sistema, no sucumben, logran modos positivos de relacionarse y satisfacer sus necesidades, sin regirse por las pautas del sistema.

1. Ciertos ladrones

La narrativa los diferencia de la baja delincuencia. En general, su actividad es "una solución económica", un último recurso para ganarse la vida (D, 98-101; HL, 76, 298 y 299; SM, 32; OR, 80).

Este robo es descrito como un trabajo, especificándose que es un "verdadero trabajo" que debe realizarse en forma "paciente", que necesita tiempo y preparación para que tenga éxito (SM, 87-89), con las exigencias minuciosas de cualquier profesión (HL, 215-216; 307-308). En cuanto actividad realizada dentro del sistema (SM, 19; MV, 123), a veces es homologada al comercio, pero con una diferencia substancial: "los ladrones, al revés de otros socios, comparten por igual sus ganancias" (HL, 208).

Ellos vadean el sistema dentro de sus mismas pautas, y sin producirle plusvalía.

2. Seres increíbles, vagabundos y pícaros

Los episodios en que aparecen los seres increíbles¹, los vagabundos y pícaros, no son meras anécdotas simpáticas.

1. Para tal denominación me inspiré en el mismo texto (SM, 66).

tática ni el hombre un ser definitivamente acabado, que para él siempre existe otra oportunidad, no por eso es ingenua. En su estructura dialéctica contempla la posibilidad que el movimiento también puede ir hacia atrás, que puede haber un retroceso, aunque éste nunca aplastará definitivamente la vida, el poder de recomenzar.

III. SERES QUE NO SE ENTREGAN.

EL SISTEMA NO ES TODOPODEROSO

En esta narrativa los héroes no cumplen una proeza dentro de una acción colosal, de envergadura macro histórica. Son seres que en el enfrentamiento de la vida cotidiana resisten, siguen adelante en la existencia, y cuando sucumben, al menos son seres que no se han dejado coger. Entre ellos tenemos a Cristián y a Laguna. Recordemos cómo este último, dentro de su debilidad, no se resigna al golpe definitivo y busca escapar. Sabemos que muere, pero seguramente esa resistencia y esa lucha en la debilidad hacen que el narrador mantenga el recuerdo de este hombre "como una canción fuerte y heroica" (A, 29).

Gran parte de la narrativa de Manuel Rojas podemos sintetizarla diciendo que su universo se organiza en torno a la descripción de hombres mutilados por un sistema social y de hombres que se resisten a ser absorbidos por ese sistema. Estos últimos también sufren ciertas mutilaciones, quedan estancados, confinados a un lugar geográfico y social, sin posibilidades de sobrepasarlo, pero en ese lugar son luchadores que no se doblegan. Ellos encarnan la resistencia de la vida.

Esta resistencia, que muchas veces cumplen en soledad, adquiere un signo positivo dentro de un mundo que no controlan, donde la gran mayoría de los seres son pasivos, expec-

las excepciones en este mundo que a simple vista parece marcado por la funcionalidad rutinaria:

Porque siempre, aun en las casas más serias, mejor organizadas, más ordenadas, en aquellas casas en que todos sus habitantes saben lo que deben hacer y cómo hacerlo, salir a tal hora, llegar a tal otra, sentarse a la mesa a la una en punto para almorzar, a las nueve para comer, limpiarse los pies en los felpudos o en las esterillas cada vez que se entra a la casa y cada vez que se entra a cada pieza, ya que hay un felpudo o una esterilla a la entrada de la casa, en el vestíbulo, y además uno u otra a la entrada de cada habitación, no dejar las luces encendidas, el baño debe quedar seco, las puertas cerradas, el bidet limpio, el lavatorio sin pelos, la taza del excusado sin residuos de ninguna especie; en esas casas en que parece que tampoco hay margen alguno para el ensueño, en esas casas, como en todas, ocurren hechos, divertidos unos, tristes otros, aunque rara vez dramáticos. El drama no gusta de las casas ordenadas; en ellas la energía que se podría utilizar para desarrollar un drama se gasta en otros menesteres, en encerar, en barrer, en limpiar los vidrios, en lavar las puertas y las ventanas; la dueña de casa perfecta no gusta del drama; la de esta casa, tampoco. Aida es morena y tiene los ojos verdes o que parecen verdes <...> (MV, 196).

Una larga historia nos permite vivir la creación y realización de la comunidad entre Aida y Octavio. La historia está elaborada con diversos elementos que también son una excepción a la normalidad de ese tipo de casa y al sistema en el cual está inserta. Por ejemplo, en Aida no está corrompida la tendencia humana hacia la comunicación, el tender la mano al que está en soledad; ella no está comercializada. El acercamiento con Octavio se da en un movimiento recíproco, donde también la actitud de él cuenta: Aida se reconoce en Octavio no como una mercancía sino como ser humano libre (MV, 196-261).

Si bien la narrativa reconoce que la realidad no es es-

en los cuentos El bonete maulino y El rancho en la montaña encontramos dos hombres, uno entrando en la vejez, el otro en plena vejez, que logran escabullir el orden y actuar en la realidad.

En El bonete maulino hay un detalle significativo bastante importante referente a este problema de la vejez y su superación existencial. La vejez no aparece señalada sólo como un proceso natural biológico, sino ligada al tipo de vida, en particular al tipo de trabajo que don Leiva desempeña (D, 97). Esa situación, a la cual se suman las dificultades económicas, es considerada como un estado "sin alternativa", sin futuro, lógicamente dentro de los cauces del sistema. Don Leiva escapa de esa situación mediante una rebeldía que consiste en realizar una actividad que contraviene el orden del sistema: aseguramiento de la riqueza en manos de unas pocas personas. El resto de la narración, con los hechos en que se concretiza esa rebeldía, va describiendo la vuelta de la jovialidad y energías en don Leiva (D, 100-112).

Al otro cuento me referiré más adelante.

La narrativa en su conjunto está jalonada de esperanzas afirmativas respecto a poder realizar lo que no se pudo (HL, 162) y de repetir acontecimientos gratificantes (MV, 12-13). Además, aunque el mundo descrito se caracteriza por la presencia de seres mutilados, en diversos niveles encontramos la excepción, no puntual sino una larga excepción que llega a constituir toda una historia. Por ejemplo, lo que sucede en aquella casa donde se ejerce la prostitución. Allí todo debería regirse funcionalmente, sin dar cabida a manifestaciones del espíritu humano, como el "ensueño" (MV, 191). No obstante, aquí mismo, en esta casa, tenemos que nace un ensueño que se hace realidad. Es la excepción que construyen seres que tienden a relacionarse positivamente, no por las pautas del sistema.

Una de las pensionistas de la casa es la joven prostituta Aída. En su existencia se tejerá la excepción, una de

gabundos y seres increíbles, algunos movimientos de protesta, la existencia de ciertas comunidades regidas por valores humanos, no comerciales. El mundo descrito no está cerrado.

Hay otro dato que debemos tener en cuenta: existe esta narrativa. Ella está dentro de los límites del sistema, pero no es su portavoz sino su crítica, la expresión de una tendencia a superarlo.

II. PRESENCIA CONTINUA DE OTRA POSIBILIDAD

Pertenece a la estructura de la narrativa de Manuel Rojas un elemento que llamo otra posibilidad.

Ante una multitud de hechos y situaciones, negativos unos, positivos otros, el texto se apresura a decirnos que siempre puede darse o realizarse su contrario. A veces lo dice explícitamente en afirmaciones aisladas respecto a algún problema (SM, 39); otras, en contextos también problemáticos, indicando una salida o señalando que cualquiera sea su situación, el hombre puede superarla o, al menos, eludirla; también la encontramos en unidades narrativas que cuentan diversas historias, en una de las cuales un personaje realiza cabalmente lo que no pudo en otra.

Esta visión expresa un mundo no maniqueo, es decir, ni absolutamente bueno ni absolutamente malo; no definitivamente salvado ni irremediabilmente condenado, libre de una fatalidad que inexorablemente hunda a los hombres.

Lo constatamos incluso en detalles mínimos, como el de aquel hombre de edad que les hace una jugada, noche tras noche, a quienes exigen el cumplimiento de un trabajo que sume en la inactividad y en la soledad (LB, 282 y 287). Es el caso que encontramos en todos los que no se dejan coger, en todos aquellos que no son absorbidos por el sistema. Ellos son hacedores de otra posibilidad.

La vejez parecería un estado sin retorno. Ahora bien,

- Punta de rieles: las circunstancias no se controlan; no realización del ser humano; no realización de la pareja; dificultades para la comunicación y la compenetración mutua;
final: un hombre apoya al que ha caído.
- La oscura vida radiante: el peso de las crisis económicas recae sobre los trabajadores; hambre; una violencia arrasadora con todos los que quieren cambios; prisión, tortura y muerte;
final: el protagonista va huyendo, pero está vivo, y no sólo corporalmente sino también en su conciencia, donde es capaz de realizar una crítica profunda que abarca el conjunto de la realidad.

La esperanza que encierran estos finales abiertos corresponde a la estructura global del mundo descrito, pertenece a la visión del mundo que se busca expresar. Es una visión que confluye con la de cierta corriente en ciencias sociales que, basándose en los aportes de un marxismo y una psicología dinámicos, se centra en el hombre y sus posibilidades.

Esas aberturas no las encontramos sólo en los finales de las novelas. Ellas forman parte de la estructura de toda la narrativa y tienen un significado preciso: el sistema no es todopoderoso, no alcanza un control absoluto de todo el universo; la transformación es posible.

Incluso en una narración tan amarga como El delincuente se apunta una salida: los dictámenes de la autoridad que se ha interiorizado en el peluquero y en el capintero, no los han corrompido totalmente, no ha alcanzado su interior en forma omnimoda. Ambos personajes, después de haber entregado al ratero, no vuelven contentos de la comisaría, ni satisfechos por haber cumplido el deber ante la autoridad, sino con "algo muy triste, pero muy triste, deshaciéndose, por allá dentro, entre el paladar y la espalda" (E, 126).

Parte constitutiva de este elemento son también los rebeldes y otros personajes que resisten a entregarse, los va-

CAPITULO SEGUNDO

LA ESPERANZA COMUNICADA POR EL TEXTO

I. UN MUNDO ABIERTO

Deteniéndonos en las novelas nos damos cuenta de un hecho que a primera vista pudiera sorprender. En cada una se describe un mundo que aprisiona a los hombres, una sociedad que les impide su realización personal y en comunidad, una sociedad que llega a la violencia; un mundo que permanece inmutable, a pesar de los esfuerzos que se realizan para cambiarlo. No obstante, cada novela termina con un final abierto:

- Hijo de ladrón: presencia de seres mutilados, fuerte imposición de la burocracia y la violencia policial, dificultad en el diálogo;
final: "¡Espérenme!": Cristián vence su inercia, su tendencia al aislamiento y a la adhesión simbiótica a un lugar.
- Mejor que el vino: la mujer como objeto de satisfacción física y afectiva; propiedad del hombre; no se realiza; en este mundo de seres mutilados, le cabe una de las peores partes; el hombre restringido a satisfacer el apetito sexual; imposibilidad práctica del amor, de realizar la pareja hombre-mujer;
final: el hombre espera el amor, expresado en una frase donde no hay determinismo.
- Sombras contra el muro: la violencia institucional, que arrasa con todos los que quieren realizar un cambio para mejorar la situación del hombre;
final: el protagonista puede acostarse a dormir con serenidad.

El escritor que realiza ese actuar toma al hombre vivo, "hombre de carne y hueso", sin atribuirle lo que se le antoja (OR, 229), sin miedo de comunicar fracasos (SM, 64); entrega una vivencia que refuerza en el lector, por ejemplo, el anhelo de "independencia" y de "dignidad" (OR, 253-255. Cf. *ibid.*, 128; SM, 29, 64).

No obstante, cierta soledad todavía lo envuelve. Aniceto queda solo al final de La oscura vida radiante. Es un rebelde que huye para no dejarse coger. Tal vez la suya será voz que clama en el desierto... pero si aún hay voz, aún queda esperanza. El sistema no logra el control absoluto.

Mientras los hombres no produzcan el cambio, la palabra no logrará una unión armoniosa, sin antagonismo oposicional con la realidad; continuará el problema de la distancia, una permanecerá sobre la otra. En Mares libres nadie puede responder las preguntas que se plantean, pero la realidad sí atestigua la veracidad de ciertas aseveraciones positivas (X, 345: por sobre el alegato discursivo, la realidad tiene primacía, ella es la apología.

La palabra todavía no tiene plenitud, como tampoco la tiene la nueva realidad que se gesta. Ambas están naciendo y lo hacen en un mismo cubil, desde ahora, como se concretiza en un carpintero poeta:

Quilodrán pelea todo el día con las tablas, tallándolas, y aspira a algo y escribe versos en que expresa vagos deseos, la madera, la gubia, la primavera que viene (SM, 175).

ésta es, en ese momento, una acción estrictamente privada, donde nadie debe intervenir ni inmiscuirse, de la cual nadie debe formar parte. Lo que escribe son

vagas cosas, deseos confusos, visiones, palabras, y todo en desacuerdo con lo que vivía, no había ahí nada de lo que le ocurría, era como de otro mundo, un mundo que no era suyo, que jamás llegaría a serlo <...>. ¿A dónde iba eso, ese juego, ese entretenimiento en el que podía pasar horas y días, pero en el que sólo podía ocuparse en fugaces momentos, cuando no debía correr tras la comida, trabajar o dormir? No lo sabía y quizá si en eso consistía parte de su encanto (OR, 129).

Si aquí hay desconexión entre vida y realidad, en cierto sentido es inocente, fruto de la adolescencia del personaje. Extrapolando un poco, podemos decir que la palabra es todavía joven y, empleando un término bíblico, el futuro narrador aún no la ha encarnado.

En Hijo de ladrón se nos describen los disturbios de una protesta económica. En todo un primer momento el narrador se ha sentido aparte, ajeno a lo que está ocurriendo, y en verdad lo es. Pero será incorporado en el asunto y homogeneizado a los manifestantes, tanto por la policía como por los mismos amotinados. Deja de lado las disquisiciones sobre sus recuerdos y problemas, se deja incorporar al movimiento, se mete de lleno en él. Su primera tendencia positiva es reconocer que en aquellas acciones hay una causa y luego actúa con los amotinados, arrebatada a uno de manos de la policía (HL, 102-128).

Entonces la palabra es también empleada por otro intelectual, uno que capta el mundo en la vivencia de los hombres, que comunica esa vivencia, el contexto de vida, las relaciones que allí existen y sus propias impresiones (MV, 153. A tal hombre se le puede aplicar la aseveración del mismo texto:

nada escapa al que está despierto y puede sentir (OR, 54).

pueden llegar a ser totalmente ajenos a la realidad del país. Lo vemos en un joven escultor, a quien el texto le dedica algunos párrafos después de describir la lucha social y política, los problemas de hambre de los trabajadores y la persecución contra quienes llaman a cambiar la sociedad. En una conversación se le pregunta sobre qué tema trabaja en ese momento. Su respuesta: está haciendo una maqueta de su próxima obra, donde representa

-La figura de un ángel que está besando una mariposa detenida en su mano (OR, 414).

En tales casos el arte es un esnobismo social (OR, 415) que da un estatuto para ser bien acogido (MV, 154), una actividad de engaño (OR, 255).

Junto al arte, hay un oficio de la palabra en el que también puede escamotearse la realidad: el periodismo que permanece ajeno y lejano a "los hechos" que ocurren en la "ciudad" y en el "país" (OR, 409; cf. MV, 155).

Al narrador le preocupa la falta de fusión entre acción y palabra, el que a veces se caiga en la ingenuidad de reemplazar la primera por la segunda, suponerle la eficacia de una acción que no puede realizarse:

Escribí terribles proclamas y amenacé volar con dinamita la ciudad si el gobierno de Chile no ponía en libertad a un carpintero anarquista, amigo mío. No lo pusieron en libertad; al contrario: tomaron presos a otros más, entre ellos a mí, que no conocía la dinamita más que de nombre y que le tengo terror a los sonidos demasiado fuertes (MV, 15-16).

El fenómeno de separación entre palabra y vida concreta va conectado con un problema paradójico: los que de una u otra forma tienen el encargo de la palabra, están afectados por una dificultad en la comunicación con aquellos a quienes querrian expresar, aquellos a quienes desean dirigirse (OR, 258, 270).

Para el joven Aniceto, que se inicia en la escritura,

saco que lleva a cuestas "parecía un miembro más" de su cuerpo. la orientación por el oro invade naturalmente todos sus sentidos, es absorbido por el "montón" que busca el mineral (V, 329-335).

El escritor es un hombre que ha aceptado, en su elección para actuar en la vida, utilizar preponderantemente la palabra, ese instrumento maravilloso que nos permite expresarnos, comunicarnos con otros. Ahora bien, en esta narrativa el narrador experimenta dificultades para conocer a los otros seres e incluso para conocerse a sí mismo. Un ejemplo lo tenemos en el siguiente párrafo, después de las dubitaciones de Aniceto de cómo enfrentará la huida con Virginia. El narrador, que se identifica con Aniceto, nos dice que éste,

aunque sabe mucho del mundo y de la gente, aunque ha vivido cosas peores, aunque ha estado revuelto con los más desemejantes y extraños seres, no sabe nada aún y es muy posible que jamás llegue a saber algo de los demás. Sabrá apenas lo suyo, no del todo, y siempre le parecerá que lo que los demás hacen, han hecho o van a hacer está situado entre lo imprevisto y lo irreal. Tampoco sabe, por supuesto, si él será o no capaz de hacer frente a lo imprevisto y a lo irreal. Tiene, sin embargo, hasta cierto punto, confianza en sí mismo, aunque lo irreal y lo imprevisto lo atribulen un poco (MV, 80).

Constatación casi definitiva de un ser dedicado a la palabra: imposibilidad práctica del conocimiento al nivel humano, sea en la relación con los otros, sea en la relación consigo mismo. Se trata de una constatación casi definitiva porque el narrador se plantea en una posición interrogante, de búsqueda. El quiere optar por la realidad de los hombres sufrientes y poner su grano en la transformación.

Hay artistas, "escritores y poetas", que visitan la realidad sombría y aplastante donde viven los hombres mutilados, pero permanecen "fuera", como seres pertenecientes "a clases de otra categoría" (OR, 133; cf. 127-128). Ellos

za a cierto tipo de profesional que desencarna la palabra y la convierte en instrumento lucrativo y ocultador de la realidad: el político. Existe otro tipo de hombre que, en cierto modo, también se especializa en la palabra: el intelectual. El texto reflexiona sobre su papel, especialmente en su concreción como escritor.

No voy a adentrarme en una problemática que concierne a la teoría literaria. Para analizar en profundidad tal cuestión dentro de la narrativa de Manuel Rojas, debería abordarla desde otro punto de vista que el que me ha fijado para los objetivos de mi trabajo. Aquí sólo tomaré las referencias más explícitas que se hacen en el texto y que, considegnado la estructura de la narrativa, nos ayudan a explicar las reticencias hacia la palabra, como así mismo las posibilidades que en ella subyacen.

En el final del cuento Pancho Rojas, se nos dice que el queltehue que no se dejó domesticar

valía más por lo que era que por lo que de él se podía decir (Y, 354).

Si consideramos todo el párrafo, en la frase citada el vocablo "decir" significa escribir. Entonces la vida, mejor dicho, el ser viviente, está por sobre la palabra. Este vale más que todo lo que se ha dicho hasta aquí -ese final-. Vale más que el cuento, es decir, que la misma labor de escribir.

El intelectual, por antonomasia hombre de la palabra, corre el riesgo de la abstracción. No sólo en el sentido que tome la idea por la realidad sino que meramente tematice esa realidad y los seres con quienes debería asumir un compromiso de vida, de una acción constructora.

El artista, reconcentrado en su propio intelecto, en su propio mundo, puede transmitir una imagen falsa de los hombres y su existencia. En el cuento Oro en el sur, un pintor concibe a un cateador como "la vida libre y despierta", pero se equivoca. Ese hombre, sin rayar en la obsesión, está aca-parado por la necesidad de encontrar oro, sufre soledad, el

por el vacío y el abatimiento (E, 114 y 126).

En la palabra puede expresarse una abstracción que corta de la realidad. Por ejemplo en el amor, donde el conocimiento verdadero no lo dan los "libros" sino la "práctica", existe el peligro de convertirlas en subterfugios, sostenedores fantasmales, substitutos para la Incertidumbre. Lo vemos en parte del párrafo donde Jimena reproduce sus encuentros con Aniceto:

¿Por qué no me hablas?, le pregunto a veces. "¿Para qué quieres palabras? ¿No sabes que te amo?". Las mujeres necesitamos palabras. "¿Para qué?". No sé, tal vez para apoyarnos en ellas. Se ríe. "¿Has conocido a alguien que se apoye en palabras? Apóyate en mí, si quieres, y estarás más segura" (MV, 184-185).

Ante la insistencia por palabras explicativas del amor, Aniceto le dice:

Cuando te abrazo y te beso y te acaricio, te abrazo, te beso y te acaricio y eso me es suficiente. Para ti no lo es. Será porque no me quieres bastante o quieres otra cosa que no soy yo. Quizá necesitas justificar o explicar o necesitas que te justifiquen o te expliquen lo que sucede, que rara vez tiene una explicación fría, lógica. La pasión es silenciosa. Cuando habla o gesticula suceden dos hechos: o tu pasión es débil y necesitas justificarla con palabras o quieres hacer teatro con ella (MV, 242).

En las cosas de la vida, en la relación entre los seres humanos, no es la palabra lo definitivamente importante sino cierta actitud creadora. Lo vemos en el caso de una prostituta a quien su esposo -Emilio- le ha reconocido su estatuto de persona y lo ha hecho acto. Ante eso la palabra, por muy emotiva y docta que sea, no cuenta:

¿Por qué llegó a ser prostituta? Casi no lo sabe. No lo saben más que algunos novelistas y algunos profesores. Emilio lo sabe y eso es suficiente (MV, 237).

Como hemos visto en páginas anteriores, el texto recha-

por las ideas. En el propio texto, la palabra es un instrumento de función ambivalente:

por medio de las palabras, las poco independientes palabras, pues pertenecen al cabrón y al historiador, al policía y al ladrón, al alcahuete y al héroe, se puede hacer de todo (OR, 54).

Ya anteriormente el mismo texto había anotado, a propósito del deseo de Aniceto por el advenimiento de la revolución social -"Única esperanza de millones de seres"-:

nada se ha conseguido con palabras, por buenas o falsas que hayan sido o sean: la palabra es el arma del mentiroso, del falso, del perjurio, del chismoso, de los impostores, de los dobles y los simuladores; combinando unas con otras fabrican sublimas mentiras, ilusiones tan falsas como un millón o más de judas, rigurosos cazabobos y engañachorritos, cebos políticos o religiosos, señuelos celestiales y económicos; también servían las palabras para crear obras científicas y literarias, y eso le dolía; cualquiera podía usar las palabras, el político y el sacerdote, el comerciante y el ladrón, los estafadores y los poetas y hombres de ciencia; eran elementos dobles, servían para todos, para el novio y para el seductor, para el santo y para el prevaricador, espúreas, tenían dos caras y dos sonidos, dos intenciones o tres o cuatro, los tonos eran infinitos (OR, 53-54).

Reflexionando sobre una multitud de usos de la palabra, de decisiones, de proyectos en los cuales ella predomina, el narrador concluye que por sí sola no cambia al hombre ni transforma la realidad: es la acción la que tiene el poder creador (OR, 353). La palabra aislada es ineficaz, ella sola no salva (OR, 283). Romilio Llanca leyó "libros" que le ayudaron a "componer" una "idea" del mundo (PR, 72), pero él no cambió, permaneció en su "condición de hombre encerrado en sí mismo; hay cierta palabra que transmite un conocimiento de contabilidad, que no capacita para la acción y deja al hombre en un estado de testigo pasivo e impotente, invadido

Cuando es ese su modo de actuar, los políticos son inútiles, no son ellos quienes hacen avanzar los pueblos ni la vida; su actividad está marcada por la mentira, la separación entre los hombres, la muerte. El texto desconfía profundamente de estos seres a quienes llama "raza de jugadores a la mala, fulleros" (OR, 421).

Aquello que quieren cambiar el sistema pero persisten en la sola palabra y sus concomitantes de pseudoacciones, que reúnen gente sin cambiar nada, también reciben la condena del texto, como consta ya hacia el final de La oscura vida radiante. Aniceto, en camino de huir de la "Ley de residencia", se entera que el poeta Daniel, su amigo y maestro, ha muerto por las torturas a que fue sometido en los interrogatorios de la justicia. Su huida y la muerte del poeta, como la huida y muerte de muchos otros, son consecuencias de acciones intempestivas contra el sistema, en las que no se ha tomado en cuenta su estructura real, su tenacidad a no ser tocado, a impedir el cambio. Si bien el sistema no es todopoderoso, la verdad es que sí es poderoso. La ausencia de autocrítica de lo realizado, el buscar consuelo en retóricas que alaban a los caídos, es "consuelo del carajo" (OR, 445). El verdadero y mejor homenaje a los que murieron es continuar la vida, enmendar la acción, con la certeza que siempre es posible un actuar que transforme la realidad.

III. CRITICA A LA PALABRA

La crítica a la palabra debe hacerse en forma cuidadosa. La palabra no es ni absolutamente inútil ni totalmente eficaz. Ella no basta para interpretar ni cambiar la realidad. La palabra es importante en el desarrollo de la conciencia, para expresar la realidad, para la comunicación. Pero absolutizar su papel equivale a dar preeminencia a las ideas sobre la realidad, como si esta última fuera creada

desafía al poder del sistema. Estos hombres son "obreros", "jornaleros", "vendedores ambulantes", "gente de la bahía" (HL, 107 y 132); las personas que forman estos grupos llegan desde los barrios obreros y los lugares de trabajo (HL, 108). ¿Cuál es el término de la fuerza generada en este movimiento? Muchos de los que participaron en las acciones "fueron a parar" a las cantinas (HL, 123). Una gran fuerza termina diluyéndose. Quedó en su espontaneismo, sin recibir un encauce, sin ser insertada en un movimiento más global, cuya implementación no existe (HL, 119). Partidos y movimientos quedan ausentes, no así la policía, que interviene con energía y eficacia y, cuando todo está calmado, se dedica a desahogar sus resentimientos y fastidio en los borrachos, a quienes apalea inmisericordemente.

La crítica del texto no está dirigida a mostrar alguna insania inherente a los movimientos y partidos de izquierda. Simplemente se propone señalar que en su actuar no han sido creadores, no han gestado un proyecto y una acción que superen la estructura y modo de funcionar de los organismos que sostienen el sistema, como si no se dieran cuenta que tal sistema es nefasto en todas sus formas, no sólo por su finalidad sino también por sus métodos. Una de sus esencias la leemos en la frase: "El político habla" (OR, 359), y lo hace por su interés y el de aquellos que lo pagan -prolifera las parejas políticos-delinquentes (HL, 47-48, 207)-. El país no le importa. Las alianzas de los partidos de derecha se realizan considerando exclusivamente esos intereses; se llevan a cabo entre quienes están "afines en su apetito". En esas combinaciones salen a relucir nombres ilustres, en un contexto real de odio, traición, "trucos, prestidigitaciones, ardidés, trampas". El discurso explícito es, ciertamente, otro: el interés del país -"Chile está lleno de defensores, pero está peor cada día"- . Su afán por obtener un buen puesto en el reparto, lleva a los políticos a pasar de conservadores a liberales y vice versa. Y "muchacha gente cree en ellos", confiesa con tristeza el texto (OR, 400-402).

cer la crítica teórica al sistema pero son incapaces de participarla a las bases (OR, 84-103). Otro tanto observamos en ciertos sindicalistas que quedan absorbidos por su actividad, impermeables para otras preocupaciones humanas, aquellas que pertenecen a la vida de los sentimientos, a la vida cotidiana, a las inquietudes de un adolescente; su preocupación única pone una barrera con otros seres, impide la comunicación, llegar a una relación amplia (LB, 315-317). Por su parte, la narración nos dice que el amor es elemento esencial y descuidarlo es dejar de lado una parte fundamental del ser humano que también debe ser contemplada en un cambio social: "se necesitarían otros labios...", hemos leído.

En Romilio Llanca, toda su respuesta positiva al qué hacer está situada en las "cosas del sindicato", sin que esto influya en su vida individual ni en su relación problemática con Rosa (PR, 17, 154, 247, 255); la única respuesta de acción que da en su vida personal es de destrucción (PR, 252).

El movimiento sindicalista descrito prefiere batirse por reivindicaciones y no por el cambio del sistema (OR, 56). Esta actitud se presenta como reacción a los artificios de los movimientos y partidos que explícitamente hablan de cambiar la sociedad, pero cuya acción concreta se mantiene en los límites del sistema, en el afán de poder (PR, 47-51).

Los partidos también se instalan en el vicio de la palabra (OR, 10). Sus "discursos revolucionarios" flotan en una sociedad donde todo permanece, nada cambia, en especial la pobreza y el aparato represivo (OR, 32). El texto denomina tal actuar como un "no hacer nada", especificando que por ello entiende:

pedir que el gobierno intervenga, Hacer mítines. Redactar mensajes (OR, 409).

Discursos revolucionarios sin acción revolucionaria. El factor humano para el cambio existe, pero no está unificado. Lo vemos en el motín surgido por el aumento de la tarifa de los tranvías. Quienes participan, constituyen una fuerza que

reconoce una herencia positiva del cristianismo, y a la vez que descubre la relación que los une, les plantea una idéntica crítica: "la industrialización" (OR, 221), que debemos entender como una institucionalización en que se pierde la vitalidad, se entra de alguna manera en relación con el poder, se produce la adaptación al sistema¹.

Al hablar de institucionalización podemos pasar a la crítica que se hace a los partidos políticos de izquierda, cuya acción degenera en la búsqueda del poder. Caen en la trampa del sistema, olvidan que dentro de sí mismo y por sí, éste no va a gestar su transformación. Los partidos pierden de vista que ellos mismos han nacido dentro del sistema, que están inficionados, contaminados por sus valores y modelos. La crítica que se les dirige es rigurosa:

Los partidos populares pierden más tiempo en pelearse entre ellos que en ganárselas a los patrones. Es la lucha por el partido, más que por los ideales que formaron ese partido (PR, 93).

Es anonadante la falta de unidad, el privilegiar una institución partidista, sin tomar en cuenta el conjunto. Sus miembros caen en un fetichismo de la institución.

Hay en la izquierda una división que podemos calificar de espantosa. Un largo párrafo, donde se refiere lo que Aniceto capta de una gran revolución en un país lejano, entre mezcla partidos, discusiones, caos y persecuciones dentro de la izquierda, además del desvío de un partido revolucionario hacia el juego electoral. Mientras todo eso ocurre, Aniceto constata la ininterrumpida mutilación hecha por la vida en una mujer que envejece (OR, 328-329).

Esto último es una forma de destacar el desfase que hay entre la existencia real de los seres humanos y la política. Lo constatamos también en aquellos dirigentes que pueden ha-

1. Es interesante anotar que dos pensadores actuales del anarquismo le señalan una misión de profesía militante, denunciadora y de testimonio, que nunca acabará por implantarse: DIAZ-GARCIA (1976), 74-76.

bras y no con una acción adecuada (OR, 108, 334). A esto se agrega la ingenuidad de una acción que se expresa sólo en "canciones revolucionarias" (SM, 16). Sabemos que la suerte de la sociedad se juega en otro terreno. La preocupación preponderante del sistema no es la palabra sino la implementación de organismos concretos que lo protegen, le aseguran su estabilidad y su expansión. Es en esas circunstancias, después de habernos comunicado las angustias de Aniceto por la persecución que se avecina, donde el texto retoma su inquietud:

-Pido la palabra, compañero.

¿No terminarían nunca de hablar? ¿No llegaría un momento en que pudiesen hacer lo que querían? ¿Qué era necesario? ¿Matar, llorar, disparar revólveres, pedir perdón? Pero ¿qué hablaba él? Era como los otros. Pensaba cosas, imaginaba cosas y de ahí no salía. Se imaginó que un muro muy alto <...> se erguía delante de todos ellos y de otros como ellos, un muro que no se podía penetrar ni subir y ante el cual no hacían más que hablar, gritar, llorar y morir; detrás del muro existía una posibilidad de amor, de justicia, de abundancia, de paz, pero miles de individuos, acompañados de sus sirvientes, estaban en lo alto, y aunque no disfrutaban sino guiñapos de aquella posibilidad, guiñapos que se disputaban con dientes y uñas, impedía que nadie entrara o subiera. Había que buscar y encontrar armas más finas y más poderosas que las palabras y el llanto para subir o penetrar el muro (SM, 230-231).

No obstante las duras críticas, es entre los personajes afines a los ideales anarquistas donde el texto coloca los pocos seres capaces de crear comunidades humanas, de no orientarse por el tener, por los puntos de vista del intercambio de mercancías, de la eficacia ni la utilización de otros hombres. Quienes realizan este triunfo no se orientan por los cánones del sistema sino que privilegian al ser humano. Es tema al cual vuelvo más adelante. Entretanto, terminemos señalando que en estos ideales anarquistas el texto

una enfermedad. Los observó y vio que en determinado momento los tendones del cuello empezaban a realizar movimientos convulsivos que aumentaban la intensidad y ascendían hacia los músculos de la mandíbula, pasando luego a los de la boca; los labios se movían de modo casi imperceptibles, aunque permanecían cerrados; después, empujados por la oculta fuerza, se abrían y el individuo rompía a hablar, incontenible; pedían primero la palabra, claro está; si no se la daban, los labios sufrían una especie de vibración, una vibración de espera. Si se lograba interrumpirles o detenerles, el movimiento hacía el recorrido contrario, hasta desaparecer o hasta renovarse; un motor o algo así, situado en algún inescrutable lugar del cuerpo, un motor que se cargaba con algún material desconocido y que sólo se descargaba al hablar, era lo que los impulsaba (SM, 224-225; cf. 59).

En otra ocasión se dirá de un anarquista que "habló como todos, de los burgueses, de los verdugos del pueblo, las palabras de siempre" (SM, 190), en un contexto que denota que tales palabras ocultan la ausencia de un proyecto. Su vocabulario político está cimentado en clichés (SM, 223). Recordemos un dato del propio texto: la múltiple repetición de una palabra tiene como efecto que ésta pierda "su sentido", dejando en el hombre "una impresión de vacío caliente en la cabeza" (F, 131).

El exceso de palabra es un fenómeno constante dentro del movimiento -pero no exclusivo de él: según veremos, es defecto sobresaliente en los partidos políticos-. Otro ejemplo lo encontramos en la descripción del discurso del carpintero Tránsito Ibarra:

todas sus palabras y frases, palabras y frases que iban y venían, se cruzaban, volvían al punto de partida, se dividían, se separaban y formaban nuevas frases que avanzaban, retrocedían, se enredaban, se desenredaban, sin lograr, con todo eso, decir algo que no supieran los demás (OR, 215-216).

Múltiples veces se les describe en relación con pala-

a reclamar un cambio que cumpla los propósitos de libertad y amor. Ante estos hechos sería comprensible una acción contra los verdugos directos, pero matar a un simple burócrata del sistema, o a alguien cualquiera, por querer "manifestar su desconformidad", es un "absurdo" (SM, 188-190).

La narrativa destaca a los miembros del movimiento que rechazan tales actos individualistas, conscientes que la tarea para realizar un cambio es tan grande y difícil que no puede ser llevada a cabo con golpes voluntaristas, aislados, de un solo hombre; ellos creen "en el grupo, en la masa, en el pueblo; el hombre solo está jodido" (SM, 226; cf. OR, 165-166). Los otros no tienen en cuenta el conjunto y se saltan una larga "lucha" (MV, 79).

Una tercera tergiversación en que caen miembros de este movimiento es el vicio de la palabra. Se detienen en las discusiones teóricas y controversias internas. Por ejemplo, en la ciudad un anarquista ha cometido un asesinato con la intención de robar, otro ha dado muerte a un policía, otro pone bombas. Mientras el sistema reacciona no sólo contra estos individuos sino contra el conjunto y prepara una gran embestida, los miembros del movimiento se encuentran sumidos en una reunión donde sólo parecen satisfacer una pulsión de locuacidad:

En el Centro de Estudios Sociales, los anarquistas, indiferentes a crímenes y bombas, aunque las bombas podía haberlas puesto un compañero, seguían hablando, sin sacar nada en limpio: todo era para el futuro, nada para el presente; las amenazas y las profecías pegaban contra los muros y caían al suelo, inocuas.

-Yo, compañeros, soy individualista. Creo en el Hombre. Hay que levantar y dignificar al Hombre. La sociedad burguesa lo está matando.

-Permitame, compañero.

-Un momento: estoy hablando.

<...>. Carecían de método y de control, no se fijaban tema alguno o el tema era inabarcable y lo mismo podían hablar durante tres horas que durante seis. Aniceto sospechó que algunos padecían de algo como

tificante (SM, 25, 183); están afectados por una falta de contacto con la realidad (SM, 59). Así, en el texto, se cataloga de "loco" al anarquista que pone una bomba en una iglesia (SM, 43). Esto puede tener doble significado. Uno que descubrimos apoyados en elementos extra-narrativos: la religión no es un objetivo primario a atacar para cambiar la sociedad; y otro que encontramos en la misma narrativa: aunque "la iglesia y la burguesía" van unidas en acciones que consolidan el sistema (SM, 35), en cierta religión hay también elementos de cambio que se deciden por el hombre. Más adelante volveré a este último punto.

El anarquista "loco" no distingue los objetivos y tiene una visión maniquea de la realidad. El resultado de su pseudoacción es un desvande obligado y el que "la policía arreó con todos los anarquistas que encontró a mano" (SM, 43). En otra ocasión volvemos a ver que el detonante de una persecución es la acción intempestiva. Esta pone en alerta al aparato que protege el sistema y le da a sus organismos represivos el pretexto que necesitan para actuar. El resultado no es un cambio social positivo ni un levantamiento popular sino una huida general y un refuerzo del sistema (SM, 208-214, 220-221).

El texto no puede aceptar que colocar bombas sin ton ni son sea una forma de "protestar", de "agitar". Esta es una acción individual, como se subraya en el hecho que hay quien las sigue poniendo porque tiene material para fabricarlas. Es un actuar de impotencia, no concertado con otros ni sustentado por un proyecto y objetivos determinados (SM, 182-185).

El texto trata de comprender tal actitud. El anarquismo "es un ideal, algo que uno quisiera que sucediese o existiera, un mundo en que todo fuese de todos", pleno de amor, sin organismos restrictores, donde "el bien y el amor resulten ser el fin de la aspiración humana". Frente a tales propósitos "hay un poderoso mundo real que está en contra", que masacra, mediante ciertos representantes, a quienes se atreven

moldes de los partidos que describe la narrativa. Los seres más comunicativos, aquellos que tienden a hacerse cargo de los otros, apoyándolos sin manipularlos, son los que simpatizan o tienen inclinaciones anarquistas.

No obstante, la narrativa critica fuerte y severamente a este movimiento, pues en una gran mayoría sus miembros se apartan del trabajo concreto de transformar la sociedad y el hombre. Unos lo tergiversan cayendo en el método y objetivo del sistema; otros en la acción espontaneísta; y otros por estancarse en el vicio de la palabra.

Entre los primeros, podemos mencionar a aquellos que tergiversan la "acción directa" y la transforman en un medio para lograr la posesión de bienes y de personas, para ascender individual y privadamente; su objetivo es el ideal del sistema: tener más y más, ya sea en cosas o en experiencias sensoriales, sin consideración por los demás (SM, 20, 40-41). Si bien sueñan con grandes asaltos, caen en la pequeña delincuencia, en el robo a gente de pocos recursos, como el que perpetraron dos de ellos contra una mujer pobre que vende carbón: el dinero que le sacan lo dedican a

una buena comida en una cocinería. Había que pasarlo bien, intentarlo por lo menos, esa era la consigna del país y el que viene atrás que arree, y eso a costa de lo que sea y de quien sea (OR, 71);

lo que queda del dinero es gastado en una casa de prostitución.

Hay en estos hombres una obnubilación por las acciones de violencia (SM, 58). Sobre ese actuar el texto puntualiza: no se trata de "la revolución. Sólo era la violencia interesada, la violencia ambiciosa" (OR, 55; cf. SM, 58-59).

La segunda tergiversación del ideal anarquista la realizan individuos que en su actuar no los guía ningún proyecto, sólo la impulsividad, decisiones temperamentales, realizadas "de repente", donde no cuentan ni "experiencia ni preparación alguna" (OR, 111); en sus acciones directas o en la tendencia a realizarlas no media una causa, un objetivo jus-

estar atentos porque forma parte de cierta naturaleza del hombre una propensión a desviar su pensamiento hacia interpretaciones fantasmales de la realidad (Q, 262, 264; R, 282), que no son adecuadas para enfrentar los problemas sociales y existenciales. De manera similar, la acción pura, sin programa, sin interpretación verdadera del mundo, inspirada sólo en la impulsividad, fracasa.

En el cuento El León y el Hombre los dos seres a que se refiere el título entran en conflicto antagónico por la posesión de un territorio. Aquí la sabiduría natural no puede "especificar y diferenciar" la realidad ni el orden creados por el dominador (P, 253, 256-259); no puede reconocer a otros dominados para actuar en conjunto; desconoce dónde se asienta el poder del dominador; los dones naturales y la destreza física no pueden nada contra las armas y la astucia; la acción impulsiva fracasa ante la acción que está guiada por la inteligencia (P, 251-255, 259-260). Lo definitivo es que gana un poder y que el vencido ve al poderoso como todopoderoso, dotado de una fuerza inefable (P, 260). En la realidad ese poder es concreto, determinable, sostenido por instrumentos de violencia:

la ley del Hombre, afirmada por la carabina y los perros, imperó sin contrapeso desde donde nace el valle hasta donde muere el río, y más allá aún (P, 252).

2. La acción de organizaciones políticas

Me referiré a las organizaciones que no están de acuerdo con el sistema y quieren cambiarlo.

Una de ellas recibe la denominación de anarquismo.

En el texto hay admiración y amor por este movimiento que apunta a crear un hombre nuevo. Es el único que se propone explícitamente tal objetivo y que realiza comunidades donde están excluidas las relaciones mercantiles y en las cuales lo único que cuenta son los seres humanos, con sus expectativas y necesidades. El anarquismo escapa a todos los

11. CRITICA AL TIPO DE ACCION QUE SE INTENTA CONTRA EL SISTEMA

El texto constata un sistema bien estructurado, bien organizado, con aparatos fuertes, incluso armados, que preservan su integridad.

Ante tal aparato, la acción no puede ser impulsiva, individual, sin concreción en la realidad. No puede tener como base las meras capacidades naturales del hombre, sus cualidades directamente instintivas.

1. La acción impulsiva

En el mundo descrito por Manuel Rojas hay quienes actúan movidos preponderantemente por sus instintos. A pesar de la simpatía que despiertan, fracasan ante la estructura social. Poseer otros valores no basta.

El grupo mapuche, en El hombre de los ojos azules, se caracteriza por el hecho que su acción está motivada por valores diferentes a la búsqueda de fortuna. Por ejemplo: la gratitud, la lealtad, el amor; un distanciamiento y recelo frente al objeto -oro- que motiva la acción de los demás hombres. Pero son seres desposeídos de sus medios de subsistencia, que no cuentan en el sistema.

La demasiada inmersión en una vida instintiva, natural, hace tener una interpretación fantasmagórica de la realidad y, hemos visto, esto lleva a atacar fantasmas, sin transformar el mundo (I y Q).

Goldmann resume la importancia de un pensamiento "claro y verdadero" diciendo que él permite "realizar las condiciones de una acción eficaz para transformar la sociedad y el mundo". La acción que implique tal pensamiento es la que pondrá término a la enajenación. La auténtica liberación incluye una "toma de conciencia verdadera", donde el pensamiento verdadero es un elemento esencial¹. A esto hay que

1. GOLDMANN (1959), 17 y 18.

Centrado en el ser humano, el texto no olvida señalar que el sistema es una estructura económica. Aún más, que el sistema no se acaba en sí, en sus relaciones internas de producción: él mantiene determinadas relaciones con un exterior, descritas como exportación de productos agrícolas e importación de manufacturas. Es la constatación que nos llega a través de un vagabundo que busca por el puerto un lugar donde dormir:

se oía el ruido de las grúas de un barco
que descargaba mercaderías o cargaba ce-
reales (HL, 64).

Esto está señalando un contexto económico más amplio que el del propio país. Hay ciertos centros que están más allá de la frontera. Por el conjunto de la narrativa podemos inferir que esos centros son los que aprovechan el intercambio: los barcos traen colonizadores y retornan "a Europa cargados de trigo, de café y de animales" (OR, 109); el cobre se va, los muertos quedan (OR, 187).

Encontramos también una crítica abierta a la desigual distribución de las riquezas, a cómo los hombres que producen no reciben el beneficio de su trabajo, y cómo los beneficiados no invierten lo que reciben en incrementar una producción que debería favorecer a todos. La organización del sistema no se preocupa realmente del bien común. Esta reconcentrada en salvaguardar la propiedad privada. Para un propietario sus medios de producción se pueden convertir en cosas que se depilfarran, sin ningún provecho social, como en el caso de aquel que

se tomó, vaso a vaso, una hacienda que ocupaba casi la mitad de una provincia. Le costó años y tuvo que pedir ayuda a los amigos, pero se la tomó. Las casas, los potreros, los toros finos, los tractores, no eran para él más que botellas, cajones de botellas de gin, de vino, de champaña, de wisky (PR, 42).

La crítica se agudiza cuando el texto señala que quienes gozan la riqueza, no la han creado. La alcurnia de tales hombres es saber aprovecharse.

cer ese orden como el único posible, justo y favorable para todos. El resultado es el hombre enajenado puesto de relieve en páginas anteriores.

Teniendo en cuenta la descripción ya hecha del sistema, puedo anotar algunos otros ejemplos de cómo el texto lo rechaza.

En el cuento El hombre de los ojos azules hemos encontrado un mundo de violencia y muerte, donde los hombres aparecen restringidos porque la orientación de su vida es la búsqueda del oro, el enriquecimiento. Además de la muerte de estos hombres, otros elementos estructurales nos ponen en contacto con una crítica a un sistema que tiene tales bases. Uno de ellos es la descripción del amanecer en la naturaleza, que contrasta con el mundo en que corrientemente están sumergidos esos seres. La naturaleza adquiere un significado especial. El contacto con ella muestra que tanto en la realidad externa al hombre, como en sus propias capacidades, existen los medios para otro modo de vida, uno muy distinto a aquel cuyo norte es el oro, el hacer fortuna. El grupo de Juan llega a una etapa decisiva del derrotero hacia el oro:

Al fin de varios días la cordillera levantó ante ellos su pendiente inicial. Juan respiró: por fin entraban en la soledad.

Era un amanecer claro y brillante. Un viento fresco traía de las montañas el aliento de los bosques: cantos de calandrias colibríes, gritos de chucos y arrullos de torcazas hacían armonioso el viento, ya perfumado. ¡Qué gusto daba vivir así! Todas las fuerzas instintivas despertaban en el hombre; ideas y sentimientos se suavizaban o se exaltaban. La pereza desaparecía: los nervios se distendían bajo la piel como pequeñas viborillas bajo el sol (CH. 75).

Otro de los elementos críticos lo encontramos en el hecho que la narración nos pone en contacto con acciones que terminan en el fracaso. En realidad se trata de lo inútil, infructuoso e ineficaz que es para el hombre consagrar todas sus energías a la búsqueda y posesión de un objeto.

CAPITULO PRIMERO

POSICION CRITICA

1. CRITICA AL SISTEMA

La crítica al sistema se realiza en la descripción que se da de él, como circunstancia que impide el desarrollo del ser humano. El sistema no aparece organizado desde el punto de vista del hombre, en cuanto ser con potencialidades que debe desarrollar más allá de la satisfacción de necesidades fisiológicas.

Sabemos que el hombre no es un ser que se baste a sí mismo. Necesita ampliamente de los otros: su crecimiento depende de un hacer común, en el cual da y recibe, pero no en una retribución equitativa-comercial -doy para que me des- sino en una acción de descubrimiento de las expectativas y necesidades del otro, hasta alcanzar el actuar que construye el nosotros. Pero el sistema no favorece tal relación, más bien la impide al poner como ideal mayor el adueñarse de cosas, lograr la riqueza. Para obtenerlas, el hombre se aísla y trata a los demás como medios. Aquella posesión no es posible para todos, de manera que sólo unos pocos logran adueñarse del poder para asegurar la propiedad de las riquezas e incrementarla con el uso de la fuerza de trabajo de la mayoría. Esta situación se hace posible gracias a cierta organización del sistema. La organización prescinde de los hombres en cuanto seres vivientes y los controla a través de una burocracia y un poder de fuerza representado por la policía y el ejército. Pero el control no se realiza sólo mediante estos aparatos tangibles, observables con relativa facilidad. Existe también un mecanismo más oculto, menos evidente, la ideología del grupo dominante, que hace apare-

formar el sistema y no lo hacen, sea por falta de un proyecto, sea porque persiguen sólo el poder o únicamente el interés de quienes son descritos como dueños de los medios que otorgan la riqueza y el dominio del sistema.

La esperanza del texto no nos es transmitida en un discurso abstracto, meramente intelectual sino mediante la descripción de una serie de hechos que vienen a mostrar que el sistema no es todopoderoso. Por ejemplo, hay una cantidad de seres -en número suficiente como para no constituir una excepción aislada sino una tendencia amplia, con ciertas posibilidades de ser realizada- que no se entregan. Son rebeldes, vagabundos, entre ellos personas cuya existencia es increíble; además, pequeños grupos que logran vivir fuera de las leyes del mercado, compartiendo el trabajo, la comida, el alojamiento, las penurias y las expectativas.

Forma parte de esta esperanza la presencia continua de otra posibilidad en la mayoría de las situaciones que se describen.

Finalmente tenemos que aquella esperanza no es una testarudez del autor que quiera ser optimista a pesar de todo. La esperanza tiene una base concreta: la realidad descrita es dialéctica. Esto permite plantear la posibilidad de un cambio total.

El objetivo de ese cambio debe ser el ser humano, no como individualidad aislada sino como un individuo que forma parte de una comunidad. El texto apuesta por ella.

de la conciencia nos capacita para satisfacer creadora y proyectivamente las necesidades fundamentales. Quienes no estamos determinados por los instintos siempre podemos intervenir.

Si dentro del mundo narrativo de Mares libres los que no tienen conciencia pudieron impedir un vuelco en contra, ¿qué más podrán hacer los que tienen conciencia? El mismo texto ya nos ha dado la respuesta: "arreglarlo todo", "terminar con el crimen y el robo", alcanzar la felicidad (X, 348).

La ironía está en que esto no ocurre. El mundo de quienes tienen conciencia es semejante al de aquellos seres prisioneros de los instintos, a cuyo designio fatal están sometidos. Estos, a fuerza de discursos, pudieron sólo mantener la situación pero no cambiarla. Sus discursos sólo interpretaron la realidad, mientras que el ideal a que apunta la narrativa es desarrollar una conciencia relacionada con una acción que transforme la realidad.

El conjunto de la narrativa nos muestra que esto no tiene lugar. En Un espíritu inquieto hemos constatado cómo el ser humano no desarrolla la capacidad supra-instintiva que hay en sus cinco sentidos, sino que mediante ellos se rebaja: sólo los usa para manipular el mundo, parcializar a los demás seres, decir palabras vacías, que no llevan al diálogo ni a una relación transformadora de la realidad. El hombre utiliza sus capacidades para el consumo, la "saciedad", y no para desplegar sus potencialidades.

La capacidad extraordinaria de la palabra queda frustrada, al servicio de acaparar el poder y de todo aquello que circunscribe a la mercancía. La narrativa crítica esta palabra.

Esa crítica reviste una serie de concreciones, por ejemplo la reprobación al intelectual ajeno a la realidad o que se limita a entregar un retrato de ella: su grado más severo lo alcanza al enjuiciar determinadas organizaciones políticas que deberían encarnar cierta palabra para trans-

CUARTA PARTE

ACTITUD DEL NARRADOR ANTE EL PROBLEMA DE LA MUTILACION DEL SER HUMANO

INTRODUCCION

El narrador no es un cronista imparcial que se proponga simplemente describir. Pone de relieve una situación para contestarla. El está interesado en destacar que en cada mutilado hay un ser humano y que esa humanidad permanece.

Su posición podemos sistematizarla en tres perspectivas complementarias: una crítica, una esperanza y una apuesta.

La perspectiva crítica ya la hemos visto con cierta detención en páginas anteriores, cuando anotamos que la causa de la mutilación se encuentra en la manera específica en que se organiza la sociedad. Debemos agregar las críticas a ciertas acciones que se intentan contra el sistema, pero que, estando viciadas, no pueden cambiarlo. En todos los casos, la reprobación del texto incluye el camino de solución.

En Mares libres encontramos la ironía que golpea al ser humano: tiene una enorme capacidad para manejar la realidad, pero de hecho, nos dice otra narración, la ocupa en cosas que le resultan ajenas (C, 60). Hemos leído:

Lo importante sería terminar con el crimen y el robo, pero esto es imposible: no tenemos conciencia, como la tienen los hombres, y eso nos impide hacerlo (X, 348).

Esa afirmación nos está indicando una posibilidad: la sociedad, al contrario de lo que ocurre con el mundo natural, es nuestra propia creación. Está en nuestras manos y siempre tenemos el poder de la salvación. La característica

la perspectiva para organizar la sociedad no serán los objetos, la mercancía, la ganancia, sino la expansión del ser humano. Este ya no se apropiará de las cosas sino "de la esencia humana"¹.

1. MARX (1972), 87.

mena, un montón de moscas que uiulaba, runruneaba, jadeaba, un montón compacto, uniforme, sin claros y reposo", y se agrega que tiene "la densidad del mineral"; en esa muchedumbre no se ven seres individuales sino parcialidades entremezcladas de cosas (V, 335 y 336).

Prospectiva

La base económica de la organización social es decisiva en la mutilación del ser humano. Es trabajando sobre ella como se superará el estado de deshumanización y podrá comenzarse a construir la humanidad. El fetiche será vencido "cuando las circunstancias de la vida práctica, cotidiana, representen para los hombres, día a día, relaciones diáfanas y racionales, entre sí y de ellos con la naturaleza. La figura del proceso social de vida, del proceso material de producción, sólo perderá su místico velo neblinoso cuando, como producto de hombres libremente asociados, éstos la hayan sometido a su control planificado y consciente. Para esto se requiere una base material de la sociedad, una serie de condiciones materiales de existencia que son, por su parte, el producto natural de una prolongada y penosa historia evolutiva"¹.

Colocándome en la perspectiva de una tendencia que subyace en la narrativa de Manuel Rojas, como veré en capítulos siguientes, puedo decir que cuando se llegue a ese estadio vislumbreado por Marx, cesará la época de la barbarie, la prehistoria; los hombres lograrán relacionarse sin enfrentarse como cosas. Entonces comenzará la verdadera historia del desarrollo de la humanidad. Las preocupaciones y conquistas alcanzarán otros niveles que los de la lucha por prevalecer en el mercado o de la desesperación por sobrevivir, pues se estará construyendo una formación social donde el hombre domine el proceso de producción. Desde ese momento

1. MARX (1978), volumen I, 97.

-Todavía queda tiempo.
Y bajó al río a buscar más oro (CH, 84);

- se convierte en algo extraño al hombre, como se ve en la descripción de la huida de Joe, provocada por el invierno cordillerano. Primero abandona dos caballos cargados de mineral y luego el cinturón repleto de oro. Al relatar este segundo hecho, la palabra oro ya no aparece:

Siguió andando; ya no podía más. Sintió un gran peso en los riñones: ¿qué era aquello tan pesado? Se palpó la cintura: era el cinturón. Lo desabrochó y lo dejó caer al suelo.

- "Let's go" (CH, 85).

La orientación fundamental del carácter de los hombres que están preponderantemente orientados por el oro, es la de coger los bienes que existen en el mundo, sin que medie un trabajo creador. Se expresa en forma sintética en unas palabras de Joe:

-Para el hombre decidido, todo el mundo es un lavadero (CH, 64).

En ese "lavadero" él incluye a los otros seres humanos (CH, 63).

Las relaciones de los hombres entre sí y de todos ellos con la naturaleza, quedan determinadas por un código cuya cláusula básica es la ganancia (CH, 63).

En el grupo donde estas características se dan con mayor fuerza, con mayor acento, las relaciones que se establecen son de distanciamiento: están marcadas por el interés individual, el mando centrado en uno de sus miembros; ellos siempre permanecen diferenciados en sus nacionalidades; hacia el exterior, la actitud es de hostilidad y tendencia al desposeimiento; tiene una imposibilidad de compartir con otro grupo.

Otro detalle de la negatividad del oro lo encontramos en el cuento Oro en el sur. Aquí, la multitud que se afana en conseguirlo es especificada como "un hormiguero, una col-

ordenamiento de la vida de los hombres:

Fue buscado con ahínco, con fiebre, hasta que apareció. A la primera pepita siguieron muchas otras más, y, como sucede siempre, la leyenda levantó su vuelo y la visión de una nueva California hizo volver la cabeza a más de un aventurero del norte. Un día el vapor "Santa Rita" depositó en Punta Arenas a un grupo de mineros americanos que se internaron en los lavaderos. Entretanto, los pueblitos prosperaban. Se veía dinero. Al empezar el invierno, volvían los mineros. En sus cinturones, y en pequeñas botellas, las pepitas de oro pesaban gloriosamente. El apreciado metal hizo abrir hoteles, tiendas y cantinas y se concierren las peleas a balazos o a puñaladas, en la calle o en el salón de una casa de juego, por la posesión de un lavadero o de una mujer (CH, 62; cf. 70);

- cuando el oro está de por medio, las relaciones son antagónicas y de violencia;
- concentra a su alrededor las relaciones entre los hombres: el diálogo más largo que contiene el texto es en torno a los preparativos para ir a buscar oro (CH, 70-75);
- la tendencia hacia él descompone la posibilidad de una comunidad humana. Signos de esa comunidad se describen en el grupo de Juan, donde el oro no está de por medio como fin primario o único (CH, 65 y 66-67). Pero estos elementos corresponden sólo a un germen que no prospera, que no se desarrolla. Las fuerzas que el oro aglutina a su alrededor son más poderosas y todos estos hombres morirán;
- la violencia y muerte que desencadena ocurren como un suceder natural y lógico de fatalidades (CH, 83);
- su posesión nunca satisface, nunca basta, nunca es suficiente y, como atractivo único, enceguece. Joe se apodera del oro reunido por los muertos:

Hizo el balance del oro recogido por todos; era una pequeña fortuna, y con ello habría bastado por el momento, pero era ambicioso. Miró el cielo: era un día de sol, tibio, casi estival. Y dijo:

chando a Marihuán se había enterado del secreto, los sigue a través de las montañas. Cuando el oro es descubierto, Joe dispara a traición. De la matanza sólo se salva Marihuán, quien mata a los compañeros de Joe.

El texto no es claro para decirnos si Marihuán es muerto por un disparo del norteamericano o si por sí mismo se arroja al río, apesadumbrado por la muerte de sus amigos, de la cual se siente culpable.

A Joe, por su parte, cargado con oro, se le hace difícil abrirse paso en las montañas, donde ya comienza el mal tiempo. Aunque finalmente se desprende del oro, no logra escapar al rigor del invierno cordillerano, y muere en medio de la nieve.

El oro es uno de los elementos importantes que componen este cuento. En el conjunto de la narración, motiva el principal actuar descrito. Presenta las siguientes características:

- es un medio para realizar el mayor valor pretendido: hacer fortuna (CH, 63, 69, 84);
- reúne, aunque sin unirlos, a hombres procedentes de diferentes latitudes. Así lo describe el primer párrafo:

Quando Pedro el Francés, minero, mostró a los demás cateadores la primera pepita de oro hallada en su escondido lavadero, la noticia del hallazgo corrió como un estremecimiento por los pueblos del extremo austral de América del Sur. Todos los buscadores de oro, desde el austriaco, fornido y rubio, hasta el sudamericano, chileno o argentino, bajo y moreno, abandonaron sus cateos del centro de Argentina y Chile, metieron las herramientas en sus bolsas y un día en Río Gallegos, Deseado, Ushuaia, Punta Arenas y otros pueblos situados sobre el Estrecho de Magallanes o cercanos a él, desembarcaron hombres extraños, de sombreros anchos, de espaldas más anchas aún, que hablaban lenguas distintas al preguntar la misma cosa:

-¿Dónde hay oro? (CH. 62; cf. 63).

- focaliza el actuar de la mayoría de los hombres y aparece dotado de cierta personalización, de cierto poder sobre el

"equivalente universal"¹, es decir, el dinero, el dios entre las mercancías, que "no supone absolutamente ningún vínculo individual con su poseedor". Esta cosa adopta tal carácter, que puede conferirle a su poseedor "el dominio absoluto sobre la sociedad, sobre todo el mundo de los goces, de los trabajos, etc.". Así, "el dinero no es sólo un objeto, sino el objeto de la sed de enriquecimiento". La voracidad por enriquecerse, forma diferente del deseo de una riqueza particular, se hace posible sólo "cuando la riqueza universal, la riqueza como tal, es individualizada en un objeto particular <como lo es el dinero>. El dinero, por lo tanto, no es solamente el objeto, sino al mismo tiempo la fuente de la sed de enriquecimiento. La sed de tener es posible también sin dinero. En cambio, la sed de enriquecimiento es el producto de un determinado desarrollo social, no es algo natural sino histórico"².

El cuento El hombre de los ojos azules elabora la problemática de lo que ocurre en el ser humano cuando su energía queda acaparada por aquel objeto de avaricia. Este objeto lo domina, impide realizar la comunidad, es causa de que todos perezcan.

El cuento está escrito en tercera persona. Su tema inmediato es la descripción de la vida y peripecias de contrabandistas y buscadores de oro. Se centra especialmente en dos grupos. Uno formado por Kanaka Joe, norteamericano, Pedro el Francés, y algunos más; y otro compuesto por Juan el Puelche, chileno, Marihuán, mapuche, y Matías, argentino.

Gracias a la revelación de un anciano de su tribu, Marihuán conoce un lugar en la cordillera donde existe oro y allí guía a sus compañeros. El grupo de Joe, que emborra-

1. MARX (1976), volumen I, 150-151; cf. 67.

2. Ibid., 156-157. Marx insiste en el "carácter misterioso del oro que, además de sus propiedades naturales, de su color brillante, su peso específico, su inoxidabilidad expuesto al aire, etc., parece poseer también por naturaleza la forma de equivalente, o sea la calidad social de ser directamente intercambiable por todas las demás mercancías": MARX (1978), volumen III, 1031.

"especialistas en la administración de cosas y de hombres", se orientan y actúan con un alto grado de abstracción. Las personas a quienes administran son objetos que "miran sin amor y sin odio, de un modo totalmente impersonal"; el burócrata no puede sentir: "debe manipular a las personas como cifras o cosas"¹.

La narrativa de Manuel Rojas es explícita para señalar la cosificación de una multitud de seres en un contexto que que va más allá del trabajo. El conjunto del sistema, donde quiera se concrete su organización, los trata como entes abstractos. Por ejemplo, en un hospital:

Las mujeres seguirán viniendo aquí a tener sus hijos o a que les hagan lo que necesiten, serán la primera, la tercera o la quinta de algún día (Z, 363):

respecto a la organización jurídico-policial, el narrador reflexiona a partir de la soledad y abandono en que quedó sumido la primera vez que, siendo niño, fue llevado a un lugar de detención. Allí, a él y a su madre, los trataron

no como realidades; un policía era un policía y un detenido era un detenido, es decir substantivos o adjetivos (HL, 32).

j. Enajenación y "sed de dinero". El cuento El hombre de los ojos azules

Ya hemos visto cómo el dinero interviene en el proceso de abstracción y cuantificación. Sólo quiero agregar ciertas especificaciones donde Marx muestra cómo una realidad fantasmal, ficticia, convencional, inventada por el hombre, se apodera de él y lo domina.

Marx denomina "mistificación" al proceso en el cual los individuos entran en relación como poseedores de mercancías, donde la única existencia que alcanzan a reconocerse "es la existencia de sus mercancías". Esta mistificación se vuelve impenetrable cuando alcanza el nivel de lo que él llama

1. FROMM (1958), 109-110.

trabajo, se limita a consumirla como una mercancía que le pertenece en plenitud¹. La relación social queda convertida en un "choque de individuos recíprocamente indiferentes"; en vez de la comunión de personas que debería realizar el trabajo, lo que se produce es una "relación social entre cosas"². La relación a nivel humano es nula. A quienes intercambian mercancías, lo que más les interesa "es saber cuánto producto ajeno obtendrán por el producto propio"³; en la sociedad donde "la forma de mercancía es la forma general que adopta el producto del trabajo", la relación social dominante es la que se da entre los hombres "como poseedores de mercancías"⁴. Fromm ilustra esa situación diciendo: "Todo el mundo busca clientes"⁵.

El texto de Manuel Rojas describe una notable diferencia entre los trabajadores y aquellos que aprovechan el producto realizado por su fuerza de trabajo. Estos últimos tienen los poderes de decisión y del dinero: no se desgastan a sí mismos en el trabajo, como el cuidado "señor administrador" de Poco sueldo y la "gente bien" de Punta de rieles; se caracterizan también por el acceso a un consumo extenso y desmedido, en la mayoría de los casos refinado y siempre circunscrito al tener: importan incluso "queridas" de Europa y sus mujeres van a ese continente para únicamente decir "de ça, de ça, de ça" (OR, 12. El obrero, por el contrario, saca "montañas de salitre" y sólo se queda con "sudor", defectos corporales, incertidumbre por el futuro, cesantía, hambre:

es su parte en los negocios del salitre
(OR, 9-16).

i. Enajenación y burocracia

El fenómeno de la burocratización es uno de los más representativos de una sociedad enajenada. Se le encuentra en todo nivel administrativo y de organización. Los burócratas,

1. Cf. MARX (1978), volumen I, 224-225.

2. MARX (1976), volumen I, 84-85. Cf. (1978), volumen I, 89; III, 1016.

3. MARX (1978), volumen I, 91.

4. Ibid., volumen III, 1029.

5. FROMM (1958), 77.

social e independiente; en el proceso del trabajo, al transformar la naturaleza, el hombre se transforma a sí mismo, junto con dominar las fuerzas naturales, desarrolla sus capacidades de cooperación, de razón y el sentido de la belleza. El trabajo lo ayuda a desarrollar su individualidad, a ampliar su poder creador¹.

Pero la narrativa nos comunica otra realidad; el hombre, especialmente el obrero, es sólo una pieza más en la gran organización de la producción y las relaciones que ella genera están cosificadas. No se trabaja por realizar una actividad creativa, que procure satisfacción, que dé posibilidades para desarrollar las potencialidades del hombre, que satisfaga positivamente sus necesidades de relación y trascendencia e incluso de identidad. Para quien posee capital, el trabajo que compra a otros y su propio trabajo, son medios para alcanzar el fin de la riqueza y el éxito; para el obrero, quien debe vender su energía física, no es más que un constreñimiento para poder sobrevivir con los suyos, una obligación que lo carcome. Gasta sus mejores energías en sus horas de trabajo, en producir algo que le es ajeno. Su función es pequeña y aislada, dentro de un proceso cuyos aspectos materiales, económicos y sociales le son extraños; en la realización concreta del trabajo, él sirve a las máquinas².

La fuerza de trabajo del obrero es mera mercancía que se le vuelve ajena y cuyo producto, en particular la plusvalía, no le pertenece; ni siquiera su consumo personal le es propio sino medio para reponer su fuerza de trabajo, producir "riqueza ajena", valorizar el capital³. Su individualidad queda disuelta, el trabajador no es dueño de sí.

En el mercado de trabajo el obrero, con su mercancía fuerza de trabajo, no se enfrenta en igualdad de condiciones al capitalista que posee los medios de producción. Siempre resulta sojuzgado, dependiente⁴. Quien adquiere su fuerza de

1. Cf. FROMM (1958), 151.

2. Cf. *ibid.*, 153.

3. Cf. MARX (1978), volumen I, 292 y 319; II, 703-705; IV, 172; V, 543.

4. Cf. MARX (1973), 103-107.

cie, puede ser útil para predecir el camino que tomarán ciertas fuerzas, ciertos acontecimientos de los cuales depende la sobrevivencia física. Quien es sólo un "receptor pasivo de impresiones, ideas y opiniones" podrá compararlas y manipularlas, pero no penetrarlas. Este fenómeno incide en la "falta de sentido de la realidad".

También es "destructor de la razón" un factor relacionado con el trabajo y con la enorme dimensión que ha alcanzado el sistema que rige la sociedad: como nadie realiza la totalidad de una tarea y la magnitud de las organizaciones son muy bastas, nada puede ser aprehendido en su totalidad, como tampoco ser observadas las leyes que subyacen en los fenómenos. Estos hechos tienen un efecto negativo para la razón, que "sólo puede desarrollarse si está engranada con el todo, si trata con entidades observables y manejables". El conjunto adquiere tal proporción que se pierde el sentido de lo concreto e igualmente se desemboca, por esta vía, en la pérdida del sentido de la realidad.

Las consecuencias negativas para el desarrollo del hombre se sintetizan en que deja de haber en él un pensamiento creador que penetre hasta la esencia de los hechos observados, que vaya más allá de los datos recibidos; el hombre se instala en la realidad que le imponen. La conciencia no puede desenvolverse y progresar si el principio de la vida es la conformidad, si el individuo está convertido en un autómatas que se rige por entidades ajenas. "La conciencia es, por su misma naturaleza, disconforme, debe poder decir no, cuando todos los demás dicen sí <...>. La conciencia sólo existe cuando el hombre se siente a sí mismo como hombre, no como una mercancía"¹.

h. Enajenación y trabajo

En el hombre el trabajo no es sólo una necesidad inevitable para poder mantener su organismo biológico sino una actividad que lo libera de la naturaleza, lo crea como ser

1. FROMM (1958), 144-147; cf. (1982), 11-19.

mismo; la manipulación se realiza mediante sugerencias. El hombre se ve obligado a adaptarse, a no ser diferente, no resaltar sobre la masa. El "anhelo de buena aceptación" se torna un sentimiento característico de la persona enajenada. Se agradece la aceptación porque se duda de ser aceptable, porque en la concreción de la existencia no se es uno mismo. El corolario de la autoridad anónima es "la ausencia de individualidad". La persona enajenada encuentra que es imposible la vida de la individualidad, pues para ella equivale a la soledad y al vacío.

Característica fundamental en la conformidad enajenada es la adaptación a ser como todos los demás. Así asistimos a un "proceso de nivelación de los gustos y las ideas". Adaptarse resulta virtud y ser diferente se convierte en vicio. En esta homogeneización no hay lugar para la intimidad. El hombre renuncia a sí, se convierte en una parte del rebaño, semejante a todas las otras partes. La pregunta esencial ya no es "¿por qué?" sino "¿funciona bien?"¹.

g. Enajenación y pérdida del sentido de realidad

Para comprender este hecho, Fromm parte diferenciando la razón de la inteligencia. Esta última es "la habilidad para manipular conceptos con objeto de conseguir algún fin práctico". La inteligencia toma las cosas como son y hace combinaciones para facilitar su manipulación. Está al servicio de la supervivencia biológica.

La razón, por su parte, busca comprender, descubrir lo que está más allá de la superficie de la realidad. Aunque también cumple un papel respecto a la existencia física, su objetivo principal apunta a penetrar el mundo y la vida y a guiar al hombre en el desarrollo de sus características específicas de ser humano.

En la vida social e individual, esa capacidad de la razón para aprehender las cosas e ir más allá de su superfi-

1. FROMM (1958), 131-138; cf. (1968).

mayoría de seres no tienen acceso al goce estético y que cierta religiosidad, cuando se hace presente, no toca la problematicidad de sus existencias. No obstante, hay un anhelo de dramatización que persiste, según vemos en la actitud de Cristián cuando se apresta a escuchar el relato de Aniceto relativo al por qué fue encarcelado, y en la posición activa del auditorio que en el cuento Pedro el pequene-ro rechaza los relatos de "reyes y princesas" y acepta atento una versión criolla de la pasión de Jesús, donde un hombre, de "cara trágica, <...> roja de excitación, con los ojos manchados de sangre", esclavo de un vicio, a través de sus tormentos internos, logra encontrar, junto al crucificado muerto, la "tranquilidad" y una promesa, una esperanza en camino de nacer, que ya comienza (K, 173 y 184).

f. Enajenación y autoridad

En una sociedad enajenada la autoridad manifiesta va desapareciendo y deja lugar a una autoridad "anónima, invisible", como aquellas que encontramos en El delincuente y El hombre de la rosa. No hay nadie que imparta órdenes explícitas, pero todos se someten a algo que se concretiza en el "sentido común", la "opinión pública", la "ganancia", las "necesidades económicas", el "mercado", las decisiones de los expertos; actos, pensamientos y sentimientos dictados por esa autoridad ajena se creen propios.

Para preservar una sociedad como la engendrada por el capitalismo, la existencia de una autoridad anónima cumple una función importantísima por cuanto sus leyes invisibles se vuelven inviolables. Tal autoridad hace que se esfumen los conflictos pues prácticamente no hay nadie contra quien rebelarse. Ante la autoridad manifiesta es posible la rebelión, y aunque el hombre fracase, no pierde su identidad: él es el vencido. Pero el gobierno de la autoridad anónima hace perder el sentido de identidad pues el hombre se convierte en una parte de aquello.

El mecanismo con que actúa esta autoridad es el confor-

"como persona que tiene la aprobación de los demás, triunfante, útil, en suma, como una mercancía vendible que es él porque los demás lo consideran una entidad no única sino ajustada a uno de los tipos o modelos corrientes"¹.

e. Enajenación y rutina de la existencia

Para apreciar plenamente la naturaleza de la enajenación se debe tener en cuenta un aspecto específico de la vida moderna: el sistema en que está organizada obliga al ser humano a hacer sus acciones en forma de rutina. Este hecho contribuye a reprimir en él la percepción de los problemas básicos de su existencia. El hombre, para ganarse el sustento, debe realizar ciertas tareas que absorben gran parte de su tiempo y de su energía, y debe hacerlo ejecutando actos que repite sin variación alguna. Tales actos pueden ser necesarios, pero el problema surge cuando se convierten en la única experiencia, en la única actividad del hombre, que, además, lo pone en contacto con un mundo artificial. Absorto por la rutina, sólo ve la apariencia del mundo, pierde la "percepción real" de éste y de sí mismo. Ya no puede experimentar "la exaltación del amor y de la solidaridad, como tampoco el hecho de su soledad y del carácter fragmentario de su existencia"².

Fromm señala que mediante el arte el hombre busca trascender la función utilitaria de las cosas. En un sentido semejante, el ritual, tomado en su sentido amplio, permite trascender la superficie rutinaria de la vida y aprehender sus problemas esenciales. En el ritual el hombre no es expectador sino participante activo que alcanza las raíces de su existencia, entra en contacto con la realidad y adquiere un vigor nuevo. Pero de la dramatización y toma de conciencia que incluye el ritual, no queda casi nada en la cultura moderna. En el mundo descrito por Manuel Rojas hemos visto cómo las fiestas son actos de embotamiento, que una gran

1. FROMM (1958), 122-123.

2. Ibid., 123-125.

d. Enajenación y relación del hombre consigo mismo

Esta enajenación se encuentra en la pasiones irracionales que acaparan toda la energía y potencialidades del hombre, como el afán de poder y de enriquecimiento¹. También se da en una orientación del carácter que Fromm denomina no creadora mercantil. En la base de dicha orientación está el hecho que el hombre no se siente como un agente activo, portador de las potencias humanas, sino "como cosa para ser empleada con éxito en el mercado". La finalidad que dirige sus actos es precisamente "venderse con buen éxito"; el sentimiento de identidad que puede tener "no nace de una actividad como individuo viviente y pensante, sino de su papel socioeconómico". Cuando se le pregunta quién es él, responde con la actividad económica o el papel social que cumple. Dice ser: fabricante, empleado, obrero, determinado profesional, hombre casado, abstracciones donde no se considera "como un hombre con amor, miedo, convicciones, dudas". Las cualidades humanas -por ejemplo amistad, amor, bondad- se transforman en "activos de la personalidad", transables a determinado precio en el mercado de personalidades. "Si el individuo fracasa en hacer una inversión favorable de sí mismo, cree que él es un fracaso; si lo logra, él es un éxito". El sentido de su propio valor depende así de factores extraños a la propia persona: las fluctuaciones del mercado. Lo que sucede con cualquier mercancía. Este hombre pierde casi totalmente el sentimiento de identidad, de sí mismo como identidad única, irrepetible, ese sentimiento que nace del sentirse uno "como sujeto de su experiencia, de su pensamiento, de sus decisiones, de sus juicios, de sus actos <...>. Las cosas no tienen mismidad, y los hombres que se convierten en cosas pueden no tenerla".

La pérdida del sentimiento de identidad conduce a la locura. En nuestra sociedad el hombre se salva "adquiriendo un sentimiento secundario de sí mismo", gracias a que se ve

1. Cf. FROMM (1958), 107-108.

El otro aspecto de la enajenación de las fuerzas sociales lo encontramos en la relación con el gobierno, particularmente en el modo en que se ejerce la democracia. El problema de fondo es que la gente no puede expresar su voluntad porque "no tiene voluntad ni convicciones propias"; cada individuo se ha convertido en un autómatas "cuyos gustos, opiniones y preferencias son manipulados por las grandes maquinarias condicionantes". El hecho que las decisiones del país estén dirigidas por fuerzas que caen fuera de su control y de su conocimiento, produce en el individuo una sensación de impotencia en materias políticas y una reducción creciente en su intelección de ese dominio. Cuando no se puede "obrar efectivamente", tampoco se puede "pensar creativamente"¹. Las guerras y las crisis económicas llegan a parecer "catástrofes naturales y no lo que realmente son: cosas hechas por el hombre"².

c. Enajenación y relación entre los seres humanos

La relación que se da es entre abstracciones: patrón-obrero, vendedor-cliente. Incluso el amor y las relaciones sexuales asumen ese carácter. Los vínculos humanos se desvanecen. La sociedad queda constituida por átomos, "pequeñas partículas extrañas la una a la otra, a las que mantienen juntas intereses egoístas, la necesidad de usarse mutuamente". Las relaciones más directas están marcadas por el principio de "cada uno para sí". El individuo se orienta por su interés exclusivo y no por la solidaridad o el amor hacia el otro. Estos sentimientos pueden manifestarse a través de iniciativas aisladas, en actos de filantropía o de bondad, pero no forman parte de la estructura básica de las relaciones sociales³.

1. FROMM (1958), 156-158.

2. Ibid., 118.

3. Ibid., 119-121.

esa pasividad la que se considera para programar la diversión. Esta en sí no es tomada en cuenta. Lo que interesa es que se acepte como consumible, no importa que sea "cualquier cosa" (J, 163).

Los hechos anteriores se relacionan con otro aspecto específico del carácter social enajenado, cual es su sometimiento al "principio de la no-frustración": "todo deseo debe ser satisfecho inmediatamente, ninguno debe frustrarse". Este principio también se ha extendido al deseo sexual, en una racionalización tosca del freudismo. La "instantánea realización de los deseos" se confunde con la felicidad. Pero en verdad, la orientación absoluta por los deseos conduce a "la parálisis y, finalmente, a la destrucción de la individualidad". El hombre queda reducido a "un sistema de deseos y de satisfacciones"; se considera que esa satisfacción debe ser la única ocupación de su vida, la que le procurará la felicidad y el desasimiento de los conflictos. El mundo se transforma en "un gran pecho" y el ser humano en un eterno lactante, lleno de esperanzas y siempre desilusionado. El hombre se orienta, en estos casos, por el modo receptivo¹.

b. Enajenación y fuerzas sociales

Dichas fuerzas están representadas por las leyes del mercado y por el gobierno, realidades sobre las cuales el individuo no tiene poder.

En la estructura del modo capitalista de producción existen leyes económicas implícitas, anónimas, sobre las cuales no cabe intervenir. Por ejemplo, siguiendo esas leyes se supone que la competencia de cada individuo en el mercado tiene como resultado el bien común y el orden social. Hay también leyes más explícitas, pero, de modo semejante, actúan a espaldas del individuo, están fuera del alcance de su voluntad y de su influencia. A él sólo le incumbe conformar sus acciones a esas leyes².

1. Cf. FROMM (1958), 140-142.

2. Ibid., 118-119.

En ella anota cómo el "deseo de tener" se extiende incluso a las relaciones interpersonales.

El consumo incentivado por la propaganda Fromm lo define como un acto destinado a "satisfacer fantasías artificialmente estimuladas, una creación de la fantasía ajena a nuestro ser real y concreto", cuando el consumo debería ser "una experiencia significativa, creadora", relacionada con un esfuerzo cualitativo; la adquisición de los enseres indispensables no debería depender del dinero que se posee sino "de la premisa de estar vivo", y el acceso a los bienes culturales, del propio esfuerzo para entenderlos y de la capacidad para utilizarlos¹.

El consumo enajenado provoca una perenne insatisfacción, un ansia creciente de consumir. El sistema crea nuevas necesidades² y nuevos placeres que refuerzan el sometimiento y la dependencia de entidades extrañas. No sin razón decía Marx: "con una multitud de mercancías crece el campo de las cosas ajenas que esclavizan al hombre", y agregaba: "la producción de demasiadas cosas útiles produce demasiada población inútil"³.

La actitud enajenada de consumo determina también el empleo del tiempo libre. La forma en que el hombre puede disponer de ese tiempo está determinada por la industria; se concretiza en una actividad incapaz de producir un efecto creador. Aquí no le acontece nada positivo al hombre, no hay transformación de su persona, no hay crecimiento en su ser⁴.

En el cuento La aventura de Mr. Jaiva constatamos que existe una organización que programa actividades de diversión con el punto de mira que sean consumidas: en el mundo descrito el objetivo de la propaganda es incitar a ese consumo, sin considerar la veracidad del contenido que se anuncia. Quien va a consumir sólo tiene un papel pasivo, y es

1. FROMM (1958), 114-115.

2. Ibid., 116.

3. MARX (1977a), 160-161. Cf. (1976), volumen I, 14, 230, 361.

4. Cf. FROMM (1958), 117-118.

redescubre esa riqueza no como algo suyo sino ajeno. Con aquello, la única relación posible es la sumisión. El hombre no siente al ídolo en su verdadera dimensión y deja de experimentarse a sí mismo en su propia y plena realidad, con sus múltiples posibilidades creadoras.

La enajenación impregna la totalidad de las relaciones del hombre, sea en la forma de consumir, de encarar las fuerzas sociales, de concebir a los demás y a sí mismo, de enfrentar la existencia, las autoridades y la realidad, en la manera de efectuar el trabajo y crear la organización por la burocracia, en fin, la enajenación sobresale en la orientación de la vida cuando el dinero se instala como valor decisivo y soberano. Cada uno de estos elementos es útil para desarrollar ciertas concreciones de la enajenación. Es lo que hago a continuación

a. Enajenación y consumo

Las cosas se adquieren con dinero, lo cual, observa Fromm, es una forma "sumamente peculiar de adquirir cosas". El dinero representa trabajo y esfuerzo en forma abstracta, es decir, no necesariamente el trabajo y esfuerzo del adquiridor, pues éste puede provenirle por herencia, fraude, suerte u otras vías. Pero aun cuando sea fruto de un esfuerzo propio, al gastarlo "se transforma en una forma abstracta de trabajo y puede cambiarse por cualquier otra cosa. Si tengo dinero, no es necesario ningún esfuerzo o interés de mi parte para adquirir algo". La manera en que se adquieren cosas es independiente de como se las usa. Incluso se llega a un estado en que éstas se compran por tenerlas, sin que haya "ni siquiera una simulación de uso". El placer de la "posesión" ha reemplazado al "placer de uso". Cuando hay uso, éste se limita a satisfacer el deseo de notoriedad¹.

Fromm ha dedicado toda una obra a analizar lo que él llama modo ser de existencia, que contrapone al modo ser².

1. FROMM (1958), 113-114.

2. FROMM (1978).

2. La enajenación propiamente tal

Fromm define la enajenación como "un modo de experiencia en que la persona se siente a sí misma como un extraño, pues en cierto sentido está desconectada de sí. Ya no tiene conciencia de ser el centro de su mundo personal y de crear sus propios actos. Las acciones que realiza y sus resultados se han convertido en ajenos suyos, a los cuales obedece y quizás hasta adora". Como consecuencia, la persona queda incapacitada para cualquier relación productiva, sin poder establecer un contacto real con otras personas ni consigo misma¹. Marx, por su parte, llama enajenación al estado en que "la propia acción del hombre se convierte para él en un poder extraño que se le opone y lo esclaviza, en vez de ser él quien la domina"².

Fromm compara este fenómeno con la idolatría: el hombre, con su energía y su talento, construye un ídolo que después adora como si no fuera el resultado de su propio esfuerzo. En otras palabras, transforma sus fuerzas vitales en una cosa, pero deja de considerarla como tal y pasa a experimentarla como algo aparte, por encima y contra él. Así, "se inclina ante la obra de sus propias manos. El ídolo representa sus propias fuerzas vitales en una forma enajenada"³.

Este fenómeno se extiende ampliamente en la vida de los seres humanos. En cada acto de adoración sumisa, el hombre proyecta sus propias capacidades en el objeto o persona adorados, como si sus propias cualidades vinieran de aquello que adora. Una actitud que suele llamarse amor, el seguimiento a un líder político, la sumisión al Estado, frecuentemente no son sino fenómenos de enajenación. Toda la riqueza propia, sus pensamientos y su vivencia sensible, el hombre los proyecta en aquel otro, que considera superior, y

1. FROMM (1958), 105). Traducción corregida con la edición francesa (1971), 123-124.

2. MARX-ENGELS (1976a), 32.

3. FROMM (1958), 105-106.

nas y hacia sí mismo"¹.

Buscando aclarar aún más las consecuencias de este proceso, señala una ambigüedad de la abstracción. Ella corresponde a una capacidad propia de la especie humana, base del desarrollo filosófico y científico. Los conceptos formados por la abstracción permiten aprehender una multitud de cosas y seres concretos en sus características más generales, incluyendo a todos los particulares. La relación creativa con una persona o con un objeto, lo percibe en su generalidad, en aquello que tiene en común con todos los de su género, pero no se detiene aquí sino que también lo considera en su concreción, toma en cuenta sus cualidades específicas, singulares.

No ocurre así en nuestra civilización: las cosas y las personas son consideradas exclusivamente en sus cualidades abstractas y no como seres concretos singulares; son substituidos "por abstracciones, por fantasmas que encarnan cantidades diferentes, pero no cualidades diferentes"².

El carácter esencial de los objetos pasa a ser su precio y no sus cualidades concretas, por ejemplo su utilidad o su belleza. Todo objeto es una mercancía, cuya cualidad principal es el valor de cambio que se expresa en una cantidad de dinero. Las cosas se aprehenden en cuanto mercancías que representan un valor monetario, un valor de cambio. No llegan a considerarse en su valor de uso.

El proceso de abstracción va más allá del dominio de las cosas. Las personas también son apreciadas según las normas cuantitativas del valor de cambio. De ellas se habla de su valor en dinero o de la actividad que desempeñan en la sociedad, del tipo de servicio o mercancía que producen. Se pierde todo punto de vista humano y la única referencia que queda son cifras³.

1. FROMM (1958), 98-99.

2. Ibid., 99-100.

3. Cf. ibid., 101-102. Cf. traducción francesa (1971), 119-120.

moneda", es decir, se los vuelve comparables, como si fueran cosas exactamente equivalentes¹.

La transformación de lo concreto en abstracto va más allá de las cuantificaciones pertinentes a la producción. El hombre de negocios trata no sólo con cifras de dinero sino también con cifras de clientes, cifras de trabajadores. Todas esas personas son "piezas" a controlar y calcular.

La mayoría de los hombres hoy en día no labora para sí sino que su vida depende de "algo" que le paga un salario -como Laguna, como Eugenio-. Fromm dice "algo" porque "el hombre es contratado y empleado por una institución cuyos directores son partes impersonales de la empresa, y no hombres en contacto personal con los individuos a quienes emplean". Es en tal tipo de relaciones donde entra, en toda su plenitud y propiedad, a jugar el dinero, regulando las relaciones económicas. Este "representa la cualidad abstracta del trabajo concreto", lo cual quiere decir que a cambio de cualidades diferentes, se recibe en retribución cantidades de lo mismo².

También incide en el fenómeno de la abstracción la división creciente del trabajo en la producción capitalista. El trabajador, cantonado en funciones especializadas, nunca tiene una relación con el producto concreto en su totalidad. La persona que está en contacto con el producto en su totalidad es el director, pero a él sólo le interesa en cuanto valor de cambio.

Fromm no niega la necesidad de cierto grado de cuantificación en la producción moderna. Lo que denuncia es la amplitud y absolutización que alcanza tal fenómeno. Puesto que las actividades económicas se han convertido en la principal preocupación del hombre, el proceso de cuantificación y abstracción trasciende el campo de la producción económica e invade "la actitud del hombre hacia las cosas, hacia perso-

1. Cf. FROMM (1958), 97.

2. Cf. *ibid.*, 98.

En el mundo descrito por Manuel Rojas encontramos abundantemente seres definidos por su función, tomados en cuenta únicamente en su abstracción. Su situación es expresada en fórmulas tales como:

es uno de tantos allí donde hay muchos
(S. 294; cf. 296 y 297).

Se prescinde de la riqueza de la vida humana y se identifica al hombre con su papel social, económico. Esto equivale a reducirlo a una cosa. El proceso se profundiza y el mismo afectado se experimenta como cosa, olvida que es una persona¹. El ser humano queda alienado. Este hecho le impide darse cuenta de su situación, de las circunstancias que la provocan y, como interviene un mecanismo de introyección, el sistema logra controlar al hombre desde dentro de él mismo. desde su propia conciencia, hasta llegar al fenómeno extremo que Paulo Freire ha denominado conciencia oprimida, donde el oprimido se identifica con el opresor, lo lleva dentro de sí.

Mediante el análisis de tales realidades, Fromm se va aproximando a la comprensión del concepto de enajenación.

II. EL CONCEPTO DE ENAJENACION

1. Cuantificación y abstracción

Fromm introduce el concepto de enajenación presentando uno de los rasgos fundamentales del capitalismo: el proceso de cuantificación y abstracción. Rápidamente éste es ejemplificable con lo que sucede en el balance de las empresas modernas, donde todos los incidentes económicos son entes de estadística monetaria: materias primas, maquinarias, costos de mano de obra y ganancia, se expresan "en el mismo valor

1. Cf. FROMM (1958), 101; (1975a), 239.

3. El trabajo que no expresa al hombre

Hemos visto cómo la función del trabajo en la vida del hombre debería ser satisfacer su necesidad de relación, posibilitándole un comportamiento creativo hacia la naturaleza y la sociedad; satisfacer su necesidad de trascendencia, convirtiéndolo en ser activo; su necesidad de arraigo, permitiéndole superar su situación de ser inmerso en fuerzas que no controla, que no comprende y lo esclavizan; para la necesidad de identidad, al permitirle desplegar sus potencialidades en una actividad creadora, le podría facilitar el descubrimiento y la afirmación de sí, tomar conciencia de su calidad de ser único.

Pero en la realidad, el trabajo en nada sirve al trabajador mismo. Está exclusivamente referido al capital: el proceso de trabajo está convertido en un instrumento de valorización del capital, de creación de plusvalía; el "productor directo" es un "simple factor del capital que se autovaloriza"¹.

Quienes defienden tal sistema de producción realizan una "mistificación" para no dar al trabajo el estatuto que le corresponde: al interior del proceso hacen aparecer al capital como creador de valor, cuando en la realidad es el "trabajo vivo"² quien posee tal facultad.

La pauta para calificar a un ser humano y su trabajo es si es productivo, o sea, si produce plusvalía. El trabajo como actividad propia del hombre, de su despliegue, expresión de sí para relacionarse creativamente con el mundo y los otros hombres, ya no cuenta: la producción de las cosas como mercancías, la forma del trabajo como trabajo asalariado, se absolutizan; toda actividad, cualquiera sea "su contenido y su pago", se transforma en trabajo asalariado, regulado por leyes determinadas³.

1. MARX (1973), 54-55.

2. Cf. *ibid.*, 55, 93-101.

3. *Ibid.*, 80-81.

mejor lugar, en una "rebatía por el éxito"¹, sin consideraciones morales ni de solidaridad humana. La vida se convierte en una carrera de competencia.

2. Ausencia del principio de solidaridad humana

El principio de solidaridad humana no tiene vigencia en esta sociedad. La fuerza de trabajo del obrero es una mercancía que compra el propietario del capital, no diferente de otras mercancías. Como ha sido comprada a su precio justo en el mercado de trabajo, la única obligación o reciprocidad posible por parte del propietario del capital es pagar el salario. La cesantía, el hambre, la desnutrición, la muerte, son consecuencias o de la mala suerte, de la inferioridad de talentos o de aquella ley social, económica, natural, inamovible. La explotación se vuelve anónima, el único responsable es "la ley del mercado", que rige circunstancias que no pueden cambiarse.

Aquí se produce un hecho fundamental: un ser humano viviente, que ama, sufre y espera, sirve para fines que no son suyos, deja de ser un fin en sí mismo y "se convierte en un medio para los intereses económicos de otro hombre o de un gigante impersonal, el mecanismo económico"².

En tal situación no tiene cabida la relación de solidaridad, de reciprocidad. La utilización del hombre por el hombre expresa la escala de valores por los que se rige el sistema capitalista y que se puede sintetizar en la expresión de Marx: "El capital, pasado muerto, emplea la vitalidad y la fuerza del presente". En la jerarquía capitalista de valores, el capital está colocado por encima del trabajo, las cosas acumuladas por sobre las manifestaciones de la vida.

1. FROMM (1958), 79.

2. Ibid., 83; cf. 77.

las personas toma el aspecto de relación entre cosas o a lo sumo entre poseedores de mercancías¹.

Apariencias, realidades creadas por los hombres, se consideran propiedades derivadas de la naturaleza misma de las cosas. A este fenómeno, donde los productos humanos aparecen autónomos, dotados de vida propia, Marx lo denomina "fetichismo que se adhiere a los productos del trabajo"².

El ser humano cede lugar a la economía, pasa al servicio de la producción, es usado para fines que le son ajenos. La utilización del hombre, e incluso su explotación, se suponen normalidad de una ley intocable. Esta se convierte en una ley superior que actúa en forma anónima, dominando a todos los hombres, aun a aquellos que se benefician con el sistema. Estos últimos también pasan a ser una cosa -"personificaciones del capital", decía Marx- y así se ven obligados, por ejemplo, a ampliar continuamente sus empresas, so pena de perecer. El anonimato de esta fatalidad se ve igualmente incrementado por la manera en que se utilizan los progresos de la ciencia y de la técnica: hay cosas que se producen porque se pueden hacer, no porque sean serviciales o necesarias. Frente a estos hechos, el hombre pareciera impotente³.

En esta sociedad el mercado es la base de las relaciones, es el mecanismo central de distribución de la producción social. Es un mecanismo que aparece como autorregulado, gracias al cual se suprime la necesidad de un plan de distribución y de recurrir a la fuerza para mantener el sistema. Cada cual, en igualdad de condiciones, vende su mercancía a cambio de una retribución proporcional. El funcionamiento económico del mercado descansa sobre la competencia de los individuos que quieren vender sus mercancías, su trabajo o sus servicios. La competencia se establece como una necesidad económica. Aquí cada uno lucha por ocupar el

1. MARX (1978), volumen I, 87-88; cf. III, 1003.

2. Ibid., volumen I, 89.

3. FROMM (1958), 77.

I. AUTONOMÍA DE LAS COSAS

1. El fenómeno de la mercancía

Marx, al estudiar el fetichismo de la mercancía, parte señalando cómo ésta, a primera vista, "parece ser una cosa tribal, de comprensión inmediata", pero cuyo análisis "demuestra que es un objeto endemoniado", pleno de sutilezas abstractas y ocultadoras¹.

Esto no se refiere al valor de uso de las cosas, gracias al cual satisfacen necesidades humanas, sino a una propiedad añadida, ficticia, que surge desde el momento en que son producidas para ser cambiadas, para entrar al mercado. Entonces adquieren otro valor, el de cambio. Se transforman en mercancía. Cada mercancía surge independiente, con personalidad propia, frente a una multitud de otras mercancías².

Los objetos los producen los hombres, pero desde que ocurre aquella transmutación, se pierde de vista que en cualquier trabajo o actividad productiva estamos en presencia de "funciones del organismo humano", que en esas funciones se gasta "cerebro, nervio, músculo, órgano sensorio" humanos. También se pierde de vista que el trabajo de producción tiene "una forma social" en cuanto los hombres trabajan unos para otros. El producto del trabajo convertido en mercancía adquiere autonomía propia, su valor de uso cede lugar al valor de cambio y todas las mercancías llegan a ser equivalentes. Ellas se relacionan entre sí desde un punto de vista cuantitativo, indiferentes a la forma de trabajo que las produjo, como si sus propiedades sociales fueran naturales. El trabajo pierde su característica específica, concreta, individual y se convierte en una abstracción, un trabajo general, una unidad que mide el tiempo necesario para producir una mercancía. En este trabajo la relación entre

1. MARX (1978), volumen I, 87.

2. Cf. *ibid.*, 87.

carácter social quien moldea la energía de los individuos, de manera que en su conducta no se planteen problemas en cuanto a seguir o no la norma social sino que deseen actuar como deben actuar, encontrando satisfacción en el cumplimiento de las exigencias del sistema.

El individuo, desde niño, aprende los requerimientos de la sociedad. El papel que cumple la familia es el de "agencia psíquica de la sociedad". Su misión es "transmitir las exigencias de la sociedad al niño en crecimiento"; es en su seno que el niño asimila "los rasgos esenciales de la estructura de carácter socialmente deseable". Este papel es reasumido después por la escuela. Pero en todo este proceso hay que tener en claro que los métodos de educación no explican el carácter social; ellos no son más que un "mecanismo de transmisión", cuyo sentido podemos penetrar si logramos comprender "qué tipos de personalidades son deseables y necesarias" en determinado sistema social. El carácter social no es generado por una sola causa sino por una interacción de factores sociológicos, ideológicos y psicológicos; su contenido está determinado por "la estructura de la sociedad y la función del individuo en esa estructura"¹.

El sistema social descrito en la narrativa de Manuel Rojas necesita un orden y una estabilidad para producir determinados bienes que son aprovechados por una minoría. Esos bienes son fundamentalmente cosas que deben producir más cosas, más riqueza para aquella minoría. El instrumento, el medio fundamental para tal producción es un hombre determinado o, más bien, su fuerza de trabajo que debe ser fácilmente comprable, sin que plantee excesos de retribución. Para tal sistema se requieren seres sumisos, adaptados, manejables, no creativos, faltos de crítica. En el fondo, verdaderos objetos de producción.

En tal sociedad, un punto central lo ocupa la mercancía.

1. FROMM (1958), 72-74.

a la mutilación del hombre, a que éste sea convertido en objeto y llegue a estar dominado por cosas que él ha creado o a las cuales les ha transferido o adjudicado un valor; cosas que se independizan de él, se le vuelven extrañas y lo subyugan. El contenido de esta noción también incluye las relaciones cosificadas entre los seres humanos y la tergi-versación en que se envuelve la realidad, la fantasmagoría que reina en ella. Marx pone de relieve este último hecho cuando hace notar cómo realidades "que en sí y para sí no son mercancías, por ejemplo la conciencia, el honor, etc., pueden ser puestas en venta por sus poseedores, adoptando así, merced a su precio, la forma mercantil"¹.

Es lo que más abiertamente y llamándonos a la estupefacción, Marx estudia en lo que denomina "carácter fetichista de la mercancía"². A través de su análisis también se constata la nebulosa en que está envuelto el verdadero fundamento de la sociedad, la verdadera forma en que se efectúa su organización. Ella explica la génesis y función del carácter social que exige la sociedad.

Es justamente en torno al concepto de enajenación como Fromm describe y analiza el carácter social del hombre contemporáneo, cuya estructura y función en parte corresponden a las del ser mutilado descrito en la narrativa de Manuel Rojas.

Recordemos que Fromm designa como carácter social al núcleo de la estructura de carácter compartida por la mayoría de los individuos de una misma sociedad. Este carácter cumple con una función bien específica. Toda sociedad tiene estructuras y actividades que se realizan según condiciones determinadas, entre las cuales están los métodos de producción y distribución. Estas estructuras son relativamente estables y garantizan la existencia de la sociedad. Los individuos, grupos y clases que la componen deben comportarse, "funcionar", en el sentido requerido por el sistema. Es el

1. MARX (1978), volumen I, 125.

2. Ibid., volumen I, 87-102.